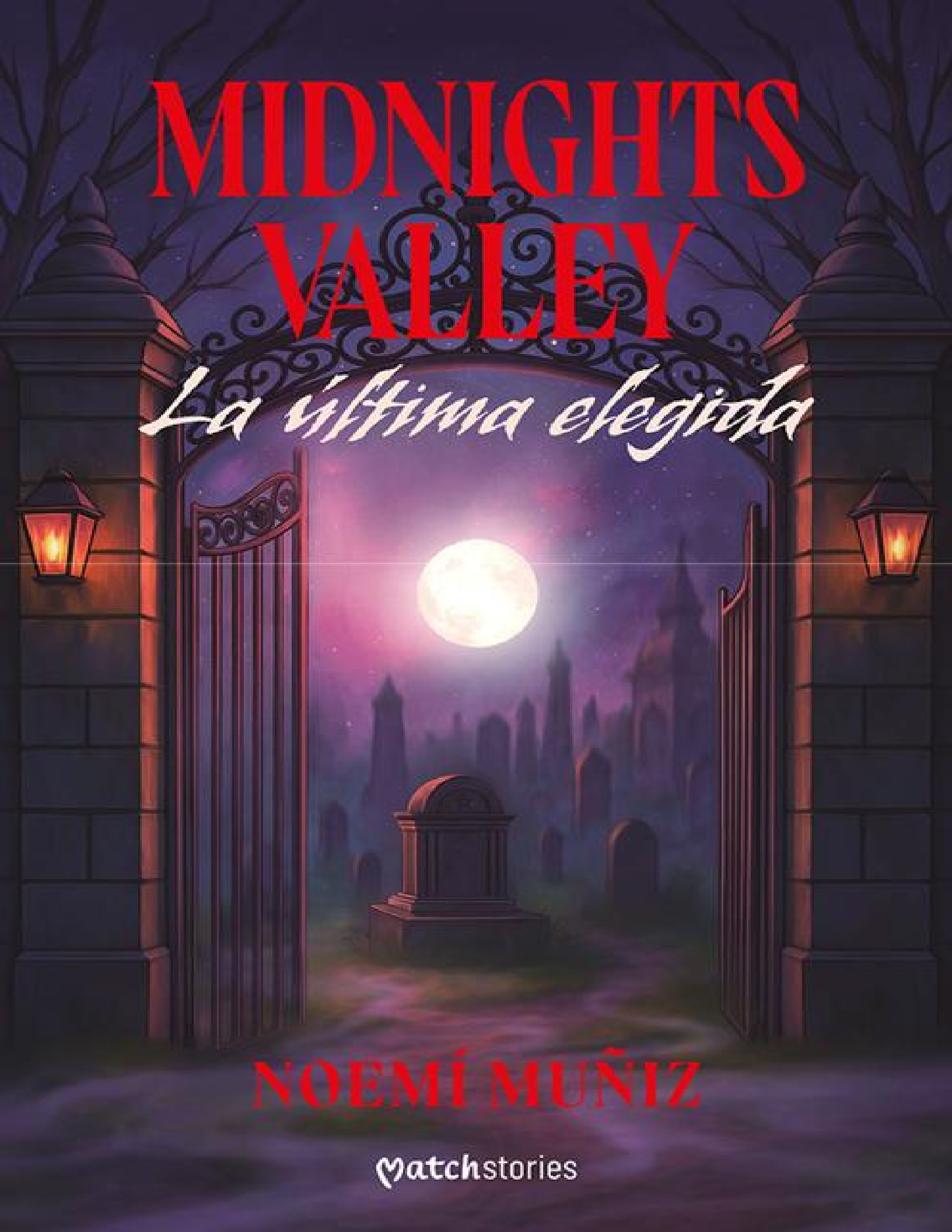

MIDNIGHTS
VALLEY
La última elegida
NOEMÍ MUÑIZ
matchstories

Índice

Portada

Portadilla

LEMA

DEDICATORIA

Midnights Valley News

1. La muerte todo lo barre, todo lo iguala y todo lo ataja

2. En sana salud no se piensa en ataúd

3. La muerte siempre es traidora; no dice el día ni la hora

4. A la muerte, ni temerla, ni buscarla: hay que esperarla

5. Quien se apura su muerte apresura

6. El diablo abre la puerta, y el vicio la mantiene abierta

7. Dale al diablo lo que es suyo: lujuria, envidia y orgullo

8. En el infierno siempre es verano, pero sin agua fresca a mano

9. El hombre propone, Dios dispone y el diablo descompone

10. Dios le quitó al diablo el poder, pero no el saber

11. En casa del que jura, no faltará desventura

12. Si quieres que el diablo no se presente, no lo mientes

13. Bien la muerte aguarda a quien vive como Dios manda

14. Al vivo todo le falta. Al muerto todo le sobra

15. Entre los mejores vestidos tiene el diablo a sus escogidos

16. Antes muerta que sencilla

17. Capa de pecadores es la noche, señores

18. Vive de tal suerte que halles vida en la muerte

19. Vive y morirás, muere y vivirás

20. La magia no es solo algo que haces. La magia es algo que eres

21. La muerte no suele avisar; cuando menos lo piensas, ahí está

22. Dios lo hará bien, y el diablo lo echará a perder

23. Hay tres cosas en las que meditar: la vida, la muerte y la eternidad

24. Hay que tener amigos hasta en el infierno

25. Quien hace trampas jugando al infierno se va caminando

26. Al galán y a la dama el diablo los inflama, y la ocasión les hace la cama

27. Beso y no alargarse más, pocas veces o jamás

28. Más vale cobarde vivo que valiente muerto

29. Con la muerte, todo se acaba en esta vida

Midnights Valley News

30. Quien compra diablos no puede vender santos

31. Donde está la paz, Dios está; donde no, Lucifer y Satanás

32. Dios lo da, y el diablo lo guisará

33. Justicia, Dios la conserve, pero de ella nos preserve

34. Feliz es la muerte, que, antes de que la llame, viene

35. La muerte, sin tener llaves, todas las puertas abre

36. Por el camino por el que va la vida, va la muerte apercibida

37. A Dios, de rodillas; al rey, de pie, y al demonio, al canapé

38. Falso testimonioes obra del demonio

39. Quien de santo no para hasta demonio no para

40. Un diablo bien vestido por un ángel es tenido

41. Dios perdona siempre, los humanos a veces, la naturaleza nunca

42. Para morir, solo hace falta estar vivo

43. Con la muerte, todo cesa, y una nueva vida empieza

44. Dios da y Dios quita, según su sabiduría infinita

45. Dios no podrá ayudarte a cosechar si tú no quisiste sembrar

46. No vive quien a morir no se apercibe

47. Polvo eres, y en polvo te has de convertir

48. No hay más que una muerte, pero mil formas tiene

49. Da gracias a Dios cien veces, porque te dio para que dieses

50. Al que por su gusto muere, la muerte le sabe a gloria

51. Todos somos iguales en el nacer y en el morir, aunque no sea en el vivir

52. Mirad vuestros duelos y dejad los ajenos

53. Para morir, solo hace falta estar vivo

54. Todos nacimos en cueros y, aunque la vanidad nos viste, la tierra nos dejará en los huesos

55. Aquí yace quien nació y murió sin saber nunca para qué vivió

56. Junta de dos la hace el diablo, cuando no la hace Dios

57. Vivir es morir lentamente

58. Hombre dormido, ni del todo muerto, ni del todo vivo

59. Donde el diablo no puede meter la mano, mete la punta del rabo

60. Amor y muerte, nada es más fuerte

61. El diablo anda suelto, y hasta beato se ha vuelto

62. El fuerte no hace casode la muerte

63. De quien se ausentó, hacemos cuenta de que murió

64. Hasta que la muerte nos separe

65. Quien envidioso vive desesperado muere

66. El villano le da diez vueltas al diablo

67. Del avaro, un solo bien se espera: que se muera

68. Bendito el morir cuando viene después del bien vivir

69. Haz aquello que quieras haber hecho cuando mueras

Epílogo. No hay ausencia que mate, ni dolor que consuma

Agradecimientos

Banda sonora

Biografía

Créditos

MIDNIGHTS VALLEY
La última elegida

NOEMÍ MUÑIZ

matchstories

Lo más difícil de este mundo es vivir en él.

BUFFY ANNE SUMMERS

Para mi abuela Patri, por acogerme como una nieta más
desde el primer día que pisé su casa, por el orgullo
con el que decía que tenía una nieta escritora y por ser
tan apoteósica. Te echamos de menos cada día.
Este libro es para ti. Y para el abuelo Daniel.

Para mis abuelos, Aurora y Pepe, esos que hicieron
mi infancia más feliz, mi adolescencia más completa,
y que se despidieron de mí en una juventud
en la que no me sentía preparada para dejarlos marchar.
Nunca lo hubiese estado. Siempre sois las primeras personas
en las que pienso en cada uno de mis logros.
Sé que los celebráis allí arriba.
También es para vosotros.



Para Neme, Manolo y Paquito, os echamos de menos.

— MIDNIGHTS VALLEY NEWS —

SUCESOS LOCALES

El hallazgo del cadáver de Simon Myers, aplicado estudiante de último curso del grado de Criminología, se ha llevado la tranquilidad instaurada en Midnights Valley desde hace algunos años, cuando desapareció el último muchacho de nuestra querida localidad.

Simon era un joven de carácter afable y volcado en esta comunidad de manera acérrima y desinteresada.

La voz de alarma fue dada por su familia a primera hora de la mañana de ayer al no encontrarlo en su dormitorio. Hijo responsable y ejemplar, nunca se ausentaba de casa sin previo aviso.

Tan solo trece horas después de denunciar que faltaba de su hogar, su cuerpo fue encontrado con signos de violencia en un callejón próximo al pub Insomnio, muy conocido en la zona. La policía ha abierto una investigación y solicita la colaboración de cualquier testigo que haya visto algo que pueda ayudar a esclarecer los hechos.

Asimismo, el alcalde de la población ha impuesto un toque de queda estudiantil hasta que se tengan pistas que sirvan para resolver el caso. Por dicho motivo se suspenden todas las actividades relacionadas con la celebración de Halloween.

La misa por nuestro querido vecino Simon se celebrará el próximo sábado, 25 de octubre, a las cinco de la tarde en la iglesia parroquial.

Oremos por su alma.

Muerte

—Cesación o término de la vida.

—En el pensamiento tradicional, separación del cuerpo y el alma.

—Acción de dar muerte a alguien.

—Destrucción, aniquilamiento, ruina. *La muerte de un imperio.*

—Figura del esqueleto humano, a menudo provisto de una guadaña, como símbolo de la muerte.

—Lo que ha hecho que Simon ya no pueda reproducirse si es que era capaz... aunque eso es algo que ya no podremos comprobar.

1

La muerte todo lo barre, todo lo iguala y todo lo ataja



Mara

—¿Seguro que estás bien? Sé que conocías bastante a ese compañero.

—Que sí, estoy bien. No es que fuésemos amigos íntimos.

—Eso no quita que fuera un chico de tu edad al que algún desalmado le ha robado la vida.

Mientras mi madre me dice esto, yo sigo con el periódico en la mano, sin poder apartar los ojos de la noticia que trata del suceso que nos despertó ayer trágicamente.

—No estoy tranquila sabiendo que hay alguien por las calles de nuestro pueblo que puede volver a atacar. —Continúa hablándome a

pesar de que sabe que estoy a unos cuantos años luz de esta conversación—. ¿Hoy trabajas?

—Ya sabes que no depende de mí el ir a trabajar o no, así que, lógicamente, sí. Vaya pregunta. —Por fin he salido del trance en el que estaba sumida.

—Menudo carácter, hija. Tan solo quería asegurarme de que no estás mal antes de que nos vayamos, pero, tienes razón, ha sido una pregunta tonta... En todo caso, no olvides que hay toque de queda para vosotros y, por tanto, a las ocho debes estar ya en casa.

—Lo tengo presente, pero estoy segura de que saldré más tarde de esa hora. Y recordad: No podéis entrar aquí, en mi habitación, cuando yo no estoy. Nadie.

—Pues ten cuidado, por favor. Y deja de repetir siempre la misma cantinela cuando vienes. Tranquila, que ya sabemos que tu cuarto es campo sagrado. —Pone los ojos en blanco. No me extraña, cada vez que aparezco por aquí digo lo mismo.

—Bien.

—Por cierto, antes de irme quería comentarte algo que he estado hablando con tu padre. Dice que quizá pueda conseguirte un trabajo por horas en una subcontrata de la empresa. Sería un empleo más normal del que tienes ahora y también podrías compaginarlo con los estudios.

Mientras me lo cuenta veo en ella la esperanza de que acepte la oferta que me acaba de hacer. No va a ser así.

—La normalidad está sobrevalorada. Y no pienso cambiar de curro, estoy muy a gusto con el mío.

—No sé ni para qué lo intento si ya conocía la respuesta. En fin, recuerda que tu padre y yo estaremos tres días fuera. Como sabes, hemos intentado posponer la reunión debido a los últimos

acontecimientos, pero no ha habido manera. En nuestra ausencia, si necesitas cualquier cosa, puedes ir a casa de los Boneville.

Mi madre se acerca a mí para despedirse con un beso o un abrazo, como hacíamos años atrás, pero nota mi creciente incomodidad y, a medio camino, se para.

—Lo sé, vivo con Phoebe.

—Claro, amor. Solo te pido que no te metas en problemas. ¿Vale? Volveremos en tres días. Te quiero.

—Y yo a ti —le respondo arrugando la nariz y desviando la mirada de ella al periódico de nuevo.

Oigo como suspira y me deja sola en la habitación en la que crecí y que ocupé hasta que decidí mudarme con mi amiga a la casa que era de mi abuela. Consta de dos plantas, una buhardilla, un sótano y un pequeño jardín trasero. En otro pueblo sería la ostentación hecha mansión, pero aquí, en Midnights Valley, es a lo que estamos acostumbrados.

Volviendo a mi madre, me ha dicho que no me meta en problemas..., claro. Me llamo Mara, me considero bastante asocial y la gente se refiere a mí como «la tía buena rarita».

Soy estudiante de último año de Criminología, mi mejor y única amiga es la mística de la relación y «problemas» es mi segundo apellido. Bueno, en realidad es Holloway. El primero es Mirren, muy apropiado para mí en uno de sus significados, porque soy la amargura personificada. El otro, que es «amada», no me representa para nada. Esto no me supone ningún trauma, ya que todos me identifican por mi apellido materno. Es lo que tiene que mi padre sea visto como un forastero en estas calles.

No tengo nada destacable aparte de mi físico. ¿Soy guapa? Todo el mundo lo asegura. Yo, cuando me miro al espejo, tan solo veo a una chica morena, de tez más bien tirando a clara, que se maquilla

con colores oscuros y que se viste de las mismas tonalidades. Nada de ojos verdes o azules dignos de recordar, a pesar de que los tengo grandes y de un color marrón chocolate que en más de una ocasión sí que me han hecho llevarme algún que otro piropo. ¿Soy una ligona? Los temas «amorísticos» no me interesan lo más mínimo. No me malinterpretéis, tengo casi veintidós años, me he acostado con un montón de tíos (bueno, tampoco son tantos), pero huyo de las relaciones sentimentales como del algodón de azúcar. Velozmente. Ahora mismo prefiero centrarme en otras cosas que no sean arrumacos y orgasmos fingidos.

Mi amiga Phoebe es todo lo contrario a mí, a pesar de estudiar Ciencias Forenses y que le encante rodearse de cadáveres. Tal vez por eso nos toleramos tanto. Yo soy oscuridad y ella es un ser de luz. Su pelo es rubio como el sol, tiene una cara de porcelana del todo angelical y sus ojazos azules hacen que quieras tirarte de cabeza en ellos.

En la mañana de ayer, el periódico local impactó contra la puerta de nuestra casa como cada día, pero en cuanto vimos la portada supimos que la noticia principal iba a dar mucho que hablar. ¿Un estudiante muerto? Gloria bendita. Sí, sé que no debería alegrarme de que un compañero haya muerto violentamente, y no lo hago, creedme, pero... me fascina la muerte. De ahí que haya elegido la carrera que tengo entre manos. Debo decir que Simon era todo lo que las noticias de sucesos han dicho sobre él: hijo modélico, estudiante ejemplar, comprometido con la comunidad... y con la mano un tanto larga. Esto último es cosecha propia. Sé de lo que hablo, me lo tiré hace unos años en unos baños. Una gran pérdida para la humanidad, la ausencia de nuestro querido Simon; podría haberse reproducido dejando descendencia atractiva y con cerebro.

Mi madre, antes de irse con mi otro progenitor a uno de sus viajes de negocios, me ha dicho que no me meta en problemas y que cumpla el toque de queda. *Spoiler*: No va a ser así.

Midnights Valley, Valle de Medianoche, es un nombre muy acertado para un lugar en el que los días duran poco. Los rayos de sol, cuando aparecen, lo hacen durante un intervalo muy corto de tiempo, ya que este es el sitio en el que más pronto oscurece de todo el hemisferio..., quizá incluso del mundo entero. ¿Me preocupa? En absoluto, yo feliz de la vida.

El toque de queda estudiantil que ha impuesto el alcalde es de risa. ¿Y si nunca encuentran al asesino que acabó con la vida del pobre Simon? ¿Piensan meternos en casa toda la vida a las ocho de la tarde? ¿Van a dejarnos sin celebraciones locales para siempre? ¿No permitirán que nos divirtamos en fiestas señaladas o en noches de pub? Ni de coña. Phoebe y yo jugamos con una ventaja que aún no he desvelado. El alcalde es el tío de mi querida amiga, un hombre de unos cincuenta años, soltero, sin hijos y que tiene un ojito derecho al que nunca puede negarle nada: la rubia que me acompaña desde el jardín de infancia.

Veo que mi móvil se ilumina.

—¿Sí? —digo desganada cuando descuelgo la llamada al tercer tono.

—Sabes que no deberías contestar nunca con una afirmación, ¿verdad? La conversación podría ser grabada y utilizada para cualquier fin maligno. —Ella siempre tan «observadora».

—¿Lo has hecho?

—¿El qué?

—Grabarme.

—Por supuesto que no —responde un tanto ofendida. La estoy visualizando con su ceja izquierda un poco elevada.

—Entonces no entiendo tanta cháchara, Pheebs. ¿Para qué me llamas?

—Pues para varias cosas. ¿Ya se han ido tus padres?

—Afirmativo.

—Mi abuela me ha dicho que podemos ir a su casa si queremos. Ya sabes lo protectora que es.

—Tu abuela es un verdadero encanto, pero no es preciso. Cada vez que vamos lo hacemos solo para gorronearle comida. Tu tío debería ponernos una orden de alejamiento por ello.

No miento. Cada vez que visitamos la casa familiar de las Boneville, regresamos cargadas con bolsas llenas de táperes. Quejar, no nos quejamos, porque nos salvan de cocinar unos cuantos días y todo está buenísimo, pero siento que ya estamos abusando demasiado.

—¿Estás ovulando? Hoy estás más quisquillosa que de costumbre.

—Ese comentario es de lo más machista, que lo sepas. Repito: ¿para qué me has llamado?

—Qué mujer... Pues para varias cosas, como ya te he dicho. La primera es que necesito que me ayudes a colarme en la morgue para ver a Simon.

—¿Quieres una despedida íntima? —le pregunto mientras contemplo la foto del susodicho con la que el periódico ha acompañado la noticia de su defunción.

La imagen es a todo color, y en ella se puede ver a un chico sonriente, feliz, con su característico pelo rubio oscuro brillante, su nariz recta, sus dientes perfectamente alineados y su aspecto amable. Es una foto de archivo, de una de las recolectas de alimentos que llevó a cabo la iglesia para los más desfavorecidos.

—Eres imbécil. Estoy en casa de mi madre y he oído a mi tío cuchichear con ella en la cocina, y de la conversación solo he podido

sacar que la muerte ha sido en extrañas circunstancias. Vamos, que no ha debido de ser un simple disparo o una certera puñalada. Necesito saber qué diantres le ha pasado. Y sé que tú también te mueres de ganas de saberlo.

—Si no me lo dices, no me doy ni cuenta —le contesto con ironía —. Pero estoy contigo en que hay algo raro..., primero por el mero hecho de que se lo hayan cargado y, segundo, porque quieren encerrarnos a todos en casa por las noches.

—Exacto. Otra cosa que te quería decir es que nuestro adorado alcalde ha mencionado que no está dispuesto a levantar el dichoso toque de queda hasta que resuelva este caso, tarde lo que tarde.

—Me perturba mucho cuando llamas a tu propio tío «adorado alcalde». ¿Y qué pasa si no se resuelve nunca?

—Pues a eso voy: no pienso quedarme encerrada en casa durante el resto de las noches de mi vida. Por otro lado, alguien debería explicarle que la gente también se muere y es asesinada a plena luz del día; y que, además, pueden cargarse a personas mayores de... ¿veinticinco? Digo esta edad porque siempre hay algún rezagado.

—*Touché*.

—Y aún menos pienso perder mi trabajo... Encima en un par de sábados es la fiesta de Halloween, y no estamos dispuestos a que nos jodan ese plan..., y para qué hablar de tu cumpleaños. Por ahí sí que no paso.

—¿Dispuestos?

—Sí, Mara, corazón... Si fueses un poco más sociable y te relacionaras de vez en cuando con la gente que te rodea, estarías en el grupo de WhatsApp de la uni y sabrías que este sábado, por la noche, todos seremos unos temerarios y nos reuniremos en el Insomnio para ver cómo narices podemos celebrar la fiesta sin terminar detenidos o muertos.

Tiene razón; en otros tiempos yo hubiese sido la persona creadora del grupo de fiestas varias.

—¿Tu tío realmente piensa detener al que se salte el toque de queda? —pregunto con sorna. Ese señor no nos pararía ni de coña si nos proponemos hacer algo.

—Pues no lo sé, todo puede suceder. Desde luego, nosotras, en ese sentido, quedaríamos impunes. Ya sabes que nos adora a ambas.

—Sigo sin poder dormir por las noches pensando en el porqué...

—Cada día eres más graciosa. Pues eso, que, en cuanto acabe el funeral de Simon, los ánimos estarán caldeados y será el momento adecuado para alcoholizarnos un poco, ahogando las penas por su temprana muerte, y ver cómo nos lo montamos para el festejo.

—¿Festejo? Belcebú, llévame ya contigo porque yo estas cosas no las aguanto.

—Más quisieras que el buenorro del tridente te llevase consigo. Y ese es el último punto a tratar de esta llamada.

—¿Mi muerte?

—No, que alguien te meta el rabo —dice riéndose. La única que lo hace es ella.

Y otra vez la misma canción. O, lo que es lo mismo, vuelta a querer hacerme un perfil en una app de citas.

Esta es la discusión más recurrente que mi amiga y yo tenemos desde que la adolescencia llegó a nuestras vidas. Siempre se ha empeñado en que mi belleza debe ser expuesta al mundo y yo le explico que eso no tiene nada que ver con que me haga un perfil en Tinder. Ella, a pesar de no ser sueca, se lo hace, y así llevamos unos cuantos años.

—¿Puedes dejarlo ya? Siempre tenemos la misma conversación y siempre te doy la misma respuesta: No. Además, ¿tú no tienes que

irte ya a currar, o es que te han dado fiesta unos días? —Cambio de tema, sabiendo que Caleb no le ha dado fiesta ni de broma.

—Sí que curro, pero mi querido jefe ha hecho una excepción hoy a raíz de los acontecimientos. Me ha dejado entrar más tarde. Y volviendo a lo de emparejarte..., no podrás participar en la única reunión al año en la que eres feliz juntándote con gente de tu edad. No serás bienvenida a la fiesta de Halloween.

—¿Cómo? —Presiento que lo que viene a continuación no me va a gustar.

—Lo que oyes.

—Estoy esperando la explicación al respecto.

—Y yo estoy haciéndome pasar por una bruja mala para así ponerte más nerviosa. Verás..., este año se ha decidido que se irá por parejas o por grupos temáticos.

—¿Sabéis que Halloween en sí ya lo es? *Spooky season*, ilumina a esos pobres desgraciados.

—Sí, definitivamente estás ovulando. Me refería a que se ha decidido ir así porque se hará un concurso con un premio final para los que mejor vayan. Algunos de segundo han dicho que irán de los malos de las pelis de terror. Ghostface, Pennywise, Candyman, Freddy Krueger, Chucky y el prota de *Halloween H20* forman un buen equipo, tienen posibilidades.

—Protagoniza toda la saga. ¿Por qué nombras esa? Ni mucho menos es la me...

—Porque sale Josh Hartnett en su comestibilidad juvenil, así que ni se te ocurra terminar esa frase.

—Dudo mucho que esa palabra exista.

—Me da igual, me has entendido perfectamente. Pues eso, que ellos forman uno de los grupos.

—Qué original... —digo poniendo los ojos en blanco.

—Bueno, en otro tenemos a Frankenstein, Drácula, la niña de *El exorcista*, Carrie, a tu querido Hannibal y al chungo de la motosierra de *La matanza de Texas.*

—Leatherface.

—Nadie se sabe su nombre.

—Yo sí. ¿Y Jason Voorhees no está en ningún grupo?

—Por supuesto que sí. Está con el prota de *Jeepers Creepers*, con *Annabelle*, con la niña de *The Ring*, Jigsaw y el Joker.

—Ya están jodidos. Esa gente no ganará jamás.

—Y eso...

—Porque no puedes meter a un villano de cara pintada con personajes de películas de terror. Son unos principiantes. —¿En serio tengo que explicar esto?—. ¿Son todos grupos de seis?

—Sí, se ha decidido que sean de seis personas. También hay un grupo de brujas famosas, de vampiros conocidos, de *La familia Addams*..., hasta uno de personajes de *Hotel Transilvania.*

—¿Te sabes los participantes de todos los equipos?

—No, tonta, te estoy leyendo el listado que tengo en la mano. Los he ido apuntando para saber a qué atenernos.

—Habla en singular, porque no pienso participar en esto.

—Ya te digo yo que sí... Mi abuela está haciéndonos los disfraces ahora mismo.

Esto ha sido una jugada muy sucia. Sabe que su abuela es una de mis personas favoritas en el mundo y que no puedo decirle que no a nada. Y mucho menos si está empleando su tiempo en hacernos unos disfraces.

—Entonces, si mi pareja eres tú, ¿qué tiene que ver que me haga un perfil de ligoteo?

—Esta conversación se ha alargado demasiado. Te espero a las siete y media en casa. Trae las herramientas de tu padre, porque me

da a mí que en esta ocasión no nos va a resultar tan fácil entrar por la puerta, y recuerda que la última vez la ventana dio bastante por saco.

—¿Recuerdas que hoy trabajo? —No creía que tuviese que explicarle a cada persona con la que hablo que he de ir a currar, pero aquí estamos, segunda vez en lo que va de día.

—Oh, claro..., tiene todo el sentido. Entonces nos vemos allí directamente. ¿Te parece bien?

—Qué remedio..., pero no tardes, porque ya sabes que no tengo excusa para quedarme más tiempo.

—No te preocupes, seré puntual como un reloj. Te quiero. Chao.

Morgue

—Dependencia hospitalaria o lugar habilitado para depositar los cadáveres hasta su destino posterior.

—Lugar donde esta noche vamos a colarnos para tener una última cita especial con nuestro querido Simon.

2

En sana salud
no se piensa en ataúd



Mara

Le he mandado un mensaje a Phoebe hace una hora para pedirle, por favor, que no se retrase y aún no he obtenido respuesta. Estoy rodeando el recinto donde se ubica la morgue, estudiando el mejor lugar por el que poder colarnos sin ser vistas. No, no será la primera vez que lo hagamos, de ahí que sepamos que la ventana de mejor acceso necesita un buen engrasado. Y, sí, existe una puerta para poder entrar, pero cuando hay algún fallecido se refuerza el sistema de seguridad con un vigilante para que no se puedan cometer actos vandálicos. No sería la primera vez que..., en fin, qué más da, no son cosas bonitas para contar ahora mismo. En todo caso, debemos tener mucho cuidado y acceder por otro sitio.

En honor a la verdad, ese artículo de la prensa local no ha sido del todo sincero. Lo entiendo, no es fácil recordar a la población que cada cierto tiempo alguien la palma en sus calles o en las de los pueblos cercanos. Y no hablo de ancianos a los que les ha llegado la hora, no. Me refiero a muertes no precisamente naturales. Desde la última desaparición hace cuatro años, cada vez que alguien de los alrededores ha fallecido debido a una pelea o un acto violento, hemos activado nuestro modo investigador y hemos querido esclarecer en persona las causas de sus muertes. Y nuestra ventaja es que Midnights Valley tiene la única morgue en muchos kilómetros a la redonda.

La facultad de mi amiga ha traído en numerosas ocasiones a sus alumnos para llevar a cabo algunas prácticas que no son viables en el recinto universitario, y fue en una de esas cuando se hizo con un manojo de llaves que devolvió unas horas después de irse a ochenta kilómetros de distancia para hacer unas copias. Ante todo, no había que dejar indicios que pudieran llegar a incriminarnos en un robo de tal magnitud. Y digo «incriminarnos» porque, para la gente de este pueblo, somos un *pack* indivisible desde la tierna edad de tres años. El problema es que unos robos que nosotras no cometimos contribuyeron a que pusiesen un sistema de alarma que se desconecta mediante un código que desconocemos..., aunque debo decir que no fueron muy lumbreras al instalarlo, ya que solo se activa si se intenta entrar por la entrada principal. De ahí que las ventanas sean nuestras cruciales aliadas.

He salido de trabajar hace un cuarto de hora. Como el resto de los negocios del pueblo, han decidido cerrar sus puertas antes para que todos sus empleados jóvenes —en este caso, yo— puedan cumplir con el toque de queda estudiantil... Sobra decir que esa no es mi intención. Por eso la familia del fallecido acaba de marcharse, a

pesar de haber visto a Simon solo para reconocer el cadáver ayer antes de que se lo llevaran para hacerle la autopsia. Con todo, han podido utilizar la sala contigua todo el día para recibir a un gran número de gente que ha querido acompañarlos en el sentimiento y darles el pésame. Es una sala blanca, fría, sin ningún tipo de decoración, que cuenta con un baño al fondo, un pequeño *office* con una mininevera repleta de agua fresca y una cafetera de cápsulas y, cómo no, una pared acristalada que comunica con una habitación anexa, en la que se expone el féretro del ser querido y cuyo cristal te permite leer los lazos y saber quiénes se han gastado el dinero en una buena corona..., y también descubrir a las personas que no se lo han gastado.

No todos los negocios han cerrado; ha quedado un superviviente, el pub, ya que su dueño se ha negado en redondo, alegando que el toque de queda es solo para la gente joven y que los adultos también se alcoholizan.

Todo está en completa oscuridad, y sería el escenario propicio para que alguien se deshiciese de mí, al igual que hicieron hace un par de noches con la persona con la que dentro de unos minutos tenemos una cita importante. Bueno, dejémoslo en cita con cuerpo dentro de bolsa de cadáveres. A pesar del cuerpo inerte sin vida de Simon, este puede darnos ciertos datos reveladores sobre su final. ¿Lo han estrangulado? ¿Ha muerto apuñalado? ¿Tiene un disparo entre ceja y ceja? ¿En realidad se ha suicidado cortándose las venas? Él mismo nos sacará de dudas más pronto que tarde.

Giro la muñeca y veo que mi reloj se ilumina indicándome que ya pasan cinco minutos de la hora acordada entre Phoebe y yo para entrar. Cuanto más tiempo paso aquí fuera escondida, más posibilidades hay de que cualquier persona a la que se le ocurra pasear por la zona pueda verme. Todos sabemos lo del toque de

queda, pero también sabemos que nuestro querido alcalde no es precisamente un hombre al que los ciudadanos de su localidad hagan caso. Voy hacia la puerta trasera, tras comprobar que el vigilante no está por aquí; al ver que no hay nadie, trasteo un poco con la cerradura hasta que consigo abrirla. Saco el móvil de mi bolsillo y me meto en la aplicación de mensajería instantánea.

—Esto no te lo perdono, amiga mía. ¿Sabes la que me puede caer si me pillan? Claro que lo sabes... ¿Dónde narices te has metido? Espero que tengas una buena explicación al respecto, porque estoy muy cabreada ahora mismo. Te salva un poco el que también estoy inquieta por saber qué coño está pasando en este pueblo y me muero de ganas de ver a Simon. Ya me entiendes... Me debes una.

Corto el audio y le doy a enviar, y me quedo mirando unos segundos el móvil a la espera de una respuesta de mi amiga en la que me diga que está a punto de llegar, pero no recibo nada. Sé que no va a aparecer inmediatamente, por lo que rebaso la puerta que acabo de forzar, no sin antes echar un vistazo a mi alrededor para confirmar que no hay moros en la costa. Quizá sean imaginaciones mías, pero siento como si un par de ojos estuviesen al acecho. ¿Conocéis esa sensación de tener a alguien justo detrás de ti, pero, al girarte, no encontrar a nadie? Pues eso. Pongo la linterna de mi teléfono apuntando hacia el suelo para que, al pasar por delante de alguna ventana, la luz no sea visible desde fuera. Una vez que llegue a la sala en la que está Simon podré iluminar muy bien, ya que esta no tiene ninguna que comunique con el exterior.

El edificio consta de tres plantas, y la morgue está situada en el sótano del tanatorio, la planta inferior. No es un pueblo muy grande, pero, como nuestra morgue también acoge a los fallecidos de los municipios cercanos, en muchas ocasiones tenemos a alguien a quien despedir.

Lo que es la vida... Llegas sin que nadie te pregunte, la vives como buenamente puedes o te dejan, y en la mayoría de los casos ni siquiera te permiten decidir cómo irte de ella.

La planta principal, la que está a pie de calle, es la peor. En cuanto pasas la puerta de entrada, ves un mostrador en el que hay un tipo que lo mismo te lo encuentras con cara de pena que con una sonrisa; es bastante perturbador. A mí, cada vez que me ve por aquí, me pone la segunda, enseñándome que los años, o él mismo, no han sido bastante espléndidos con su cuidado bucal. ¿Por qué me sonríe? Pues porque soy la hija de su querida Elvira. Digamos que lleva un tanto obsesionado con mi madre desde que eran compañeros en el instituto. A mi padre..., a mi padre le pone cara de asesino en serie.

Así que, si en un momento triste de vuestras vidas entráis aquí, os encontraréis con la inquietante imagen de Elías Lecter, trabajador desde hace varias décadas de este lugar, mientras os acompaña en el sentimiento y luego os menciona que en breve hay que elegir ataúdes, urnas, flores, recordatorios y todo lo que pueda cobraros para ganar su comisión. Más adelante hay una gran cafetería en la que poder darse a la tila, o al alcohol, para no pensar qué haces en este edificio. Hay cuatro salas, como la ocupada por los Myers, una para cada uno de los fallecidos que puedan coincidir en esos momentos. No suele pasar, pero... en caso de que por desgracia haya más personas a las que dar su último adiós, también tenemos un salón de actos de dimensiones épicas, que realmente no sé para qué coño está ahí. Y, por último, una capilla llena de bancos de dudosa calidad, para llorar mientras el cura del pueblo dice unas palabras de aliento a los familiares y amigos de la persona que nos ha dejado ahí congregados.

Como he dicho, en la planta subterránea está la morgue, mi objetivo en estos momentos. Consta de una pequeña sala con dos hornos crematorios; una sala de preparación, para adecentar al fallecido, y otra con diez cámaras frigoríficas con temperaturas que no aguantaría ni el Yeti. Y, para finalizar nuestro *tour*, también tenemos un pequeño cubículo en el que dar asistencia a las familias que tienen que bajar aquí para la identificación del cadáver y un pequeño despacho lleno de archivadores con datos de todos los finados que han pasado por este lugar. Como veis, muy alentador.

Ya solo queda hablaros de la segunda planta, donde se toman las decisiones sobre los materiales con los que vas a arruinarte, porque al final lo que no se dice es que el muerto se muere y no tiene que preocuparse por nada, pero los que se quedan aquí se dejan una pasta para despedirlo sin que el susodicho se entere de ese hecho, a no ser que tengas un buen seguro de defunción que te lo cubra todo. Contratadlo.

Veréis una alta gama de féretros, cosas para sus interiores y exteriores, y de urnas, por si la última voluntad de la persona fallecida hubiese sido la incineración. También se exponen varios tipos de joyas para llevar las cenizas del sujeto en caso de escoger esta última opción.

Probablemente os estaréis preguntando qué hace Elías trabajando aquí, y por qué no le he robado el puesto de encargado; yo también me lo pregunto cada día. Me encantaría deciros que estos conocimientos se deben a las veces que Phoebe y yo nos hemos metido aquí para intentar conseguir información clasificada, pero no es el motivo.

Desgraciadamente, he tenido que venir a despedir a más gente de la que me hubiese gustado, y he tenido que pasar aquí más horas y días de los que una chica de mi edad debería haber pasado. Eso sí,

todo tiene un porqué. Y nada guarda relación con que me encierre un sinfín de horas en mi cuarto para intentar descubrir lo que pasa en este pueblo desde hace cuatro años, que robe informes privados de casos sin resolver, que de repente ya no quisiese saber nada de chicos o que incluso, en ocasiones, intente alejar a mis padres para que si algún día me pasa algo no sufran tanto por mi pérdida.

Infiel

—Falto de fidelidad.

—Que no profesa la fe considerada como verdadera. Usado también como sustantivo.

—Falto de puntualidad y exactitud.

—El cabrón de mi ex.

3

La muerte siempre es traidora;
no dice el día ni la hora



Mara

Cuatro años antes

—Te he dicho que se ha acabado.

—Venga, nena, dame otra oportunidad.

—Te pillé follándote a Blair contra las taquillas del vestuario, por supuesto que no pienso darte otra oportunidad.

—Venga, te juro que no va a volver a pasar.

—Owen, cariño mío, me importa una mierda si te tiras a todo el equipo de animadoras o de ajedrez. No voy a volver contigo —le digo pronunciando sílaba a sílaba.

Estamos en el Insomnio, único pub del pueblo, que abrió sus puertas hace escasos seis meses y por el que hicimos un fiestón de apertura digno de una película americana protagonizada por los Jackass.

Está regentado por Caleb, un chico un poco mayor que nosotros que llegó un día a Midnights Valley sin ningún tipo de compañía..., nadie, ni padres ni pareja ni familia. Apareció solo con su soledad y su aura de misterio, que debo admitir que despierta mucha curiosidad entre las chicas, aunque él parece ignorarlas. Bueno, no es la primera vez que, estando aquí, he mirado hacia la barra y lo he pillado in fraganti mirando a mi amiga. Así que creo que, en su caso, la curiosidad se la produce ella a él.

—Y una mierda te daría igual que me las tirase.

—Ah, pero sigues aquí... —suelto mientras me miro una uña.

Estoy recorriendo el pasillo que da acceso a los baños y paso de largo, dirigiéndome a la puerta que hay al fondo y que da a un callejón al que salgo habitualmente para «drogarme» a base de nicotina. Saco el paquete de cigarrillos de mi bolso, me pongo uno en la boca, enciendo el mechero y empujo la puerta de emergencia para salir.

—Sí, sigo aquí, y no pienso moverme hasta que me des una oportunidad.

La persona que sigue mis pasos es mi exnovio, Owen, el chico por el que todas suspiran y por el que yo suspiro por algo distinto a ellas, debido al rechazo que me produce en estos momentos. Cuerpo atlético, moreno de piel, ojos verdes, pelo rapado por los lados y más largo por arriba, sonrisa cautivadora... y un lobo con piel de cordero.

—Madre mía, Owen, me estás jodiendo la vida y la noche —digo expulsando el humo una vez que salgo fuera.

—La vida y los pulmones te los jodes tú solita con la mierda que te metes en el cuerpo.

—Y las infidelidades por tu parte, no te jode. Déjame en paz de una vez, te lo pido por favor.

¿Cuántas veces se lo voy a tener que pedir?

—Te has presentado voluntaria para organizar la fiesta de Halloween, ¿verdad? —me pregunta de sopetón, y enseguida veo por dónde van los tiros.

—Ya sabes la respuesta a esa pregunta y, ¡te lo advierto!, que no se te ocurra hacer lo mismo. No te quiero allí.

—No sabía que estaba en tu mano decidir por el resto de la humanidad.

—Lo que está en mi mano es evitar verte la cara todo lo que me sea posible.

—Venga, nena..., no seas así —me susurra mientras se acerca lentamente y al mismo tiempo retrocedo poco a poco en dirección a la pared. Sé lo que intenta.

—Owen, tú haz tu vida, que yo haré la mía.

—La haremos juntos.

—¿Va a alargarse mucho esta conversación en la que tú tratas de volver conmigo y yo te rechazo? Te lo digo porque empieza a cansarme. Es muy repetitiva.

—Solo estoy intentando que mi novia me perdone.

—Lo que no entiendes, porque las pocas neuronas que tienes parece que se han ido a otra parte, es que yo no soy tu novia. Tú no eres mi novio. Ya no somos novios.

—Gilipolleces, seguro que te duermes llorando por las noches por volver a estar bien conmigo, pero no lo quieres reconocer.

—Lloro por las noches pensando en el año que he perdido contigo y por haber estado echando polvos de mierda. Por eso sí que lloro.

—Podrás decir que son polvos de mierda cuando tengas con qué comparar. De momento solo te he follado yo.

—Hace quince días te encontré regalándole un orgasmo a una chica que no era yo, tu novia en ese momento, así que ese día sí que me dormí llorando, por lo gilipollas que fui por aguantar cuatrocientos once días a tu lado. ¿A los cinco días sabes qué hice? Tirarme a alguien en el baño del segundo piso. ¿Sabes ese hueco que hay al final de los cubículos? Majestuoso para que te la metan bien profundo. Pruébalo, seguro que así Blair te mejora la media.

—Estás mintiendo, tú no serías capaz de hacerme eso.

—Es real como la vida misma, y recuerda que soy una mujer libre gracias a ti.

—Me estás empezando a tocar los cojon...

—¿Te está molestando?

Hace menos de un minuto, mientras conversaba con mi ex, y a pesar de la música amortiguada que nos llega desde donde estamos, he oído unas pisadas que se aproximaban hacia nosotros. No sé cómo he podido captarlas, pero lo he hecho. El culpable es un chico que nunca había visto por aquí pero que se da un aire con el dueño de este establecimiento. Debido a la oscuridad no lo aprecio bien, pero, por lo poco que pillo, es un guaperas de los que me gustan.

Dejo de mirar a Owen, que está demasiado cerca de mi cara, y me centro en la persona que acaba de hacerme una pregunta.

—Me estaba despidiendo de mi exnovio, que ya se iba.

—No, no me iba, no hemos terminado la conversación.

—Sí, sí que lo hemos hecho, pero podemos preguntarle a este chico qué opina al respecto. ¿Te parece?

—Nadie tiene que meterse en nuestros asuntos.

—Ya lo creo que sí. Verás..., este de aquí ha sido mi novio durante más de un año, pero hace dos semanas me lo encontré follando con

una compañera de clase en los vestuarios. Lógicamente, corté la relación con él. No pienso ser una cornuda consentidora, me quiero demasiado. La cuestión es que él sigue pensando que somos novios pero que estoy enfadada..., y yo le acabo de contar que no somos nada y que, cinco días después de dejarlo, eché el mejor polvo de mi vida en los baños con otro. ¿Qué opinas?

—Que no merece ni que lo mires a la cara y que me alegro de que por fin alguien te haya follado como es debido.

Sonrío. En otras circunstancias me habría sonrojado por completo al ver como el verbo *follar* salía de su boca, pero lo que siento es satisfacción por contemplar la cara de mendrugo que Owen tiene ahora mismo.

—¿Vas a irte ya, como te está pidiendo ella? ¿O tendré que pedirte personalmente que te vayas del local de mi hermano?

Sabía que eran familia.

—Ya nos vamos...

—Ella se irá de aquí si así lo decide, no porque tú quieras que lo haga.

—Vamos, nena —dice entre dientes.

—Adiós, Owen. Ten cuidado de camino a casa, nunca se sabe los peligros que acechan.

Y con esas me doy media vuelta, entro por la puerta por la que había salido y me adentro de nuevo en el pub, con la presencia de este chico del que aún no sé el nombre a mis espaldas. Mi intención es ir hacia la barra, donde está todo el mundo, pero entonces noto que me coge de la muñeca. Me giro sorprendida y me encuentro con una mirada que no logro descifrar. Bajo la vista a su mano, que sigue en contacto conmigo y que irradia mucho calor.

—Si te vuelve a molestar, avísame.

—Vale... —respondo en un susurro.

—Lo digo en serio, ya sea él o cualquier otro. Tú tan solo dímelo.

Luego me suelta, se mete en el almacén y me deja sola en medio de un pasillo sin que sepa por qué este completo desconocido se ha vuelto de repente tan protector conmigo.

Lo que tampoco sé en este momento es que este va a ser el día en el que vea a Owen por última vez.

Abandono

—Acción y efecto de abandonar o abandonarse.

—Renuncia sin beneficiario determinado, con pérdida del dominio o posesión sobre cosas que recobran su condición de bienes *nullius* o adquieren la de mostrencos.

—Lo que me acaba de hacer mi amiga Phoebe.

4

A la muerte, ni temerla, ni buscarla:
hay que esperarla



Mara

—Joder, Phoebe, ¿se puede saber dónde coño te has metido? Te he llamado infinidad de veces.

—Lo siento, no he podido cogértelo antes...

—¿Qué es ese ruido?

—Estoy en el pub. Justo cuando iba a salir para la morgue me ha llamado Caleb pidiéndome el favor. Ya sabes que necesito el dinero para mis cosas.

—Pero ¿no te dejaba entrar hoy más tarde?

—Sí, pero a Nancy no la han dejado salir de casa debido al toque de queda.

—Eso es lo que pasa por querer seguir viviendo en casa de papá y mamá como una reinona.

—Se lo he dicho mil veces.

A lo que mi amiga se refiere con que necesita el dinero para sus cosas es a que lo necesita para sus libros sobre hierbas y hechizos. Phoebe Boneville no viene de una familia cualquiera. La suya es bien conocida en el pueblo y sus alrededores por su incursión en el mundo de las ciencias ocultas, de las que todos reniegan pero a la vez por la que están fascinados, a partes iguales. Se dice que su tatarabuela Agnes tenía un consultorio en casa al que las mujeres iban en busca de remedios caseros para los males de ojo que creían que tenían cuando sus maridos desaparecían, sus embarazos no llegaban a buen puerto o sus hijos nacían con algún tipo de malformación. Los hombres la repudiaban a pesar de hablar de ella como la bruja más poderosa del reino, y precisamente por eso dejaban que sus esposas jugasen a la magia blanca con ella, además de para tenerlas contentas. Las mujeres se presentaban con las manos vacías en casa de Agnes y se iban con estas llenas de tarros de cristal repletos de plantas, hojas, minerales e incienso, entre otras cosas. La delgada línea entre la razón y la fe se desdibujaba al traspasar el umbral de aquella casa familiar.

Esos conocimientos pasaron de generación en generación hasta llegar a la abuela de mi amiga. Agatha es una mujer afable y hermosa, sin arrugas en la cara y con una sonrisa que lo ilumina todo a su paso, siempre predispuesta a ayudar a los demás, con sus cartas del tarot a mano y más kilos de sabiduría que de otra cosa. Es una médium de los pies a la cabeza que, con solo tocarte, ya sabe si lo que está por venir será algo bueno o el mayor de tus problemas.

Su hija Sally, la madre de Phoebe, regenta junto a su hermana la herboristería de la localidad, en la cual hay una trastienda llena de

libros no aptos para todos los públicos y un montón de objetos que, si los viesen muchos ciudadanos de a pie, pondrían el grito en el cielo. No, no encontraréis varitas mágicas ni escobas voladoras allí, pero sí una gran variedad de minerales de sanación, aceites, hierbas para rituales, esencias, sahumerios, amuletos, sales, agua bendita, velas, talismanes, péndulos... Lo que viene siendo una tienda esotérica oculta tras la fachada de un herbolario.

Y esto nos lleva a mi amiga, criada entre mujeres poderosas y conocedoras de las fuerzas del mal que acechan el mundo. La primera vez que me lo contó teníamos la friolera de cinco años. Me dijo que provenía de una familia que hacía cosas relacionadas con la magia y que entendía que no quisiese ser su amiga a pesar de que su abuela le había dicho que sus cartas le habían mostrado que nuestra amistad sería realmente duradera. Yo le contesté que no se preocupase; me inventé que mi familia también hacía cosas raras, pero que no podía contarle mucho más porque los mayores evitaban hablar de ciertos temas conmigo delante. Le expliqué que yo también provenía de una familia de brujas, aunque no tenía ni idea de eso. Ella me acusó de envidiosa y yo, por orgullo, le dije que estaba segura de que, en una pelea cuerpo a cuerpo, las Holloway acabarían con las Boneville. Añadí que su abuela era una tarotista malísima porque ya estábamos enfadadas y no seríamos amigas nunca más. Esto se resolvió cuatro días después, cuando me caí en el patio del colegio, me hice una herida y ella vino corriendo con una árnica en la mano y me la puso sobre la rodilla. Me dijo que no me preocupase, que esa planta era antinflamatoria, antiséptica y cicatrizante. Conocimientos muy normales para una niña de esa edad, claro... Y esto nos lleva al día de hoy, en el que estoy sin ella en una morgue donde me he colado por nada más y nada menos que por culpa suya.

—Ajá. Me parece muy bien que quieras seguir llenando nuestra casa con tus «cosas», Pheebs, pero esto fue idea tuya —digo susurrando. No entiendo la razón, ya que mi única compañía ni siente ni padece.

—Lo sé, lo sé, y lo siento. Ya sabes que mi jefe hace conmigo lo que quiere.

—Porque tú le dejas... demasiado.

—¿A qué te refieres?

—¿En serio tenemos que hablar de esto ahora? —No es el mejor momento.

—Por supuesto.

—Bien, pues vamos allá. Digamos que, si a ti no te gustase *tanto* su atención, mejor te iría. Lo que hace contigo podría catalogarse de explotación laboral, porque ni una hora extra te paga..., aunque tal vez te quiere siempre cerca por otros motivos más personales, quién sabe.

—Estás chalada. Caleb se porta muy bien conmigo, no tengo ninguna queja. Además, nunca me ha puesto la mano encima ni me ha dicho nada inapropiado.

—No tienes ninguna queja porque está claro que consideras que es una putada que sea tu jefe, aunque te controlas.

—¿Y por qué iba yo a considerar eso?

—Porque si algo tienes bueno, Phoebe Boneville, es que para ti el trabajo es sagrado, aunque te mueras por follarte a tu jefe.

—Eso no es ver...

—Y aquí acaba nuestra conversación. —Tengo cosas más importantes que hacer en este momento, prioritarias, y cuanto menos tiempo pase aquí dentro, menos posibilidades de ser pillada.

—Sabes que odio que me cortes.

—Y yo, que me mientas deliberadamente y que me dejes tirada en un sitio en el que mi única compañía es alguien sin pulso. ¿Sabes lo que pasará si me pescan aquí?

—Nada en absoluto. Recuerda que tienes excusa... Trabajas ahí.

Autopsia

—Examen anatómico de un cadáver.
—Observación visual directa.
—Lo que voy a intentar hacerle de modo rándom al pobre Simon.

5

Quien se apura
su muerte apresura



Mara

—Lo siento, Simon. Nunca imaginé que, de volver a tener una cita, sería en estas circunstancias.

Mi mano derecha sigue puesta en la cremallera de la bolsa para cadáveres que tengo delante. He encontrado a mi difunto compañero hace un minuto metido en la cámara frigorífica número seis y me ha costado horrores poder sacarlo de ahí. Algo más que añadir a la lista de cosas a las que hay que ponerle un producto antioxidante.

Sí, conozco todos los materiales que se pueden comprar en este edificio, las caras perturbadoras de Elías y cada rincón de este lugar porque llevo trabajando en el tanatorio desde que vi que había un

puesto vacante en el tablón de anuncios de la facultad. El trabajo soñado para gente menor de veinticinco, cómo no.

Sigo bajando la cremallera hasta que llego a sus pies. En el izquierdo lleva la etiqueta, conocida por el gran público gracias a películas de serie B, en la que consta el nombre, la edad, el sexo y su número de identificación.

«Ay, Simon..., qué bien te sienta la muerte, estás incluso más guapo que cuando la sangre corría incansablemente por tus venas».

Bueno, al lío, que no quiero demorarme mucho, porque una cosa es que no me produzca ninguna angustia estar acompañada de un fiambre y otra muy distinta es que me apetezca pasarme toda la noche con un ser no vivo. Sería un poco lamentable.

¿Qué me está diciendo sin palabras el cuerpo que tengo frente a mí? Ausencia de cortes en las muñecas para desangrarse, carencia de surco de ahorcadura alrededor del cuello, ningún orificio de bala a la vista y tampoco puñaladas en su piel. Todo esto me constata que el pobre muchacho que una vez me regaló uno de los mejores orgasmos de mi vida no tenía ninguna intención de perder la suya.

«¿Qué fue lo que pasó contigo? ¿Qué son esas marcas que te cubren casi entero?». Su piel blanquecina deja ver claramente, en color rojo, el recorrido de todas las venas, como si estas hubiesen querido salir de su escultural cuerpo. Me fijo en que tiene tierra en los dedos y que debajo de las uñas hay restos de sangre. Sangre que imagino que ya habrán analizado y que arrojará un poco de luz sobre el asunto. ¿Es su propia sangre? ¿Pertenece a otro?

Una de sus manos tiene los nudillos raspados. ¿Simon metiéndose en alguna pelea? No me cuadra con su carácter... Era ligón y en ocasiones bastante gilipollas, pero era un tipo tranquilo que procuraba no meterse en líos y que a veces incluso echaba un cable

a los demás. «Simon, Simon..., ¿ocultabas algo bajo tu fachada de chico bueno?».

De su oído derecho sobresale un hilillo de sangre que no me dice mucho y que puede ser debido a un montón de causas que no tengo tiempo de analizar en estos momentos. Acerco un par de dedos a su boca y levanto su congelado labio superior. Es muy típico ver en las series, cuando hacen esto, que de pronto se encuentran con algún papel que contiene una pista desquiciante... Lo sé, si esto hubiese pasado ya lo habrían descubierto. ¡¿Qué demonios...?! Le faltan todas las piezas dentales a excepción de sus colmillos y muelas. Esto también me parece extraño, como que tenga todas las venas marcadas. Muevo un poco su peso muerto, nunca mejor dicho, y compruebo que no tiene ningún golpe ni por la espalda ni por la parte trasera de la cabeza. «¿Cuál es la causa de tu muerte?».

—Simon, no me has sido de mucha ayuda, pero te prometo que descubriré qué te ha llevado a mantener esta conversación conmigo en estas circunstancias. Llevaré flores a tu tumba cuando haya resuelto el enigma y se haga justicia.

Cierro la cremallera, consciente de que esta es la última vez que voy a ver a este chico que conozco desde la infancia, y empujo con todas mis fuerzas para que el metal sobre el que está tumbado se meta de nuevo en la cámara frigorífica.

Justo cuando estoy a punto de salir por la puerta, oigo algo que me deja petrificada.

«Confío en ti».

Me detengo, giro sobre mí misma buscando al dueño de esa voz y... Y entonces llego a una conclusión del todo chocante. No... no puede ser, no puede ser su voz. Definitivamente tengo que salir de aquí. Hay pocas situaciones en la vida en las que los nervios me sobrepasen, pero admito que esta es una de ellas. Juro que he oído

a Simon decirme que confía en mí. ¿Me he convertido de pronto en Melinda Gordon?, ¿o tal vez en la protagonista de *Tru Calling*? Bueno, respecto a esta última, trabajamos en un edificio similar...

De pronto me encuentro ante un dilema existencial. Por un lado, mi cabeza me dice que ya está bien de sobresaltos esta noche y que salga de aquí de inmediato. Pero, por otro, me pide que vaya al despacho donde sé que encontraré el informe de la autopsia en el que podré averiguar unos cuantos datos más, como por ejemplo si han aparecido en la escena del crimen los dientes que le faltan a Simon, si iba drogado hasta las cejas o si padecía alguna enfermedad mortal que él ha decidido atajar.

Mis pies deciden por mí.

Al llegar, giro el pomo de la puerta del despacho y me dirijo hacia la estantería en la que están archivados todos los casos que han pasado por aquí. Voy pasando carpetas, negando con la cabeza al leer los nombres..., hasta que lo encuentro. Voy a tener acceso a los datos detallados de la defunción del pequeño de los Myers.

Ninguna droga en su organismo, ni una gota de alcohol en sangre, restos biológicos clasificados. ¿Qué significa esto? No tengo ni la más remota idea. Encontrada una pieza dental del número cuarenta y uno, una del número cuarenta y dos y otra del número once. Ahora mismo no recuerdo la numeración de los dientes. Fallo mío. ¿Qué más tenemos por aquí? Imposible la incineración, ya que no saben si más adelante tendrán que exhumar el cadáver en busca de más pruebas. Esto sí que es interesante... Como trabajadora del centro sé que solo se actúa así cuando las causas de la muerte no se pueden determinar al cien por cien, por lo que todo parece indicar que no tienen ni idea de por qué murió Simon..., y eso sí que me va a quitar el sueño, porque es bien sabido por la gente que me rodea

que una muerte sin explicación es de las pocas cosas que perturban mi tranquilidad.

Violencia

—Acción y efecto de violentar o violentarse.

—Cualidad de violento.

—Sé a ciencia cierta que Simon nos dejó debido a toda la que recibió.

6

El diablo abre la puerta,
y el vicio la mantiene abierta



Mara

—¿Vienes a atentar contra mi vida por dejarte tirada? De verdad que lo siento, ya sabes que contaba con entrar más tarde hoy. Ha sido algo totalmente imprevisto. —Phoebe está detrás de la barra y me mira como un cachorrillo abandonado que quiere que se lo lleven a casa.

—Vengo a que me pongas una cerveza bien fresca que no pienso pagar. Pero que sepas que me has dejado sola ante el peligro. Eres mala.

—Es lo justo. Y no te voy a poner una sola, te pondré la nevera entera si así lo deseas. ¿Te quedas hasta el cierre y volvemos juntas a casa?

—La duda ofende.

Hace cinco minutos que he entrado en el Insomnio para contarle un poco por encima a mi amiga lo que he descubierto y por qué sé que esta noche me costará conciliar el sueño..., si es que lo consigo.

Me pone el botellín de cerveza en la mano y posa frente a mí un vaso frío que cojo para verter el líquido en su interior.

—Bueno, ¿qué me traes? —me pregunta por lo bajo apoyando medio cuerpo encima de la barra.

—Pues mucho y poco. Bueno, en realidad, prácticamente nada... Es todo muy raro.

—¿Hay indicios de suicidio?

—No, no hay nada que indique que se quitó la vida. Una de las cosas que más me han llamado la atención es cómo se le notan todas las venas del cuerpo; es como si algo las hubiese empujado desde bien adentro para que salieran hacia fuera.

—Sí que es raro, no sé qué puede haber ocasionado eso. ¿Disparos, navajazos? ¿Crees que alguien se lo ha cargado?

—Tan solo le he visto los nudillos de una mano un tanto pelados, lo que nos puede llevar a la hipótesis de que se peleó, aunque no sabemos si fue para defenderse o bien atizó a alguien por algún motivo que lógicamente desconocemos. En todo caso, tengo claro que sufrió lo suyo antes de su fatal final. No sé..., juraría que alguien acabó con él con ensañamiento, a pesar de que estoy bastante perdida con el modo en que lo hizo.

—No sé qué contestarte a eso. ¿Y si lo de los nudillos es porque se dio de puñetazos contra una pared?

—Una pared no ha acabado con su vida, Pheebs.

—Tienes toda la razón. Es que estoy igual de perdida que tú.

—También le faltaban muchas piezas dentales.

—Eso sí que es extraño. ¿Los tenía partidos por haberse dado algún golpe?

—No, esa es la cuestión. Me ha quedado bien claro que estaban arrancados de cuajo.

—Joder, suena terrorífico y, déjame decirlo, muy violento. Todo el mundo sabe que el dolor dental es de las cosas más insoportables que hay. Es imposible que él mismo se los arrancara, lo que nos deja un escenario bien claro. Sin duda alguien lo hizo..., y esa persona, sin duda también, es la causante del funeral de mañana.

—No sé, Pheebs. De momento todo me parece muy confuso, y ya sabes lo que pasa cuando me siento así.

—Sí, que te pones más insufrible de lo que acostumbras a ser. Tranquila, seguro que nos enteramos de algo a través de mi tío, ya sabes lo bocazas que es. Por cierto, van a decretar toda la semana de luto oficial, por lo que las clases quedan suspendidas.

—Nunca imaginé que si algo provocaba perder una semana de estudios sería precisamente la muerte de un compañero... Y tu tío, como te pille aquí trabajando y a mí alcoholizándome a estas horas, nos llevará a casa de las orejas.

—Pues mientras eso pasa le tiramos de la lengua.

—Tú siempre viendo el lado positivo de las cosas.

—Es que la vida es maravillosa. Piénsalo. Mañana iremos al entierro de un chico que tenía un montón de cosas por vivir aún y que algo, o alguien, se ha encargado de que no pueda llevarlas a cabo. Nosotras estamos aquí, vivas, respirando... Somos unas privilegiadas y no somos conscientes de ello.

Nos quedamos envueltas en un silencio que ella misma rompe.

—¿Los habrán encontrado?

—¿El qué?

—Los dientes.

—Se han recuperado algunas piezas, pero no todas. ¿Por qué has dicho «algo»? ¿Qué «algo» puede acabar así con la vida de alguien?

—Ahora mismo no tengo tiempo para explicarte esto en profundidad, pero juro que lo haré. ¿Has visto el informe?

—Sí, pero no he sacado nada en claro, más bien lo contrario. Aquí está pasando algo gordo y no sé cómo vamos a poder descubrirlo.

—Seguramente nunca lleguemos a saber lo que pasó. ¿Estás preparada para ello?

—Sabes que no sería la primera vez...

—Y justo por eso ahora mismo mi preocupación por ti ha aumentado.

—¿Puedo unirme a vosotras?

Salvada por la campana, porque sé que la conversación iba a volverse intensa recordando momentos del pasado que quiero olvidar a toda costa.

El hombre que ha interrumpido nuestra charla no es otro que su jefe. No sé su edad exacta, pero calculo que nos saca pocos años, no llega a la treintena. Tiene un cuerpo atlético, es moreno de piel y su pelo es castaño oscuro. Siendo sincera, resulta un placer para la vista. Es muy guapo y él sabe que lo es, aunque en ese sentido considero que no es de los típicos tíos que utilizan sus armas de seducción para sacar provecho con las mujeres. Es simpático conmigo, trata bien a mi amiga, aunque la explota un poco, y por eso lo tolero. Si tuviese que ponerle algún pero creo que sería que me parece algo avaricioso, pero nadie es perfecto.

—Hola, Caleb. Esta cerveza bien fresquita que ves aquí no voy a pagarla, así que ya puedes ir descontándosela a tu empleada del mes.

—Se ha tenido que quedar en casa, sus padres no la han dejado venir a trabajar —suelta entre risas.

—Eres muy gracioso, jefe... —suelta mi amiga con la boca pequeña.

—No te preocupes, yo invito —le dice con una sonrisa a Phoebe—. ¿Cómo lleváis lo de vuestro amigo?

—Amigo amigo no era, aunque lo conocíamos desde pequeñas. Es cierto que hemos compartido muchas cosas, como cumpleaños infantiles o fiestas estudiantiles..., y en mi caso acabamos teniendo buen sexo. En fin, estoy bien, pero lo siento mucho por él y por su familia. Son muy buena gente, en el pueblo todo el mundo los adora. No me quiero ni imaginar cómo estarán sus padres y sus hermanas. Hoy los he visto a todos ellos y me han dado mucha pena.

—Yo también estoy bien —interviene Phoebe—. Con esto no quiero decir que no sienta su pérdida, pero tampoco era una persona tan cercana como para estar compungida. Ya me entendéis. Como dices, podría recordar muchos momentos a su lado y todos serían buenos, la verdad. Me da penilla saber que no volveremos a vernos.

—Estudiando lo que estudiáis, estáis hechas de otra pasta. Creo que veis la muerte con una serenidad aplastante. Antes de que vinieras hoy —se dirige a mi amiga— han estado aquí unas chicas que han llorado por él desde que han llegado hasta que se han ido. Me he acercado a ellas por si necesitaban algo y me han dicho que no podían creerse que el chico hubiese fallecido. Les he preguntado si eran amigas íntimas de Simon, y me han explicado que tan solo compartían con él una asignatura y que apenas habían intercambiado algunas palabras con él. Sin embargo, aquí estáis vosotras, con un montón de vivencias en común y tan tranquilas.

—Tranquilas... tampoco —contesto, porque tal vez desde fuera da la impresión de que ninguna de las dos tenemos corazón.

—Vale, veo que sois humanas —comenta sonriendo mientras deja al descubierto sus hoyuelos.

—¿Qué otra cosa podríamos ser?

—Ay, Phoebe, si yo te contara... —responde su jefe mientras posa la mirada en ella.

—Y tú, ¿cómo la ves? —le pregunto haciendo que esta vez me mire a mí.

—¿A quién?

—A qué. A la muerte. ¿Cómo la ves tú?

—Creedme, os explotaría la cabeza si os contase mi opinión al respecto. Además, a ti no te pago por estar de cháchara —le dice a mi amiga—. Y tú, no distraigas a mi camarera.

—Esa es una buena táctica para rehuir una pregunta. Eres bueno, Caleb.

—Lo aprendió de mí —dice una voz a mi espalda que hace mucho tiempo que no oía, pero que no he podido olvidar.

Allanamiento

—Acción o efecto de allanar o allanarse.

—Acto de conformarse con una demanda o decisión.

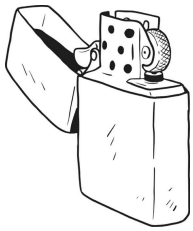
—Acto procesal del demandado por el que acepta las pretensiones dirigidas contra él en una demanda.

—Registro policial de un domicilio.

—Lo que estoy a punto de hacer en un edificio público.

7

Dale al diablo lo que es suyo: lujuria, envidia y orgullo



Adam

Ese mismo día, varias horas antes

Volver a este pueblo no era algo que entrase en mis planes, a pesar de que mi hermano lleva una buena temporada asentado aquí. La última vez que lo pisé fue hace varios años por un asunto que me dio muchos quebraderos de cabeza. Y ahora vuelve a dármelos.

Aparco el coche de alquiler frente a la cancela de la propiedad a la que me dirijo y, una vez que salgo, cojo mi equipaje del maletero, y deseo no tener que utilizarlo en exceso porque espero que mis días aquí sean pocos. Ojalá.

Llego a la puerta principal y llamo al timbre, esperando a que me abran para empezar a interpretar mi papel, ese que asumo cada vez que tengo que hacer alguna aparición estelar de este calibre.

Capto unos pasos que se aproximan y sé con toda seguridad quién es el dueño de esos pies que están a punto de pararse al otro lado de la puerta.

—Ey, hola. No tenía ni idea de que venías de visita. Caleb no me ha avisado.

—¿Qué pasa, Zachary? ¿Todo bien por el laboratorio? He venido por sorpresa, mi hermano no sabe que estoy en el pueblo.

—Zac, si no te importa —me dice el chico que comparte casa con mi hermano mientras se sube las gafas de pasta por el puente de la nariz—. ¿Vas a quedarte mucho?

—¿Te importa si hablamos dentro?

—Oh, no, perdona. Pasa, pasa.

Zachary Prescott es lo que podríamos llamar un hombre discreto que no hace preguntas que no le conciernen. ¿Qué impresión da este muchacho a primera vista? Pues que es bastante atractivo. Y también que es un empollón. Así, con todas las letras. No es que use chalecos, camisas de manga corta abotonadas hasta el cuello y corbatas de gusto dudoso, pero sus gafas de pasta, su pelo rubio oscuro un tanto desordenado, como si se pasase el día despeinándoselo a propósito con la mano, y que en todo momento ande con apuntes en la mano le dan ese aire. Además, siempre está concentrado en sus cosas y las del resto no le importan. Cuando Caleb llegó a este pueblo no tenía dónde quedarse. Los primeros días se alojó en un hostal que estaba a punto de cerrar y allí comentó que, si sabían de alguien que alquilase una habitación, se lo dijeran. También puso algún que otro cartel al respecto en los tablones de anuncios que encontraba a su paso. Hasta que Zac, que

acababa de mudarse a la casa que había heredado de su abuelo, llegó un día a casa con uno de estos carteles pegado a su deportiva, sin duda porque había caído al suelo y lo había pisado. ¿Tenía necesidad de meter a un extraño a vivir en su casa? Para nada, pero parece que lo tomó como una señal y le pareció interesante hacerlo, porque así fue. Llamó a mi hermano, quedaron para conocerse y esa misma noche Caleb pagó la cuenta del hostal y se instaló con su nuevo compañero. Llevan seis años conviviendo, en los que han creado cierta camaradería a pesar de lo hermético que es este muchacho. Se pasa el día entre libros, videojuegos, series de culto y artículos de ciencias forenses, carrera que se está sacando como el primero en su promoción.

Mi hermano tiene total libertad de traer gente a casa, y por eso mismo estoy ahora aquí, ya que hay una habitación de invitados que lleva mi nombre.

—No sé los días que me quedaré, pero, tranquilo, espero que no sean muchos.

—Por mí no te preocupes, puedes quedarte todo el tiempo que quieras.

—Gracias por tu hospitalidad, Zac.

—Eres el hermano de mi colega, no hay de qué. ¿Vas a ir al Insomnio a darle la sorpresa?

—Sí, dejo el equipaje y salgo para allá. ¿Te vienes?

—No puedo —dice mientras frunce el ceño y se sube las gafas por el puente de la nariz.

—¿Estás estudiando?

—Qué va, tío. Estoy leyendo unos artículos de una revista médica. Lo que pasa es que ha aparecido un estudiante muerto en Midnights Valley y el alcalde ha impuesto un toque de queda para los jóvenes. La verdad, es un tipo raro y no quiero que me pille por ahí cuando

tendría que estar en casa. A ti no creo que te dijeran nada, no eres universitario y ni siquiera vives aquí, pero si te paran hazte el asombrado por la noticia. Es inofensivo, aunque es bastante tocapelotas con estos asuntos.

—No sabía que había muerto nadie —miento.

—¿No te lo ha contado Caleb? Pues no se habla de otra cosa en el pueblo. No creo que frecuentase mucho el pub, pero seguro que en alguna ocasión se había pasado por allí.

—No, mi hermano no me ha comentado nada, ya te he dicho que he venido de sorpresa. ¿Y qué le ha ocurrido?

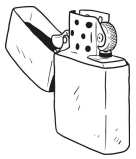
—Lo ignoro. Imagino que le habrán hecho un examen exhaustivo en la morgue, pero lógicamente los resultados se los comunicarán a sus familiares y a la policía, y aquí no ha pasado nada. Es lo que sucede siempre en este pueblo: de este tipo de situaciones, cuanto menos se hable, mejor, así no nos convertimos en la comidilla de las localidades de alrededor. Resumiendo, no te puedo decir gran cosa. Es una incógnita para todos... menos para su asesino, en caso de que lo haya. Como sabes, este es un pueblo pequeño, aquí nos conocemos todos, así que la consternación es generalizada. Todo el mundo se ha pasado por el tanatorio a presentar sus respetos a la familia y ha sido un hervidero de niños, gente joven y adultos llorando a moco tendido. Ha sido bastante triste presenciarlo, no te voy a mentir.

—¿Te has pasado también por allí?

—Claro, tío, hemos ido un montonazo de gente. Los que no hayan podido hoy seguro que mañana estarán allí sin falta.

—¿Mañana es su último adiós?

—Sí, mañana despediremos para siempre al desdichado Simon.



Dejo el equipaje en el suelo y me siento un momento en la cama. Cojo mi móvil y miro a qué distancia se encuentra el tanatorio, cuánto tardaré andando y cuánto hay desde allí hasta el pub de mi hermano. Finalmente, y a pesar de que no tendría que caminar mucho, decido coger el coche.

Me despido de Zac, salgo de la casa y pongo rumbo a mi destino. La noche ya ha empezado a caer y, por lo que me ha contado el chico, pronto dará comienzo el toque de queda, así que me figuro que la funeraria cerrará sus puertas por hoy.

Aparco al llegar y veo salir a unas cuantas personas que van sosteniéndose las unas a las otras, y doy por hecho que son familiares del difunto. Unos minutos más tarde sale un señor de aspecto un tanto raro acompañado por una mujer a la que no logro verle la cara. Él va en dirección contraria a la de ella en el aparcamiento, se sube a un coche y se va. Claramente esta chica estaba haciendo tiempo para que él se fuese primero. ¿La razón? Ni idea. Lo que sí sé es que abre su maletero, coge algo, lo cierra y no se mete en el coche, sino que mira hacia todos lados, como asegurándose de que no haya nadie a su alrededor. Me pregunto por qué se comporta así, aunque intuyo, por su forma de actuar, que algo trama. Mira su reloj inteligente, seguramente comprobando la hora, y hace algún que otro aspaviento. De repente se saca el móvil del bolsillo trasero de su pantalón. No sé con quién está hablando, pero nada más cortar la llamada se aleja del coche y se encamina hacia una puerta trasera. Mientras la sigo con la mirada, salgo del

coche sin hacer el mínimo ruido y me voy acercando con sigilo hacia el lugar donde se encuentra.

¿Por qué quiere colarse en un lugar del que acaba de salir? Es una ladrona, no le veo otra explicación a colarse aquí... A no ser... No, no lo creo. O sí...

Al poco de empezar a forcejear con la puerta, esta se abre. Se gira para asegurarse de nuevo de que no hay nadie a su alrededor y se cuela dentro. Me permito dejarle un par de minutos de margen a solas antes de ir hacia esa misma puerta y colarme también en el edificio. Avanzo por un pasillo a oscuras sin saber a dónde me lleva, pero de repente oigo un susurro que hace que mis pies se dirijan hacia la izquierda.

Ahí está. Pelo negro, ropa oscura, olor dulzón que me recuerda a alguien. Algo de ella me resulta familiar y es al oírla hablar más alto cuando me doy cuenta de que es la chica del callejón. El cuerpo del difunto está ahí mismo, fuera de la cámara frigorífica, y ella está hablándole como si nada. Esta chica resulta que es una caja de sorpresas, y a mí estas me encantan. ¿Qué hace aquí evaluando un cadáver? ¿Por qué se ha metido a hurtadillas cuando mi intuición me dice que es su lugar de trabajo? ¿Por qué se esconde?

Lleva un rato analizando al estudiante muerto cuando decide meterlo de nuevo en la cámara. Me escondo lo máximo posible, pero sin perder el ángulo de visión. Cuando está a punto de salir por la puerta su expresión cambia, aunque no sería capaz de descifrarla; se gira de nuevo hacia la cámara frigorífica, y no sé qué es lo que la ha intranquilizado. Me escondo mejor porque por nada del mundo querría que me descubriese aquí. ¿Qué explicación iba a darle?

Por último se da la vuelta, se dirige a la puerta, apaga la luz, sale de la sala y va hacia otra habitación; juraría que es un despacho. Este es mi momento para caminar sobre mis pasos y salir de aquí sin

ser descubierto. Una vez fuera voy hacia el coche, espero a que ella salga del edificio y, cuando por fin lo hace y arranca el motor del suyo, hago lo mismo.

La sigo a una distancia prudencial, para que no piense que cualquier colgado la está siguiendo (aunque sea tal cual) y, cuando está llegando a su destino, sé perfectamente dónde vamos a acabar.

Aparca, desciende y se mete por la puerta principal del establecimiento que más conozco de este pueblo. Dejo pasar unos minutos para que no sospeche que la he seguido y luego hago lo mismo, entrar en el pub de mi hermano.

Una vez dentro observo como Caleb, una de sus empleadas y la chica a la que he espiado mantienen una conversación que va a ser interrumpida por mi llegada.

Y justo cuando me acerco a ellos me dejan a huevo la siguiente frase:

—Lo aprendió de mí.

Ira

—Sentimiento de indignación que causa enojo.

—Apetito o deseo de venganza.

—Furia o violencia de los elementos de la naturaleza.

—Repetición de actos de saña, encono o venganza.

—Lo que siento que crece en mi interior cada minuto que pasa desde que ha llegado este ser..., por muy atractivo que sea.

8

En el infierno siempre es verano,
pero sin agua fresca a mano



Mara

—¡Hermano, qué alegría! No tenía ni idea de que ibas a venir —exclama Caleb mientras sale de detrás de la barra para abrazarse al recién llegado.

—Ya sabes que me gusta el factor sorpresa.

Sorpresa la que me he llevado yo ahora mismo, cuando he oído su voz de nuevo. Esa voz, algo ronca, la recuerdo muy bien a pesar de haberla oído solo en una ocasión hace cuatro años.

He pensado innumerables veces durante este tiempo en el hombre que tengo delante. Me llamó mucho la atención su modo protector de proceder conmigo cuando lo conocí, al igual que cuando me

enteré de que se había ido del pueblo en silencio, tal como llegó. Y prácticamente al día siguiente.

Decir que es atractivo es quedarse corto. Podría atestiguar que es el típico tío bueno con aires de malote, que parece «adulto» a pesar de que aparenta solo unos pocos años más que nosotras y que provoca que todo el mundo se gire para mirarlo si pasa cerca. Seguro que es lo que ocurre.

Lleva unos pantalones vaqueros, unas botas negras, una chaqueta de cuero y una camiseta negra ceñida debajo de esta. Su pelo negro está engominado hacia atrás, aunque un mechón travieso le cae sobre la frente. Sus ojos marrones encierran una mirada misteriosa y su cara muestra una barba de varios días. También quiero añadir que huele maravillosamente bien. Vamos, una exquisitez para los sentidos.

—Perdonad, chicas. Este es mi hermano Adam. Phoebe, ¿te acuerdas de él?

—No podría olvidarme nunca de un Chase. Encantada de volver a verte. ¿Vas a quedarte mucho por aquí?

—Depende de lo que tarde en resolver unos asuntos...

—Mira, esta es Mara —dice Caleb interrumpiendo a su hermano.

—Ya nos conocemos —indico con total convicción.

—Perdona, pero creo que me confundes con otro —replica dejándome algo cortada. Estaba convencida de que se daría cuenta de quién soy a pesar de habernos visto una sola vez hace años, igual que yo no lo he olvidado.

—No, nos conocimos hace cuatro años justamente. Yo estaba en el callejón con... —Me aclaro la garganta porque se me hace muy duro hacer referencia a esto—. Con mi ex. Me estaba molestando y tú viniste a echarme un capote.

—De verdad, me confundes con otro. De todos modos, encantado de conocerte.

Se acerca a mí para darme dos besos y, cuando lo tengo a solo unos milímetros, mi mente vuelve a ese preciso instante en el que me cogió la muñeca en el oscuro pasillo que da a la puerta y me dijo que, si necesitaba algún tipo de ayuda, no dudase en pedírsela.

La mente humana es muy caprichosa. La percepción de una misma cosa, también. Tú puedes recordar haber compartido un momento con otra persona que para ti es de los mejores de tu vida y para el otro resulta que es una cosa insignificante más que añadir a su lista. Creo que eso fue lo que pasó en este caso. Yo llevo años con ese recuerdo y él ni siquiera ha registrado mi existencia.

—Sí, puede ser... Si me disculpáis, tengo que ir al baño.

Me levanto del taburete y me encamino al único lugar que me dará privacidad y donde no tendré que disimular el momento de incomodidad que acabo de vivir.

«Mara, por Dios, que te ha puesto más nerviosa esto que analizar un cadáver en secreto», me digo.

Me mojo la nuca y miro mi reflejo en el espejo que tengo delante.

Moño deshecho, aunque por los mechones que se escapan de él podría decirse que el peinado es a propósito, cuidándolo al detalle. Pantalón vaquero ceñido acompañado de una blusa de cuello alto negra con ribete con volantes. Pintalabios granate oscuro que me queda de fábula. No lo digo yo, me lo dice mi amiga, que es una entendida en estos asuntos. Mi tez un tanto blanquecina, aún más en esta época del año, destaca mucho gracias al maquillaje negro ahumado de mis párpados. Lo cierto es que tengo buen aspecto y me considero bastante atractiva, y quizá por eso, en algún momento, tuve la esperanza de que el tío que ha hecho su aparición estelar se acordase, aunque fuera vagamente, de mí.

Echo un vistazo a mi manicura negra y pienso que tal vez ya sea hora de dejar de llevar las uñas cuadradas y probar la forma ovalada, y luego me esfuerzo en pensar en otra cosa que no sea el corte que me ha dado este chico, y le doy vueltas a lo que me dijo Phoebe de que su abuela nos está haciendo los disfraces para mi celebración favorita del año. Seremos pareja... En mi cabeza visualizo varias opciones, pero no tengo ni idea de por cuál de ellas se habrán decantado.

También le doy vueltas a cómo trato a mis padres desde hace ya tiempo, alejándolos de mí, y en cómo cambió mi forma de ser desde que pasó lo que pasó. Bueno, más bien mientras sigo intentando encontrar una explicación a lo que podría haber pasado.

Y por último pienso en Simon y en esa voz que he oído en la morgue mientras mi única compañía era la de un cuerpo que desgraciadamente ya no tiene ni voz ni voto.

Giro la muñeca y mi reloj iluminado me indica que llevo aquí dentro seis minutos, tiempo suficiente para que el aire enrarecido se haya disipado ahí fuera. Todo sería más fácil si no existiese el toque de queda o si la gente fuese igual de temeraria que yo al saltárselo. Intuyo que no me sorprenderé al no ver a ningún cliente nuevo cuando salga de aquí.

Abandono el servicio de mujeres mirándome de nuevo las uñas mientras considero esta vez que ovaladas no, pero en forma de garra como están últimamente tan de moda tal vez sí, cuando me doy de bruces contra un pecho duro al que le derramo algo encima.

—Oh, perdona, iba distraída.

—Pues quizá deberías mirar por dónde vas. Mira cómo me has dejado.

Vale, no es que el ambiente haya mejorado, es que ha empeorado digamos que de forma considerable.

—Ya te he dicho que lo siento —suelto, y de inmediato me enfado conmigo misma por el tono cortante con el que he contestado. Juro que no es porque me haya dolido que no me recuerde.

—Y yo te digo que hay que mirar por dónde se va. Ahora apestaré a alcohol por tu culpa.

—¿Sabes qué? —digo mirándolo fijamente.

—¿Qué? —pregunta esta vez él mirándome a mí.

—Que te jodes. Te he pedido disculpas y, por tu reacción, parece ser que no me las aceptas. Así que... que te den, por gilipollas.

Lo reto con la mirada una vez más y reemprendo mi camino para volver hacia la barra. De pronto él se pone delante de mí y comienza a andar, obligándome a que yo haga lo mismo, pero hacia atrás.

—¿Qué coño haces?

—Has sido muy maleducada. Odio a la gente así.

—Y yo odio a la gente que escupe fuego por la boca cuando alguien le pide perdón.

—No tienes ni idea de lo que es escupir fuego, Tormenta.

—¿Tormenta?

—Sí, he decidido que te llamaré así a partir de ahora porque me ponen de muy mala hostia, como tú.

—Eres un gilipollas con todas las letras.

—Creo que sé qué te pasa.

El lugar donde se encuentran dos de las pocas personas que tolero en este mundo cada vez está más lejano. Creo que en unos cuantos pasos más mi espalda impactará contra la puerta de la salida de emergencias.

—Deléitame con tu sabiduría...

—Que no soportas que la gente no se acuerde de ti. Parece ser que eres de esas chicas que se creen más importantes de lo que son por el simple hecho de considerarse atractivas.

—La de tonterías que pueden salir de tu boca... Es algo...

—¿He herido tu ego? —me dice con una sonrisa de suficiencia que le borraría de un guantazo.

—Más quisieras. Pero una cosa te digo: yo sí que no me olvidaré de ti, porque eres de los seres más despreciables que he conocido en mi vida. Imagínate cómo te veo para que lo hayas conseguido en diez minutos de reloj.

—Y seguro que también soy muchas cosas más que ahora mismo no quieres admitir. Todas buenas, aunque te empeñes en creer lo contrario.

Justo cuando me dice eso me quedo sin respiración por dos motivos: el primero, porque no me esperaba esa contestación. El segundo, porque yo ya estaba con la espalda pegada a la puerta y él, al alargar el brazo, la ha abierto, haciendo que casi me estampe al caer para atrás.

—¿Quieres matarme? —le pregunto totalmente exasperada.

—No es mi intención. ¿Cielo o infierno?

—¿Qué?

¿Qué clase de pregunta es esa?

—¿A dónde crees que irías, al cielo o al infierno?

En este momento, con la adrenalina que tengo en el cuerpo, diría que de cabeza al infierno, porque querría mitigar el fuego que me abrasa por dentro con la lujuria, y me consta que allí abajo de eso les sobra. Pero no puedo razonar mucho porque mi muñeca vuelve a estar prisionera en su mano, esa que ha alzado para cogerme cuando ha visto que tenía todas las papeletas para caerme hacia atrás y abrirme la cabeza.

—Tengo clara la respuesta, capullo. Me iría al infierno de una. ¿Tú me ves?

—Por supuesto que te veo... y, por mucho que me asegures que te irías directa a rodearte de pecado, tengo mis dudas. Verás... —añade mientras me lleva hacia la pared que está al otro lado del callejón—, creo que te darían a elegir. Probablemente seas buena persona y eso a Dios le encanta. Te abriría sus puertas muy predispuesto. Pero también intuyo que dentro de ti hay bastante oscuridad y, con eso, Satán, se relamería. Por tanto, a la hora de elegir sería como tener al ángel en un hombro y al demonio en el otro, librando una lucha encarnizada por ver quién te da mejores argumentos para que te vayas de su mano. Aunque tal vez tengas razón —susurra poniendo una mano en la pared a un lado de mi cabeza mientras con la otra sigue la hilera de los botones de mi camisa en sentido ascendente—. Ropa oscura, pelo oscuro, labios... oscuros. —Me mira la boca más segundos de los que considero apropiados y luego sus ojos se encuentran con los míos—. Incluso te gusta estar rodeada de muertos. Puede que hayas acertado con tu respuesta.

—¿Cómo sabes que...?

—Phoebe me ha contado las carreras que estáis cursando y ha añadido que trabajas en el tanatorio del pueblo. Eres una caja de sorpresas, Tormenta...

—¿Y tú? ¿Arriba o abajo?

Sonríe, y caigo de repente en la cuenta de la connotación que él le ha dado a mi pregunta.

—No te voy a contestar ahora, pero acabarás descubriéndolo tú solita.

No sé en qué momento la distancia entre los dos se ha ido evaporando, pero nuestras caras están bastante más cerca que hace un minuto. Capto que alguien avanza en nuestra dirección por el callejón tras abrir la puerta de emergencia del pub, e imagino que

serán o mi amiga o su hermano. Lo último que quiero es que, al ver esta escena, se lleven una idea equivocada de lo que está pasando aquí, y por eso lo empujo para apartarme de él justo cuando emerge una cabeza de la oscuridad.

—Mara, Phoebe ya se puede ir. Viendo que no va a venir nadie, he decidido cerrar ya.

—Claro, Caleb. Solo estaba despidiéndome del imbécil soberbio de tu hermano —señalo pasando por su lado—. Está claro que toda la educación te la llevaste tú, avaricioso. Hasta mañana.

Cuando vuelvo con Phoebe solo le hace falta verme la cara para saber que hemos de irnos a toda velocidad a casa.

Moral

—Perteneciente o relativo a las acciones de las personas, desde el punto de vista de su obrar en relación con el bien o el mal y en función de su vida individual y, sobre todo, colectiva.

—Conforme con las normas que una persona tiene del bien y del mal.

—Basado en el entendimiento o la conciencia, y no en los sentidos.

—Que concierne al fuero interno o al respeto humano, y no al orden jurídico.

—Doctrina del obrar humano que pretende regular el comportamiento individual y colectivo en relación con el bien y el mal y los deberes que implican.

—Conjunto de facultades del espíritu, por contraposición a físico.

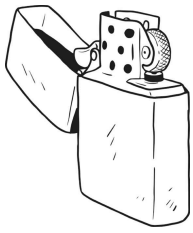
—Estado de ánimo, individual o colectivo.

—Ánimo para afrontar algo.

—Algo que a mí me falta.

9

El hombre propone, Dios dispone y el diablo descompone



Adam

—¿Se puede saber qué le has dicho a la chica? Ni siquiera llevas una hora aquí, por el amor de... —Mi hermano tiene una expresión de cabreo que conozco perfectamente, y la manera en la que está apoyado, con los puños sobre la barra, me lo reafirma.

—Como nombres a quien creo que vas a nombrar, tendremos problemas —le contesto.

—Iba a decir «por el amor de todos los grifos de cerveza que hay en esta barra». ¿Se puede saber qué te pasa? Y no me digas que nada, te conozco mejor que nadie. ¿Por qué le has dicho que no te acordabas de ella? Sabes que eso no es cierto. Además,

¿«soberbio»? Esa no me la esperaba —dice en modo jocoso esta vez. Su cuerpo ya no está tan rígido y eso me tranquiliza un poco.

—Ya ves, ya me comparan con cualquiera... Y le he dicho eso porque quiero mantenerme alejado de ella todo lo posible.

—Pues lo tienes complicado. En primer lugar, porque su mejor amiga, la persona con la que vive, trabaja para mí. También porque mañana me acompañarás al funeral del chico que ha muerto y ella estará allí. Y, finalmente, porque después de enterrarlo los estudiantes se saltarán el toque de queda y vendrán al pub para ultimar los detalles de la fiesta que harán por Halloween. Antes de que preguntes, necesito tu ayuda: Phoebe libra mañana, va a participar en la organización de esa celebración, y la otra camarera no vendrá. Lo dejo ahí, aunque podría enumerarte muchos momentos más en los que tendrás que compartir espacio y tiempo con ella.

Caleb acaba de limpiar la barra y sale de allí para comenzar a poner los taburetes encima.

—No me estás ayudando nada —farfullo entre dientes.

—Es que no quiero hacerlo, hermano. Solo necesito que entiendas que lo que pretendes no va a ser tan fácil. No tengo ni idea de cuánto tiempo tendrás que estar aquí esta vez, pero te aseguro desde ya que el círculo de personas con las que tratarás será mínimo, y ella forma parte de sus integrantes. Así que haznos el favor a todos, y a ti mismo, de dejar de comportarte como un cretino e intenta hacernos esto lo más cómodo posible. No te estoy pidiendo que te conviertas en su amigo, pero por lo menos ten un trato afable con ella dentro de tus posibilidades. Con Phoebe te comportas muy bien.

—Sabes que no es lo mismo...

—No gastes saliva, ya sé lo que me vas a decir. Pero una cosa te voy a dejar clara: esas chicas son un *pack*, van de la mano. Tienen más hermandad que nosotros con algunos de nuestros hermanos. Si jodes a una, las jodes a las dos. Y, créeme..., la rubia es de armas tomar.

—¿Te lo pone difícil? —le pregunto con una sonrisa mientras veo que el ambiente está dejando de ser tan tenso.

—Difícil me lo pongo yo mismo cada vez que me acerco a ella. Es como un puto imán. Cualquier día arderé en el infierno.

—Más quisieras...

—En serio, Adam, ¿tú la has visto? Es como un puto ángel.

—Eso es malo, ¿no? —Estoy tan confundido con esta comparación que necesito que me despeje la duda.

—Imagínate lo jodido que es el asunto para que, comparándola con uno de ellos, me parezca la cosa más apetecible y adorable que he visto jamás... Y no quiero seguir con esta conversación, así que no nos busquemos más problemas de los que ya tenemos. Esta vez la cosa está complicada, ¿verdad?

Suspiro mientras apoyo una mano en la cadera y con la otra me aprieto el puente de la nariz. Que si la cosa está complicada... No, lo que está es a punto de saltar por los aires.

He llegado aquí con un cabreo monumental, ya que estoy rodeado de ineptos que no saben hacer bien su trabajo y me toca a mí descubrir qué narices ocurre. A esto hemos de sumarle que mi carácter no es el más afable de este u otros mundos y que sé, con conocimiento de causa, que la chica de la que estábamos hablando hace unos segundos va a poner mi vida patas arriba. Mi hermano lo sabe y yo también.

—Digamos que, como no solucionemos esto rápido y me arrime demasiado a esa chica, no seré el único que aparezca por aquí. Si

añades a eso la apertura de puertas que habrá en unos días... ¿Has podido enterarte de algo?

—No mucho, ya sabes que desde aquí es difícil estar al tanto de aquello. Lo único que puedo decirte es que en Midnights Valley la gente está realmente asustada. No es la primera vez que pasa algo así por estos lares y los jóvenes están bastante acojonados, y sus padres también, para qué negarlo. Una de mis camareras, por ejemplo, me ha pedido unos días hasta que convenza a sus padres de que la dejen venir a trabajar. Te aseguro que eso no va a pasar. Así que, mientras tanto, aquí estaremos Phoebe y yo levantando el negocio. Lo siento, pero esta vez no te serviré de mucha ayuda.

—Era algo que me esperaba. No te preocupes. Pero lo digo en serio, Caleb, la cosa se puede poner muy catastrófica si no resolvemos esto a la mayor brevedad. La vez anterior solo tardamos unas horas, pero siento que ahora no nos va a resultar tan fácil.

Saca un par de cervezas de una de las neveras y me señala uno de los sillones de cuero para que nos sentemos a esa mesa.

—Aún no lo sabe.

—¿Estás seguro? —pregunto bastante desconcertado.

—No puedo asegurártelo al cien por cien, pero en un noventa por ciento estoy seguro. Hay un cambio, pero es mínimo, y ya imaginarás que cuando suceda del todo se sabrá.

—Me toca los cojones que tengas un don para percatarte de ciertas cosas.

—Lo que te toca la moral, aunque de eso vas escaso, es que no esté en tu poder el conocerlo todo. Pero es lo que hay, deberías trabajar eso para no amargarte tanto. ¿Estás preparado para cuando ocurra?

—No debería ser un problema para mí.

—Pues mi intuición me dice que sí que lo será.

—No pienso seguir aquí.

—Y de nuevo eso es algo que no está en tu poder de decisión.

Caleb da un largo trago a su cerveza y nos sumimos en uno de esos silencios que nos llevan acompañando infinidad de años. Reflexiono sobre lo que me ha dicho y saco varias conclusiones. La primera es que intuye que el cambio está a punto de producirse, por lo que da por hecho que yo seguiré en este pueblo. La segunda es que sabe que la chica tormentosa pondrá mi vida del revés. Y la tercera, que, o hacemos bien, y pronto, nuestro trabajo, o las consecuencias serán nefastas.

Paranoia

—Perturbación mental fijada en una idea o en un orden de ideas.
—Lo que creo que está empezando a experimentar mi mente.

10

Dios le quitó al diablo el poder,
pero no el saber



Mara

—¿Cómo te has levantado hoy?

—Phoebe..., te has tirado encima de mí y sigo en la cama. Cada día haces preguntas más absurdas.

—Vale, veo que tu sentido del humor sigue desaparecido después de anoche. ¿Quieres que te haga una tilita?

—Lo que quiero es que te quites de encima, me estás aplastando.

—Exagerada...

Mi amiga se aparta y sienta su culo en la silla que tengo en el tocador de mi habitación.

—No has dormido bien, ¿verdad?

—Afirmativo.

—¿Has soñado con él?

—En caso de que eso hubiese ocurrido, no habría sido un sueño, sino la peor de las pesadillas.

—Ni siquiera he nombrado a alguien, así que..., claro..., claro. En serio, ¿te preparo algo?

—Si me haces uno de tus majestuosos cafés, te prometo que hoy mostraré buen carácter en la reunión clandestina de esta noche.

—Guauuu, chica, estás que lo das todo. Ahora mismo te lo hago.



Después de una ducha de diez minutos y de ponerme el primer chándal que he pillado en mi armario, bajo las escaleras para dirigirme a la cocina, desde la que sale el inigualable aroma del café que se toma en esta casa.

—¿Me has puesto tu toque de canela? —pregunto.

—La duda ofende. ¿Hoy curras?

—Sí. Me dijeron que, por el tipo de caso, no era necesario que fuese como trabajadora del centro, pero les respondí que prefería ser yo quien atendiese a su familia al conocerlos desde siempre. Si puedo reconfortarlos un poco, y evitarles a Elías, lo haré encantada.

—Dice mucho de ti, es un gesto muy bonito. ¿No te sientes rara?

—Bueno..., digamos que en esta ocasión es como reabrir una herida que nunca se cerró del todo. No puedo evitar pensar que... que quizá él corrió la misma suerte que Simon, aunque aún no lo sepamos.

No hace falta que nombre a quien me refiero porque ambas lo sabemos.

—No puedes pensar en eso, Mara. Lo has estado haciendo muy bien todo este tiempo y no debes dejar que esto invierta el camino recorrido. Te ha costado muchas lágrimas y un cambio de personalidad. Eres consciente de la realidad, así que mantente fuerte. Lo eres.

Sonrío a mi amiga porque sé que todo lo que me ha dicho es cierto, aunque eso no quita que sea fácil decirlo, pero no llevarlo a la práctica.

—Bueno, cambiemos de tema y vayamos a por un poco de salseo. Te pone, ¿a que sí?

—Si te refieres al hermano de tu amor secreto, sí, me pone de mala leche.

—Ya estamos, Caleb no es mi amor secreto.

—Vale, pues es tu amor a secas.

—Yo... no... Bah, qué diantres. Sí, me gusta mucho, pero lo nuestro es imposible.

—¿Y la razón es...?

—Aún no te lo puedo contar, pero, tranquila, que en breve podré hacerlo.

—¿Sabes que últimamente estás más enigmática de la cuenta? —planteo con total sinceridad.

—Soy consciente de ello y de verdad que lo siento. Pero es que no puedo explicarte más ahora mismo. Mis labios deben estar sellados hasta que llegue el día.

«No me odies. Lo entenderás todo».

Vuelve a pasarme lo mismo que cuando vi a Simon por última vez en la morgue. Oigo la voz, en este caso la de mi amiga, que la tengo enfrente y no ha movido los labios.

—¿Pasa algo? —me pregunta con un brillo en los ojos que no logro descifrar.

—No, nada.

—¿Estás segura? —insiste, y no sé la razón.

—Segura. Me voy a duchar.

—Pero ¿no acabas de salir de la ducha?

—Sí, pero sigo destemplada.

No dice nada, me tomo el café de un trago y me dirijo de nuevo al baño de mi habitación. Vuelvo a desnudarme, abro el grifo y me meto otra vez bajo el chorro de agua caliente.

¿Qué me está pasando? ¿Tan sugestionada estoy con lo que sucede que he empezado a oír voces conocidas en mi cabeza? ¿Por qué no me habla la persona a la que llevo buscando cuatro años? Todas estas son preguntas sin respuesta.



Son las doce y mis pies acaban de pisar el suelo del edificio en el que me pasaré el día. Elías ha abierto las puertas hace una hora y los familiares de Simon ya están en la sala destinada a ellos. A pesar de que aún falta para el funeral, un montón de vecinos del pueblo ya están aquí, arropándolos a todos en este día que se les hará tan largo y duro.

Elías está hablándome, pero yo he desconectado, porque por el cristal de la puerta veo quién está a punto de entrar por ella.

Eleanor Warren nunca ha estado muy bien vista a ojos de la comunidad. Su carácter un tanto agresivo la ha llevado a esto. Dicen que llegó a Midnights Valley hace un cuarto de siglo siendo una jovencita y que se afincó aquí con su marido, quien la dejó cuando se enteró de que estaba embarazada. Siempre había estado

pendiente de su único hijo, sin mostrar nunca una sonrisa y enclaustrada en su casa la mayor parte del tiempo sin relacionarse con nadie. Desde hace cuatro años poca gente la había vuelto a ver, llegando a pensar incluso que había abandonado la localidad. Yo era una de ellas..., hasta ahora, que la tengo a unos pocos pasos de distancia y ha fijado los ojos en mí. Suspiro. Trago saliva.

Mi mente vuelve de inmediato a cuatro años atrás, cuando todo mi mundo se vino abajo.

Amenaza

—Acción de amenazar.

—Dicho o hecho con que se amenaza.

—Delito consistente en intimidar a alguien con el anuncio de la provocación de un mal grave para él o su familia.

—Lo que siento cada vez que mi exsuegra posa los ojos en mí.

11

En casa del que jura, no faltará desventura



Mara

Cuatro años antes

—¿Estamos todos? —pregunta la señorita Bates mientras mira a los presentes.

No, no estamos todos. Falta Owen, que, para mi sorpresa, ha decidido hacerme caso y no arruinarme la preparación de la mejor fiesta del año.

—Falta Owen, señorita Bates. Imagino que le habrá surgido algún imprevisto porque ayer me aseguró que estaría aquí —dice Lester Kramer, uno de sus mejores amigos.

—Pues no perdamos más tiempo. Si no ha podido estar aquí puntual, será bien recibido cuando llegue. Eso sí, si alguien puede mandarle un mensaje y preguntarle cuándo va a venir para que estemos sobre aviso, mejor. Ya sabéis que no me gustan las interrupciones.

Saco mi móvil del bolso y me meto en el chat con Owen. Última hora de conexión..., pocos minutos después de que me dejase en paz en el pub ayer por la noche. Me sorprende, ya que es una de las personas que conozco que más tiempo se pasan pegadas al teléfono. Imagino que después de irse acabaría en casa de alguno de sus colegas, o amigas, y aún sigue durmiendo a pesar de ser las doce del mediodía.

Dos horas después estamos saliendo todos por la puerta y vuelvo a comprobar si Owen se ha conectado a la aplicación de mensajería instantánea. No, no lo ha hecho. Por eso, y a pesar de que seguramente mis padres ya estén esperándome para comer, me dirijo hasta la casa de mi ex.

La casa familiar de los Warren se encuentra en el número 2 de la calle Bishop. Es una vivienda de dos plantas con jardín trasero que llama la atención por lo tétrica que parece por fuera... y por dentro. A lo largo de este último año he pasado mucho tiempo en el interior y puedo decir, con total conocimiento de causa, que esta casa no tiene alma, ni color, ni vida. Un motel de mala muerte de carretera tiene más humanidad.

Llego a la puerta y respiro hondo antes de tocar el timbre porque, cualquiera de las dos personas que pueden abrirme, ahora mismo no son santo de mi devoción.

Eleanor, la madre de Owen, nunca se ha metido en nuestra relación, pero tampoco me ha acogido con los brazos abiertos. El día que nos conocimos me dijo un escueto «hola» y, después de eso,

creo que ha evitado a toda costa conocer un poco más a la que era la novia de su hijo.

Vuelvo a coger aire mientras miro al cielo. Luego compruebo de nuevo la conexión de Owen, que es inexistente, y aprieto el timbre con un dedo.

Unos segundos después la mujer de pelo rojo intenso que me abre me pregunta qué quiero.

—¿Puedo hablar con Owen?

Sus ojos, de un azul tan claro como un témpano de hielo, me observan de arriba abajo, sin fingida alegría por encontrarme en la puerta de su casa. Todo lo contrario, estoy segura de que, si las miradas matasen, sus iris se clavarían en mí como cuchillos afilados al trinchar el pavo el Día de Acción de Gracias. Ambas sabemos que no le hace ni pizca de gracia que haya venido a su propiedad preguntando por su hijo.

—Mi hijo no está. Ayer, cuando se fue, me dijo que pasaría la noche contigo.

—¿Conmigo? No..., no la ha pasado conmigo.

—Entonces, ¿con quién lo ha hecho? —pregunta mientras se apoya con el hombro en el marco de la puerta. La noto despreocupada.

—Pues no lo sé. Verás, lo dejamos hace dos semanas. Bueno, más bien corté yo con él.

—¿Y se puede saber por qué dejaste a mi hijo? —me plantea mientras se alisa una pequeña arruga en su vestido de licra negro. Su fondo de armario está lleno de prendas de este color, como si estuviese en un luto permanente.

—Eh...

—Niña, no me voy a escandalizar de nada de lo que me digas.

—Porque me fue infiel con una compañera.

—Vaya con mi pequeño Owen... Pues seguramente esté con ella.

—No, no es así. Vengo de la reunión para organizar la fiesta de Halloween y ella estaba ahí. También sus amigos, y nadie lo ha visto.

—¿Lo habéis llamado?

—Sí. No coge el teléfono y lleva sin conectarse desde anoche, poco después de que tuviésemos una discusión en el callejón del pub.

Veo como Eleanor cambia su gesto corporal y sé lo que viene a continuación.

—Resumiendo: me estás diciendo que ayer por la noche sí estuviste con él y que no se sabe nada de mi hijo después de que tuvieseis una trifulca.

»Quizá ese sea el problema, niña, que mi hijo no está por tu culpa.

—¿Qué...? Yo no...

—¿A qué has venido a mi casa? ¡Dime! —En cuanto me grita noto que los nervios se han apoderado de ella.

—Pues... quería saber si estaba bien y a disculparme con él por decirle que hoy no acudiera a la reunión...

—Quiero que te quede una cosa clara, Mara Holloway —sisea entre dientes muy cerca de mi cara—. Si le ha pasado algo a mi hijo, caerá sobre tu conciencia y me las pagarás. Tarde o temprano lo harás.

En estado de shock, sin poder moverme y con un portazo en las narices, me quedo congelada en el pequeño porche de la casa de mi exnovio, ese del que no sé nada y del que me huelo que no sabré en mucho tiempo.

Ofensa

—Acción o efecto de ofender.

—Lo que mi amiga cree que me ha hecho, aunque nada más lejos de la realidad. Sí que es una bruja...

12

Si quieres que el diablo no se presente,
no lo mientes



Mara

Si las miradas matasen, mi familia se ahorraría los gastos de transporte funerario porque ya me quedaría en estas instalaciones. Los ojos de la que un día fue mi suegra siguen posados en mí mientras se adentra en el edificio. Ni un «hola», ni un gesto amigable, solo desprende rabia. Pasa de largo y se detiene en la puerta de la sala destinada a la familia de Simon. Unos segundos después se mete en su interior.

—Pobre mujer...

—¿Qué?

Me doy la vuelta porque me había olvidado por completo de que Elías estaba a mi espalda.

—Pues lo que he dicho, pobre mujer. Una cosa es perder a un ser querido y saber qué ha sido de él, pero en su caso... No saber si tu hijo está vivo o muerto tiene que ser un tormento diario.

Lleva razón, no debe haber cosa más dolorosa en la vida, pero no puedo empatizar como debería con ella porque esta señora lleva cuatro años pensando que yo tengo la culpa de una cosa que no hice.



La mañana ha transcurrido con la normalidad de estos casos y ya no cabe un alfiler más en este lugar. Es la hora de comer y los ciudadanos han decidido no ir a sus casas y tomarse algo en nuestra cafetería.

Veo una cabellera rubia muy familiar al otro lado de la sala y mi estado de ansiedad desciende bastante, ya que, desde que la señora Warren está aquí, hay algo en mi cuerpo que me tiene en alerta. Me dirijo hacia una de mis personas favoritas.

—Hola. ¿Cómo están los ánimos? Vale, pregunta tonta... Es que estoy nerviosa —dice mi amiga atropelladamente.

—Menos mal que ya has llegado, Eleanor está aquí.

—¿Esa vieja bruja está aquí?

—No la llames así. Pero, sí, lleva ya unas cuantas horas.

—Te pido disculpas.

—¿A mí?

—Sí, por llamarla «bruja», no quería ofenderte.

—¿Y por qué debería ofenderme eso a mí? Solo te pido que justamente aquí no la llames de ese modo. Luego en casa puedes

destriparla todo lo que quieras.

—¿Te ha dicho algo?

—Me ha taladrado con la mirada, que ya es bastante.

—La verdad es que no me hubiese imaginado por nada del mundo que abandonaría su cueva para venir a presentar sus respetos a la familia Myers. ¿Simon era amigo de Owen?

—Yo no diría eso, su relación no era muy estrecha. Digamos que se llevaban sin más. No quiero ni imaginarme qué hubiese hecho Owen si se llega a enterar de que el tío que me echó un buen polvo en los baños era Simon.

—Hombre, pues creo que lo de llevarse sin más hubiese pasado a «Si te veo, te reviento». Ya sabes cómo son los tíos de cromañones con estas cosas.

—Sí, seguramente habría intentado marcar su territorio, aunque ya no fuese suyo.

—Nunca lo fue.

—¿Cómo?

—Su territorio, Mara. Recuerda que nadie es propiedad de nadie, a pesar de que haya seres sin neuronas que crean lo contrario. Han pasado los años y aún no logro entender cómo estuviste con él poco más de un año de tu vida. Solo le faltaba mearte encima para que a la gente no se le olvidase que eras «su chica», como él decía. Y, encima, mira cómo acabó vuestra relación...

—No está bien hablar de Owen así, y menos aquí.

—Respecto a que el lugar no es el más adecuado, te doy toda la razón, pero deja de pensar que no se pueden mencionar sus maldades porque no sepamos qué ha sido de él. Eso no lo exime de sus responsabilidades.

Me quedo callada, sé que Phoebe tiene razón en eso. Un asesino no deja de serlo por perder la vida. Owen hizo lo que hizo,

hiriéndome, aunque desapareciese sin dejar rastro hace cuatro años.

—Nexo de unión...

—¿Qué?

—Que tú eres el nexo de unión. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes?

—Pheebs, ¿de qué estás hablando?

—Nada, olvídate de eso ahora. Más tarde en casa te lo explico —responde para intentar dejarlo estar. Pienso recordarle este momento—. ¿Tienes tiempo libre para comer?

—Claro, ya te dije que estoy aquí hoy por iniciativa propia. ¿Qué te pido?

—Cualquier cosa, no tengo mucho apetito. Eso sí, con Coca-Cola Zero, por fi.

—Marchando.

Llego a la barra y veo que Will no da abasto. Willow Sanderson, Will para sus «amigos» y para mí, que trabajo con ella, llegó aquí poco después de que yo consiguiese este empleo. Otra chica solitaria que apareció un día por el pueblo y se quedó en él. Tiene un carácter bastante afable y es habitual verla tomando algo en el Insomnio. Es fácil distinguirla entre la multitud debido a su cabello naranja intenso; tiene unas características pecas repartidas por el rostro y unos ojos verdes que cortan la respiración de cualquiera. No tiene un grupo de amigos definido, pero se lleva bien con todo el mundo. Es un encanto y me trata con mucho cariño.

—Hola. Venía a por algo para comer, pero... ¿necesitas que te ayude?

—Ey, Mara. Pues, si no es mucho pedir, te agradecería que fueses al almacén porque está a punto de llegar un pedido. Como ves, ahora mismo no puedo salir de aquí. ¿Tanta gente hay en este pueblo?

—Y todavía no han llegado todos... No te preocupes, que yo me encargo.

—Muchas gracias, te debo una.

Me meto tras la barra y me dirijo a la puerta que hay en un lateral y que da a un pasillo que termina en un pequeño almacén. Busco una botella de limonada, ya que estoy sedienta y es una de mis bebidas favoritas, y justo cuando estoy dando el primer sorbo suena el timbre que anuncia que alguien está al otro lado. Es decir, el camión de reparto.

Le doy al botón para que el portón se abra y, cuando este lo hace, lo que me encuentro me deja helada. Delante de mí, cargando cajas de bebida, está Caleb..., y no ha venido solo, mi nuevo enemigo público número uno está a su lado.

—¿Qué tal, Mara? ¿Dónde dejo esto? —me pregunta Caleb con una sonrisa.

—Aquí mismo. Luego ya le preguntaré a Will dónde quiere que lo coloque, así que no te preocupes.

—Genial, pues lo vamos dejando por aquí.

Mi mirada va hacia su hermano, ese que anoche me tocó la moral y que hoy está acabando con la poca paciencia que tengo. Ni un saludo, ni una disculpa por su comportamiento de ayer. Nada. Tan solo gestos extraños que no logro descifrar.

—Si no te importa, voy a pasar a hablar un segundo con Willow porque algunas cosas no he podido traérselas. Mientras tanto, que Adam siga descargando. No tardo nada.

—Ve, no te preocupes. Pero que sepas que hoy la pobre está desbordada, por eso estoy yo aquí.

—Tranquila, esperaré lo que haga falta. Incluso puedo ayudarla a servir, ya sabes que estaré en mi salsa.

Caleb se va y noto que mis nervios comienzan a atenazarme. ¿Qué me pasa?

—¿Te apartas? —oigo de repente.

—Eres un imbécil muy maleducado.

—Sabes que podrías haberme llamado «maleducado» sin necesidad de insultarme, ¿verdad?

—Es lo que tiene ser sincera y no pensar antes de hablar, pero en esta ocasión he dicho exactamente lo que quería decir. Y voy a añadir más cosas: si tu vida es triste y amargada, no tienes que intentar amargársela al resto para sentirte mejor. Así que te agradecería que de ahora en adelante ni me mires, ni te acerques, ni me hables.

—¿Y qué vas a hacer en caso contrario?

—Hacerte la vida imposible el tiempo que estés en este pueblo, que espero que sea muy corto.

—La gata hoy tiene las uñas afiladas, por lo que veo.

—Si lo de gata va por mí, te equivocas. No soy una gatita doméstica, soy un patinegro que te destrozará de un solo zarpazo.

—Y ahí está, intentando dar miedo mientras se toma una inocente limonada. Qué mona...

—No te soporto.

—El sentimiento es mutuo.

Estoy tan cabreada ahora mismo que necesito respirar aire que no esté contaminado por su presencia. Por eso, me doy la vuelta para ir de nuevo con mi amiga, pero no me percato de que detrás de mí hay una serie de cajas colocadas unas encima de otras que hacen que, al girarme, me dé de lleno con estas, haciendo que pierda el equilibrio y me desestabilice hacia atrás. ¿Siempre me van a pasar estas cosas estando con él?

—Joder... —suelto mientras ya me visualizo con el culo en el suelo.

—¿Estás bien? —me pregunta Adam, que de pronto tiene las manos en mi cintura; ha hecho que la caída no haya llegado a producirse.

—Creo que acabo de dejar bien claro que no quiero que te acerques a mí, así que quítame tus sucias manos de encima.

—Es cierto. Tus deseos, cómo no, son órdenes para mí.

Abre las manos, las aparta de mi cuerpo y, lo que impedía que me estampara, él, de repente lo provoca. Todo lo malo me lo ocasiona él. No es así en realidad..., pero, ahora que estoy viendo su sonrisa de suficiencia desde el suelo de este almacén, mi mente me manda propuestas para hacerle cosas que le inflijan mucho dolor, como el que siento yo por el golpe que me acabo de llevar.

—Quítate de mi vista —le digo nada más levantarme, con la poca dignidad que me queda en estos momentos.

Esta vez obedece, permitiéndome que me vaya mientras finjo que no me he hecho daño, aunque sí que me lo he hecho, pero no dejaré que vea que este juego lo ha ganado él.

Vigilancia

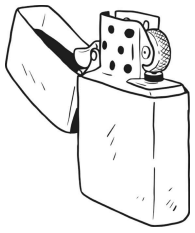
—Cuidado y atención exacta en las cosas que están a cargo de cada uno.

—Servicio ordenado y dispuesto para vigilar.

—Lo que hago con esta chica cada vez que la tengo cerca.

13

Bien la muerte aguarda
a quien vive como Dios manda



Adam

—Estoy muy cabreado contigo ahora mismo, pero ya lo hablaremos cuando lleguemos a casa. Quiero que no hagas ninguna tontería, que te estés callado y que pongas buena cara a la clientela cuando les sirvas, ¿es mucho pedir?

—No, hermano.

Caleb tiene muchos defectos, muchos, pero uno de ellos no es que se cabree con facilidad. Por eso voy a comportarme como me ha solicitado, porque tiene razón en estar molesto conmigo. No he necesitado contarle mi discusión con Mara para saber que he metido la pata hasta el fondo.

El funeral del muchacho muerto ha acabado hace una hora y, después de muchos lloros, abrazos y despedidas extensas con sus familiares, los chavales han venido al Insomnio para hablar de su fiesta de Halloween, esa que van a hacer en clandestinidad, y en honor del chico que ya no volverán a ver, aunque todos los jóvenes del pueblo estarán en ella. Vamos, que creo que el alcalde acabará haciendo la vista gorda en esta ocasión. Es eso o ponerse a toda la juventud en su contra.

Phoebe está en medio de sus compañeros, de pie, exponiendo sus ideas para la organización y buena marcha del evento. Ha propuesto que nadie acuda solo, por seguridad, y ha dicho que mi hermano proporcionará buena bebida a precio de coste. Bueno, en honor a la verdad ella sabe que eso no es del todo cierto. Mi hermano no haría nada que no le diese un mínimo de beneficio, aunque en este caso no ganará todo lo que podría.

Mientras algunos dan ideas acerca de dónde hacer la fiesta, e incluso alguno ofrece su casa porque sus padres no estarán, Mara no aporta nada a la conversación. Hasta me atrevería a decir que ha desconectado su cerebro y ni siquiera oye lo que se está hablando a su alrededor.

—La casa de Norman es un casoplón en el que entraríamos todos sin problemas. Dos plantas con muchos metros cuadrados y varios baños, que es un detalle importante. No te ofendas, Jason, tu casa es muy mona, pero un servicio para todos no es viable.

—Tranquila, Phoebe, te doy toda la razón.

—Bien. Pues casoplón de Norman a la una, a las dos... Adjudicado. Rubiales, seguro que no habrá problema, ¿verdad?

—Ninguno. Mis padres estarán fuera el fin de semana. Pero, de todos modos, no son tontos, saben que vamos a celebrar la fiesta de un modo u otro, por lo que pondría la mano en el fuego por que les

encantará saber que estaremos a salvo en el calor de su hogar. Solo os pido que respetéis su espacio, así que queda terminantemente prohibido pisar su dormitorio. Si alguien quiere follar, que lo haga en la habitación de invitados. Tampoco quiero encontrarme a nadie en mi cama..., que no os lo tenga que repetir.

—¿Me estás escuchando?

Por el modo en el que me ha preguntado mi hermano, me queda claro que mi mente estaba en la conversación en la que no tenía que estar.

—Te decía que nosotros también estaremos en esa fiesta.

—¿Y eso por...? —Necesito una buena explicación para tener que aguantar esa fiesta llena de niñatos.

—Pues muy sencillo. Todo el mundo estará allí, por lo que veo una tontería abrir aquí. Vamos a servirles nosotros mismos el alcohol a buen precio para llevarnos la ganancia y no el rancio de Freddy. Además, haría demasiadas preguntas sobre ello y a nadie le interesa.

—¿Quién coño es Freddy?

—El dueño del supermercado, nuestra competencia en este caso.

—Sois imbéciles si creéis que los padres de todos los aquí reunidos no se van a enterar de que sus retoños no están en casa.

—Eh, a mí no me metas. Yo no tengo papaítos a los que dar parte de mi vida. De todos modos, la mayoría de estos chavales ya están independizados.

—¿Zachary? —pregunto interesándome por su amigo.

—¿Qué pasa con él? No tengo que rendirle cuentas a mi compañero de piso, Adam.

—No me refería a eso, me refería a si vendrá también.

—Oh, claro. En ese sentido es un poco como tu nueva mejor amiga, se deja ver en esta celebración y no mucho más.

—No es mi «mejor amiga»...

—Eres muy perspicaz. Vendrá con nosotros.

—¿Mara?

—Veo que piensas demasiado en ella, no te la quitas de la cabeza. No, me refería a Zac. Y deja de llamarlo Zachary, no lo soporta. Nos ayudará con la bebida.

Se va para servirle a una chica que se ha acercado a pedir a la barra y yo vuelvo a centrarme en el grupo que hay ante mis ojos.

—Bien... —dice Phoebe mientras tacha algo, con un boli, en una hoja que tiene en la mano izquierda—. Tema lugar, arreglado. Suministros, arreglados. Siguiente punto... Veamos, el siguiente punto a tratar es el tema del premio.

«¿Premio?».

—Habrá medalla de oro, de plata y de bronce en cada una de las categorías. Desde aquí pido un aplauso para mi estupendo jefe, que lo ha hecho posible. Si es que es un encanto, y no digo esto para que me suba el sueldo. O sí. ¡Caleb, saluda a tu afición! —grita Phoebe haciendo que mi hermano se sonroje.

¿Desde cuándo este ser siente vergüenza?

Caleb me mira de reojo y vuelve a prestar atención a la cantidad de gente que tiene los ojos fijos en él.

—No es nada, chicos.

—Encima modesto, es que lo tiene todo.

«¿Modesto?». Creo que tengo ganas de vomitar. Estoy deseoso de saber en qué consisten esos premios de los que habla la rubia.

—Habrá tres categorías. Premio para el mejor grupo, premio para la mejor pareja, y..., ya sé que se supone que nadie puede ir por libre, pero también sabemos de algunas personas a las que les gusta saltarse las normas. Yo lo sé. Vosotros lo sabéis. Así que habrá una especie de premio de consolación para los tres mejores disfraces que

estén más solos que la una. Os lo advierto desde ya, tengo un listado con vuestros nombres y el disfraz que habéis elegido. Como se os ocurra a alguno hacer la gracia y aparecer de otra cosa para intentar ganar el premio en solitario... os prohibiré la entrada en este sitio.

Oigo como mi hermano llama la atención de Phoebe con un silbido y, con una sola mirada, se entienden.

—Retiro esto último, que no estamos para perder dinero. Podréis entrar, pero os cobraré el doble. Sigamos... Voy con lo que obtendrán los afortunados. Para los que ganen las medallas de bronce, el premio será una hamburguesa especial de la casa, con sus patatas gajo y su bebida grande. —Los vítores empiezan a surgir mientras mi hermano ya tiene la sonrisa en la boca—. Añadiremos unos panes de ajo y unas alitas de pollo para los que se lleven la medalla de plata. Y para los ganadores del oro..., redoble de tambores, que la ocasión lo merece.

Todos los estudiantes, incluso Mara, de poca gana, empiezan a dar pequeños golpes en las mesas para ponerle emoción al asunto.

—¡Todo lo nombrado antes y una *happy hour* para beber todo lo que quieran! —grita, haciendo que varios de sus compañeros acaben manteándola.

—Chicos, que me matáis a la camarera y luego no habrá nadie que os sirva lo que os ha dicho.

—Tranquilo, jefe, que no te librarás de mí tan fácilmente —suelta guiñándole un ojo.

Es entonces cuando veo que Mara sonríe, coge algo de su bolso y se encamina hacia la zona de los baños. Sé exactamente a dónde va.

Mentira

—Expresión o manifestación contraria a lo que se sabe, se piensa o se siente.

—Cosa que no es verdad.

—Acción de mentir.

—Mancha pequeña de color blanco que suele aparecer en las uñas.

—Errata o equivocación material en un texto manuscrito o impreso.

—Usado, usada, usados o usadas para negar con vehemencia lo dicho por otro.

—Lo que mi nuevo enemigo público número uno ha dicho para acercarse a mí.

14

Al vivo todo le falta.
Al muerto todo le sobra



Mara

Expulso el aire de mis pulmones y apoyo la cabeza en la pared en la que tantas veces lo he hecho a lo largo de estos últimos años.

Al principio, después de la desaparición de Owen, me costó mucho volver a salir a este callejón, ya que los recuerdos me infligían demasiado dolor. Tan solo lo hacía para recorrer los posibles caminos que pudo seguir la noche que lo vi por última vez. Solo quería encontrar un resquicio, alguna pista, que me hiciese dar con él de la forma que fuese.

Acabamos de despedirnos de Simon y mi mente divaga sobre cómo hubiese sido el último adiós de mi exnovio. Probablemente Eleanor me habría nombrado *persona non grata* y no me habría

permitido despedirme de alguien que había sido tan importante para mí a pesar de lo mal que me lo hizo pasar.

Owen, con sus luces y sus sombras, me regaló muy buenos momentos que atesoraré en mi memoria para toda la vida.

Hace cuatro años su desaparición detuvo mi vida. Me pasé semanas sin salir de la cama porque lo único que hacía era llorar debido a la culpa. Una culpa que no era mía. Eso me repetía Phoebe día y noche desde el lado derecho de mi cama, esa en la que dormía todos los días porque se negaba a separarse de mí. Aquel año no hubo fiesta de Halloween para nosotras. Tampoco mi celebración de los dieciocho, esos que íbamos a festejar por todo lo alto. Tan solo muchas horas de acariciarme el pelo, frotarme la espalda, limpiarme las lágrimas y achucharme mucho. Fue a la única persona a la que permití que viese mi lado más frágil.

A partir de ahí fui dejando de relacionarme con la mayoría de mis amigos, dejé de salir de fiesta, me volví más hermética, cambié mi ropa colorida por prendas oscuras y los tíos con los que me acostaba los conocía esa misma noche en bares de fuera del pueblo. Corté lazos con todo y todos. Lo único que me ha mantenido cuerda este tiempo ha sido mi familia, a pesar de que sé que sufren por mí, mi amiga y las ganas que le pongo a descubrir qué es lo que pasa en esta localidad.

Alguien viene. ¿A quién he matado en esta vida para merecer esto?

Adam acaba de salir por la puerta con una caja de bebidas vacía que deja en el suelo.

—¿Me estás siguiendo?

—No, Tormenta. He salido a dejar esto.

—Mientes, eso lo dejáis siempre en el almacén.

—Oh..., me he equivocado.

Y yo me chupo el dedo.

—¿Qué quieres, Adam?

—Un cigarrillo.

—Si pretendes que te lo dé yo, ya sabes lo que tienes que hacer. ¿Acaso no te enseñaron modales en tu casa?

—Poca cosa.

—O me lo pides con educación o no obtendrás lo que quieres.

Veo que se acerca a mí y empiezo a saber cuál es su *modus operandi* cuando está con una chica en un callejón oscuro. Su mano al lado de mi cabeza me lo confirma.

—Siempre obtengo lo que quiero —me dice mirándome fijamente.

Tiene unos ojos muy bonitos. Son marrones, y sus largas y tupidas pestañas negras hacen que sean muy atrayentes. Bueno, todo él es atractivo, a quién quiero engañar.

Suelto el humo de mi cigarrillo y él lo recoge con la boca, haciendo que la mía se abra de incredulidad. Joder..., mi respiración se está poniendo frenética. Esto ha sido muy morboso.

—¿Puedes darme un cigarrillo, por favor?

—Así, sí... —pronuncio como buenamente puedo.

Con el poco raciocinio que tengo me dejo el cigarrillo en la boca para sacar la cajetilla del bolsillo trasero de mi pantalón. No pienso alargar esta tortura, se los daré todos si me los pide.

Mis dedos aún no han tocado mis tejanos cuando veo como su mano se acerca a mi boca y me quita el que tengo en ella. Se lo lleva a la suya y da una larga calada, haciendo que no pueda apartar la mirada. Su cara se aproxima a la mía y me mira a los labios, como indicándome que los abra para que esta vez sea yo la que recoja su humo. Tan solo hay unos milímetros de separación entre nosotros y yo no entiendo qué está ocurriendo.

Cuando se me está empezando a pasar por la cabeza hacer una tontería y acortar del todo la distancia que queda entre nosotros, se separa bruscamente de mí y se apoya en la pared de enfrente, dejándome expuesta y anonadada por completo.

—Gracias por el pitillo. Tienes razón, he de empezar a ser más amable.

Estoy comenzando a cabrearme conmigo misma porque le he dado lo que él quería, que dejase al descubierto mis debilidades, haciéndole creer que él es una de ellas.

—Vete a la mierda.

—¿Qué pasa, Tormenta? ¿Estabas esperando algo que no ha llegado?

—Esperaba que te hubieses ido de aquí igual de pronto que la última vez.

«Mierda».

—Vaya, vaya... Sí que voy a tener razón en que has pensado en mí demasiadas veces. Me halagas.

—No te soporto.

Voy directa hacia la puerta para volver con el resto de mis compañeros y perder de vista a este hombre que me pone tanto de mala hostia como nerviosa.

Cuando paso a su lado sonríe y dice algo que me recuerda que no me libraré de él tan pronto.

—Nos vemos en la fiesta. Lo pasaremos bien.

Vergüenza

—Turbación del ánimo ocasionada por la conciencia de alguna falta cometida, o por alguna acción deshonrosa y humillante.

—Turbación del ánimo causada por timidez o encogimiento y que frecuentemente supone un freno para actuar o expresarse.

—Estimación de la propia honra o dignidad.

—Cosa o persona que causa vergüenza o deshonra.

—Pena o castigo que consistía en exponer al reo a la afrenta y confusión públicas con alguna señal que denotaba su delito.

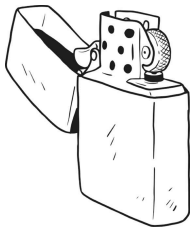
—Listón o larguero delantero de las puertas.

—Órganos sexuales externos del ser humano.

—Lo que siento en estos momentos de mí mismo.

15

Entre los mejores vestidos
tiene el diablo a sus escogidos



Adam

—No pienso ponerme esa mierda.

No sé cómo siquiera se atreven a proponérmelo.

—Adam, tampoco está tan mal.

—Zachary, cállate...

—Que no lo llames así, te lo he dicho mil veces —me recrimina mi hermano de nuevo.

—Haced el favor de dejarme en paz.

Os pongo en antecedentes. Hace unos días supe que hoy iría a la fiesta estudiantil de Halloween con mi hermano y con Zachary. Teníamos que llevar la mercancía y quedarnos a disfrutar como el resto de la gente. Hasta ahí todo normal. Oí como Phoebe explicaba

cuáles serían los premios para los ganadores, las categorías para participar..., pero me perdí la parte en la que mencionaba que quedaba terminantemente prohibida la entrada a cualquier persona que no fuese disfrazada. Sin excepción. Todo esto me está pasando por molestar de forma deliberada a la mujer que me saca de mis casillas, pero que tiene algo que provoca que quiera ir detrás de ella todo el rato..., como un puto perro faldero.

Podría ser peor. Tengo delante de mí a dos payasos. Con todas las letras. Mi hermano se ha puesto en los zapatos del Pennywise original, mientras que Zachary se ha puesto en los del Pennywise 2.0. Parece que los hermanos son ellos, igual de gilipollas que de ridículos.

—Ponte esto y cierra la boca. Vamos a llegar tarde.

—Caleb, no me jodas..., ¿también tengo que llevar el puñetero globo?

—No hay disfraz de Georgie que vaya sin él. Venga, tan solo tienes que ponerte este chubasquero amarillo y llevar eso en la mano. Míranos a Zac y a mí..., a medianoche a saber cómo estará la pintura.

—A mí ya me está empezando a picar la cara —dice el otro.

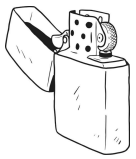
—Siempre hay que echarse crema hidratante antes, principiante.

¿Desde cuándo Caleb es un entendido en cosmética?

—Me lo apunto para la próxima. Chicos —dice Zachary pasándonos los brazos por nuestros hombros—, creo que tenemos posibilidades de llevarnos la *happy hour*.

—Sabes que el bar es de mi hermano, ¿no? Además, ¿tú bebes alcohol?

—Realmente no..., pero soy competitivo. Voy al baño antes de irnos.



Desde el funeral del chico muerto he estado todas las noches haciendo batidas para dar con algo que me ayude en mi misión: encontrar alguna pista que me haga averiguar el porqué de su macabra ejecución y saber cuál es la causa que lo ha llevado a estar pudriéndose bajo tierra. En otros momentos de mi existencia esto hubiese sido pan comido, pero en los últimos tiempos soy consciente de que estoy perdiendo facultades. Lo que no he dejado atrás es mi mala leche, así que sé que hay seres que son conscientes de que, cuando acabe con esto, habrá consecuencias.

He tenido que ver a Mara en alguna que otra ocasión y en todas ellas me ha aniquilado con la mirada, e incluso juraría que me ha bufado como el gato salvaje ese que me nombró. Debo admitir que me muero de curiosidad por saber de qué se habrán disfrazado ella y Phoebe, pero estoy seguro de que ambas estarán para que les hinquen el diente... u otra cosa.

Acabamos de aparcar frente a una casa que desde fuera parece gigantesca. Los ladrillos grises del exterior le dan un estilo moderno, a pesar de estar decorada por completo para la festividad de hoy: esqueletos, telarañas..., e incluso pequeñas calabazas en las repisas de las ventanas del segundo piso. A pesar de seguir dentro de la furgoneta, la música, amortiguada, llega igualmente a nuestros oídos, por lo que se deduce que está a un volumen bastante elevado.

—¿Preparados? Pues venga, a arrimar el hombro y bajar toda la bebida y los aperitivos. Cuanto antes acabemos el trabajo, antes

podremos empezar a disfrutar de la fiesta. Y que no se os caiga ni una sola botella...

Los tres salimos del vehículo y, ahora sí, la voz de Olivia Rodrigo cantando su «Vampire» nos llega de pleno.

—Zac, coge las latas de cerveza, por favor. Adam, vete llevando ese alcohol de ahí. Chicos, movimientos rápidos, ya sabéis que tenemos que hacer varios viajes.

Caleb es sin duda un jefe decidido, aunque vaya acompañado de dos personas a las que no tiene en nómina.

Soy consciente de que todas estas botellas que cargo pesan una tonelada y que otra persona en mi lugar no podría con ellas, pero yo poseo una gran fuerza.

Entro en esta casa en la que nunca he estado y un grupo de jóvenes, al ver lo que llevo en las manos, me guían alegremente hacia la cocina.

—Vaya, Zachary, al fin te dignas sacarte el palo del culo y juntarte con tus compañeros —se mete con él un chaval.

—¿Cómo te has enterado de que había que venir disfrazado? ¿A qué se debe tal honor? —suelta otro.

—¿Te ha dejado saltarte el toque de queda tu mamaíta? —añade un tercero.

Estas puyas llegan a mis oídos antes de cruzar el umbral de la estancia, y a mí ya me apetece reventarle la primera botella que pille a cualquiera de ellos en la cabeza.

—Zac, tío, eres demasiado rápido —le digo mientras le paso el brazo por los hombros, tal y como ha hecho él en casa con nosotros hace un rato—. ¿Son tus colegas?

El «compañero de piso» de mi hermano está con la cabeza gacha mirándose los pies mientras los que se reían de él hasta hace unos

segundos han cerrado sus sucias bocas cuando me han visto aparecer.

—Espero que me digas que no, porque no me gustaría que te juntases con esta clase de chusma. Recuerda algo: tú sí tienes neuronas, así que no dejes que gentuza insignificante como esta te haga sentir mal. ¿Tenéis algo más que decirle a mi buen amigo Zac?

El silencio es generalizado y la cocina está ahora incluso más llena que antes, aunque no sé por qué.

—Ya me parecía... Así que sois de esos.

—¿A qué te refieres? —suelta el único «valiente» que tenemos enfrente.

—A que sois los cobardes que actuáis en manada cuando creéis que tenéis a tiro a una presa fácil. ¿No me vais a preguntar a mí, que llevo un puto chubasquero amarillo y un puto globo, si mi mamaíta me ha dado permiso para venir? —pregunto a esa panda de niñatos con las cejas arqueadas—. Ya decía yo... —me respondo cuando veo que nadie lo hace.

—¿Qué pasa aquí? —interviene Caleb al llegar a donde estamos—. ¿Todo bien, chicos?

—Tranquilo, hermano. Solo estaba diciéndoles a estos muchachos que moderen la ingesta de alcohol y que disfruten de la velada, que nunca se sabe cuándo puede ser la última. Pobrecito Simon... Bueno, chavales, no olvidéis que, si se acaba el alcohol, solo se os servirá más si se lo pedís amablemente a mi amigo Zac.

Después de ponerlos en su sitio necesito un respiro; demasiada socialización, y si encima es con imbéciles todavía se me hace más insoportable. Hace diez minutos que estoy apoyado en un piano de cola marca Steinway & Sons, que cuesta unos noventa mil dólares, mientras estoy sudando como un cerdo por culpa de mi indumentaria, y hago un escrutinio exhaustivo de los que están aquí

congregados. A quién quiero engañar, no hago más que buscar con la mirada a Mara, que ya debería estar aquí..., supongo. Más que nada porque creo que su amiga es de las que disfrutan de este tipo de fiestas en cuanto ponen un pie en ellas.

Debo admitir que hay buenos disfraces, así que lamento mucho que Zac esta noche no vaya a ser uno de los ganadores. El pobre lleva diez minutos fuera porque, según él, también estaba acalorado y necesitaba tomar el aire. Yo más bien creo que se ha sentido abrumado porque nunca nadie antes había dado la cara por él.

—Vamos, cuéntame de una vez por todas qué ha pasado en esa cocina. Ya sabes que aquí no puedes utilizar...

—Tranquilo —lo corto—. Simplemente he defendido a tu amigo porque esos gilipollas se estaban metiendo con él. Es buen tío, me cae bien, y sé que es la persona que más fácil te lo ha puesto desde que llegaste a Midnights Valley. Te abrió las puertas de su casa sin hacer preguntas y eso hay que agradecerlo. No voy a dejar que nadie lo pise estando yo aquí.

—No sabía que lo trataban mal —comenta con preocupación y con cara de mala leche.

—No creo que hayas tenido muchas oportunidades de enterarte.

—La verdad es que no; ya sabes que es muy hermético y que se relaciona con muy poca gente.

—¿No tiene amigos?

—Me tiene a mí..., y con Phoebe se lleva muy bien. Van a la misma facultad y se sientan juntos en clase. Cuando hay que hacer trabajos siempre hacen pareja y, en ocasiones, se pasa por el pub y se queda con nosotros. Con Mara lo he visto hablar también algunas veces. Podríamos decir que somos sus únicos amigos...

—¿Va al pub?

—En contadas ocasiones, cuando le hago el lío diciéndole que me he dejado las llaves en casa y que si viene cerraré antes y así no tendré que despertarlo a las tantas o cosas así. Ya sabes que me gusta tenerlo controlado cuando las cosas se ponen un poco feas.

—Haces bien, hermano. A nosotros no nos sobran los amigos, así que consérvalo.

—Quemaría el infierno por él —dice riéndose.

—Y por una rubia imagino que también. Por cierto, ¿dónde se han metido?

Aparición

—Acción o efecto de aparecer.
—Visión de un ser sobrenatural o fantástico.
—Fantasma.
—Lo que vamos a hacer Phoebe y yo, de esta guisa, en la fiesta.

16

Antes muerta que sencilla



Mara

—Esta no te la perdono, Boneville.

—Estás adorable, Holloway.

Decir que estoy «adorable» es sinónimo de decir que parezco una niña un tanto terrorífica que lleva un vestido de gusto cuestionable. Lo peor es que ella va igual que yo. Ni en mis peores pesadillas podría haber imaginado que vendría de pareja con mi mejor y única amiga, caracterizadas de Lisa y Louise Burns, las gemelas Grady en la película de culto *El resplandor*. Solo nos falta pedirle a alguien que se llame Danny que se venga a jugar con nosotras.

La abuela de Phoebe ha hecho un gran trabajo confeccionando nuestros *outfits*, ya que el vestido azul cielo lleva su indispensable lazo y los acabados de las mangas y del bajo tienen los mismos

fruncidos que el original. Quiero añadir que llevamos los típicos calcetines blancos que se ponían nuestras madres de pequeñas y zapatos planos negros de charol, exactamente como en la peli. Yo nos daría el premio sin dudarlo, pero no por todo lo que acabo de mencionar, sino por llevar el pelo relamido con raya al lado sujeto por un prendedor idéntico al que llevaban las hermanas. Creo que algún entendido se llegaría a plantear que hemos robado los originales.

Estamos a una manzana de llegar a la fiesta y la voz de Dave Grohl, líder de la banda Foo Fighters, cantando «Walk», hace que se me pase un poco el mal humor que llevo conmigo desde que he visto lo que me tenía que poner.

Llegamos a nuestro destino y vemos a Pennywise sentado en la acera al lado de la furgoneta del jefe de mi amiga. Nos acercamos a él y...

—¡Joder! —grita en cuanto levanta la vista y nos ve a las dos juntas frente a él—. Casi me da un infarto. Dais miedo.

—Hola a ti también, Zac. ¿Asustado de dos niñas inocentes vestidas para el paseo de los domingos? Tú, sin embargo, eres un payaso que se carga a peña sin miramientos. ¿En serio las chungas somos nosotras? Dime, ¿qué haces aquí fuera?

—Phoebe, ojalá un día levantases la vista y vieras a dos niñas así mirándote fijamente.

—Me parecería bien, me las llevaría al parque si sus padres me diesen permiso. Contesta a la pregunta que te acabo de hacer. ¿Ha pasado algo?

«Sí», quiero contestarle a mi amiga. Siento que está triste, alicaído, frustrado, pero también está feliz. Tiene una mezcla de sentimientos que ni él mismo logra discernir. ¿Por qué noto como todo esto fluye de él?

—Bueno, unos chicos se han metido un poco conmigo, ya sabéis cómo son.

—Gilipollas —suelto mirando hacia la casa, de la que presiento que en menos de cinco minutos saldrá una de las personas a las que no me quiero encontrar.

—No lo quería decir así, pero has dado en el clavo.

—¿Y por eso estás aquí? ¿Vas a dejar que se salgan con la suya?

—Yo no participo en ninguna guerra, Mara. He venido aquí con mis amigos para pasármelo bien, pero, si no me siento cómodo, no me voy a quedar... Aunque al final me he sentido algo mejor, no estaré en un sitio donde no se me quiere.

—Mira, Zac..., a medianoche cumpliré los dos patitos. Ya sabes que soy un poco como tú, no soy de relacionarme mucho desde hace unos años, pero quiero que seas una de las primeras personas en felicitarme, así que vas a levantar tu culo de ahí ahora mismo y nos vas a acompañar, y que les jodan a todos los que nos miren de lado —suelto con una sonrisa. Realmente quiero que se sienta bien y que esté con nosotras.

—Me encanta tu determinación —me responde también con una sonrisa.

—Y a mí me encanta tu disfraz, Penny. Creo que serías un digno ganador.

—Si tú vas así..., ¿de qué van los hermanos Chase? —pregunta Phoebe pensativa.

—Lo descubrirás enseguida. Venga, vamos para dentro —contesto a mi amiga.

Nos quedan unos tres pasos para llegar a la puerta principal y, cuando me dispongo a abrirla, alguien lo hace desde el otro lado. Sabía que, si nos hubiésemos quedado más tiempo fuera, él habría acabado donde nosotros.

—No me lo puedo creer... —digo ojiplática y aguantando la risa.

—Creo que no estás en situación de decirme nada. Yo solo llevo un chubasquero que puedo quitarme en cualquier momento. Si tú te quitas el vestidito... —replica Adam con sorna.

—Dejadnos pasar para que podáis seguir con vuestra interesante conversación. Venga, Zac, vayamos a tomar algo. ¡Nos vemos! —Phoebe, siendo Phoebe, coge de la mano a Zac y pasa empujándome con el hombro.

Entiendo perfectamente a mi amiga porque, si la conversación hubiese sido con su jefe, yo también habría huido rauda y veloz.

—Decías...

—Vaya, Tormenta, veo que quieres que siga hablando de lo que pasaría si te quitaras la ropa.

—Eres muy gracioso, Adam. Ah, no, lo que eres es un imbécil. Ya nos veremos..., o mejor no.

Me meto en la casa sin mirar atrás y observo a los presentes. Caleb está a mi derecha, en la entrada de la cocina, mirando a mi amiga, que está en el lado opuesto de la sala, dándole una bebida a Zac. Hay idiotas de mi curso en el sofá que tengo enfrente, unos enrollándose en la barandilla de las escaleras... Esto es insufrible. ¿Cómo podía ser la primera en apuntarme a estas cosas hace unos años?

Decido guiar mis pies hasta la cocina para ir a saludar a Caleb. Qué sorpresa, el Pennywise de Tim Curry del año noventa que tengo delante tiene la peluca un tanto torcida y la ceja derecha un poco más arriba que la izquierda.

—¿Qué hay, Caleb?

—Hola, Mara. Estás...

—¿Despampanante? Lo sé, me he puesto mis mejores galas y mis mejores tacones de aguja para semejante acontecimiento.

—Iba a decir que estabas muy lograda, pero tu respuesta me ha gustado más. En la nevera hay cervezas de las que te gustan, por si quieres alguna. ¿Nerviosa?

—¿Por qué debería estarlo?

—Cumplir años siempre da un poco de vértigo. Eso quiere decir que el final cada día está más cerca.

—No pienso morirme a los veintidós.

—Ni yo lo pretendo, pero, ya sabes, hay que exprimir lo que tenemos al máximo porque nunca sabemos lo que nos depara el futuro.

—Ya..., creo que sí que quiero esa cerveza. Voy a por una.

Al rato miro el reloj que cuelga de una de las paredes del salón y veo que las manecillas marcan las once y treinta y un minutos. En solo veintinueve tendré a mi amiga colgada del cuello mientras me besa, me felicita y me canta al oído a pleno pulmón. No sé qué me pasa, pero desde hace un buen rato un malestar se ha ido apoderando de mi cuerpo. A pesar de que en esta fecha del año hace un frío considerable en este pueblo, el termostato que diviso en otra de las paredes anuncia que la temperatura que hay aquí dentro es de veintidós grados. Aun así, tengo una especie de escalofríos y sudores fríos y siento que mi oído está más desarrollado que de costumbre. Me he bebido unas cuantas cervezas, pero sé que ni siquiera me acerco a estar achispada. El poco tabaco que traía se me ha acabado hace un rato y aquí no hay nadie a quien quiera acercarme para preguntarle si puede darme un cigarrillo.

Phoebe habla con todo el mundo como la buena relaciones públicas que es, y se lleva colgado del brazo a Zac, al que no ha dejado solo ni un segundo. Incluso cuando ha ido al baño se lo ha llevado con la excusa de que esperase fuera con su copa para que nadie pudiese echarle nada. Él le ha dicho que podía meterla en el

cuarto de baño con ella, pero esta le ha contestado que se callara la boca, con una sonrisa amistosa, eso sí, haciéndole ver que lo que quería era no dejarlo desprotegido en ningún momento.

He sentido la mirada de Adam en varias ocasiones, incluso la de Caleb..., ambas con un deje de preocupación, aunque no sé el motivo. Me toco la frente porque noto que la cabeza me arde un poco y giro el cuello a un lado y al otro porque siento que lo tengo un poco entumecido.

Vuelvo a observar a mi alrededor y la cabeza comienza a darme vueltas. Miro en dirección a Adam y veo que tiene la mirada fija en mí, como esperando mi próximo movimiento. Creo que me voy a desmayar, por lo que me dirijo al sofá y me dejo caer en este. Ahora quedan exactamente doce minutos para que el reloj marque las doce.

Inquietud

—Falta de quietud, desasosiego, desazón.

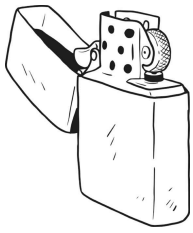
—Alboroto, conmoción.

—Inclinación del ánimo hacia algo, en especial en el campo de la estética. Usado más en plural.

—Lo que siento ahora mismo por no poder controlar lo que está a punto de suceder.

17

Capa de pecadores
es la noche, señores



Adam

—Algo no va bien... —le digo a mi hermano, que acaba de ponerse a mi lado.

—Lo sé, lo he notado.

—¿Y qué cojones se supone que vamos a hacer, Caleb? Estamos rodeados de putos estudiantes y la mayoría de ellos ni siquiera llegan a la edad legal para beber.

—Tranquilízate, lo último que necesitamos ahora es que se te vaya la cabeza.

—Se me fue hace muchos años y tú estuviste allí para comprobarlo. ¿Alguna hipótesis?

—La que más papeletas tiene es El, pero dudo mucho que haya sido ella.

—No me jodas... —suelto pellizcándome entre las cejas.

—Ya sabes que, después de lo de su hijo, se volvió más zorra de lo que ya era. Y eso son palabras mayores.

—Por algo fue expulsada de su casa.

Aún recuerdo ese día con total satisfacción.

—Pues ahí lo tienes.

—¿Crees que ellos pueden aparecer?

Sé que la respuesta va a ser afirmativa, por una razón en concreto, pero ahora mismo no puedo lidiar con más problemas de los que ya tengo.

—¿Necesitas que te conteste a eso? Poder, pueden..., aunque en parte depende de las decisiones que tomes de ahora en adelante, Adam... Y no hace falta que te recuerde que nuestros hermanos son incluso más hijos de puta que nosotros. Por supuesto que pueden plantarse aquí. Y lo harán, llegado el momento. Los huelo siempre, a unos más que a otros.

—Tu olfato nunca falla, olisqueas los problemas a una velocidad sorprendente.

—Mi nariz tiene un porcentaje de acierto del cien por cien, así que estate alerta por lo que pueda pasar.

—¿Zachary?

—Creía que ya no ibas a volver a llamarlo así.

—Y no lo haré, solo cuando haga referencia a él hablando contigo. ¿Tenemos que preocuparnos?

—Aunque no lo creas, es autosuficiente en algunas cosas. Y en la que te preocupa ahora mismo, en cierto modo, nada como pez en el agua. Lógicamente no está a nuestra altura en cuanto a conocimientos, pero, créeme, es una eminencia en el asunto. Lleva

mucha investigación a sus espaldas y va a saber qué hacer en cada momento. ¿No has leído nada suyo? Es impresionante.

—No, no lo he hecho, pero sabes que el conocimiento no ayuda en algunas ocasiones, aunque estoy seguro de que tú le cubrirás las espaldas. Tranquilo, yo también lo haré. ¿La rubia?

—Esa nos da mil vueltas a todos. Además, ella, al igual que Zac, tiene conocimientos de sobra. A eso súmale su procedencia. No hay que preocuparse por Phoebe en absoluto.

—Así que el problema lo tenemos con Tormenta...

—Qué mono, ya le has puesto un mote cariñoso.

—No me toques los cojones, que no es el momento —farfullo exasperado.

—Lo sé. Sí, debemos preocuparnos. Ya te dije que ella no sabe nada. Intuyo que está empezando a sentir cosas, pero creo que todo va a estallar por los aires en unos minutos.

—En cuanto llegue la medianoche.

—Exacto. Por eso no debemos separarnos mucho de ella ni perderla de vista más de lo indispensable. Puede pasar cualquier cosa y no sabemos cómo va a reaccionar.

—¿Qué crees que ocurrirá?

—No tengo ni puta idea, Adam..., pero esto será algo apoteósico. Phoebe me ha dicho que no estamos preparados para lo que se avecina.

Sobrenatural

—Que excede los términos de la naturaleza.
—Lo que va a poner mi mundo patas arriba.

18

Vive de tal suerte
que halles vida en la muerte



Mara

Tengo la mirada un tanto nublada y creo que necesito tirarme un rato en alguna cama para ver si se me pasa esto que me está sucediendo.

Desde mi posición veo a Phoebe y a Zac de espaldas a mí, en la cocina, jugando a meter bolas de ping-pong en vasos de plástico. También veo como dos chicas que reconozco de un curso por debajo del mío están apoyadas en la pared mientras no dejan de parlotear con Adam y Caleb. Dado que la poca gente con la que me relaciono está ocupada y que yo no me encuentro nada bien, decido dirigirme a las escaleras sin decir nada para acceder al piso superior y tumbarme en la primera superficie cómoda que pille, para poder

descansar y huir de este ruido. Tan solo quedan cuatro minutos para el cambio de día y, mientras subo los peldaños, me cruzo con uno de mis compañeros de carrera, que está bajando las escaleras. Me saluda con la cabeza y la copa que lleva en la mano se le resbala. No sé cómo lo he hecho, pero he tenido unos reflejos que no sabía que poseía, y ahora la copa está en mi mano. Me observa fascinado, se la tiendo, me da las gracias y sigo mi camino.

Me vibra la muñeca y veo que mi reloj me notifica un mensaje de mi prima Winifred, a la que llamamos cariñosamente Wini, que todos los años me escribe unos minutos antes de mi cumple para confirmar que sigo despierta. Ahora mismo no tengo fuerzas, ni ganas, para contestarle, por lo que elimino la notificación, haciendo como que nunca me ha llegado.

Giro el pomo de la primera puerta que veo y, al ser un baño, me meto en él para refrescarme un poco la cara. Una vez que salgo, sigo probando y tras la segunda puerta descubro el dormitorio de los padres del anfitrión, pero recuerdo que está prohibido profanarlo, incluso si solo es para descansar. Mi mano está ya en el tercer pomo que me encuentro y tengo que cogerme a él con fuerza porque siento que las piernas me están empezando a fallar. Son las veintitrés y cincuenta y nueve de la noche, no me tengo en pie, y lo único de lo que empiezo a ser consciente es de la voz de Britney Spears cantando «Toxic». Es justo en ese momento cuando mi reloj me avisa de que ha llegado mi cumpleaños, yo abro la puerta de la habitación y mi mundo se desmorona por completo. Tengo delante de mí a Owen, mi exnovio, ese del que desde hace cuatro años nadie sabe nada, con un cuchillo de grandes dimensiones en la mano que se lleva al cuello para rebanárselo sin miramientos mientras sus ojos inyectados en sangre no se apartan de mí. Antes

de «regalarme» la imagen más traumática de mi vida, dice algo que hace que me quede petrificada y no pueda reaccionar.

«Tú eres la clave».

Salpicaduras de sangre han impactado en mi cara y en mi vestido, haciendo que me sienta como Carrie —a pesar de no ser la persona que se ha caracterizado de ella en esta fiesta—, y lo único que puedo hacer es soltar un grito que apenas es audible porque no me sale ni la voz. Me apoyo en la pared, me dejo caer hasta el suelo y solo me repito que esto no puede estar pasando. No a mí. No a Owen, que está tirado delante de mí mientras los litros de sangre que llenaban su cuerpo lo abandonan a una velocidad de vértigo. Esto tiene que ser una pesadilla de la que aún no me he despertado. No estoy en una fiesta de Halloween y no son los primeros minutos de mi vigésimo segundo cumpleaños. Estoy en mi casa compartida con Phoebe, y en unos minutos me despertará tirándose encima de mí. Cierro los ojos con todas mis fuerzas y solo puedo decirme a mí misma que tengo que despertarme de una maldita vez. Y que si no se trata de eso...

«Aunque solo sean unos minutos, dejadme retrocederlos», pienso una y otra vez, como si alguien fuese a oírme mentalmente y se dispusiera a cumplir mi deseo.

Es entonces cuando noto que alguien choca contra mí.

—Ey, perdona.

Abro los ojos y vuelvo a estar abajo, plantada en medio del salón, con mis pies anclados a la enorme alfombra, rodeada de un montón de personas, mientras algunas lágrimas solitarias comienzan a bañar mi cara. Nadie se percata de mi presencia. La música suena, la gente bebe y baila y yo siento que no entiendo nada. ¿Realmente me he dormido? ¿He soñado despierta?

Veo como Phoebe y Zac se acercan a toda prisa a mí y como Adam y Caleb hacen lo mismo desde otra posición.

—Mara..., ¿qué día es hoy? —pregunta mi amiga.

—Yo... yo... —Las lágrimas caen con más fuerza y tengo la garganta del todo cerrada.

—Tranquilízate. Es de vital importancia que me digas lo último que recuerdas. Zac, ¿puedes traerle un poco de agua?

—Claro, Phoebe. Ahora mismo vengo.

—Ven, vamos a sentarnos en la terraza cubierta que hay aquí al lado.

Salimos por una puerta y veo varios sillones individuales. Mi amiga me deja en uno y se agacha para ponerse a mi altura sin soltarme las manos. Toda yo tiemblo y no sé si es por el frío o por los nervios instalados en todas las células de mi ser. Zac llega al cabo de poco.

—Ya estamos todos. Zac, cierra la puerta para que nadie nos moleste. Mara, cariño, feliz cumpleaños.

No sé lo que está pasando, pero miro mi reloj y me sorprende que aún no marque las doce.

—¿Qué ha pasado ahí arriba?

—Yo... no..., creo que me he dormido.

Miro por la ventana y no entiendo nada. Desde donde estoy sentada en esta especie de galería, puedo ver por completo el salón. Si ya estaba anonadada, ahora lo estoy más. Diviso un trozo de la cocina a lo lejos en la que están jugando al juego en el que participaban Phoebe y Zac..., aunque ellos no están ahí. Se podría pensar que el juego se puede alargar mucho rato, pero no solo es eso. Dirijo la mirada al lugar exacto en el que Caleb y Adam estaban hablando con esas dos estudiantes. Ellas están, aunque ahora ellos no las acompañan. Y, por último, miro hacia las escaleras, esas en

las que acaba de caer un vaso, ese que no he podido coger porque no estaba ahí. ¿Qué está pasando? Decido explicarme.

—No me encontraba muy bien y he decidido subir a echarme un rato. Al entrar en una habitación he visto a...

—Has visto a Owen.

—¡¿Qué?! —pregunto con absoluta incredulidad.

Si ha sido una pesadilla, ¿cómo es que mi amiga lo sabe?

—No era él.

—Claro que no era él, Phoebe —digo levantándome bruscamente.

—Lo que has experimentado no ha sido una pesadilla, Mara. Lo que has experimentado ha sido real, pero la escena no.

—¿Qué tontería estás diciendo? No entiendo nada...

—Mírate.

Bajo la vista y veo algo de lo que aún no me había percatado. Mi vestido y mis calcetines blancos están teñidos de rojo. Me acerco a la ventana y veo mi reflejo, en el que se aprecia que mi cara está llena de salpicaduras de sangre que han sido arrastradas por mi llanto.

—Tenemos mucho que explicarte. Pero, antes de eso, felicidades, amiga mía. Y bienvenida al mundo de lo sobrenatural.

Oscuridad

—Falta de luz para percibir las cosas.

—Lugar sin luz, o con luz muy escasa.

—Falta de luz y conocimiento en las facultades intelectuales o espirituales.

—Falta de claridad en lo escrito o hablado.

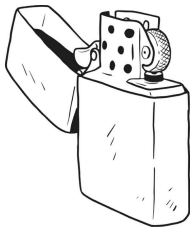
—Carencia de noticias acerca de un hecho o de sus causas y circunstancias.

—Humildad, bajeza en la condición social.

—Lo que envuelve este maldito pueblo.

19

Vive y morirás,
muere y vivirás



Adam

—Llegas tarde.

—No sabía que la puntualidad era una de tus nuevas virtudes, Adam.

—No estoy para tus jueguecitos, El.

—Porque ya has encontrado una nueva distracción y te mueres por jugar con los suyos. Estoy nefastamente sorprendida. Aunque viniendo de ti tendría que esperarme cualquier cosa.

Son las diez de la noche, estamos en un parque en el que apenas hay iluminación y esta conversación no va a traer nada bueno. Con ella, nunca.

—Cuéntame todo lo que sepas.

—No tengo que contarte una mierda, Adam, pero si me estás pidiendo ayuda precisamente a mí es que la cosa está incluso más jodida de lo que pensaba. Se supone que tú lo sabes todo, ¿en qué podría ayudarte alguien como yo?

—Lo sabría todo si se acataran mis órdenes, pero muchos como tú os pasáis las reglas por el arco del triunfo. Esto va a tener consecuencias. Y, sí, es una amenaza.

Se da la vuelta, da dos pasos y se para alzando la cabeza para mirar al cielo mientras se apoya las manos en las caderas, esas que están metidas en una minifalda de cuero negro.

—Me lo arrebataron... —dice mientras aún sigue dándome la espalda—. Acabaré con quien se interponga en mi camino. Incluso contigo. Recuerda que ya no tengo nada que perder.

—Él se lo buscó solito con sus acciones, molestando a quien no tenía que molestar, desacatando órdenes y desatendiendo sus funciones. Tenías las directrices acerca de cómo criarlo y hacerle saber su cometido. Solo tenía que nacer, ser un crío que no diese que hablar en el colegio, crear su grupo de amigos y seguir pasando desapercibido... Solamente tenía que hacerse pasar por un chaval de instituto que recabase información, nunca involucrarse de la forma en la que lo hizo.

—Así que ese es el problema, que se folló a esa furcia todopoderosa.

—Cuida tus palabras, Eleanor.

—Oh, vaya..., el principito salvando a la damisela en apuros.

—No me toques los huevos.

—Antes te gustaba que te lo tocase todo, ¿recuerdas?

Se acerca a mí y yo no puedo más que pensar en que no sé cómo pude ponerle las manos encima para alguna cosa que no fuese matarla.

—Me sorprende que, con lo bien que nos lo hemos pasado juntos, ahora malgastes tu vil tiempo en defender a esa bruja siendo lo que eres.

—Voy a defender lo que haga falta para que no nos pongáis a todos en el candelero. Y solo quiero que sepas esto —le digo acercando mi cara a la suya—: tu hijo está donde tiene que estar.

—No lo mientes —me sisea con la cara desencajada.

—Como te acerques a Mara —le siseo yo esta vez a ella—, como la mires y yo me entere, acabaré contigo, y será la mayor satisfacción que habré tenido en mi existencia. Y respecto a tu querido Owen...

Estoy jugando sucio, lo sé, pero nada más nombrar a su hijo me callo y me doy media vuelta para alejarme de ella sabiendo que esta última frase la ha dejado al borde de la locura.

—¡¿Qué pasa con Owen?! —chilla.

—Que no será liberado jamás si no te comportas. Está en alguna parte, Eleanor. De ti depende que vuelvas a verlo —sentencio sin girarme mientras sigo alejándome de ella.

Lo único que oigo mientras me dirijo hacia mi coche son sus gritos en medio del silencio y la oscuridad de Midnights Valley.

Brujería

—Conjunto de prácticas mágicas o supersticiosas que ejercen los brujos y las brujas.

—El regalo que me han traído los dos patitos.

20

La magia no es solo algo que haces.
La magia es algo que eres



Mara

Ha pasado un día y medio desde que mi vida se puso patas arriba. Desde pequeña siempre me he levantado recordando mis sueños, esos que siempre han sido extraños. Tanto que cuando aprendí a escribir los fui plasmando en diarios con el total convencimiento de que al llegar a la vida adulta podría enseñarle al mundo todas esas historias inverosímiles que los adentrarían en un mundo nuevo. Ahora me he dado cuenta de que no eran irreales del todo, sino que mi propia conciencia me ha estado preparando para lo que me iba a encontrar.

¿Qué pasó después del bombazo? Sinceramente, no lo sé. Solo puedo decir que todos los integrantes de la fiesta comenzaron a

sentirse indispuestos y acabaron corriendo en dirección a sus casas. No me cabe duda de que no fue una casualidad, sino que alguien, o algo, puso su granito de arena en la causa.

Después de eso me vine a casa con Phoebe, en silencio, sin dejar que ni siquiera me ayudase a subir las escaleras que llevaban a la primera planta, donde están nuestros cuartos, a pesar de que seguía encontrándome mal. Entré y cerré la puerta, no sin antes observar su cara de pena. En este tiempo no he querido ver a mis padres, a los que ni siquiera he dejado que me felicitaran, ni tampoco a mi amiga. Por eso, cuando llaman a mi puerta contesto lo que llevo haciendo desde que llegué aquí.

—No quiero verte, seas quien seas.

—¿Ni siquiera a mí, querida? —dice una voz que conozco muy bien desde el otro lado.

Agatha. Esto sí que no me lo esperaba. Siempre he sabido que la abuela de mi amiga es un ser poderoso en este mundo, alguien lleno de sabiduría..., y ahora creo que lo es todavía mucho más de lo que yo pensaba. Y probablemente ella sea la persona que pueda darme un poco de cordura en estos momentos en los que ya no distingo lo que es real de lo que no.

El pomo gira y, una vez que se abre la puerta, la veo.

—A la vista de que no me has dicho que me vaya, me he tomado la licencia de sentirme invitada.

Le sonrío y eso hace que venga directa hacia mí, cerrando la puerta tras de sí.

—Ay, Mara, querida niña... Este momento tenía que llegar. ¿Sabes? Lo supe desde mucho antes de que nacieras. Voy a contarte una historia. Tu abuela llegó a este pueblo porque sabía que aquí era donde iba a suceder todo. Se vino con unas niñas preciosas que siempre sonreían y que eran sumamente educadas para lo pequeñas

que eran. Todo eran chicas, ni un solo gen masculino en sus filas. Me explicó que tu abuelo había muerto unos meses antes y que ella tuvo que buscarse la vida para sacar adelante a sus hijas. No le fue fácil, venía desde muy lejos, pero tenía algo que la mayoría de la gente no tenía en esos tiempos: audacia, perseverancia, ganas... y magia. Tu abuela era la matriarca de un aquelarre de brujas con una gran rama de antepasados, entre ellos, de Salem. Siendo la mayor de todas sus hermanas, tiró de toda su familia hasta que todas ellas pudieron buscarse la vida por sí mismas. ¿Sabes lo que hizo cuando llegó a Midnights Valley? Llamar a mi puerta.

—¿Por qué? —digo casi en un susurro.

—Porque sabía a quién se iba a encontrar al otro lado. Nada más poner un pie aquí, el hilo conductor la llevó hasta mí, hasta su aliada.

—¿También perteneces a un antiguo linaje de brujas?

—Pertenezco a uno con menos poder y otro tipo de habilidades, a pesar de ser una eminencia en lo mío. Yo ya había visto su presencia al otro lado de mi puerta mucho tiempo antes de que sucediera. También el poder que muchos años después llegaría a su familia —explica cogiéndome la mano.

—¿Por qué yo?

—Porque eres la elegida de esta generación.

—No sé qué significa eso. Ni siquiera sé si lo quiero saber.

—Cielo, entiendo que estés desubicada, pero no puedes escapar de lo que eres. Tu poder es mucho más fuerte de lo que yo he visto nunca. Verás..., este pueblo está en el epicentro de las energías místicas. Todo ser sobrenatural que cruce las puertas del inframundo en esta parte del planeta aparecerá aquí. Hay muchas entradas de un mundo a otro repartidas por la tierra, pero la principal está bajo nosotras.

—¿«Aparecerá»? Creo que no has formulado bien el tiempo verbal, Agatha.

Ella me observa y me sonríe con cariño, como lleva haciendo desde que tengo memoria. Siempre con un gesto amoroso hacia mí y los míos.

—«Y en el vigésimo segundo cumpleaños de la elegida, las puertas del infierno se abrirán. Su poder será el único que podrá cerrarlas de nuevo, a sabiendas de lo que se podrá perder por el camino. Tierra, agua, aire y fuego la acompañarán en su cometido, en el que los cuatro elementos serán sus principales aliados. Su energía emanará de cada poro de su piel, llevando consigo una tela protectora que hará que pueda adquirir nuevas habilidades. Podrá retroceder y parar el tiempo, canalizará las energías, levitará, oirá a quienes ya no tienen pulso, tendrá premoniciones, agudizará sus reflejos, se proyectará astralmente, manipulará objetos con la mente...». Todo esto y mucho más es lo que puedes hacer. Tan solo tienes que aprender a digerirlo.

—No... —Me encojo—. No sé cómo afrontar esto.

—Pues como tu abuela y el resto de las mujeres de tu familia. Con mucha sabiduría y con mucha compañía. No tengas miedo a pedir ayuda jamás. Lo está pasando muy mal, ¿sabes?

No hace falta que nombre a la persona a la que se refiere, porque sé que habla de su nieta.

—No me dijo nada sobre todo esto.

—Ese era su cometido..., al igual que el de tu madre era criarte como si fuerais una familia totalmente normal, ajena a todo esto. Nada de pistas ni de comentarios que te provocaran el mínimo atisbo de duda acerca de que algo extraño pasaba entre los tuyos. Te costará entenderlo, pero todo tiene sus tiempos, y todas y cada una de nosotras teníamos un plan establecido que cumplir a

rajatabla. No nos juzgues a ninguna por ello, por favor. Todo lo que hemos hecho hasta ahora ha sido para protegerte. Tu madre ya puede disipar todas las dudas que se te planteen. Lo ha pasado muy mal con esto, querida, quiero que lo sepas.

Pienso en lo duro que habrá sido para mi familia, para mi madre, pero decido centrarme en mi amiga, ya que estoy más dolida con ella.

—¿Desde cuándo lo sabe? —No le cabe duda de que me refiero a su nieta.

—Siempre lo ha percibido. Y, antes de que te lo preguntes, no, no se unió a ti por interés o en busca de algún beneficio. Se juntó contigo porque, desde que os visteis por primera vez, vio tu arcoíris.

—¿Mi arcoíris?

—Tu ser consta de muchas almas, y todas ellas son muy coloridas. Incluso tu parte negra está hecha de otra pasta. Dominarás el mundo, Mara. Eres la elegida, la más poderosa en estos momentos, pero recuerda una cosa: no eres inmortal. Debes cubrirte bien las espaldas, abrir tus sentidos y hacer caso a tus presentimientos.

—Bien... Y ahora ¿qué debo hacer?

—Salvar el mundo.

—Me lo estás poniendo muy difícil, señora Boneville.

—Confío en ti y en tu instinto.

—¿A qué me enfrento?

—A la apertura de las puertas del infierno. Estas se van abriendo semanas antes de la noche de Halloween. Esa misma noche, se abren del todo. De ellas salen criaturas que no vienen a nada bueno. Sé que llevas mucho tiempo intentando descifrar lo que pasa en este pueblo.

—Pero no siempre pasan cosas en estas fechas. En ocasiones han ocurrido en otras épocas del año.

—Porque durante los trescientos sesenta y cinco días hay pórticos que dejan pequeñas salidas. Todos ellos deben ser cerrados.

—¿Y cómo se supone que voy a ser capaz de hacer eso?

—Algo me dice que estarás muy bien acompañada..., aunque detestes ciertas compañías. Además, he traído refuerzos.

Se levanta y se dirige hacia la puerta de mi habitación, donde ha dejado su inseparable bandolera cuando ha entrado. De ella saca un libro de grandes dimensiones y que me hace sonreír, porque indudablemente su nieta ha heredado su pasión por los libros de ella. Regresa de nuevo a mi lado y me lo tiende.

—Aquí encontrarás muchas de las respuestas a las preguntas que te reconcomen por dentro. Esta es una joya de tu familia que tu abuela me dejó para que lo protegiese hasta que alguien lo necesitase. Sabía que acabaría en tus manos.

—¿Por qué te lo dejó a ti y no a mi madre o a alguna de mis tías?

—Ay, querida..., hay algunos secretos que deben ser llevados a la tumba. Léelo —dice volviendo la atención al libro que sostengo—. Cuando llegues a esa parte, serás conocedora de que el poder de tres es una de las cosas más potentes que se han visto en la magia jamás, liderándola. Tres brujas lo poseían juntas. Tres brujas con las que tienes lazos de sangre porque esas hermanas formaron parte de tu familia, son tus antepasadas. En esta generación estás tú sola, con todo ese poder concentrado únicamente en ti. Imagínate hasta dónde puedes llegar. Pero a eso me refería antes, cada una de ellas tenía el apoyo del resto de sus hermanas, tú no estás en su misma situación. Déjate ayudar, porque, por muy autosuficiente que seas, siempre es bonito conseguir las cosas con alguien que te cubra las espaldas.

—¿Qué fue de ellas?

—Siguen siendo mágicas —me dice con una sonrisa en los labios.



Hace una hora que Agatha ha salido por la puerta principal de mi casa, y en este rato mi mente ha estado a punto de ebullición. Recapitulemos:

—Soy una bruja la hostia de poderosa.

—Mis antepasadas eran lo máximo, aunque no sé si mi madre también.

—Se supone que el mundo depende de mí.

—Tengo que hacerme cargo de ciertas criaturas que han salido y van a salir del infierno.

—Mucho poder, pero me pueden matar igualmente.

—No puedo hacer esto sola.

—Estoy muy acojonada.

—¿Adam va a ser una de las personas en las que tendré que confiar?

Creo que va siendo hora de tomar decisiones importantes, de masticar todo este asunto y... de ver lo que soy capaz de hacer.

Decisión

—Determinación, resolución que se toma o se da en una cosa dudosa.

—Firmeza de carácter.

—La que acabo de tomar por el bien común.

21

La muerte no suele avisar;
cuando menos lo piensas, ahí está



Mara

Ha llegado el momento de tomar decisiones en mi vida. Ayer, cuando Agatha me dejó sola, no quise ver a nadie más... ni escuchar a nadie. Rechacé una a una las más de veinte llamadas procedentes de mis progenitores. Simplemente volví a enredarme en mi edredón, luché como pude con las pesadillas y, al final, un nuevo despertar ha llegado a mí.

Ahora mismo estoy tomando la primera decisión importante del día, elegir mi indumentaria para hoy. Voy a coger la sartén por el mango y a hablar con toda esa gente que sé que tiene algo que decirme sobre mi nuevo yo.

Me pongo unos *leggins* gruesos de color negro con un jersey del mismo color que me llega casi a la altura de las rodillas. Me calzo mis deportivas rojas y me pinto los labios también de rojo. Me hago mi característico moño despeinado y cojo un minibolso, que cruzo sobre mi pecho, en el que meto tan solo un pequeño monedero, las llaves de mi coche y de casa y mi móvil.

Bajo las escaleras de dos en dos y lo que veo frente a mí hace que me pare en seco.

—Te he hecho tu café con canela. Mara, yo...

La rodeo y me dirijo a uno de los armarios de la cocina, en el que tengo guardados un montón de vasos térmicos gigantes con pajitas.

—¿Tiene azúcar? —le pregunto dejándola desconcertada.

—Sí.

—Bien.

Le quito la taza de las manos y vierto el líquido en mi termo para llevar. La meto en el lavavajillas y me giro para quedarme cara a cara con mi amiga.

—Supongo que trabajas hoy.

—Supones bien.

—Pues nos veremos esta noche allí. Y no pienso pagar ni una cerveza, puedes ir avisando a tu jefe.

Cojo una de mis chaquetas de la entrada y salgo por la puerta de casa justo antes de percibir una sonrisa en la boca de Phoebe.

Me meto en mi coche para realizar un trayecto que sé que tan solo me va a llevar seis minutos de reloj. Enciendo la radio y suena la melodía de «Video Killed the Radio Star», una canción que me encanta. ¿Qué será lo primero que le preguntaré a la persona que me abra la puerta? Quedan menos segundos para descubrirlo.

Aparco justo delante de la parcela y salgo para plantarme en la casa que me vio crecer.

—Hola, cariño.

—Hola, madre.

Ahora que sé ciertas cosas sobre mí y mi familia no me sorprende que mi madre me haya abierto la puerta antes de llamar. Me estaba esperando.

—Pasa.

—Tengo que subir un momento a mi cuarto. Te agradecería que me esperases en la cocina. Tenemos que hablar.

—Lo sé.

Subo las escaleras y llego a mi habitación, esa que exijo que sea impenetrable para el resto de los mortales y donde tengo un lugar secreto en el que guardo informes robados sobre casos extraños acontecidos en este pueblo. Ahora sé que no era cosa de mi imaginación. Ahora sé que realmente pasaban cosas raras.

Cojo todo lo relacionado con mis indagaciones sobre el caso de Owen y las anotaciones acerca de todo lo que descubrí sobre Simon cuando me colé en la morgue, que vine a dejar aquí cuando mis padres estaban fuera. Es hora de poner las cartas sobre la mesa.

Mi madre está esperándome con una taza llena de té rojo entre las manos. Levanta la mirada hacia mí y me señala la silla que está enfrente de ella en la mesa, donde hay otra taza, que contiene el segundo café que me tomaré en menos de diez minutos. No hay problema, justo hoy es lo que necesito.

Observa como voy desperdigando papeles sobre la mesa de roble y no me cabe duda de que sabe lo que contienen.

—No sé cómo empezar esto —digo con sinceridad.

—¿Permites que sea yo la que hable primero?

Asiento con la cabeza y mi madre comienza a hablar.

—Seguramente crees que te voy a pedir perdón por no haberte explicado tu cometido en este mundo. No lo voy a hacer, Mara. Tan

solo voy a contarte una historia familiar que te dará muchas respuestas. Como bien sabes, tu abuela llegó con tus tías y conmigo a este pueblo hace muchos años. Llegamos sin nada ni nadie, hasta que tu abuela irrumpió en la vida de la familia Boneville, que nos abrió las puertas de su casa de par en par sin hacer ni una pregunta. No era necesario, ya que Agatha estaba esperando a su alma ligada, la de tu abuela. Se habla mucho sobre el hilo rojo, que es ese que te une al amor de tu vida. Lo que no sabe la gente es de la existencia del alma ligada, que te une irremediablemente a esa persona que te brindará su amistad verdadera hasta el fin de sus días. No lo sabemos con exactitud, pero casi estamos seguros de que algunas de nuestras antepasadas también estuvieron unidas. Lo mismo me pasó a mí con Sally. Tu tía Samantha se ligó con Hilda, la tía de Phoebe. Y tu tía Sabrina... lo hizo con Stephen.

—¿Nuestro alcalde está unido a la tía Sabrina? Esto sí que no me lo esperaba.

—Aunque no te lo creas, han sido inseparables desde que se conocieron. Y es el primer caso en el que nos consta la unión entre dos personas de distinto sexo. Años después llegasteis vosotras y volvió a ocurrir. Era de nuevo una señal para confirmarnos que nuestras familias serán una sola para el resto de la eternidad.

—Creo recordar que Phoebe y yo nos conocimos cuando empezamos juntas el jardín de infancia.

—Y así es. Por aquella época tu padre viajaba mucho más que ahora y decidí que quería irme con él. Se pasaba mucho tiempo lejos de este pueblo y no pude hacer otra cosa cuando supe que venías en camino. No podía privarlo de ti. Y yo no quería privarme de él. Cuando volvimos definitivamente a esta casa, Sally vino a merendar con Phoebe. Ahí vimos que tendríais la misma relación especial que el resto de la familia. Estáis hechas para estar juntas, Mara.

—Me ha dolido mucho que no me pusiese sobre aviso.

—Tú tienes tus cometidos y ella, los suyos. Si te hubiera dicho algo, habría alterado el devenir de los acontecimientos. Era de vital importancia que te enterases en su justo momento. ¿Tienes alguna duda más?, ¿quieres preguntarme algo?

—¿Estás de broma? No me has despejado ninguna. Tan solo me has dicho que la familia Holloway y la familia Boneville están ligadas. Fin. Si piensas que con eso ya está dicho todo lo que quiero saber es que nuestra comunicación es aún más lamentable de lo que creía.

Mi madre suspira y yo me siento mal por ella, pero también por mí. Soy la única persona que no sabía lo que estaba por llegar, así que espero un poco de comprensión por su parte. Por parte de todos.

—Imagino que querrás conocer todo lo relacionado con tus poderes y cómo sabíamos que eras la elegida.

—Owen.

—¿Qué? —pregunta contrariada.

—Por supuesto que quiero respuestas a todas mis preguntas y a por qué soy lo que soy. Pero lo que necesito es saber qué pasó con él. Así que quiero que me expliques con pelos y señales qué le ocurrió a mi exnovio. También lo que le ha pasado a Simon, porque ahora sí que estoy convencida de que su desaparición y su muerte no entrañan nada normal, al igual que esos otros cadáveres que han ido apareciendo por el pueblo y alrededores a lo largo de estos años. Ahora sé qué es lo que pasa debajo de nuestros pies, que no estamos solos, que hay criaturas que vienen a destrozarnos. Así que comencemos por esto. ¿Qué pasa con ellos dos?

—No puedo contarte mucho. Está claro que Simon no falleció de muerte natural, por así decirlo, pero ignoro qué clase de criatura acabó con él. ¿Qué puedes aportar tú?

—Bueno..., me colé en la morgue y pude leer su informe forense. Aquí tengo apuntado todo lo que descubrí. Falta de piezas dentales, venas intentando huir de su cuerpo, ni rastro de heridas, disparos o cortes que indiquen la causa de su muerte. Le arrancaron los dientes, mamá.

Mamá, esa palabra de cuatro letras derivada de *madre* que significa, entre otras cosas, «mujer en relación con sus hijos». *Mamá*, la palabra que hacía años que no le decía a la mujer que me dio la vida.

Veo como traga saliva y que sus ojos empiezan a estar más acuosos de lo normal. Me levanto de la silla y me acerco a ella, poniéndome de cuclillas a su lado.

—Mamá, siento haberme vuelto tan hermética y distante estos años. Sé que no tengo excusa por cómo os he tratado a papá y a ti. Quiero que sepas que lo hice para protegeros; lo hice para que, si me pasaba algo, no notaseis tanto mi ausencia. Si iba separándome de vosotros poco a poco...

—Siempre serás nuestra pequeña —susurra posando una mano en mi mejilla—. Estamos aquí para ti incondicionalmente, tanto tu padre como yo. Sé que tienes miedo de preguntar por él, pero solo es un hombre bueno que se casó con una bruja y juntos tuvieron una hija que acabaría siendo la más poderosa. Nos quiere como somos, y eso no va a cambiar jamás. Uno de nuestros cometidos es mantenerlo a salvo, eso es todo. Y, dicho todo esto, veamos qué más tienes por ahí.

Dos horas después salgo de casa de mis padres con menos piedras en la mochila y con el convencimiento de que tengo su apoyo incondicional. He dejado a mi madre en su despacho con todas las anotaciones que he hecho a lo largo de estos años y buscando en sus libros, esos que desde pequeña me había prohibido

tocar, qué seres han podido acabar con los habitantes de este pueblo que ya no están entre nosotros.

Sigo con una sonrisa en la cara cuando me ato el cinturón de seguridad, pero se me borra al instante al ser consciente de a quién me voy a encontrar en mi segunda parada del día.

Fuego

—Fenómeno caracterizado por la emisión de calor y de luz, generalmente con llama.

—Masa de materia combustible con que se produce fuego, especialmente con el fin de calentar o cocinar.

—Hoguera.

—Incendio.

—En una cocina, punto donde se produce el calor para cocinar.

—Disparo de un arma de fuego.

—Mechero o cerillas para prender el tabaco.

—Excitación producida por una pasión, como el amor o la ira.

—Ardor o vehemencia.

—Erupción cutánea con enrojecimiento de la piel y picazón, que puede tener ronchas, costras, etcétera.

—El punto número ocho: excitación por amor e ira, todo junto.

22

Dios lo hará bien,
y el diablo lo echará a perder



Mara

—Vaya, vaya... ¿A qué debo el honor de tu visita?

No llevo aquí ni diez segundos de reloj y ya me arrepiento de haber venido. Necesito respuestas y sé que él me las puede dar. ¿Por qué pienso esto? Pues por su cara inmutable cuando mi amiga me deseó feliz cumpleaños y feliz entrada al mundo de lo sobrenatural. Sí, sé que también estaban Zac y Caleb, que tampoco movieron una pestaña, pero necesito sacarle en primer lugar la información a este ser que tengo delante.

—¿Vas a ser caballeroso y dejarme entrar o me vas a tener aquí fuera todo el rato? —pregunto levantando una ceja.

—¿Eso quiere decir que estaremos mucho tiempo juntos?

—¿Me dejas pasar o no?

—¿Vamos a estar toda la mañana contestándonos con más preguntas?

—Adam, ¿hay alguien en este mundo que logre soportarte?

Lo dudo.

—¿En este? Poca cosa. Venga, pasa. Primera puerta a la derecha nada más llegar arriba.

—No pienso subir a tu habitación.

—Sí, sí lo vas a hacer.

Cierra la puerta tras de mí una vez que estoy dentro de la casa y veo como sube las escaleras en dirección a donde pretende llevarme.

—A mí también me encanta. No sufras, os pasa a todas..., y a todos.

—¿Qué? —No tengo ni idea de sobre qué me está hablando.

—Mi culo, no has dejado de mirarlo mientras subía. Repito, no sufras, te dejo que me lo mires siempre que quieras.

—Bueno, estaba pensando que tienes un buen culo y que seguro que es a base de un buen ejercicio. Ya me dirás a qué gimnasio estás apuntado. No obstante —añado acercándome a él y bajando la voz—, los he visto mucho mejores. Lo siento.

—Eso es porque no lo has tocado. Adelante, es todo tuyo.

Me exaspera. No lo soporto. No lo aguanto. No me gusta compartir el mismo aire que respira, pero... hay que admitir que el tipo está muy bueno. Y, sí, realmente estaba admirando su culo.

Llego a su cuarto y hago algo que antes no hacía. Analizar, y a toda leche. Ya he podido hacerlo en los escasos segundos que he pisado el vestíbulo de esta casa. Un perchero de madera blanca con capacidad para seis chaquetas, con un banco en el que descalzarse y con un pequeño zapatero colindante para dejar el calzado y coger

las zapatillas previamente depositadas. Varios cuadros de dudoso gusto y mediocres autores. Unas cuantas fotos de Zack en sus años juveniles y una con la boca desdentada. Tenía siete años y Phoebe y yo recordamos muy bien ese día, ya que un fotógrafo vino a la escuela para hacer fotos a todo el alumnado. Ambientador con un ligero toque a vainilla que ya les preguntaré a los chicos dónde lo han comprado porque me ha gustado. Todo recogido con pulcritud, dejando ver que los hombres que viven aquí no viven en el caos. Me ha transmitido paz y familiaridad. Y poco más que decir. Creo que ha estado bien para un vistazo rápido.

Sin embargo, el cuarto en el que está instalado Adam... es aséptico, neutro, frío. Sin alma. Como la que parece que le falta a él.

Un par de maletas sin deshacer en el suelo justo debajo de la ventana, un neceser negro de marca cara sobre un sifonier blanco y un bote de perfume más caro aún. En una de las mesitas de noche, una lata de refresco y el cargador del móvil. Fin.

—Si has terminado de psicoanalizar mi culo y a mí mismo, sacando tus conclusiones después de estudiar todo lo que nos rodea en esta estancia, ya puedes decirme a qué has venido.

—Sabes perfectamente la razón.

—Sí, pero quiero que me deleites con tu sabiduría y, además... me gusta sacarte de quicio, Tormenta.

—Deja de llamarme así.

—Lo haré hasta la eternidad. Venga, comienza.

Me apoyo en la puerta de su armario mientras se sienta en la cama. Lo hace apoyando los brazos en las piernas, y aguantan gran parte del peso de su cuerpo en ellos, por lo que se le marcan los bíceps, los tríceps, o como narices se llamen esos músculos, mientras la camiseta negra un tanto ceñida que lleva puesta se le ha subido un poco, dejando a la vista...

—¿Te pasa algo?

—Deberíais bajar la calefacción de esta casa. Hoy no hace tanto frío.

—No está puesta.

—Oh...

—No te preocupes —me dice mientras me sonríe y me mira intensamente—, he cambiado de opinión, ya comienzo yo.

Se levanta de la cama, cierra la puerta de la habitación y empieza a caminar por la estancia. No sé qué me pasa, pero de repente siento que mi cuerpo está a más temperatura de la permitida.

—Has venido aquí a pedirme explicaciones sobre lo que ocurrió en la fiesta de Halloween. En una situación normal, al oír a tu amiga yo tendría que haber huido, en caso de creérmelo, o tendría que haberme descojonado por ser espectador de la mejor obra de teatro jamás interpretada. En ese segundo caso, después os habría dado la enhorabuena por vuestra magistral actuación y guardaría esa noche como una anécdota que recordar con el paso de los años. Sin embargo, eso no fue lo que pasó, ni lo primero ni lo segundo. No dudé de lo que veían mis ojos, pero tampoco me sorprendí al verte llena de sangre, ni al oír las palabras de Phoebe. «¿Por qué se lo ha tomado de forma tan natural?», habrás pensado tras estas horas que has tenido para procesar todo lo que ha llegado a tu vida. Corrígeme si me equivoco.

—Bien, vas bien. Si no te importa, voy a quitarme el jersey.

El ambiente cada vez está más cargado y yo cada vez siento más calor.

—No seré yo quien te diga que no a ir desnudándote.

—Gilipollas.

—Me encanta que me digas cosas bonitas. Por dónde iba... Ah, ya. Como te contaba, te habrás preguntado muchas cosas. Te despejaré

ciertas dudas, pero hay algunas que todavía no puedo desvelarte.

—¿Sabías desde un primer momento quién era yo?

—Sí.

—¿Incluso cuando me viste hace cuatro años?

Necesito que la respuesta sea afirmativa. Que diga que sí, por favor. No os preguntéis por qué necesito esto, yo tampoco puedo contestarlo.

—Sí.

Sonrío. Cazador cazado.

—Pues me sorprende que ya lo supieses porque, según tú, ese encuentro nunca tuvo lugar.

Debería estar cabreada por los pensamientos intrusivos que experimenté cuando dijo que no me recordaba, pero en el fondo me alegro de que haya quedado en evidencia de esta manera. Porque... ¿a qué vino que dijese que ese encuentro no había tenido lugar y que me equivocaba?

—Qué inteligente... Quiero que sepas que la respuesta es no.

—¿A qué pregunta?

—A si tuve algo que ver con la desaparición de Owen. No quiero que dudes lo más mínimo respecto a esto. Es un no rotundo.

—Pero tu marcha sí que tuvo que ver, ¿verdad? Al igual que tu vuelta ahora que falta Simon. ¿Quién coño eres?

—No puedo contestarte a esto ahora, Mara. Me encantaría, pero creo que sería un conflicto de intereses.

—No estamos en igualdad de condiciones.

—En ningún momento he dicho que lo fuésemos a estar.

—¿Puedes abrir la ventana? No aguanto el calor.

Veo que Adam se acerca a mí y me posa una mano en la frente, haciendo que retroceda al sentir un chispazo.

—Estás ardiendo. Métete en la cama.

—Y una mierda..., no pienso meterme ahí.

—Escúchame atentamente. Sé que has empezado a experimentar cosas que antes no habías notado. Tienes más reflejos, oyes cosas que antes ni siquiera habrías imaginado, percibes los sentimientos de la gente...

—Los tuyos, no. De ti no tengo nada.

—Porque soy duro de roer. Hasta que te acostumbres a todas las cosas que van a llegarte, sentirás algunas que no te gustarán, como por ejemplo que te arda el cuerpo, que vomites sin motivo aparente o que las voces se arremolinen en tu cabeza y te lleven al borde de la locura. Sé que eres capaz de ponerlo todo en su sitio. No hay persona más válida que tú en el universo para llevar el peso de esta responsabilidad. Así que métete en la cama para poder sudar lo máximo posible y así tu cuerpo volverá a su temperatura normal. Voy a llamar a mi hermano, a Phoebe y a Zac para que vengan cuanto antes.

—¿Qué va a pasar? —digo como puedo, ya que están empezando a pesarme los párpados.

—Que tendrás una reunión con tu equipo. Suena bien. Siento envidia de ti, Tormenta, siempre quise tener uno.

Criatura

—Niño de corta edad.

—Feto.

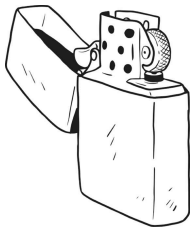
—Persona adulta que deja ver la ingenuidad o inexperiencia propias de un niño.

—Cosa o ser creados.

—A lo que queremos dar caza.

23

Hay tres cosas en las que meditar:
la vida, la muerte y la eternidad



Adam

Ha tardado menos de un minuto en quedarse dormida para, a continuación, comenzar a tener pesadillas. Se lo he notado en sus gestos de angustia. La he arropado lo mejor posible y he sentido un hormigueo en la mano al rozarle el cuello. Justo después me ha parecido ver que se empezaba a relajar un poco.

Salgo del cuarto y me voy a la cocina a beberme un vaso de agua y pensar en los acontecimientos que están teniendo lugar.

Cuando llegué de nuevo a este pueblo sabía que no sería fácil, pero no creía que las cosas se iban a complicar de esta manera. Tanto Caleb como yo sabíamos que esta vez no iba a ser como las anteriores..., y es que no todos los años se activa la bruja más

poderosa de la generación. ¿Por qué me atrae tantísimo? No sabría decirlo, pero para algo hay dichos del tipo «Amores reñidos son los más queridos», «Hay amores que matan» o «Dios los cría, y ellos se juntan», aunque esta última habría que matizarla, mucho.

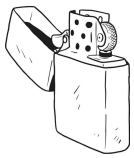
Se suponía que tenía que llegar a Midnights Valley, limpiar las carnicerías que otros habrían ocasionado, meter cadáveres en un armario y hasta otra. Pero, no, me ha tenido que tocar lidiar con una chica especial que no va a dejar pasar las cosas, que va a querer más respuestas de las que estoy dispuesto a dar y que me pondrá cachondo la mayoría de los días, si no todos. No soy imbécil, sé que acabaremos follando como locos y eso lo complicará todo aún más. Como si no tuviese bastante...

No he mentido cuando le he dicho que le tengo envidia, aunque ese no sea el pecado capital que me caracteriza. Llevo muchos años solucionando problemas, castigando a gente, ejerciendo el poder que me he ganado con mucho sudor y esfuerzo. También he tenido que soportar que se me pusiera en entredicho, y que mis hermanos, exceptuando a Caleb, me hicieran la vida imposible porque no estaban de acuerdo con mis métodos. Y podría enumerar muchas más cosas que me ponen de muy mala hostia, pero que ahora mismo no van a arreglar nada.

Lo que tengo que poner sobre la mesa son las opciones acerca de quién se ha cargado al chico que fue enterrado hace unos días; también dónde puede estar escondido en estos momentos, el castigo que voy a imponerle y cómo lo llevaré de vuelta a los infiernos, porque no se merece menos y es de donde nunca debería haber escapado. Tengo la suerte de que mi hermano está a mi lado, que me apoya incondicionalmente, aunque en ocasiones no esté de acuerdo con mis decisiones..., ni mis formas, que ya es decir viniendo de alguien como él. A eso me refería antes: solo hay una

persona en el mundo que perdería, como dicen los mortales, el «alma» por mí.

Saco el móvil de mis pantalones, le envío un mensaje a Caleb y le pido que venga inmediatamente a casa y que avise a Zac y a Phoebe para que hagan lo mismo. También lo informo de que Mara está en la cama porque su cuerpo está empezando a rebelarse contra ella.



Ya estamos todos. Hemos decidido instalarnos en la mesa del salón y Zac ha traído una de sus pizarras blancas con caballete, en la que vamos haciendo anotaciones y pegando pósits como si estuviéramos en una escena de la mejor serie policiaca.

Que mi hermano y Zac vivan juntos no es una casualidad. Zachary, muchacho solitario con unas notas inmejorables en su carrera, con pocos amigos y que apenas sale de su cuarto, esconde muchos ases en la manga. No hay nada sobrenatural en él, pero sí mucho conocimiento.

Lidera uno de los blogs más especializados en ciencias ocultas, artes oscuras, temas místicos, hechicería, arcángeles... y los siete príncipes del infierno, entre otras muchas cosas.

De algún modo sabía que un nuevo habitante llegaría al pueblo, que buscaría un lugar donde quedarse, que parecería un chico normal y que no podría sacarle información de primeras. Se lo pensó mucho, exactamente una hora y veintisiete segundos (a él, un solo segundo le basta para tomar una gran decisión), y supo que era su oportunidad de hacer algo grande, acabar con las fuerzas del mal.

Lo que pasa es que no siempre es todo como parece y acabó llevándose una grata sorpresa.

Phoebe ha llegado hace veinte minutos junto con mi hermano, ya que le había pedido que pasase a buscarla por su casa y la ayudase a traer un montón de libros que no tengo ni idea de para qué sirven, pero imagino que arrojarán luz sobre el tema que, en cuanto se despierte Mara, tenemos que hablar.

—Sabemos que por la boca del infierno pueden salir toda clase de criaturas sin importar su jerarquía. También que se pasan las normas por el forro —comenta Zac mientras todos lo escuchamos con atención—. Teniendo en cuenta las heridas de Simon, está claro que no ha sido ni un vampiro ni un licántropo.

—No hay que ser muy listo para llegar a esa conclusión.

—¿Sabes la de seres que podrían haber acabado con él, Phoebe? Estoy seguro de que no. No soy el que más sabe de esto de los que estamos aquí, pero dejadme deciros las opciones que, en mi opinión, tienen más papeletas.

—Zac, continúa, tío, siempre es un placer aprender de ti, de tu conocimiento.

—No hace falta que me hagas la pelota por ser tu casero, Caleb —contesta el chico riéndose.

Coge un rotulador de pizarra y se dirige a ella como un maestro que se dispone a impartir la lección a sus alumnos.

—Me he pasado toda la noche investigando y tengo algunas opciones. Voy a empezar por las *banshees*. Phoebe comentó que Mara le había dicho que Simon tenía un hilillo de sangre seca en uno de los oídos. Sabemos que estas «mujeres» son capaces de romper tímpanos a sus víctimas. Una posibilidad es que se encontrase con alguna de ellas, que pensase que era una anciana desvalida, que la

oyese llorar y que se acercase para preocuparse por ella. Eso podría haber sido su perdición. ¿Opiniones?

—Como poder, podría ser, pero me decanto por afirmar que en esta ocasión no ha sido ninguna —digo con total convencimiento.

—¿Vosotros dos pensáis lo mismo?

—No te tomes a mal lo que voy a soltar por la boca, pero... me decepcionaría que todo este mal lo hubiese ocasionado una simple *banshee*. Lo siento —dice la rubia mirando a Zac mientras se encoge de hombros.

—Estoy con ellos. No creo que una de esas sea la culpable —interviene mi hermano.

—Bueno, pues voy con la segunda alternativa. ¿Hay alguna posibilidad de que hubiese sido un mayordomo? —nos pregunta a mi hermano y a mí.

—Dudo mucho que ningún demonio de alto rango mandase a un sirviente para hacer esto. Me sorprendería enormemente si así fuese.

—Estoy con Adam —afirma Caleb.

—Mi tercera opción es... Bueno, tengo otro candidato, pero no estoy seguro al cien por cien de que las lesiones de Simon hayan podido ser producidas por él. Si me lo permitís, prefiero investigarlo un poco más a fondo antes de deciros nada al respecto. Caleb, tú ya me conoces de sobra para saber que no soy de pronunciarme en ciertas cosas si no las tengo atadas y contrastadas. Es una especie de TOC que tendría que intentar controlar, pero me cuesta bastante.

—No te preocupes, todos confiamos en ti. Cuando estés seguro, aquí estaremos para escucharte —lo tranquiliza mi hermano.

—Sea lo que sea, es bastante mamón.

—Mamón, no, Adam. Asesino, no confundamos términos. En fin, no tengo ninguna criatura más que añadir a mi lista. Lo siento,

chicos, pero creo que esto me está viniendo grande y estoy bloqueado. Una cosa es escribir en un blog para que lo lean miles de personas y otra, esto.

—Tranquilo, te entendemos. Pero, Zac, por favor, no tires la toalla... ¿En serio no se te ocurre nada más?

—Phoebe, es la primera vez en mi vida en la que estoy involucrado en algo así. No provengo de una familia como la tuya, ni soy como ellos —dice señalándonos—. Lo único que yo tengo es esto de aquí —añade dándose golpecitos con el índice en una sien; se refiere a su cerebro—. Tengo que descansar un poco la mente para poder pensar con claridad.

—Lo siento —dice ella—, no pretendía agobiarte, y me sabe mal decirte esto, pero el descanso ahora mismo no es viable. No tenemos tiempo.

—Lo sé, soy consciente de ello, pero...

—¿Nadie me va a explicar qué está pasando? ¿Para qué no hay tiempo? —interrumpe una voz que proviene de las escaleras.

Aliad@

—Dicho de una persona: Que se ha unido y coligado con otra para alcanzar un mismo fin. Usado también como sustantivo.

—Dicho de un Estado, de un país, de un ejército, etcétera: Que está ligado con otro para fines comunes. Usado también como sustantivo.

—Las personas que forman parte de mi «equipo».

24

Hay que tener amigos
hasta en el infierno



Mara

Abro los ojos y trato de entender dónde me encuentro en estos momentos en los que mi mente está un tanto confusa, dispersa. Miro a mi alrededor y reconozco algunas cosas en las que me he fijado al entrar aquí hace un rato —no sé cuánto, la verdad—, y descubro que estoy en la cama de Adam. Me toco la frente y parece que mi temperatura corporal ha vuelto a la normalidad, por lo que aparto el edredón y salgo de la cama. De forma inconsciente, me dirijo al mueble donde está su frasco de perfume, me lo acerco a la nariz e inspiro su aroma... ¿Qué estoy haciendo? Esto es de primero de acosador.

Me quedo quieta, sin hacer ruido, y capto voces procedentes del piso inferior. Distingo que son las del huésped de este cuarto, la de mi amiga, la de su jefe y la del dueño de esta casa. No puede salir nada bueno de esto. Sé que, si agudizase el oído, sería capaz de escuchar perfectamente la conversación que están manteniendo, pero no quiero convertirme en una bruja cotilla. Bajo los escalones y piso el último en el momento en que mi amiga dice que no hay tiempo.

—¿Nadie me va a explicar qué está pasando? ¿Para qué no hay tiempo? —intervengo.

Los cuatro me miran con intensidad y yo empiezo a plantearme si me ha salido una segunda cabeza. Visto lo visto, todo podría suceder.

—Venga, yo misma me respondo. Verás, Mara —digo teatralmente —, no hay tiempo para arreglar este desaguisado en el que alguien, o algo, se carga o hace que se esfumen chavales que conoces desde niña. No hay tiempo para sacarte de dudas y explicarte en qué te has convertido. No hay tiempo para pedirte perdón por haberte omitido información durante toda la vida. —Esto último lo suelto mirando a Phoebe—. No hay tiempo para contarte qué hace el mejor alumno de la universidad en este grupo a lo Scooby-Doo. —Esta vez la mirada le toca a Zac—. No hay tiempo para confesarte que el jefe de tu amiga no solo pone copas por las noches. —Cuando mi mirada va hacia Caleb, este tiene la suya puesta en Pheebs—. Y, por supuesto, no hay tiempo para aclararme por qué su puñetero hermano aparece en este maldito pueblo cada vez que alguien muere en extrañas circunstancias..., o desaparece de la misma manera. Creo que voy a vomitar —farfullo tocándome la frente—. Voy a por agua.

Dirijo mis pies hacia la cocina y rebusco en los armarios hasta dar con un vaso. Lo lleno hasta arriba, doy un buen sorbo y me apoyo con las manos en la encimera, tratando de respirar un poco más calmada. Es eso o expulsar hasta el hígado, porque las náuseas que tengo no son normales. Me tomo un minuto para acompasar mi respiración y cojo de nuevo el vaso, que había posado a mi lado, para volver al salón y dejar las cosas claras.

—¿Sabéis ya lo que queréis decirme o tengo que seguir hablando conmigo misma? Creo que me merezco muchas explicaciones.

Justo cuando termino la frase, suena el timbre de la casa.

—No espero visita —dice Zac bastante contrariado.

—Es para Mara —interviene Phoebe mientras se acerca a mí y me coge de la mano que tengo libre—. No te enfades, todo lo que hemos hecho ha sido para protegerte.

—¿Quiénes? Protegerme ¿de qué o de quién? ¿De qué estás hablando, Pheebs?

—Ve a abrir.

Voy hacia la puerta principal, pongo la mano sobre el pomo y lo giro. La persona que me encuentro al otro lado del umbral tiene una sonrisa preciosa en los labios, como cada día. Y en este momento me doy cuenta de que mi vida es una absoluta mentira, que no sé en quién puedo confiar y que me encantaría encontrar la boca del infierno y meterme por ella.

—¿Tú también?

—Todo tiene una explicación. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto, no seré yo quien te niegue la entrada a esta casa.

Me doy la vuelta, dejándola sola allí, y me encamino de nuevo hacia el salón. Oigo como la puerta se cierra y sus pasos tras de mí hasta que se pone a mi lado.

—Para los que no la conozcáis, os presento a Willow, aunque no sé para qué me molesto si me estoy dando cuenta de que sois todos muy amiguitos a mis espaldas.

—No es así, Mara —contesta mi mejor amiga.

—Entonces, ¿cómo es, Phoebe? Te conozco desde que tengo uso de razón, nuestras familias siempre han estado unidas y vivimos juntas. ¿Nunca has pensado que era una buena idea darme una pista de lo que iba a suceder? ¿Por qué no se te ocurrió avisarme acerca de lo que me iba a convertir?

—No podía.

—¡Y una mierda! Las amigas están incondicionalmente. Están para lo bueno y para lo malo. Para reír y para llorar. Están para decirte lo que has hecho bien y lo que has hecho mal. Pero no están para mentir. Ni para omitir... Siento que me has fallado y no sé si podré perdonarte.

Veo su incomodidad por mis palabras y, cuando se acerca a mí para intentar abrazarme, me aparto.

—¿Podemos hablarlo en otro momento a solas? —me dice al ver mi rechazo.

Asiento con la cabeza y me dirijo a Caleb.

—¿Y tú? ¿Quién coño eres? Desde luego que tu papel de dueño de pub mojabragas te queda de lujo. ¿Lo de tontear con mi amiga forma parte de la función o es que han florecido mariposas que no te esperabas?

—Tormenta...

—Que no me llames así —siseo en dirección a Adam—. No pienso callarme aún, porque tengo mucho que deciros.

»Zac, Zac, Zac..., qué sorpresa. Cuéntame, ¿tú por qué formas parte de este equipo? ¿Eres una especie de Vengador con superpoderes versión *Doctor Strange*?

—Tan solo tengo un blog con millones de visitas diarias.

Lo miro mientras frunzo el ceño. Esta respuesta no me la esperaba.

—¿De qué es tu blog?

—De todo lo relacionado con las fuerzas del mal.

—Joder..., necesito sentarme.

Me dirijo hacia una silla y me dejo caer en ella. El único que me ha dado una media explicación hasta el momento ha sido Zac y me ha dejado en blanco. Es el turno de la última persona que ha llegado.

—¿Y tú, Willow?

—Yo llegué aquí para protegerte.

—Protegerme, ¿de qué? ¿De Elías? ¿De Otto? ¿De los cadáveres de la morgue? ¿Qué eres..., una poli encubierta?

—Soy una bruja que juró lealtad con sangre a tu aquelarre, nuestros linajes están unidos, por eso estoy aquí. Para protegerte con mi vida de cualquier cosa que quiera acabar con la tuya. Me sacrificaré por ti si es necesario.

—¿Estás aquí para morir por mí? Oh..., me cago en la puta.

La cabeza no para de darme vueltas y aún no me he dirigido a la persona que pone los cimientos de mi raciocinio más patas arriba.

—¿Algo que decirme, Adam? Es tu momento de hacer que no te odie con todas mis fuerzas, porque te advierto que ya estás al límite.

—Me gusta que me lo pongas difícil.

—Habla —exijo elevando un poco la voz y poniéndome de pie.

—No —me contesta desafiante.

—¡Que hables, te digo! —suelto en un grito que hace que los presentes se tapen los oídos y que el vaso que seguía en mi mano se rompa en mil pedazos, por lo que muchos cristales se clavan en mi piel.

Cuando bajo la vista hasta mis dedos, de estos caen ríos de sangre. Justo cuando me voy a desplomar en el suelo de la impresión, unos brazos pasan alrededor de mi cuerpo. El olor me indica que es Adam, la persona que acaba de provocarme esta reacción.

Interrogatorio

—Serie de preguntas, comúnmente formuladas por escrito.

—Papel o documento que contiene una serie de preguntas.

—Acto de dirigir una serie de preguntas a quien las ha de contestar.

—Lo que voy a hacerle a Adam.

25

Quien hace trampas jugando
al infierno se va caminando



Mara

Hace tres minutos de reloj que estoy sentada en la tapa del váter del baño de la casa de Zac y Caleb. Ciento ochenta segundos desde que Adam me ha dejado aquí y me ha pedido un momento, aunque no me ha dado ninguna explicación de para qué lo necesitaba.

Lo único que me ha dicho antes de salir del cuarto de baño ha sido que no se me ocurriese sacar yo misma los trozos de cristal que tengo clavados en la palma de la mano.

Debería sentir dolor, pero el sentimiento que realmente me invade es la inquietud. ¿A dónde ha ido Adam? ¿Qué va a suceder a partir de ahora? Muchos poderes, pero sigo siendo una chica de veintidós

años asustada por lo que está por venir. Sí, el temor también está instalado en mí.

—Ya estoy aquí —anuncia Adam, que ha aparecido en mi campo de visión y se ha agachado para estar a mi altura—. Les he pedido a los cuatro que se fuesen. Acaban de salir por la puerta. Perdona que no haya venido inmediatamente, pero hemos tenido que tratar unos asuntos.

—¿Cuáles?

—Entre otras cosas, y la más importante, que no aparezcan en toda la noche.

Me quedo en silencio porque no puedo creer que Adam haya tenido la desfachatez de decirle al dueño de esta vivienda, así como a la persona que lleva años viviendo aquí, que no se queden en su hogar. Y, por supuesto, ¿este tío imagina que voy a pasar la noche sola con él en esta casa?

—Sé lo que estás pensando y la respuesta es afirmativa, esta noche solo tú y yo estaremos bajo este techo.

—No pienso quedarme aquí contigo, Adam. Me voy ahora mismo a mi casa.

¿Quién se cree que es para decirme lo que tengo que hacer?

—No, no lo vas a hacer.

—Tú no me das órdenes.

—Ponme a prueba.

Vuelve a envolvernos un silencio en el que sopeso las posibilidades que tengo de dormir esta noche en mi cama y, la verdad, admito que son mínimas.

—¿Por qué han aceptado largarse?

«¿Qué les pasa?».

—Porque son muy conscientes de que ahora mismo podrías provocar cualquier cosa sin pretenderlo, sin conocimiento de causa.

Esta vez ha sido un vaso de agua en tu mano, pero lo siguiente podrían ser los cristales de toda esta maldita vivienda. Algún pedazo podría salir volando y clavarse en alguna parte del cuerpo de las personas que estuvieran en ese momento ahí contigo. Alguien podría acabar mal.

—Vamos, que me estás diciendo que soy un peligro para lo que tú denominas «mi equipo».

—¿Quieres que sea sincero? Sí, es exactamente lo que pienso.

—Entonces, ¿por qué no te has ido con ellos y sigues aquí conmigo?

—Porque por alguna razón creo que soy el único que puede controlarte.

—Claro..., lo que tú digas.

Veo que abre un armario y saca un pequeño botiquín. De él extrae unas pinzas, gasas estériles, un antiséptico y puntos de aproximación, que coloca sobre la encimera del lavamanos.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Voy a sacarte con cuidado todos esos cristales mientras rezo para que no salga la sangre a borbotones. Luego te desinfectaré las heridas a conciencia, te pondré puntos si lo creo necesario y, por último, te vendaré la mano para que ningún cuerpo extraño entre en tu organismo y te produzca una infección. La bruja más temible no puede permitirse perder un miembro importante de su cuerpo.

—No eres gracioso. Y no necesito que cuides de mí.

—Ya sé que no lo necesitas, pero voy a hacerlo igualmente. De ti depende que sea en un ambiente distendido u hostil. Ponme las cosas fáciles de vez en cuando, ¿quieres?

Lo dejo hacer mientras saca uno a uno los pequeños fragmentos de cristal de mi carne y me cura. Una vez que acaba de vendarme la

mano, nos quedamos mirándonos en silencio, sin que ninguno de los dos haga el amago de iniciar una conversación.

Compruebo la hora en el reloj de mi muñeca y veo que ya es tarde, mucho. ¿De verdad quiero irme a mi casa? ¿Me apetece pasar la noche en compañía de la única persona que sigue frente a mí?

—Esto no cambia nada —le digo de repente—. Tú por tu lado y yo por el mío.

—No tenía intención de que fuese de otro modo.

—Tengo hambre —digo para no quedarme más tiempo sentada en este baño.

—Hay pizzas en la nevera.

Media hora después estoy comiéndome la tercera porción de una pizza cuatro quesos mientras le pongo ojitos a la de Adam, que es de barbacoa.

—¿Hasta cuándo vas a quedarte en Midnights Valley? —pregunto.

—No lo sé.

Vale, adivino cómo va a transcurrir la conversación esta vez. Nada de contestar a una pregunta con otra, ahora será con simples respuestas cortas.

—Cuando llegaste al pueblo, ¿venías con fecha de vuelta?

—Tal vez —me contesta inexpresivo.

—¿Estás aquí por algo referente a mí? ¿Por lo que me he convertido?

—Puede ser.

—Bien... ¿Tu casa está cerca?

—No.

—¿Vives al norte?

—Digamos que vivo más bien al sur —me responde de un modo que me resulta muy enigmático.

Estoy impresionada por la longitud de su última contestación, pero sigo sin obtener ningún tipo de información. Además, no ha cambiado la expresión de su cara en ningún momento, haciendo que tampoco pueda sacar nada en claro de eso. Este hombre, ahora mismo, es indescifrable. Y muy guapo, eso es innegable.

—¿Te has planteado en alguna ocasión quedarte aquí junto a Caleb?

—Es imposible —suelta bajando la mirada, y luego la vuelve a posar sobre mí.

Bueno, por fin un mínimo movimiento.

—¿Por qué?

Me mira como si estuviese estudiando la respuesta que va a darme y yo estoy expectante por oír lo que sale de su boca, a pesar de que no sé qué respuesta quiero que me dé.

—Porque tengo demasiadas responsabilidades que no puedo dejar de lado.

—¿Qué clase de responsabilidades?

—Unas que no te incumben —señala tajante, antes de morderse el labio.

Será cabrón...

—Me estás poniendo de mala leche, Adam, y recuerda que ahora soy una bruja de la hostia que hace estallar vasos cuando se enfada lo más mínimo. Según tú no me incumben, pero no olvides que en este momento no las estás cumpliendo porque estás aquí por mí. No tiene ni pies ni cabeza. Tal vez, si dejaras de hablar como un gilipollas y me dijeses las cosas claras, nos entenderíamos mejor. Venga, prueba de nuevo. ¿Qué clase de responsabilidades?

—Unas que no pienso contarte porque no te importan una mierda.

—Se acabó.

Me levanto, salgo de la cocina y me dirijo al recibidor de la entrada, donde encuentro mi abrigo colgado en la tercera percha. Me lo pongo bajo la atenta mirada de Adam y, cuando abro un poco la puerta, una mano se cruza en mi campo de visión, haciendo que vuelva a estar cerrada en un suspiro. Hablo antes de volverme hacia él.

—Quita la mano de ahí de inmediato.

—No.

Noto que está demasiado cerca de mí y su aliento ha rozado mi oreja, provocándome un escalofrío.

—No vas a irte a ningún lado. —Su voz es casi un susurro.

Me quita el abrigo, lo tira a un lado y me da la vuelta a la vez que pone el pestillo en la puerta con la otra mano.

Ahora sí que estamos cara a cara, y en la suya advierto el mismo enfado que estoy segura de que muestra la mía.

—Creo recordar que te he dicho que tú no me das órdenes.

—Y yo recordaré este momento cuando me supliques que te las dé.

—Eso no va a pasar.

—Ya lo veremos, Tormenta.

—No me gusta este juego.

—No estamos jugando a nada.

—Sí, estás jugando a no darme respuestas que necesito, a ponerme nerviosa y...

—Sigue.

—Déjame en paz.

Paso por debajo de su brazo y subo las escaleras a todo correr para meterme directa en su habitación, esa en la que pienso dormir pero que no pienso compartir. Cierro la puerta y empiezo a desvestirme, ya que parece ser que la temperatura de mi cuerpo

vuelve a estar disparada, aunque esta vez no la siento de la misma manera que hace unas horas.

Me quito el jersey de nuevo, ya que me lo he puesto cuando he salido de la cama y volvía a estar a una temperatura normal, también los *leggins*, y voy al armario en busca de alguna camiseta que pueda ponerme para dormir. Nada. Es en este momento cuando todo me importa una mierda y me voy directa a las maletas que están sin deshacer bajo la ventana. Abro una de ellas y lo primero que encuentro es una camiseta básica de color negro que me adjudico al instante. Parece ser que es su prenda de ropa favorita, ya que tiene unas cuantas iguales. Me la pongo justamente cuando se abre la puerta del cuarto.

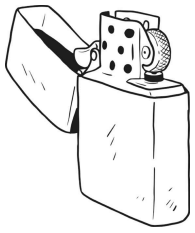
Excitación

—Acción y efecto de excitar.

—Lo que está ocasionando que Mara esté cachonda perdida y, por consiguiente, yo también.

26

Al galán y a la dama el diablo los inflama,
y la ocasión les hace la cama



Adam

Pocas cosas a lo largo de mis años me han dejado sin palabras o respiración, pero la tentación que tengo enfrente es, sin duda, una de las más poderosas. Y, no, no lo digo porque sea una bruja como la que es.

La mujer que está justo delante de mí me provoca cosas que no son propias de alguien como yo. Protección, celos, posesión... Voy a ser sincero: nunca nadie me ha importado una mierda como para querer que sea «mía», que me moleste que alguien más se fije en ella o que mis impulsos solo me pidan protegerla. Ella sí. Ella lo consigue, lo que me hace preguntarme qué me está pasando para que a estas alturas de mi existencia me esté sucediendo esto.

—¿Sabes que para entrar en un sitio tienes que llamar a la puerta cuando está claro que hay alguien dentro?

—Es mi puta habitación, no pienso pedir permiso para meterme en ella. Y menos, a ti.

—Qué desconsiderado... —replica mientras se pone teatralmente una mano en el pecho—. Podría haber estado desnuda —me gruñe esta vez.

—Ni que eso fuese un impedimento —suelto guiñándole un ojo.

No hubiese estado nada mal.

—Quiero dormir.

—Adelante.

—Sola.

—Pues búscate otra cama donde hacerlo si así lo deseas, porque no pienso irme de aquí. Así que tú decides: o duermes en otra cama o te quedas en esta conmigo.

Me arrepiento en cuanto la última frase sale de mi boca. Ni siquiera quería quedarse en esta casa, por supuesto que se lo he puesto en bandeja para que salga de aquí, cierre la puerta y se vaya a la cama de Zac o de mi hermano. Y me estoy poniendo de muy mala hostia solo de pensarlo.

Pero, no, con ella nada es «normal» y, cuando creo que va a suceder lo que mi mente ya está visualizando, vuelve a dejarme sin palabras, y sin aire en los pulmones, porque pasa por mi lado, rozándome, y se dirige a mi cama, dejando un aroma parecido a las violetas en el aire. Parece que ha elegido el lado derecho para nuestra primera noche juntos.

Se acuesta, se tapa hasta el cuello y no me quita los ojos de encima mientras me siento en el colchón, me descalzo y luego me levanto para quitarme la ropa.

—Ni de coña. Ya puedes ponerte algo o no entrarás aquí conmigo.

—Juraría que había quedado claro que a ninguno nos importa la opinión del otro. No uso pijama. No tengo pijama. ¿Tanto miedo te da un tío en calzoncillos?

—Ni que fueras el primero al que he visto así. Siento decepcionarte —replica bajando la voz—. Incluso los he visto sin eso que tú llevas.

Me hierve la sangre con solo pensar que ha estado en las camas de otros hombres.

«Respira, Adam, respira. Recuerda que, por mucho que te ponga esta tía, la odias».

—Te aborrezco —escupo sin pensarlo.

—No es cierto, creo que es todo lo contrario, pero nunca lo reconocerás. No pasa nada, no eres el único a quien le sucede.

—No me imaginé que fueses de esas.

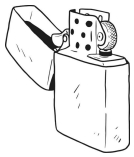
—¿De cuáles?

—De las que se pavonean de sus éxitos con el sexo opuesto.

—Y no lo hago, simplemente te estoy diciendo lo que hay.

—Muy bien, eres una especie de Mata Hari. Lo pillo.

No quiero seguir con esta conversación y menos con la sonrisa que acaba de poner. Me meto en la cama, apago la luz y que el infierno me pille confesado.



No soy de mucho dormir, pero estaba en una especie de duermevela que se ha visto interrumpida porque Mara ha empezado a moverse de manera agitada. Sonrío para mis adentros porque esta

es una de las partes que más me gustan en una transformación como la que está experimentando ella. La excitación.

Su brazo roza el mío y soy consciente de su temperatura corporal; está muy caliente, aunque esta vez la causa es el sueño húmedo que debe de estar teniendo.

«Mantén la calma. Tranquilo. Recuerda que no puedes tocarla». Todas estas son cosas que me digo a mí mismo. Por una vez en mi existencia, tengo que ser bueno.

Me giro hacia ella y, con la poca luz que se cuela por las rendijas de la persiana, distingo como se está mordiendo el labio inferior. He de salir de aquí ahora mismo o no tengo claro si podré controlarme. Justo cuando estoy a punto de abandonar la cama, su voz me sobresalta.

—No sé qué me pasa.

—Yo sí, pero no sé si estoy preparado para decírtelo.

—Adam, en serio. Dime qué coño me está pasando ahora. Por favor.

Seamos sinceros, que alguien me pida algo educadamente me importa una mierda, pero estamos hablando de ella.

—Estás cachonda.

—¡¿Qué?! —pregunta con una especie de grito mientras se queda sentada en la cama—. Eh..., sí, bueno, estoy un tanto... excitada. ¿Por qué sabes que estoy así? ¿Y por qué estoy así de repente?

Me paso la mano por el pelo y la cara porque no estoy nada preparado para esta conversación a las tres y cuarto de la madrugada cuando estoy compartiendo cama y las únicas prendas que hay aquí son mis calzoncillos, su (mi) camiseta, sus bragas y supongo que su sujetador. Belcebú, no me importaría que en estos momentos vinieses a por mí y me salvases de esta tortura.

—Digamos que los cambios que estás sufriendo lo engloban todo, y el ámbito sexual está dentro de la ecuación.

—Voy a ponerme cachonda en cualquier momento... —dice para sí misma.

—No soy experto en el tema, pero me imagino que hasta que consigas controlar tus instintos sexuales podría pasarte. ¿Cómo te sientes?

—No voy a contestarte a eso. Pero siento un alto nivel de excitación. ¿Puedes ponerte algo por encima?

—No. —Sonrío.

—¿Me estás castigando por algo?

—Me encantaría, pero, no, yo no tengo nada que ver con esto. Aunque ya que estamos podría darte una lista de tareas que puedes realizar para que se te pase.

—¿Qué sugieres?

Vale, esta pregunta de veras que no pensé que tuviese que contestársela nunca porque no me imaginé que me la haría.

—Eh..., pues básicamente se te bajará el estado en el que estás en cuanto lo soluciones.

—Oh —es todo lo que dice cuando entiende por dónde voy.

La observo en la penumbra en la que está sumida la habitación y decido jugar un poco.

Esto es una mala idea.

Me encantaría follarla, y saciarla, para ayudarla. Incluso besarla. Pero no puedo. Tengo que conseguir mantener las manos lo más lejos posible de ella. Por su bien y por el mío.

Lo pienso durante un segundo. Qué demonios, ni que mi conciencia me lo fuese a recriminar luego. Para que eso ocurriera, debería tenerla.

Me acerco a ella y la sujeto por el cuello con una mano, provocando que la electricidad pase entre nosotros.

—Puedes tocarte tú misma... —le digo en voz baja cerca de su boca—, tan solo tienes que meter la mano bajo las bragas. Estoy seguro de que lo has hecho millones de veces.

Veo que su respiración está cada vez más acelerada y que sus ojos no se apartan de mis labios en ningún momento.

—También puede ser que estés muy cansada y necesites que alguien te ayude haciendo por ti lo que te acabo de sugerir. —Esta vez mi boca se dirige hacia su clavícula, a la que doy un leve mordisco para luego pasar la lengua sobre la marca que le he dejado con los dientes. La estoy poniendo a punto.

Ahora estoy frente a ella y soy yo el que le mira esos labios entreabiertos que son más que apetecibles.

—Como tercera opción, puedes pedirme que te folle contra la pared, que rompamos el cabecero de esta cama, que te lo haga en el suelo o que te empotre pegados a la ventana para dar un buen espectáculo. Es verdad que a estas horas no debe de haber casi nadie en la calle, pero... si alguien pasa por aquí cerca, oirá como gritas mi nombre y no podrá dejar de mirarnos. ¿Y sabes qué pensará? Que menudo polvazo estamos echando. Seremos la envidia de este puto pueblo.

Este juego sucio que tengo entre manos está a punto de saltar por los aires porque el que no va a poder aguantarse las ganas seré yo. Le aprieto un poco más el cuello y, cuando veo que ella está sopesando lanzarse hacia mi boca, esa que vuelve a mirar con intensidad, decido terminar con esto.

—O siempre puedes intentar dormirte otra vez y ver si con suerte... desaparece solo el calentón. —Se lo digo apartando la mano de ella y poniendo distancia entre los dos.

A pesar de haberla dejado en trance, cabreada y más cachonda de lo que estaba, hace un gesto afirmativo con la cabeza y vuelve a tumbarse en la cama dándome la espalda. Yo hago lo mismo y pido mentalmente que las horas pasen lo más rápido posible porque no quiero cagarla. Y, también, para que no intente asesinarme.

Sexo

—Condición orgánica, masculina o femenina, de los animales y las plantas.

—Conjunto de seres pertenecientes a un mismo sexo.

—Órganos sexuales.

—Actividad sexual.

—Lo que me va a llevar al orgasmo más brutal de mi existencia.

27

Beso y no alargarse más,
pocas veces o jamás



Mara

Sigo dándole vueltas a lo que ha ocurrido hace un rato y juro que he estado a punto de cometer un delito. El muy cabrón me ha llevado a un punto máximo de excitación mientras jugaba conmigo. ¿Cómo he podido pensar por un segundo en besarlo y que él me ayudase con mi problema a base de sexo en común? Odio a este tío. Detesto a este tío. Aborrezco a este tío.

En honor a la verdad, el que hayan pasado unos cuantos minutos no me ha ayudado en absoluto. He intentado dormirme, hacer respiraciones, pensar en cosas horribles como decapitaciones humanas y cosas similares, pero ni así.

Miro hacia donde está Adam y lo veo tumbado boca arriba con uno de los brazos bajo la cabeza. La verdad es que está muy guapo mientras duerme y eso, ahora mismo, no me es de gran ayuda. Más bien, al contrario. Juro que he intentado que esto acabe, pero me ha sido imposible. Al final va a tener razón: hasta que no «haga algo», esto no se solucionará.

Miro mi reloj, que marca las cuatro y treinta y seis de la madrugada, y salgo de la cama. Vuelvo a mirar a Adam, que ni se ha inmutado. Abandono la habitación y me voy al cuarto de baño. Una vez dentro, me mojo la nuca, el escote y cada centímetro de piel que tengo al aire y que me arde. Todo mi cuerpo. Mi mano inicia su camino hacia mi ropa interior, pero se detiene de repente. Sé que tendría que hacer lo que me ha dicho, atajar esto de la mejor manera que pueda, pero desde mi cumpleaños me he dado cuenta de que no siempre tomo las mejores decisiones. Lo que tendría que hacer sería meter la mano en mis bragas y hacerme yo sola el trabajo. Sin embargo...

Mis pies me llevan de vuelta a la habitación y esta vez me encamino hacia el lado izquierdo, fijándome unos segundos en la respiración pausada de mi compañero nocturno.

Esto no es buena idea. No puedo permitir que vuelva a jugar conmigo...

Me dispongo a regresar hacia mi lado de la cama cuando noto una mano alrededor de mi muñeca. Lo miro y veo que tiene los ojos abiertos.

—Pensaba que estabas durmiendo —digo con el mísero hilo de voz que sale de mi garganta.

—Pues pensabas mal.

¿Sabéis eso que se dice del yin y el yang, de los polos opuestos que se atraen y todas esas malditas cosas referentes a que no es

una buena idea y, aun así, no haces caso a las señales? Pues eso.

No estoy segura de si me mueve él o me muevo yo por inercia, pero de pronto estoy sentada a horcajadas sobre su cuerpo y lo único que me apetece es mover las caderas hacia delante y hacia atrás, que me toque, que me folle, que me bese...

—No quiero hacer esto —digo.

—No te estoy obligando a que estés sentada sobre mi polla.

—Lo sé —admito mientras trago saliva y la respiración me va cada vez más acelerada.

—Eres libre de separarte de mí.

—También lo sé. ¿Quieres que lo haga?

Su mano apretando mi culo me deja ver que no le gustaría que cortase el contacto entre nosotros.

—No me gustas —me asegura a un milímetro de mi boca.

—Ni tú a mí.

—Te odio.

—El sentimiento es mutuo.

Unos gemidos empiezan a salir de mis labios en el momento en que Adam me guía para frotarme suavemente contra su erección.

—Esto no es una buena idea.

—Lo sé, Tormenta. Lo sé.

—Solo me estás ayudando. Esto no significa nada. Quiero que te quede claro por qué es. Y que no se va a repetir.

Un segundo después nuestras lenguas están enredadas y nuestras salivas se están mezclando debido al mejor beso que me han dado en mis veintidós años de vida.

Su piel está igual de ardiente que la mía y le mordisqueo el cuello y la clavícula, como antes ha hecho él conmigo. Seguimos frotándonos y a mí cada vez me cuesta más no decirle que me la

meta de una vez. Esto no es propio de mí, pero es que ya no soy la que era.

Oigo el inicio de unos relámpagos en el exterior y me vienen a la cabeza las vidas que estarán corriendo peligro fuera mientras yo solo pienso en que quiero tener el sexo más brutal que he tenido jamás.

—Vas a hacer que me corra en los calzoncillos, y ya tengo muchos años para ello.

Le paso la lengua por la boca y sigo moviéndome sobre él con la única barrera de nuestros mínimos trozos de tela.

Siento que mi moño deshecho está a punto de desaparecer del todo y, como si él hubiese oído mis pensamientos, me quita la pinza con la que lo tenía sujeto, haciendo que mi melena caiga libre sobre mí. Me quita su camiseta, me desabrocha el sujetador y me sonríe mientras observa mi semidesnudez. Ahí, viendo como me devora y me venera a su manera, comienzo a moverme a la desesperada, frotándome contra su erección, hasta que alcanzo el orgasmo más brutal de toda mi vida al tiempo que me doy cuenta de que Adam llega al suyo en el mismo instante, besándonos con urgencia. No lo hago hasta que los truenos y relámpagos del exterior me sacan de este estado similar a la embriaguez en el que me hallo.

Tan solo puedo pensar en que el mejor orgasmo que he tenido jamás lo he obtenido sin ni siquiera tenerlo dentro de mí. Me siento como cuando tenía quince años y pasé a la tercera fase con Jaime Wilkes mientras me metía las manos dentro de las bragas detrás del instituto.

Cuando por fin dejo de divagar, hablo.

—Se ha desatado una tormenta. —Me sorprende cómo la lluvia golpea el cristal con una violencia inusitada.

—No me gustan.

—Recuerdo que me dijiste que te ponían de mala leche y que precisamente por eso me llamaste así... ¿Por qué las odias?

Ni siquiera obtengo una respuesta. Solo sé que pienso que esto no está nada bien y me aparto de él, recogiendo toda mi ropa y vistiéndome como alma que lleva el diablo. Él hace lo mismo.

—Creo que lo mejor será...

—Que te lleve a tu casa. —Acaba la frase por mí.

Homicidio

—Muerte causada a una persona por otra.

—Cierto tributo que se pagaba antiguamente.

—Delito consistente en matar a alguien sin que concurran las circunstancias de alevosía, precio o ensañamiento.

—Lo que ha ocasionado que otro estudiante se vaya al otro barrio.

28

Más vale cobarde vivo
que valiente muerto



Mara

Veo desde la ventana de mi cocina, esa en la que acabo de entrar, como se aleja el coche de Adam. No hemos hablado mientras nos vestíamos, ni cuando hemos salido de su casa, ni durante el trayecto hasta la mía. Solo un escueto «Nos vemos» y como si no hubiese pasado nada. Como si no acabásemos de practicar sexo juntos de la forma más satisfactoria. No voy a mentir, no estoy del todo segura de que no me arrepienta de lo que ha sucedido, pero desde luego estoy convencida de que las cosas, ya de por sí enrarecidas, ahora lo estarán mucho más. No me gusta. No le gusto. Nos odiamos. No me cae bien. Menos mal, porque entonces no sé qué hubiese pasado.

Voy hasta mi habitación y me sorprendo al ver a Phoebe durmiendo en mi cama. Voy hacia la suya, abro la puerta y descubro que Caleb está en ella. Voy hacia el cuarto de invitados y el que está es Zac. Me parece lo más correcto, ya que ellos se han tenido que ir de su casa para que yo me acabara corriendo del gusto.

Me meto en mi baño, me doy una ducha rápida y me pongo un chándal, ya que sé que va a ser imposible que vuelva a dormirme. Me meto en mi cama con sumo cuidado de no despertar a mi amiga, pero parece ser que no lo consigo.

—Hola.

—Hola.

Querría decirle muchas cosas, pero no sé por dónde empezar.

—¿Estás bien? —me pregunta con preocupación.

—Claro...

—Estás llorando.

—¿Qué?

Me llevo las manos a las mejillas y las noto mojadas. Creo que mi estado anímico de los últimos días no está siendo el mejor.

—Lo siento mucho, Mara. Sabes que no haría nada para hacerte daño, y mucho menos para ponerte en peligro. Tenía terminantemente prohibido darte la más mínima pista de lo que iba a suceder, ya que eso cambiaría el transcurso natural de los acontecimientos. Yo solo podía estar ahí para ti, protegerte en la medida de lo posible, apoyarte, quererte, ser tu amiga. Ser familia. Como lo somos desde renacuajas. Sé que tienes muchas preguntas y a mí me encantaría despejarte todas las dudas que se te presenten, pero yo no soy ninguna sabia. Habrá cosas que solo podrán contestarte las brujas de tu aquelarre, o del mío. Unas las iremos descubriendo juntas y otras las encontraremos en mis libros. Siempre he sabido que llegado el día serían grandes aliados. Si

quieres estar enfadada conmigo, estás en tu pleno derecho. Lo asumo —dice suspirando—. Pero haría lo mismo un millón de veces con tal de que estuvieses a salvo. Nunca me perdonaría que te pasase algo malo por mi culpa.

—Lo siento, Pheebs. No he sido justa contigo, pero espero que entiendas mi situación.

—Por supuesto que sí, tonta. Jamás te juzgaré.

—Ya... —Necesito hacerle algunas preguntas antes de confesarle lo que ha pasado hace menos de una hora—. ¿Qué puedes decirme del resto del equipo?

—Poca cosa. Yo hablo por mí; son ellos mismos los que tienen que darte las explicaciones que tú creas que les puedes exigir. Tan solo puedo asegurarte que todos están en tu bando. Sin excepción.

—¿Will está en casa?

—No, la hemos dejado en la suya. Tranquila, se las sabe arreglar sola. Es una buena amiga, Mara. Te quiere.

—Lo sé.

—¿Ha ocurrido algo más cuando nos hemos ido?

—Digamos que me han pasado cosas.

—¿Como qué?

—Como que he tenido un orgasmo con Adam porque me he puesto cachonda como una mona.

—Amiga mía, desde que tienes los dos patos estás desatada —suelta riéndose por lo bajo.

—¿No tienes nada que decirme?

—Que los hermanos Chase están muy buenos. No voy a juzgarte, Mara, te lo acabo de decir. Pero creo que debes tener cuidado porque no quiero que acabes sufriendo.

—Jamás podría enamorarme de alguien como él.

—Bueno, hace unas semanas no sabías que podías hacer estallar cualquier cosa. Nunca hay que decir de esta agua no beberé. Y no digo que no bebas, pero cerciórate antes de que el agua es del todo potable.

—No te preocupes. No pienso volver a acercarme a esa fuente. Venga, intenta descansar, que es pronto. Yo me quedo aquí pensando un poco.

Cinco minutos después Phoebe está completamente dormida y yo no puedo dejar de rememorar mi lengua bailando con la de Adam y el vaivén de mis caderas con las suyas.



No sé en qué momento logré quedarme igual de dormida que mi amiga, pero me acabo de despertar sobresaltada por culpa del timbre de casa.

Me pongo los calcetines más gruesos que tengo y bajo corriendo para ver quién está al otro lado de la puerta. Nada más abrir me quedo quieta, ya que no me esperaba que fuera Adam.

—Buenos días.

—Eh..., hola... —le respondo. Confieso que no imaginaba que aparecería en mi puerta tan solo unas horas después de nuestra rara despedida, así que estoy actuando como una adolescente avergonzada. Soy adulta. Puedo con esto—. ¿Qué haces aquí? Tu hermano y Zac están durmiendo todavía.

—No, ya no. Hace una hora que están en casa.

—Ah...

Yo sigo dentro de la casa. Él sigue fuera. ¿La razón? Que probablemente, si lo dejo entrar, como los polos opuestos de un imán volveremos a atraernos..., y eso es lo último que necesito en estos momentos. Por lo menos hasta que me aclare las ideas.

—Lo que vengo a decirte es importante. ¿Me dejas pasar?

Joder, no puedo negarme. Me hago a un lado y Adam entra y me sigue hasta la cocina.

—¿Quieres un café? ¿Un té? ¿Un refresco?

—No quiero nada. Gracias.

—Bien. ¿Qué quieres decirme?

—¿Está Phoebe en casa?

—¿Alguien pregunta por mí? —Oímos a la aludida entrando por la puerta de la cocina con la mitad de un bostezo en la boca y estirando los brazos—. Anda, Adam..., qué sorpresa verte por aquí —añade mientras me echa un vistazo rápido que pienso que Adam no ha visto hasta que lo veo sonreír.

Genial, sabe que mi amiga está al tanto de lo que ha pasado esta noche entre nosotros.

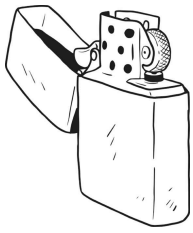
—Buenos días, Phoebe. Siento ser portador de malas noticias, pero... ha aparecido otro estudiante muerto.

Cadáver

—Cuerpo muerto.
—En lo que se acaba de convertir otro estudiante.

29

Con la muerte,
todo se acaba en esta vida



Adam

UNA HORA ANTES

Estoy tomándome un café bien cargado cuando oigo como un coche aparca fuera de casa. Menos de un minuto después la puerta principal se abre y mi hermano y Zac hacen acto de presencia, aunque las caras de preocupación que traen no son lo que me esperaba a esta hora de la mañana.

—¿Ocurre algo? —pregunto mientras me acerco a ellos.

—Hemos ido a por algo de desayunar a la esquina de la calle Castlehill al salir de casa de las chicas y nos hemos enterado de que ha aparecido otro estudiante muerto esta noche. No han trascendido

detalles, pero tenemos claro que no ha sido de manera natural ni accidental —me explica Zac mientras los nervios se apoderan de él.

—Joder, no nos están dando nada de tregua. ¿No habéis conseguido ni un mínimo de información? —insisto.

—No. Chicos..., siento ser yo el que os diga esto, pero, como la causa de la muerte, aunque no la vayamos a saber a ciencia cierta, no sea la misma que la de Simon, querrá decir que hay más de un ser acechando a los habitantes de este pueblo. Aunque, pensándolo bien..., podría tratarse del mismo asesino en serie que haya actuado de forma premeditada así, infligiendo distintas lesiones... Ya no sé qué pensar. Ha llegado a mis oídos que los jóvenes están más que hartos del toque de queda, pero es que, después de lo de esta noche, se van a volver locos. Ya se lo estaban saltando unos cuantos, así que creo que, a pesar de que haya muerto otro chico, les dará igual. Y si eso pasa, ¿cómo vamos a controlarlos?

—No podemos, Zac. No hay nada que podamos hacer para que la gente se quede en su casa, y lo entiendo. Si siguen apareciendo muertos, ¿van a quedarse todas las noches del resto de sus vidas encerrados? Yo no lo haría —sentencio poniéndome las manos en las caderas, mirando al techo y resoplando. Esto no tendrá fácil solución.

—Tú, precisamente, no eres el mejor ejemplo a seguir. No te ofendas, Adam. Las clases ya se habían reanudado, aunque debo decir que la mitad de los alumnos no han aparecido. Incluso hay profesores que tampoco lo han hecho. El hallazgo de un nuevo estudiante sin vida volverá a poner de luto al pueblo. Y hay algo que me indica que, lamentablemente, no será el último en dejarnos así, por lo que creo que todo el mundo se cansará de esto y se acabará yendo de aquí. Yo no, me encanta vivir en Midnights Valley.

—No dejaría que te fueras —le dice mi hermano a su amigo.

—¿Y si organizamos batidas? No es gran cosa, pero tal vez encontremos algo mientras paseamos en grupos por el pueblo. Varios ojos ven más que dos —propone Zac mirándonos con el ceño fruncido.

—¿Quiénes?

—Pues todos, Adam. Yo qué sé... En nuestro caso, que sabemos más o menos de qué va todo esto, podríamos hacerlo por parejas. Somos seis, así que las cuentas son redondas. Y el resto de la gente...

—¿Qué resto de la gente? ¿Vas a poner a tus compañeros en peligro?

—Venga ya, no te hagas el buen samaritano. Todos sabemos que, si se murieran todos, no te quitaría el poco sueño que tienes. Lo que estoy diciendo es que podemos dejar caer la teoría de que hay un asesino en serie suelto..., incluso que hay una secta que se dedica a liquidar a personas en edad estudiantil haciendo sacrificios humanos. Hay mucho valiente —dice Zac haciendo comillas con los dedos al pronunciar la última palabra— que se apuntaría nada más comentarlo. Pueden formar grupos de varias personas, nunca solos o en parejas, y nos servirán para dar la voz de alarma si se encuentran con algo o, incluso, para defenderse en caso de que algo los ataque.

—Visto así no está mal. ¿Qué opinas, Adam? —me pregunta mi hermano.

—No lo sé, Caleb. Una cosa es que nosotros nos dediquemos a investigar y otra que involucremos a todo este maldito pueblo.

—Ya, pero Zac tiene razón. ¿Qué te importa si se los cargan a todos?

—No me importa una mierda, pero nos quedaríamos muy expuestos si eso pasase. Recuerda que nadie debe enterarse de lo

que realmente pasa aquí.

—En ese caso lo mejor será que empecemos nosotros mismos. Hagamos parejas. Phoebe se viene conmigo.

—¿Y eso por qué? —pregunto sabiendo quién va a ser mi compañera de fechorías nocturnas.

—Porque lo digo yo. A Zac le ha caído increíblemente bien Willow, así que se va con ella.

—Ah, ¿sí? Sí, claro —responde de inmediato después de ver la cara de asesino de mi hermano.

—Qué sorpresa que me haya tocado con Mara.

—Hay que ver la de casualidades que hay en este mundo —suelta Caleb mientras sonríe.

—Quita esa cara. Me das miedo —mascullo—. Imagino que las chicas no se han enterado de esto.

—Dudo mucho que se hayan enterado siquiera de que nos hemos ido de su casa. No hemos querido molestarlas, así que nos hemos largado sin despedirnos.

—Chicos, voy a preparar café. Seguid a lo vuestro, ahora vuelvo.

Zac se dirige a la cocina y, mientras lo oímos trastear por ella, mi hermano se arrima a mí.

—¿Qué opinas? —me pregunta poniéndose a mi lado.

—¿Sobre qué?

—¿Cómo que sobre qué? Deja de ser tan gilipollas y sácate el palo del culo, Adam. Que te quede claro que no estamos en casa, así que aquí tienes que cambiar un poco tus conductas y ser más agradable. ¿Qué opinas de todo este embrollo? ¿Qué opinas acerca de las intenciones de Eleanor ahora que estás en el mismo pueblo que ella? ¿Qué opinas sobre Mara? ¿Qué crees que está pasando?

—Me has hecho demasiadas preguntas y está empezando a dolerme la cabeza. Vamos a hacer una cosa. Me voy a ir a duchar,

voy a ir a ver a las chicas, vamos a reunirnos todos en tu pub y vamos a estudiar opciones. Expondremos el tema de las batidas, volveremos a pensar qué o quién se está cargando a la peña, y...

—¿Y...?

—Nada, cosas mías.

—Sé que me estás ocultando algo, pero, tranquilo, huelo sobre qué tema es y, a estas alturas, no voy a cotillear sobre tus líos de faldas.

—No hay ningún lío de faldas.

—Tienes razón, por no haber, no hay ni bragas.

Un rato después arranco mi coche y me dirijo a la calle Shuttle, al número 11. Me encamino a la casa de Mara por segunda vez en estas pocas horas de día.

Estaciono, cojo aire unas cuantas veces y voy directo a la puerta principal de la vivienda. Me fijo en que el periódico local aún no ha sido entregado, lo que me parece normal debido a los hechos acontecidos.

Muevo el cuello para hacerlo crujir y pulso el timbre con el dedo. ¿Quién me abrirá? ¿Será ella?

Oigo que alguien se acerca y no necesito verla para saber quién está al otro lado. Mi cuerpo se agita como nunca. Se abre la puerta y ahí está, la última persona con la que he tenido un orgasmo brutal.

Tengo que ser inteligente y no hacerle ver que su mera presencia me ha inquietado, por lo que no hago ni un simple comentario respecto a lo que ha pasado entre nosotros. Tampoco la miro de forma extraña, ni la toco. Solamente la informo de que mi hermano y Zac ya están en casa, le pido entrar, niego la invitación a su ofrecimiento a beber algo y pregunto por su amiga.

Después, les suelto el jarro de agua fría.

Hay un nuevo cadáver.

— Midnights Valley News —

SUCESOS LOCALES

Como informamos ayer, una nueva desgracia ha enturbiado la felicidad de los ciudadanos de nuestro querido pueblo.

Hace dos noches fue hallado sin vida el estudiante de segundo grado de Ciencias Forenses Seth MacNeil, joven procedente de una familia muy conocida en la comarca.

Los MacNeil regentan la tienda de ultramarinos de Midnights Valley, fundada hace ya ochenta años. Seth, segundo hijo de Susan y Tom, ayudaba a sus padres como repartidor a domicilio, para lo que usaba su inseparable motocicleta.

Esta fue encontrada destrozada junto al cadáver, pero todo parece indicar que un accidente no fue el motivo de su fallecimiento.

Nuestras fuentes, que vamos a mantener en el anonimato, han revelado a este periódico que ha sido una muerte violenta y que hay evidentes signos de lucha. Por respeto a sus seres queridos, no daremos más detalles ni serán publicadas fotografías del escenario del crimen.

Esta vez la voz de alarma fue dada por varios compañeros de su antiguo instituto, dejando a la vista que el toque de queda no está siendo respetado como se esperaba. Esta tarde, nuestro alcalde dará una rueda prensa para ofrecer más datos sobre este suceso, para recordar que los estudiantes no pueden salir de casa más allá de las ocho y para decretar de nuevo el luto oficial por nuestro conciudadano.

La misa por Seth MacNeil está prevista para dentro de unos días, ya que, según nos informan, van a realizarle un examen exhaustivo en la morgue para determinar las causas de la muerte.

En cuanto obtengamos más datos, los publicaremos.

Mientras tanto, recemos por su alma.

Incomodidad

—Falta de comodidad.
—Molestia.
—Disgusto, enojo.
—Lo que siento últimamente en muchas ocasiones.

30

Quien compra diablos
no puede vender santos



Mara

—¿Qué haces? —me pregunta Phoebe en cuanto asoma la cabeza por la puerta de mi habitación.

—Estaba intentando ponerme al día con Sociología de la Delincuencia. Lo sé, nada que venga en el temario nos va a ayudar, pero eso es algo que a mi profesor le dará igual.

—¿Vas un poco atrasada? —quiere saber mientras levanta ligeramente una ceja. No hay gesto más característico en ella que este.

—¿Un poco solo? Un poco mucho. También tengo que ojear mis apuntes de Psicología Criminal y de Victimología... Mi cabeza no está muy centrada ahora mismo, así que me cuesta retener información.

—Si te sirve de consuelo, yo voy un par de temas por detrás en Toxicología Forense.

—No, no me consuela. Ven aquí, anda.

Estoy sentada en mitad de la cama rodeada de apuntes, pero aparto unos pocos para que pueda ponerse a mi lado.

—Me lo imaginaba, pero tenía que intentarlo... ¿Cómo te encuentras?

—Asimilando mi nueva vida poco a poco, que no es fácil, y teniendo claro que debemos encontrar al cabrón que está matando a la gente de este pueblo —contesto tirándome hacia atrás en mi cama. Phoebe se tumba junto a mí.

—¿Qué opinas de lo que hablamos ayer? —pregunta girando la cabeza en mi dirección mientras yo hago lo propio hacia la suya.

Ayer, en cuanto Adam nos soltó la noticia de un nuevo hallazgo mortal, se fue, no sin antes decirnos que cuando estuviésemos preparadas nos dirigiésemos al pub. Ah, y que avisásemos a esa amiga nuestra pareja de Zac. No entendimos nada, pero dimos por hecho que se refería a Willow.

Eso fue lo que hicimos: nos tomamos un café bien cargado, le pedimos a Will que se preparase y luego la pasamos a buscar. Las tres nos fuimos al Insomnio, Phoebe pidió que se le pagasen horas extras por estar en su lugar de trabajo fuera de su horario laboral, Caleb se rio y le dijo que no. Y luego... hablamos de cosas serias.

—¿A qué parte te refieres? Porque durante la conversación se trataron muchos puntos.

—Las batidas.

—Pues no lo sé, Pheebs. ¿Tú sigues pensando que es buena idea que nuestros compañeros se expongan a algo así? Déjame decirte una cosa: creo que, sea lo que sea que está ahí fuera, se podría cargar a seis de un plumazo.

Veo como mi amiga se lleva las manos a la cara y suspira, sabe que tengo razón. Cuando ayer los chicos pusieron esta idea de Zac sobre la mesa, yo me negué en redondo. Aún no sé lo que son ellos, pero desde luego sé que nosotras tres somos brujas. Una cosa es que nosotras, que se supone que estamos protegidas por la magia, esperemos sentadas sobre la lápida en mitad del cementerio local hasta que algo quiera atacarnos, pero los simples mortales que sí creen en los unicornios, pero no en Nosferatu, deberían quedarse tranquilamente en casa viendo algo en Disney Channel.

—Tienes razón, pero es que no veo otra salida. Podemos turnarnos las tres para hacer ronda con el grupo al que le toque.

—No tiene sentido que yo de repente me convierta en el ser más sociable del planeta y quiera irme con la peña con la que dejé de relacionarme hace años. Tampoco que la camarera de la cafetería del tanatorio se apunte a ir con ellos.

—Eso es cierto. Pues no hay otra manera, Mara. Tendrán que ir sin ayuda de nadie y deberán arreglárselas solos.

—Considero que es un error. Además, ¿de veras crees que aceptarán?

—Ya lo han hecho. —Se muerde un padrastro de su pulgar izquierdo y ahí sé que ese ha sido uno de los culpables de teclear en su teléfono.

—¿Qué coño has hecho? —digo mirándola más fijamente mientras aguardo la respuesta que sé que va a darme.

—Antes de venir aquí he mandado un mensaje grupal a la gente de la uni, y han pedido una quedada de urgencia en el pub para conformar los grupos.

—No me jodas.

—¿Lo siento...? —dice poniendo cara de niña buena. Más aún que la que tiene de serie.

—¿Cuándo?

—Esta tarde.

La mato.



—Calma, calma. Tranquilidad, por favor.

Hace tan solo unas horas que Phoebe me ha contado lo del mensaje enviado a todos los estudiantes y ya estoy aquí sentada mientras veo como Adam no me quita ojo desde la barra. Lo observo más rato del que me gustaría admitir, pero es que no sé cómo comportarme con él después de lo que sucedió..., y tampoco tengo claro si me gustaría rozarme de nuevo contra su cuerpo o simplemente me gustaría tocarlo para quitarle de un guantazo esa cara de suficiencia que pone mientras parece que me está leyendo los pensamientos. El ruido es ensordecedor y, a pesar de que mi amiga intenta templar los ánimos, nadie le hace caso.

Un silbido resuena por todo el lugar, dejándolo completamente en silencio.

—Atended a la señorita o vais todos fuera —exige Caleb visiblemente cabreado—. Aquí tiene la misma autoridad que yo, así que sed chicos listos.

Phoebe le sonríe con timidez y comienza a hablar.

—Como bien os he avanzado, consideramos que sería bueno organizar batidas nocturnas para dar caza a quien sea que nos está matando. Hace cuatro años perdimos a Owen —dice mirándome una milésima de segundo—, hace pocos días perdimos a Simon y, cuando aún no nos habíamos repuesto, aparece Seth... No sé a

vosotros, pero a mí no me apetece que mi nombre salga en la prensa local si no es porque haya hecho algo legendario. Y con esto no me refiero a que alguien acabe con mi vida en funestas circunstancias. Soy muy joven y bonita para morir tan pronto.

Noto una mirada sobre mí que está empezando a incomodarme y, cuando miro en dirección a Adam, me sorprendo al ver que su vista no está puesta en mí, sino en la zona en la que están los que siempre fueron los grandes aliados de Owen. Me fijo en ellos y descubro que Lester me está taladrando con los ojos, aunque ignoro por qué.

—Después de tratar el asunto con detenimiento, tenemos una cosa clara: bajo ningún concepto se podrá ir solo o en parejas. Mínimo tendréis que ser seis personas. Y recordad que el cementerio está lleno de valientes. Chicos, no vayáis de tipos duros por la vida..., en esta ocasión lo que hay que ser es inteligentes. Grupos de seis, que no lo tengamos que repetir. Por otro lado, lo ideal es que sean mixtos. Sí, ya sé, el feminismo es lo mejor de este mundo y todos somos iguales, pero viendo que esto no va de un simple ataque, sino de perder la vida, seamos listas y vayamos acompañadas de chavales que por constitución física tienen más fuerza que nosotras. ¿Os parece bien?

Las chicas aquí congregadas asienten con la cabeza, y solamente una alza la mano.

—¿Sí, Blair?

—¿Y si no estoy de acuerdo?

—¿En qué, bonita? —suelta mi amiga mientras noto que está empezando a sulfurarse—. ¿En lo de hacer batidas o en lo de ir con hombretones?

—Lo segundo. ¿Y si prefiero ir con mis amigas?

Estas, que están sentadas a su lado, agachan la cabeza y miran hacia abajo, evitando tener contacto visual con ella, lo que me hace saber que para nada se plantean no ir en un grupo mixto.

—¿A qué amigas te refieres? Porque, perdonadme, chicas, no quiero meteros en un embrollo, pero no os veo muy por la labor de ir sin compañía masculina. Mira, Blair, aquí se trata de formar equipos equilibrados. Ellos, en general, pueden aportar más fuerza física; aunque eso no quiere decir que en una pelea cuerpo a cuerpo tengan las de ganar, pero sin duda podrán ayudar. Ahora bien..., nosotras también somos indispensables, porque nuestra intuición y que seamos más analíticas puede ser muy útil a la hora de enfrentar un conflicto. En fin, que a ellos también les convienen los grupos mixtos. Tema zanjado.

Otra cosa no, pero, con el discurso que acaba de soltar, se ha quedado a gusto. Todo lo contrario a mí, que sigo teniendo la mirada abrasadora de Lester encima, la cual está empezando a ponerme bastante nerviosa.

Después de una hora hemos conseguido cuadrar a toda la gente y mentimos diciendo que el primer grupo en salir a patrullar será el formado por nosotros seis, aunque en realidad iremos por parejas y los primeros días, además, vigilaremos en la sombra al resto de los equipos por si acaso.

Se ha determinado que lo más seguro es que los grupos se hagan por cercanía de vivienda, así nadie tendrá que volver a casa relativamente solo. En nuestro caso, tenemos excusa y así lo ha contado Phoebe: los chicos nos recogerán a nosotras y pasaremos a por Willow, que es la que vive sola. Y a la vuelta haremos la misma operación a la inversa. Nosotros sabemos que no lo haremos así, ellos no tienen por qué enterarse.

—Antes de concluir y pasar al turno de preguntas, sé que ya lo he dicho antes, pero voy a repetirlo: nadie debe ir solo ni en parejas, sino en grupos como mínimo de seis. Debéis saber, además, que así lo ha estipulado nuestro alcalde, máxima autoridad del pueblo. —Hay que ver lo mentirosa que es cuando quiere. Él lo sabe y hará la vista gorda en cierta medida, pero nos ha llamado «inconscientes» y ha dicho que, cuanto menos sepa, más feliz será—. Sé que os sorprende esta información, pero ya sabéis que es mi tío y le he explicado que, como buenos ciudadanos que somos, queremos ayudar en la medida de lo posible. Así que, como pille a algún gilipollas haciéndose el salvador, tendrá consecuencias. Y, sí, me refiero a vosotros, hombres hormonados aquí congregados. Ah, y evitad contarles a vuestros padres esto que vamos a hacer porque creo que no les haría mucha gracia. Y ahora sí: ¿Alguien tiene alguna duda que quiera despejar antes de marcharse?

—Yo.

Esta vez la persona que levanta la mano es la persona que me ha incomodado desde que estoy aquí. Y sé que lo que va a pasar a continuación no será agradable. Premoniciones, habéis llegado a mí.

Enemigo

—Contrario (que se muestra completamente diferente).

—Dicho de una persona o de un país: Contrarios en una guerra.

—Persona que tiene mala voluntad a otra y le desea o hace mal.

—Conjunto de personas o de países contrarios a otros en una guerra.

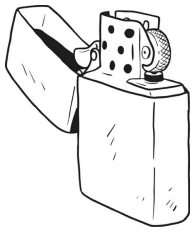
—En el derecho antiguo, hombre que había dado muerte al padre, a la madre o a alguno de los parientes de otro dentro del cuarto grado, le había acusado de un delito grave, etc.

—Diablo (príncipe de los ángeles rebelados).

—Otro más que añadir a mi extensa lista.

31

Donde está la paz, Dios está;
donde no, Lucifer y Satanás



Adam

Lo he sabido desde el primer segundo en el que he visto cómo la miraba. Sabía que debía estar alerta. Sabía que me iba a dar problemas. Sabía que no me podría controlar.

—¿Qué duda tienes, Lester? —le pregunta Phoebe desconfiada. Creo que se huele algo raro.

—Pues mira —dice levantándose de su asiento para que todo el mundo lo pueda ver perfectamente—, mi duda es qué pasa con ella.

—¿Con quién?

—Con tu amiga —añade señalándome.

—¿Qué pasa con Mara? Está en mi grupo, me parece que eso ya lo he dejado claro. Iremos nosotras dos junto a Caleb, Zac...

—Creo que no me has entendido. ¿Cuándo va a dejar de matar a estudiantes? O de esconder sus cadáveres, porque los hay de los que no se sabe nada desde hace cuatro años.

El asombro es generalizado y yo solo puedo mirar en dirección a Mara. Lo que veo no me gusta. Está asustada. Por el aborrecimiento de todo el inframundo, es algo así como una puta superheroína de cómic de Marvel, este mierda no puede empequeñecerla.

—¿Qué coño acabas de insinuar? —replica Phoebe encarándose con él. Willow la aparta—. Porque, si lo que has hecho es llamar «asesina» a mi amiga, te juro por lo más sagrado que tengo que patearé ese saco de huesos que tienes por culo. No quieres verme enfadada, te lo aseguro.

—No la defiendas tanto. ¿Nadie se ha dado cuenta hasta ahora? —pregunta a los presentes—. Os voy a refrescar la memoria... Hace años inició una relación con mi amigo Owen. Yo le decía: «Tío, esta tía está buenísima, seguro que folla de miedo, pero seguro que también acabará dándote muchos dolores de cabeza».

Noto que mi hermano se pone a mi lado, en alerta, para pararme en cuanto me lance a la yugular de este hijo de puta.

—Sus palabras textuales fueron: «¿Tú has visto ese culo? Va a ser mío».

La bilis empieza a subirme por la garganta y estoy haciendo un esfuerzo de contención que ni en mis días más oscuros. Mara ya siente algunas miradas de más puestas en ella, y yo solo pido que haga estallar todos los vasos de este bar y que muchos se incrusten en zonas delicadas de la totalidad de los que están haciéndoselo pasar mal.

—Estuvieron un año juntos, durante el que me dio todo tipo de detalles jugosos de cómo era esta fiera que tenemos delante. También de cómo se cansó de aguantarla y prefirió tirarse a otras.

Yo le decía que la dejase, pero él siempre me contestaba lo mismo: «No puedo». Nunca llegué a insistir para saber por qué no podía, pero estoy convencido de que era porque de algún modo le tenía miedo. Todos sabemos que Owen no era precisamente modélico, pero algo me dice que ella es peor..., lo que me hace preguntarme si la cosa no fue tal que así: Owen la mandó a paseo, ella se cabreó, se pelearon y se le fue de las manos. Se deshizo del cadáver y aquí no ha pasado nada.

El silencio es absoluto, y yo solo puedo dar gracias en estos momentos de que Willow y Phoebe se hayan puesto junto a Mara.

—La cosa no acaba ahí. Cuatro años después de su desaparición, nuestro querido Simon pierde la vida... ¿Y sabéis con quién se había acostado también el desdichado? ¡Bingo! Marita, dos de dos. Y ahí no acaba la cosa, no..., aún hay más. De eso no tengo constancia, pero seguro que Seth también estuvo entre sus piernas... Enhorabuena, Mara, ¡te has llevado el triplete!

Le habla con tanto veneno contenido que nadie sabe cómo reaccionar. Yo sí, pienso cargarme a este cabrón.

—¿No lo pilláis? Se los folló a los tres, como la buena zorra que es.

—¡Basta ya! —grita Mara haciendo que mi hermano y yo miremos las botellas que hay detrás de nosotros cuando oímos como chocan entre sí.

Antes de que se abalance contra él, me zafo de mi hermano, salgo de detrás de la barra y la cojo desde atrás por la cintura para llevármela inmediatamente de aquí. Me dirijo hacia el pasillo que da al callejón mientras no deja de chillarme que la suelte y me destroza las piernas con sus patadas.

—Tranquilízate, Mara, no le des el gusto.

—¡Siempre serás una auténtica zorra, Holloway! —oímos antes de meternos en el despacho de Caleb.

Cierro la puerta de una patada y la abrazo contra mi pecho hasta que consigo que su respiración se vuelva más regular. Me doy cuenta de que en algún momento ha posado las manos en mis brazos y se ha anclado con fuerza a ellos, como si pensase que, si se soltara, la dejaría caer. Noto humedad en mi piel y sé que son sus lágrimas, esas que caen velozmente por su rostro. Ver a alguien llorar nunca me ha producido un sentimiento de pena o tristeza, al contrario, me provoca disfrute, pero con ella... todo es distinto.

—Ya está... —Intento calmarla de nuevo susurrándole al oído.

Noto que sus manos me agarran más que antes y como su pecho sube y baja a toda velocidad, haciendo que la abrace con más fuerza.

Se gira entre mis brazos y, antes de que hunda la cabeza en mi cuello, pongo las manos en sus mejillas para conseguir que me mire. Las lágrimas siguen cayendo y yo se las aparto con los pulgares.

Estamos muy cerca y ella me mira con intensidad.

—No puedes dejar que te afecten estas cosas. No puedes dejar que gentuza como él te haga sentir pequeña. Eres muy grande, Tormenta.

Esto último se lo digo peligrosamente pegado a sus labios, sintiendo su aliento contra el mío.

—Prométeme que no los vas a dejar ganar.

—Lo prometo —susurra con un hilo de voz que me estruja las entrañas.

Juro que me esfuerzo sobremanera para apartar mis manos, mis ojos y mi atención de ella, pero no lo consigo.

Hago todo lo contrario: estampo mis labios contra los suyos en un beso hambriento que no he podido evitar. Su boca recibe la mía de la misma manera y la empujo hacia atrás para hacerla sentarse en la mesa de mi hermano. Nuestras lenguas bailan al compás al tiempo

que me sitúo entre sus piernas y le enmarco la cara con determinación.

Ya no oímos jaleo fuera, aunque sería complicado debido a los jadeos que invaden esta habitación. Nunca he pensado en la vulnerabilidad de las personas, pero, como acabo de decir, ella es distinta. Ahora mismo me encantaría desnudarla, devorarla, saborearla, pero no me sentiría bien haciéndolo. Con ella, no. Así que sigo concentrado en su boca, su lengua, su saliva y sus dientes, esos que me dan pequeños mordiscos en el labio inferior.

El estado de excitación de ambos está en pleno auge cuando algo nos hace separarnos rápidamente.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta muy sorprendida, refiriéndose al ruido que ha hecho que rompamos nuestro contacto.

—No tengo ni idea...

—Creo que será mejor que vayas a mirar por si acaso.

—Quédate aquí —le pido mientras ya estoy saliendo por la puerta. La dejo sentada en el escritorio de Caleb y quiero que siga exactamente igual cuando regrese.

—Claro...

Cuando llego a la barra veo a un montón de universitarios con cara de no entender nada y un sinfín de botellas hechas añicos por el suelo, por lo que mi expresión acaba siendo la misma que tienen ellos.

—¿Qué coño ha pasado? —le pregunto a Phoebe, que se pone a mi lado.

—Han empezado a caerse de repente.

—¿Solas?

—Hombre..., creo que ya sabes que la respuesta a esa pregunta es negativa. Lo siento, no he podido salvarlas todas.

—¿Cómo?

Veo que Phoebe hace un gesto que indica que mire detrás de la barra. Obligo a mis pies a ir hasta allí y veo unas cuantas botellas levitando cerca del suelo.

—¿Lo has hecho tú? —planteo realmente asombrado. No tenía ni idea de que poseía la capacidad de hacer flotar las cosas en el espacio.

—Cuando me he dado cuenta de lo que estaba pasando ya era demasiado tarde. Por lo menos he salvado esas del estropicio, para que a tu hermano no le dé un síncope. Menos mal que esta gente no puede verlas desde donde está, porque ya ha flipado bastante al ver que se caían una tras otra... Imagínate que hubiesen visto esto. ¿Cómo íbamos a explicarlo? Ya nos costará justificar lo primero. En todo caso, sé quién ha sido, pero no entiendo qué lo ha desencadenado.

Yo sí tengo una ligera idea, aunque no lo quiera creer. Mientras, un cúmulo de malos pensamientos se arremolinan en mi cerebro.

—¿Es posible que...?

No termino la pregunta, lo que hago es echar a correr hacia el despacho de mi hermano porque necesito saber la razón. Lo que pasa es que no llego hasta allí, ya que, cuando me meto de nuevo en el pasillo, veo la puerta que da al callejón abierta de par en par. Mara se ha ido.

Cementerio

—Terreno, generalmente cercado, destinado a enterrar cadáveres.

—Lugar destinado al depósito de residuos de ciertas industrias o de maquinaria fuera de uso.

—Lugar al que me haré asidua de ahora en adelante.

32

Dios lo da,
y el diablo lo guisará



Mara

Tenía que hacerlo. Tenía que parar ese beso que no sabía en qué iba a acabar. Tenía que hacer que Adam se separase de mí. Tenía que intentar que mi mente mandase señales. Lo he conseguido, he conseguido que la idea que me rondaba una y otra vez por la cabeza se materializase. Gracias, telequinesis. Sé que le debo mucho dinero a Caleb porque no lo va a dejar pasar, pero necesitaba alejarme de aquí. Necesitaba salir de ese despacho cuanto antes.

Nexo de unión. Esto fue lo que me dijo Phoebe en la cafetería cuando Simon aún no había sido enterrado. En ese momento todavía no podía explicarme lo que pasaba y yo no le di más importancia.

Hasta ahora. Ahora sé a lo que se refiere, y, con la muerte de Seth, se reafirma la teoría.

Owen fue mi novio. Con Simon tuve sexo esporádico. Con Seth, más de lo mismo. Sé que no debería hacer bromas en este momento, pero me alegro de que la lista de chicos con los que he mantenido relaciones sexuales no sea muy extensa porque sufriría por sus vidas.

Yo soy la culpable de sus muertes, de que ya no estén entre nosotros. Yo soy la culpable de que no sigan celebrando cumpleaños, que no conozcan a los amores de sus vidas, que no sean padres, que no tengan un ascenso en sus trabajos o que no se retiren en una casa en el campo rodeados de sus quince nietos. Yo.

Sí, evidentemente no soy quien les ha quitado la vida, pero el sentimiento de que, si no fuese por mí, aún seguirían vivitos y coleando, no voy a poder quitármelo de encima.

Mis pasos acelerados me alejan del pub y eso es lo que pretendo, porque sé que, en cuanto Adam o Phoebe se den cuenta de que me he ido, vendrán a buscarme.

Al llegar, me río..., porque a donde mis pies me han traído no es otro sitio que el cementerio local. Un montón de lápidas, mausoleos y nichos componen este rincón del pueblo en el que siempre hay alguien con flores en una mano y pañuelos en la otra.

Voy al fondo a la derecha, a un lugar al que he venido muchas veces y en el que mi apellido está escrito, el mausoleo de la familia Holloway. Veo que hay flores frescas colocadas con cuidado y no me cabe duda de que mi tía Samantha ha sido la encargada de hacerlo. Estoy pasando un dedo por la piedra cuando un ruido llama mi atención.

Me pongo en alerta y miro a mi alrededor en busca de algo, o alguien, que pueda estar al acecho. Y de repente algo me golpea por

la espalda.

Caigo al suelo y, antes de poder levantarme, unas botas un tanto pasadas de moda, y destrozadas, entran en mi campo de visión. Levanto la vista y no me lo puedo creer.

—No me jodas —digo con absoluta incredulidad.

Esto no me puede estar pasando a mí.

Me incorporo con rapidez y doy unos pasos hacia atrás observando lo que tengo delante de mí. Y digo «lo que» y no «a quien» porque de persona ya no le queda nada.

Tez extremadamente blanca, ropa de hace muchas décadas, entrecejo arrugado y colmillos muy afilados. Genial, por las puertas que hay ahora mismo abiertas de par en par para que salgan criaturas a darme quebraderos de cabeza también se han escapado vampiros. ¿Dónde está Buffy cuando se la necesita?

Echo a correr hacia la izquierda y él me sigue. Necesito ganar tiempo por varias cuestiones. Una, pensar en qué narices voy a hacer. Dos, encontrar algo puntiagudo para clavárselo, rollo estaca. Tres, intentar que no me mate. Cuatro, acabar con el primer vampiro de mi vida.

Si no supiese la que nos ha caído encima, sencillamente correría para intentar salvar mi vida sin mirar atrás..., pero, sabiéndolo, y siendo quien soy, tengo que acabar con él. No puedo dejarlo con vida, ya me entendéis, para darle la oportunidad de cargarse a alguien.

Corro todo lo que mis piernas dan de sí hasta que resbalo, dándome de lleno con la lápida del señor Krueger, antiguo alcalde de Midnights Valley y reputado profesor de instituto. Intento incorporarme a toda leche, pero no puedo porque me lo impiden poniéndose a horcajadas sobre mí. Forcejeo y me revuelvo como

jamás había hecho en mi vida mientras busco con una mano algo con lo que poder defenderme.

En momentos así me encantaría ser una bruja con conocimientos que pudiese deshacerse de este chupasangre de un plumazo, pero por desgracia soy una bruja novata que aún no tiene idea de nada.

Nota mental: leerme ya el libro que Agatha puso en mi poder, sobre todo la parte que habla del poder de tres.

Toco con la mano algo duro y palpando deduzco que es una piedra de considerable tamaño. La cojo como puedo y se la estampo en plena cara, logrando que retroceda un poco. Me arrastro por el suelo para poder levantarme y me coge de un tobillo. Joder, necesito un poco de tregua. Empiezo a patalear y vuelvo a darle en la cara, dejándolo un tanto aturdido.

Ahora sí, consigo ponerme en pie y echo a correr de nuevo, aunque esta vez cambio de dirección porque sé exactamente a dónde quiero dirigirme. Oigo ramas secas rompiéndose detrás de mí y me queda claro que la cacería se ha reactivado. Rezo para encontrar lo que tengo en mente y un golpe de suerte llega a mí cuando lo veo a lo lejos. Consigo llegar a duras penas al cuarto de las herramientas y forzar la cerradura rompiéndola con todas mis fuerzas. Abro la puerta, cojo lo que he venido a buscar y me doy la vuelta.

Estamos cara a cara. Lucharemos cuerpo a cuerpo, solo que tengo una ligera ventaja..., por lo que sujeto entre las manos. No espero, actúo.

Levanto la pala, la agarro como si se tratase de una ballesta y, sin darle tiempo de reacción, se la incrusto en la garganta, seccionándole la cabeza.

Abro mucho los ojos de la impresión. Observo el cuerpo, por un lado, y la cabeza, por el otro, mientras aún tengo la herramienta en

la mano, y veo como se descomponen ante mí. Una vez que desaparecen por completo, me dejo caer al suelo de culo y me pongo a reír. Esto es surrealista. He comenzado la tarde con alguien llamándome «zorra» y he terminado cargándome al primer vampiro de mi vida.

Dejo la pala en su sitio. Luego echo un vistazo a mis manos y a mi ropa sucia y arrugada. Me sacudo la tierra y las hojas que se habían adherido a ella y voy hacia la salida del cementerio. Eso sí, me temo que tendré que volver cada noche porque estoy segura de que hay muchos más como este. Una vez fuera, cojo la calle en dirección oeste. Tengo una nueva cita a la que acudir.

Forense

—Perteneciente o relativo al foro.
—Público y manifiesto.
—Médico forense.
—Revelación un tanto pelirroja y bastante tatuada.

33

Justicia, Dios la conserve,
pero de ella nos preserve



Mara

Ni siquiera me he parado a mirar qué hora es, pero el cielo extremadamente negro me indica que ya debería estar en casa. Mientras camino un montón de cosas se arremolinan en mi mente, por lo que no puedo pensar con claridad. Lo que más me perturba es el beso con Adam. Si no nos soportamos, ¿por qué siento que somos el ancla del otro? Es del todo absurdo porque no deja de ser un auténtico desconocido para mí, pero hay algo de él a lo que mi cuerpo está conectado. En esta ocasión he sentido que era la primera vez que estaba realmente preocupado por cómo me estaba sintiendo.

Rompo mi segunda cerradura del día y me adentro en este pasillo oscuro que tantas otras veces he recorrido. Busco mi móvil para poder alumbrar, pero me doy cuenta de que lo he perdido. Mierda, seguro que se me ha caído mientras intentaba que no chupasen toda la sangre de mi torrente sanguíneo.

Voy poniendo las manos en la pared para no ir «a ciegas» y alcanzo el interruptor. La morgue no es que sea uno de mis sitios favoritos, a pesar de que hace poco que estuve aquí, pero, al igual que con Simon, necesito respuestas acerca de cómo murió Seth.

Espero tener más suerte esta vez y parece que Dios ha escuchado mis plegarias y empiezo bien, porque la primera cámara frigorífica que abro tiene premio. Tiro y veo que el cuerpo que ando buscando, cubierto por una sábana blanca, aparece frente a mí.

No sé cómo están acostumbrados a hacer las cosas en otros lugares, pero aquí se hacen así. El cuerpo de Simon estaba dentro de una bolsa para cadáveres porque se suponía que el examen exhaustivo ya había concluido, pero en el caso de Seth no es así, sin duda tendrán algunas cosas que analizar aún.

Levanto la parte que cubre la cabeza y me encuentro con su cara, esa cara que siempre era agradable de ver, al igual que lo era él. Nos conocimos de niños y siempre nos llevamos bien. Cuando Owen desapareció y yo me encerré en mí misma, a Seth era de los pocos a los que toleraba. Tanto era así que, en una de mis escapadas a pueblos vecinos, me lo encontré en un bar y nos sentamos juntos. Me sorprendió verlo allí, pero, como bien me explicó, era bastante tímido con las chicas de Midnights Valley y se sentía más desinhibido con las que no conocía de nada. No se sentía juzgado. Bebimos toda la noche, nos pusimos a bailar y acabamos en un motel haciendo uso de una cama matrimonial. Después de eso, cada vez que nos

cruzábamos rehuía mi mirada. Y hasta hoy, momento en el que lo veré por última vez sin que pueda escapar de mí.

Paso la mano por el triángulo de pequeños lunares que adornan su frente y sonrío con tristeza. Era un buen chico y no merecía un final así.

Bajo más la sábana y una arcada viene a mí. Y otra, y otra. Tanto debe de ser el ruido que hago que alerto a alguien que no sabía que seguía en el edificio. La puerta, que había dejado entornada, se abre por completo y una persona que conozco se planta junto a mí.

—Respira, respira. No vomites o yo iré detrás.

Me doy la vuelta, controlo la respiración e intento que mi estómago vuelva a su sitio, consiguiéndolo.

—¿Ya estás mejor?

—¿Por qué estás tan tranquilo? Me acabas de pillar aquí dentro —digo estupefacta.

Otto me sonríe como si esto fuese lo más normal del mundo y añado una cosa más a mi lista de cosas que no tienen sentido para mí.

—¿Crees que no sé que faltan informes cada cierto tiempo?, ¿que ignoro que hay «alguien» que se cuela por la puerta trasera o por la ventana de vez en cuando? Me paso más horas aquí que en mi casa, Mara. Por supuesto que he estado al tanto.

—¿Y por qué nunca me has delatado?

—Porque siempre vienen bien unas manos amigas.

Intento entender qué significa eso, pero no lo logro.

—¿Qué intentas decirme, Otto? Perdona, pero mi día no está siendo nada fácil y esto ha terminado de rematarlo.

—Sé que estás investigando lo que pasa en el pueblo. No son cosas normales ni de origen natural, ambos lo tenemos claro. Y yo

ya estoy desbordado. No te haces ni una ligera idea de todo lo que hay detrás.

Otto es conocido en el pueblo por ser un cuarentón soltero, que proviene de una familia muy querida por todos y que lleva dos décadas al frente de este trabajo.

Sus rizos son tirando a un castaño rojizo, tiene bastantes pecas en la cara, un arete en una oreja y varios tatuajes repartidos por ambos brazos, los cuales siempre están a la vista porque nunca se le ve sin la bata de trabajo, que lleva remangada hasta los codos. Su vida amorosa es un misterio para cualquiera. Eso, y muchas cosas más. Ahora empiezo a entender el porqué, tiene muchos secretos a sus espaldas.

—¿Hay mucho más? —pregunto refiriéndome a lo que me acaba de decir.

—No quieras saberlo.

En realidad sí que quiero, pero me callo.

—¿Y por qué no ha trascendido?

—Porque Stephen y yo creemos que es lo mejor.

—¿Nuestro alcalde?

Esta sí que tampoco me la esperaba.

—Mi mejor amigo.

¿En qué momento el tío de mi amiga y el forense del pueblo son mejores amigos y a mí nadie me ha dicho nada? Ni siquiera creo que Phoebe tenga conocimiento de eso.

—Ah.

—Sí, casi nadie lo sabe. Es lo lógico, me paso los días aquí encerrado, así que prácticamente nadie sabe nada de mí, aunque haya nacido en Midnights Valley. Pero no estamos aquí para hablar de mis asuntos, sino de lo que ha hecho que Seth pierda su vida. Sé que no es lo mismo que con Simon...

—Yo...

—Me consta que estuviste aquí.

—¿Pero...?

Si estaba aquí en algunas de las ocasiones en las que me colé, ¿por qué no me llamó la atención?

—Eso que ves ahí es una cámara de seguridad.

Menuda principiante estoy hecha. Sinceramente, viendo lo mal que gestionan este sitio, no me dio por pensar que justo aquí hubiese una cámara de vigilancia.

—Sé lo que estás pensando, trabajas aquí. La cámara es cosecha propia. Puse, además de esta, una donde comunican todas las puertas y otra en mi despacho cuando empecé a percatarme de que los papeles no estaban colocados exactamente igual a como yo los había dejado. Soy bastante maniático con este tipo de cosas. Al principio pensé que eran imaginaciones mías, pero al ver que era algo recurrente no me quedó otra que intentar averiguar lo que pasaba.

—¿No te sorprendió verme en esas imágenes?

—Siento decirte que, a estas alturas, con lo que sé, y con lo que he visto, ya no me sorprende nada. Lo comenté con Stephen y me pidió que no me preocupara y que lo dejara pasar. Puedes contarle a su sobrina que sabe que no lo has hecho tú sola —comenta con una sonrisa amistosa.

—Genial... Seguro que, cuando lo cabreemos de verdad, lo utilizará en nuestra contra.

—No digas tonterías. Con vosotras tuvo buena reacción. Otra cosa es cuando vio al chico.

—¿Qué chico?

—Uno al que no conocemos de nada. Del pueblo no es.

—¿Podrías describírmelo?

Cruzo los dedos mentalmente para que la respuesta sea afirmativa. Necesito saber de quién se trata.

—¿Qué te parece si lo ves tú misma?

Rastrear

—Seguir el rastro de algo o de alguien, o buscarlos por medio de él.

—Inquirir, indagar o averiguar algo, discurriendo por conjeturas o señales.

—Someter una zona a un examen detenido en busca de algo o de alguien.

—Llevar arrastrando por el fondo del agua una rastra, un arte de pesca u otra cosa.

—Vender la carne en el rastro al por mayor.

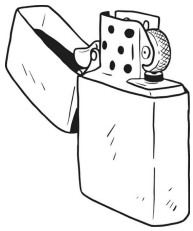
—Hacer alguna labor con el rastro.

—Ir por el aire, pero casi tocando el suelo.

—La actividad que vamos a llevar a cabo a continuación.

34

Feliz es la muerte,
que, antes de que la llame, viene



Adam

—Creo que es mejor que desalojes esto y cierres cuanto antes —digo tan pronto como llego al lado de Caleb tras descubrir que Mara se ha largado del pub.

—¿Qué ha pasado?

—Se ha ido.

No necesita que entre en detalles porque sabe perfectamente quién es la protagonista de la huida. No se lo piensa ni una milésima de segundo, va hacia donde quedan algunos chicos y anuncia que tiene que cerrar ya. Así, sin explicación alguna.

Cinco minutos después mi hermano cierra la puerta tras la última persona que sale del local.

—Así que ha sido ella la que ha armado todo esto, por lo que voy a tener que limpiar, centímetro a centímetro, el suelo de este bar para que no quede ni un mísero cristal, y luego se ha pirado sin mirar atrás. La amo. Es genuina —suelta Phoebe aguantándose la risa.

—No, Phoebe, lo que es se denomina «muy cabrona». ¿Tú sabes el dineral que se ha derramado? —pregunta Caleb.

—Por supuesto, recuerda que soy la que te ayuda a hacer los inventarios trimestrales —responde la rubia con toda la seguridad que la caracteriza—. También sé que le harás pagar hasta la última botella.

—En eso no te equivocas.

—Bueno, vayamos a lo importante... —Los miro a todos y soy consciente de que no puedo sonar desesperado o pensarán algo que no es. O que sí, ya no estoy seguro de nada—. ¿A dónde crees que ha podido ir? —pregunto mirando a su amiga.

—Pues no tengo ni idea... Imagino que estará intentando ordenar sus ideas después de lo que ha pasado con Lester. ¿Ha ocurrido algo mientras habéis estado solos?

No pienso contestar a eso.

—No es de tu incumbencia —sentencio mirándola fijamente para que pille la indirecta de que no pienso soltar nada por la boca referente a lo que me acaba de preguntar.

—Y así es como das una respuesta sin darla. Tranquilo, Adam, nadie es perfecto —comenta esbozando una sonrisa un tanto maliciosa.

Los cinco nos ponemos a barajar posibilidades y mencionar sitios a los que ha podido ir, ya que Phoebe ha descartado que se haya dirigido directamente a su casa. De todos modos, no tenemos ni idea, porque Willow dice que no la conoce tanto como para saber a

dónde va cuando necesita pensar y nosotros tres, mi hermano, Zac, y yo, tampoco tenemos nada que aportar.

—¿Cómo no se me ha ocurrido antes? —suelta Phoebe de repente —. Tenemos en el móvil la cosa esa de saber dónde está la otra en todo momento. Nunca lo hemos usado, tan solo se nos ocurrió ponerlo para utilizarlo en caso de que algún día alguna de las dos dejase de dar señales en un intervalo grande de tiempo o tardase horas en contestar llamadas o mensajes.

—Estoy en contra de esas herramientas, nos roban la poca libertad y privacidad que nos queda —comenta Zac con total convencimiento.

—Estoy contigo, amigo mío, y por eso he dicho que nunca lo hemos usado, pero, mira, creo que ahora nos va a ser de gran ayuda.

—¿Y si no quiere que la encontremos? ¿Y si necesita estar sola?

—Pues lo siento mucho si es así, Zac. Yo solo sé que mi mejor amiga ha sido acusada de ser una asesina en serie delante de todos sus compañeros, que se acaba de enterar de que es una bruja de la hostia con todo lo que esa mierda conlleva y, por supuesto, que hay una puta criatura que puede atacarla estando sola en mitad de a saber dónde. Creo que a todos se nos olvida que, a pesar de todo lo que puede hacer, no sabe utilizar su poder con conocimiento. Es como si no tuviese ninguna arma que poder usar. Así que ahora mismo voy a mirar dónde se encuentra y, quien quiera acompañarme a buscarla, que lo haga.

Nadie dice nada y la rubia decide activar el localizador para saber dónde está Mara... Han pasado unos veinte minutos desde que ha salido de aquí.

—¿Conduces tú? —le pregunta a mi hermano.

—La duda ofende. ¿Quieres ser mi copiloto?

Apagamos las luces del local, salimos y montamos en el coche de mi hermano. Él y Phoebe, delante. Willow, Zac y yo, detrás.

Una vez dentro, Phoebe pone su móvil en el soporte y nos muestra la ubicación y cómo llegar.

—Phoebe, sé dónde está el cementerio. Llevo años viviendo en este pueblo —suelta Caleb poniendo los ojos en blanco en cuanto vemos el punto que nos indica dónde está.

—Déjame, que estoy nerviosa. Por cierto, Zac, me alegro de que vengas con nosotros.

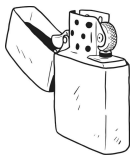
—Somos un equipo —comenta con una sonrisa, un amasamiento de pelo y una subida de gafas.

Creo que la rubia no es la única persona en este coche que tiene los nervios a flor de piel.

A lo largo del trayecto vemos que Mara está en movimiento. De repente, el punto se para.

—Se ha detenido... —indica con preocupación—. Prefiero imaginar que se ha sentado a pensar, o a hablar con los que ya no están presentes; pero ¿y si algo la ha atacado?

En ese momento el contador de velocidad marca que pasamos de lo legalmente establecido.



El cementerio local no es que sea muy grande, pero estar buscando, en el suelo y en plena oscuridad, un móvil no es tarea fácil, ya que de pronto el localizador ha dejado de funcionar, Dios sabrá por qué.

—¿Sabéis cómo acabaríamos antes...?

—Ni se te ocurra terminar esa frase, Caleb. No nos vamos a dividir —suelta Willow.

Hablar, habla poco, pero cuando interviene es tajante.

Mi hermano se calla y seguimos alumbrando con nuestros teléfonos el suelo en busca de alguna señal que nos indique dónde puede estar.

—Chicos, venid por aquí. A lo mejor está en el mausoleo familiar de los Holloway.

Giramos a la derecha y, justo cuando llegamos a donde ha indicado Phoebe, hay varias cosas que me llaman la atención.

—Ha estado aquí —afirmo convencido.

—¿En qué te basas? —pregunta Caleb.

—Mirad. Alguien ha sido arrastrado por aquí. —Willow, Zac y, sobre todo, Phoebe abren los ojos alarmados mientras que mi hermano sigue imperturbable—. Aquí hay un pequeño rastro de sangre... En caso de que sea suya, no debemos preocuparnos en exceso. Es mínimo.

—¿Que no me preocupe que pueda ser su sangre? ¿Qué te pasa? Claro que me preocupo. Ay, Dios mío... —La rubia nos mira—. Perdón, ahora sí que estoy muy nerviosa. Si es su sangre, y si algo la ha arrastrado, significa que la han atacado.

Sé que acabo de decir que no se preocupen, pero yo lo estoy desde el mismo momento en el que he distinguido rastros de lucha, porque tengo claro que ella es una de los involucrados.

—Se acabó. Me importa una mierda todo lo que me digáis —suelto sin dejar que nadie me conteste—. Nos dividimos. Willow, te vas con mi hermano. Phoebe, tú vas con Zac. No hay opción a réplica. Buscad en cada puto rincón de este lugar hasta que deis con ella o con su maldito móvil.

—¿Y tú? —pregunta un preocupado Zac.

—Yo me las arreglaré solo.

Echo a andar sin mirar atrás y sigo mi instinto, ese que casi siempre me da la razón. Llego a una especie de cobertizo y veo que la puerta está forzada, con la cerradura rota. Abro y distingo que todas las herramientas de jardinería están correctamente colocadas a excepción de una, una pala.

«¿Qué has hecho con ella, Tormenta? ¿Atizar a alguien? Esa es mi chica».

Salgo y miro a mi alrededor. En una esquina de una lápida, que no está en las mejores condiciones, veo algo que reluce bajo la luz de la luna. Es su móvil. Lo cojo y veo que en su fondo de pantalla hay una foto en la que sale preciosa juntando la cara con su persona favorita, Phoebe.

Me fijo en que tiene un montón de llamadas perdidas de ella, ya que desde que hemos llegado ha insistido incansablemente para ver si el teléfono sonaba o se iluminaba en alguna parte. Otra llamada entrante llega, me doy cuenta porque el móvil vibra en mi mano, está silenciado, y descuelgo.

—Por fin, Mara. ¿Dónde estás? —dice agitada.

—Siento decepcionarte, pero soy yo. Acabo de encontrar el móvil tirado junto al cobertizo de las herramientas. ¿Sabes dónde está?

—Danos un minuto —contesta antes de cortar la comunicación.

No han pasado ni treinta segundos cuando los cuatro aparecen en mi campo de visión a todo correr.

—¿Has visto algo que nos dé alguna pista de dónde pueda estar? —pregunta Phoebe arrebatándome el móvil de Mara de las manos.

—No, aunque nada más encontrarlo has llamado. No me ha dado tiempo a mirar.

Todos nos ponemos a estudiar lo que tenemos a nuestro alrededor en busca de algo que nos diga lo que sea, alguna pista.

—¡Un anillo! —exclama Willow mientras lo levanta acercándose a una de las pocas farolas que iluminan el camposanto.

Todos nos ponemos a su alrededor y, con los móviles, damos un poco más de luz a su hallazgo. Hay algo que reconozco y mi mirada, de inmediato, se encuentra con la de mi hermano. Él ha pensado lo mismo que yo.

—Déjame ver.

Willow lo posa en la palma de mi mano derecha, lo cojo con los dedos de la izquierda y le doy vueltas mirando el escudo que hay grabado en él.

—No sé cómo deciros esto... —empiezo, ya que ignoro cómo se van a tomar lo que estoy a punto de soltar a continuación—. Sé quién es el dueño de este anillo. Bueno, qué es, más bien.

—Adam, no te hagas el interesante que ahora mismo no estoy para adivinanzas. Dinos de una maldita vez qué coño es lo que ha intentado matar a mi amiga.

—Un vampiro.

Revelación

—Acción y efecto de revelar.
—Manifestación de una verdad secreta u oculta.
—Manifestación divina.
—Lo que me va a poner de muy mala hostia.

35

La muerte, sin tener llaves,
todas las puertas abre



Mara

Estoy sentada en el despacho de Otto, frente a su ordenador, esperando a que encuentre la grabación que estoy tan interesada en ver.

Estoy agotada, física y mentalmente. Recapitulando, mi día de hoy ha sido tal que así. He intentado ponerme al corriente en varias asignaturas en las que voy bastante atrasada. Mal. Me han acusado de haber matado a tres personas con las que he tenido algún tipo de relación a lo largo de mi vida. Fatal. Me he besado con Adam sin entender cómo nuestras bocas han acabado unidas. Nefasto. He sido atacada por el primer vampiro con el que me he cruzado en mi vida

y lo he decapitado. Funesto. Me he colado en la morgue y me han pillado. Penoso...

—Creo que ya lo tengo.

La voz de Otto me saca de mi estado de desconexión con la realidad y suspiro mientras me quedo mirándolo.

—Antes de darle a reproducir me gustaría hacerte una pregunta.

—Dispara.

—¿Qué te ha pasado? No te lo he preguntado antes porque quería que te tranquilizaras. Y no me gustaría que te ofendieras, pero estás hecha un desastre —me dice observándome de arriba abajo con bastante preocupación.

La adrenalina ha estado instalada en mi cuerpo hasta que he plantado el culo en esta silla y me ha dado el bajón. Después de salir del cementerio he venido casi corriendo hacia aquí y en ningún momento me he parado a pensar cómo podría ser mi aspecto después de la pelea de mi vida.

—Yo... —No sé ni qué decir.

—Toma —susurra abriendo un cajón y sacando una pequeña toalla que tiende en mi dirección—. Vete al baño, límpiate un poco y haz lo que tengas que hacer. Yo te espero aquí mismo con un café bien cargado, ¿te parece bien?

No le contesto, solamente le regalo una pequeña sonrisa mientras cojo la toalla que me acaba de dar como si fuese mi bien más preciado y me doy la vuelta para ir a asearme y descubrir qué pinta tengo.

Justo cuando estoy bajo el marco de la puerta siento el impulso de pronunciar en voz alta algo que hasta hace pocos días nunca hubiese imaginado. Necesito verbalizarlo, para no pensar que me he vuelto loca por completo.

—Me he cargado a un vampiro —suelto sin volverme.

—Tómate todo el tiempo que necesites, cielo. No me voy a ir a ninguna parte.

Cierro la puerta del baño y giro el pestillo a pesar de saber que nadie intentará entrar. Lo hago porque necesito sentirme segura y porque necesito que esta puerta cerrada desde dentro me aleje durante unos minutos de la realidad que hay ahí fuera. Me apoyo en el lavamanos, cierro los ojos, inspiro y espiro varias veces antes de enfrentarme a mi propio reflejo. Primero contemplo mis manos; están llenas de barro, con alguna pequeña piedra incrustada, algún arañazo que otro y un par de uñas rotas. Esto me jode soberanamente, no voy a mentir.

Ahora sí, levanto la cabeza y lo que me encuentro en el espejo es una imagen bastante perturbadora de mí misma. Tengo la cara roja, imagino que a causa del esfuerzo que he hecho esta noche y del que todavía no me he repuesto. Mi moño está hecho un asco. Tengo un montón de hojas y ramas entre el pelo y necesitaré un buen lavado y cepillado después de untarme una buena cantidad de mascarilla reparadora. Tengo un morado en la barbilla, que estoy segura de que acabará de un tono verdoso, y un leve corte en el labio inferior. En el momento, por los nervios y la tensión, no me he percatado, pero ahora sí que soy consciente de que me lo he hecho cuando me ha arrastrado por el suelo.

Y sigo. Unas ojeras que empiezan a asomar bajo mis ojos, un maquillaje bastante más desastroso que al volver de borrachera cuando era el alma de la fiesta. Poco más.

Parece que me he llevado una pequeña paliza. Fin.

Abro el grifo, me lavo la cara con sumo cuidado de no armar más estropicio con mi sombra de ojos oscura y me deshago el moño, dejándome el pelo suelto, para intentar quitarme la mayor parte de

las cosas que están adheridas a él. Me froto bien las manos y me sacudo de nuevo la ropa para procurar estar lo más decente posible.

Una vez que acabo, me permito sentarme unos minutos en la tapa del váter para relajarme antes de ver las imágenes que me va a enseñar Otto. No tengo ni idea de quién es el chico al que se refiere, ese que ha visto en la grabación, y estoy bastante intrigada por ello.

Pienso en Adam, en lo que habrá pensado al volver al despacho y ver que me había ido después de nuestro inesperado beso.

En Phoebe, que estará nerviosa pensando dónde estoy. Seguro que me ha llamado millones de veces. Esa es otra cuestión, no sé si lograré recuperar mi teléfono.

También en Willow, Zac y Caleb, que sé que me aprecian y se preocupan por mí.

Y también... también pienso en todos esos compañeros que hoy estaban presentes cuando Lester ha lanzado su acusación de asesinato contra mí. Los habrá que hayan desechado eso por completo. Los que me preocupan son los que se lo habrán creído a pies juntillas. Ya tengo bastantes criaturas de un inframundo abierto con las que lidiar como para sumar a la lista compañeros que conozco desde que tengo uso de razón. No me apetece lo más mínimo.

«Venga, Mara, demuéstrale al mundo que eres la heroína del cuento».

Cuando vuelvo a entrar en el despacho de Otto, este me hace un gesto con la cabeza para que me siente y otro indicándome que ya me ha preparado el café.

—¿Estás mejor?

—Sí, Otto. Muchas gracias por todo.

—No hay de qué. ¿Preparada?

—Por supuesto.

Ambos tenemos la vista fija en el ordenador en el momento en el que él le da al *play* y aparezco yo en pantalla.

—Te has confundido de cinta. Esta es del día en que vine a intentar descubrir lo que había pasado con Simon.

—Espera...

Seguimos viendo la secuencia; lo hacemos desde varios ángulos, ya que estamos visionando la grabación de las tres cámaras en las correspondientes ventanas. Yo, llegando del pasillo; yo, comprobando que no haya nadie; yo, entrando en la sala de cámaras frigoríficas. Una vez dentro, buscando la que contenía a Simon, encontrándolo y sacándolo; mirándolo con afecto, hablando con él..., analizando su cuerpo, volviendo a encerrarlo en la bolsa, metiéndolo de nuevo en la cámara; dirigiéndome hacia fuera justo cuando oigo algo, su voz.

—¿Lo reconoces?

—¿Qué? ¿A quién?

He estado tan ensimismada visionando la secuencia completa de mi despedida con Simon que no he echado ningún vistazo a las otras dos pantallas.

—¿Puedes darle un poco para atrás? —le pido.

Lo hace y, justo en el momento en que lo veo en la pantalla, me llevo las manos a la boca porque no me puedo creer lo que tengo delante.

¿Quién coño es en realidad?

Recuerdo que ese día fue el que apareció en el pub justo unos minutos después de mí y me dijo que no se acordaba de haberme visto nunca, a pesar de que luego supe que me estaba mintiendo. Parece ser que es algo muy habitual en él. Mentir.

¿Qué sentido tiene todo esto? ¿Por qué se coló aquí? ¿Porque quería descubrir algo por sí mismo o porque me estaba espiando?

—¿Lo conoces? —me pregunta Otto mientras yo veo como Adam se quedó escondido como una sanguijuela cuando me estaba despidiendo de Simon.

No respondo, tan solo estudio sus gestos hasta que decidió marcharse justo antes que yo.

—Sí.

—¿Sabes qué hacía aquí?

—No tengo ni idea, pero pienso averiguarlo.

Ataque

—Acción de atacar, acometer o emprender una ofensiva.

—Acción de atacar, perjudicar o destruir.

—En algunos deportes, iniciativa que toma un jugador o un equipo para vencer al adversario.

—Acceso repentino ocasionado por un trastorno o una enfermedad, o bien por un sentimiento extremo.

—Impugnación, crítica, palabra o acción ofensiva.

—Lo que hace que cada vez queden menos estudiantes en este pueblo.

36

Por el camino por el que va la vida,
va la muerte apercibida



Mara

—¿Qué crees que le pasó?

He logrado aguantar las náuseas y Otto y yo nos encontramos de nuevo frente a Seth. Esta vez no es que esté impresionada, es que creo que esta noche me va a ser imposible conciliar el sueño.

—Voy a serte sincero, Mara: esto se me escapa un poco de las manos. Como puedes apreciar, le faltan varios órganos y otros se los han destrozado. Sería muy fácil decirte que se encontró con un animal salvaje, que lo atacó y que esto es el resultado final. Sin embargo, tú sabrías que te estoy mintiendo y yo no tendría la conciencia limpia por no haberte contado la verdad.

—Pero ¿tienes alguna teoría al respecto?

Lo observo mientras se aleja de mí y se pone al otro lado de la camilla.

—¿Ves esto de aquí? —Me acerco y afirmo con la cabeza—. Esto es un desgarro derivado de un mordisco.

—Entonces, ¿por qué descartas que un animal sea el causante de su muerte?

—Pues... —levanta la cabeza mirando al techo, cierra los ojos y suspira— porque esta dentellada proviene de una mandíbula humana. Lo mordió una persona, Mara, no un maldito animal.

Lo miro con los ojos como platos y el silencio se instala entre estas cuatro paredes porque, por más que intento procesar lo que acabo de oír, no lo consigo.

—Antes te he dicho que he matado al primer vampiro de mi vida, que, para más señas, es el primero que he tenido delante. ¿Ha podido ser uno de ellos el que atacó a Seth?

—No, las marcas son de una dentadura común. Los colmillos del causante tienen una longitud normal.

—Sé que esta conversación no es muy..., ya me entiendes —comento, porque nada de todo esto es ni medio normal—, pero necesito saber hasta dónde tienes conocimiento de todo este asunto. Ya sabes a lo que me refiero.

Otto me sonríe de forma paternal y parece que estaba deseando mantener esta charla.

—Me alegro de que me hagas esta pregunta. Realmente esta no es la típica conversación que mantienes con cualquiera, y necesito poder hablar de esto con alguien que no sea Stephen. A decir verdad, necesito poder hablarlo contigo.

—¿Conmigo? —planteo muy asombrada.

—Sí, con la bruja más poderosa de esta generación. No pongas esa cara, sé muchas cosas que estaba deseando exteriorizar de una

vez por todas. Como bien sabes, nací en este pueblo, por lo que conozco a todas las familias que viven aquí, entre las que están incluidas los Boneville... y las Holloway. Nunca he sido una persona muy abierta, y de pequeño no es que tuviese muchos amigos entre los que elegir. Andaba siempre pensando en mis cosas e iba solo del colegio a mi casa porque mis padres estaban trabajando. Un día me quedé en la biblioteca hasta bien entrada la tarde, ya que quería consultar unos libros para un trabajo y pesaban tanto que no podía cargarlos solo hasta casa.

Casi ni respiro esperando saber en qué va a desencadenar esta historia, porque me imagino que será trascendental. Otto, mientras, no hace más que frotarse los brazos pasando las yemas de los dedos por sus tatuajes, como si fuese algo que le calmara los nervios.

—No hace falta que te diga que en este pueblo oscurece muy pronto, así que, cuando salí de allí para irme a mi casa, ya parecía que hacía horas que era de noche. Tuve la brillante idea de desviarme por el lado del cementerio para ahorrarme diez minutos de trayecto. Esa decisión cambió mi vida.

—¿Cuántos años tenías?

—Ocho.

—¿Te dejaban solo siendo tan pequeño?

No me entra en la cabeza. No era más que un niño.

—Los tiempos han cambiado. Antes era muy habitual, ya que todos nos conocíamos y... hacía mucho tiempo que no pasaba nada.

—Hasta esa noche.

—Sí, hasta esa noche. —Baja la mirada, traga saliva mientras parece recuperar los recuerdos de su mente y reanuda la conversación—. Iba con mi mochila colgada a la espalda, tranquilamente, cuando de repente sentí que algo tiraba de ella y me arrastraba. Intenté gritar, pero tenía tanto miedo que fui incapaz.

Me meé en los pantalones de la impresión. De la manera en la que me tenía enganchado, no había forma de poder girarme para ver quién me estaba atacando ni podía quitarme la mochila para liberarme. Yo cada vez estaba más nervioso, no había nadie alrededor y pensaba que no volvería a ver a mis padres nunca más.

—¿Qué ocurrió para que estés aquí contándome esta historia?

—Que ese día descubrí lo que eran los amigos. Stephen apareció con sus hermanas, con tu madre y tus tías.

«¡¿Qué?!».

—Lo que me había atacado era un cenobita —lo miro con cara de no tener ni idea de qué es eso y me lo explica—, y no en su forma monástica. Digamos que lo que me atacó fue una especie de demonio, pero sin llegar a serlo. Son originariamente humanos que acaban así por múltiples razones.

—¿Y por qué te atacó a ti si solo eras un crío?

—Porque estaba en el lugar equivocado a la hora equivocada. No suelen atacar a niños, pero fui lo único que le dio opción a llevarse algo a su reino para sus eternas torturas y satisfacciones. No le salió bien y doy gracias a Dios todos los días por su ayuda.

—¿Y qué pasó con esa criatura? ¿La mataron sin más?

—Fue todo un espectáculo. —Sonríe al recordarlo—. Es de esos monstruos difíciles de matar. No sirven espadas, ni estacas, ni hachas. Además, es una especie de entidad que está conectada a Leviatán, que es malo de cojones. La cosa es que, como te digo, aparecieron mis protectores, que juntos eran indestructibles, todos con mucho poder y muchas ganas de salvarme la vida, aunque tan solo me conocieran de pasada, como uno más de este pueblo. Todos eran unos cuantos años mayores que yo, con lo que no coincidía ni en clases ni en ningún otro sitio, pero se jugaron la vida para evitar que segaran la mía. Entre todos ellos debilitaron al cenobita y

lograron hacer un hechizo que lo llevó de vuelta al infierno. Hicieron que fuese absorbido por su dimensión original. Y yo... tuve suerte de que llegasen justo a tiempo. De no ser así, habría muerto aquel día.

Estoy sin palabras. Lo último que me esperaba cuando me he colado aquí era que descubriría tantas cosas, y lo que menos podía imaginar era que mi madre y mis tías estuviesen involucradas en alguna de ellas.

—A partir de ahí se convirtieron en mis protectores. Me acompañaban todos los días al colegio y luego de vuelta a casa, y me cobijaron bajo sus alas. Stephen llegó a ser una persona indispensable en mi vida y todas las chicas siempre han sido, y son, parte esencial de la misma.

—Entonces, ¿eres amigo de mi madre?

—Y de tu padre. Es un tipo excepcional, aunque se pase media vida trabajando fuera. ¿Quién crees que intercedió para que trabajaras en el tanatorio? No fuiste la única que se presentó al puesto.

—No tiene sentido, mis padres quieren que me largue de aquí.

—Ahora..., porque han descubierto que eres demasiado curiosa. —Otra sonrisa reconfortante de su parte hace que piense en mis padres y me prometo que mañana me pasaré a verlos sin falta—. Así que, volviendo casi al inicio de esta conversación, te diré que sé todo lo que concierne a tu familia, a la de Steve... y a ti. Y cualquier cosa ha podido provocar que estemos hablando esto delante del cuerpo sin vida de uno de tus compañeros.

—¿Aunque sus dientes sean humanos?

—Te sorprenderías de la cantidad de «cosas» que nos pueden obligar a hacer actos horribles. Tan solo tienen que meterse dentro de ti y... *voilà!* Este pueblo es una locura, Mara, y tenemos que

acabar con esto cuanto antes. La gente que te conoce desde la cuna no sabe lo afortunada que es de que tú estés aquí.

—Y la gente que desgraciadamente nos deja no sabe la suerte que tiene de que seas tú quien los acompaña en este lugar.

Y lo digo con total convicción.

Escondite

—Lugar propio para esconder algo o esconderse.

—Juego infantil en el que unos jugadores se esconden y otro busca a los escondidos.

—Sitio que voy a buscar cuando la cosa con Adam se ponga «tensa».

37

A Dios, de rodillas; al rey, de pie, y al demonio, al canapé



Mara

El viento gélido de estas horas intempestivas me da de lleno en la cara en el momento en que salgo del edificio. Otto sigue en él, pero yo me he despedido confesándole que ya no puedo más por hoy. Estoy agotada y solo pido llegar a mi casa, meterme bajo el chorro de la ducha y malgastar una cantidad indecente de litros de agua mientras permanezco allí.

No miro hacia ningún lado en concreto, pero sé que está aquí. Sé que me está observando.

He venido aquí por mi propio pie y, dado que no tengo ni idea de dónde está mi teléfono, habré de volver por el mismo medio. Podría

haber llamado desde el móvil de Otto o desde la morgue para que pasasen a buscarme, pero he decidido no hacerlo.

Necesito estar un rato a solas conmigo misma y con estos pensamientos que no me dejan tener las ideas claras. Giro a la derecha y aminoro el paso haciendo que esto se alargue lo máximo posible.

¿Quién ha podido hacerle eso a Seth?

Pensad en la película más sanguinaria que hayáis visto en vuestra vida. Pues se va a quedar corta con lo que mis ojos han visto hace un rato.

Otto me ha explicado algo que yo ya sabía, pero que no está de más que alguien de carne y hueso, y que respira igual que tú, te recuerde. No solo existen los vampiros, los hombres lobo, las *banshees*, los demonios de varios tipos... También hay «personas» que son captadas por cosas que se meten bajo su piel y las obligan a cometer actos horribles. Eso es todavía más peligroso, porque no dejan ver su verdadera identidad y, por tanto, es más complicado saber qué armas pueden destruirlos.

Una vez leí en una revista científica que un grupo de gente de edades comprendidas entre los veinte y los treinta hicieron sacrificios humanos para que el diablo fuese a por ellos. Querían que Satanás, Lucifer y todos sus compañeros los llevasen uno a uno a las puertas del infierno para hacer las presentaciones con el cancerbero, el monstruo de tres cabezas que custodia la entrada, y que este decidiese si los dejaba pasar o no. No sé qué ocurrió finalmente con esa gente, pero me da miedo que haya personas en esta tierra que decidan elegir el camino del mal, dañando a quien se ponga por delante para conseguir lo que quieren.

Oigo un ruido a mi espalda y sonrío, por nada del mundo querría que dejase de ir tras mis pasos.

Tengo que pensar qué voy a hacer con Lester. Sé que va a poner precio a mi cabeza, metafóricamente hablando, y que intentará hacerme la vida imposible. No es cierto lo que ha dicho. Jamás haría daño a nada ni a nadie, pero no tengo modo de demostrar que todo lo que ha soltado por esa boca han sido calumnias dirigidas a mí.

Owen fue mi novio y pasó lo que ya sabéis, pero yo lo quería. Sigo queriéndolo, aunque no sea de un modo romántico. Lo quiero porque fue, es, una persona importante de mi vida que me dio tantos buenos momentos que ganan en una balanza a los malos.

Simon estuvo presente en todo momento, aunque no siempre con la misma intensidad. No llegué a quererlo porque la palabra *querer* engloba cosas que con él no llegué a sentir, pero sí que fue una persona a la que le guardaré un gran cariño por el resto de mis días.

Seth..., digamos que nos encontramos en un punto en el que el otro necesitaba una «mano amiga». Nunca hablamos de lo que pasó entre nosotros, pero fue algo que nos ayudó en un momento crítico para ambos.

Agudizo el oído y percibo que las pisadas cada vez están más cerca.

Por otro lado, el beso. Joder, ¡qué beso! ¿Por qué no afronto estas cosas y siempre acabo huyendo como una cobarde? Pues porque tengo miedo. Tengo miedo a que me guste un tío que se supone que detesto con todas mis fuerzas. Tengo miedo a que pueda romperme el corazón de alguna manera. Tengo miedo a que se involucre conmigo y luego desaparezca sin dejar rastro. No puedo volver a pasar por ello de nuevo. Y tengo miedo a que le pueda ocurrir algo por el simple hecho de estar a mi lado. Aunque, en honor a la verdad, creo que, si algo fuese contra él, sabría defenderse por sus propios medios. No tengo ninguna certeza al respecto, pero mi

intuición me manda señales sobre él. Señales de que es alguien poderoso, y yo solo pido que, si es cierto, esté en nuestro bando.

Dos manzanas más allá hay un taller mecánico que desemboca en un callejón sin salida. Ir en esa dirección es meterse en la boca del lobo, y más cuando sabes que alguien va tras tus pasos, pero es que en los últimos días me siento más kamikaze que nunca. Llego, giro a la izquierda y espero.

Lo veo aparecer con esos aires de chico malo que destila y a mí se me pone una sonrisa en la boca porque estoy segura de que ahora mismo se está preguntando dónde demonios me he metido.

Esto es muy de película, pero he decidido esconderme detrás de un contenedor de basura. Si esto fuese ficción, y yo estuviese en el *team* de los malos, dejaría que se acercase más y saldría con un cuchillo de grandes dimensiones que acabaría rajándole la garganta, llevándolo a una muerte segura. Pero, no, lógicamente no es eso lo que hago.

—¿Te has perdido? —le pregunto en cuanto salgo de mi escondite.

Adam me observa de arriba abajo con detenimiento. Más bien creo que me está inspeccionando en busca de alguna herida que necesite ser tratada a la mayor brevedad. Después de un barrido visual, se aproxima.

—Estoy bien... —le digo. Su cercanía me está poniendo muy nerviosa.

—¿Ahora lees las mentes? —contraataca con una sonrisa canalla.

—No lo he probado, aunque creo que tú levantarías una gran barrera para que no pudiese hacerlo.

—Cómo me conoces... —responde jocoso—. Toma, esto es tuyo.

Se lleva una mano a la parte trasera de sus vaqueros y me tiende mi móvil, que cojo de inmediato.

—¿Cómo lo has encontrado?

—Phoebe es una caja de sorpresas y yo ya no estoy tan en desacuerdo con esas aplicaciones espía. —Pongo cara de no entender nada y él continúa—. Tenéis instalada la aplicación esa para saber dónde está la otra en todo momento. Eso nos ha llevado hasta el cementerio, hasta ti... Bueno, más bien hasta tu móvil, y hemos deducido que te habían atacado y te habías quedado sin el único modo de avisarnos de dónde estabas.

—¿Avisarnos? Qué mono...

—Avisar a tus amigas. Da igual, me has entendido a la perfección —replica visiblemente agitado.

¿Qué le pasa?

—Te estoy tomando el pelo, compañero de equipo.

Ambos sonreímos y algo en mi pecho se calienta pensando en por qué es él quien está aquí y no mi amiga.

—¿Y cómo es que has venido tú en mi busca y no ellas?

—Después de mucho insistir las he convencido para que se fuesen a casa. Willow va a dormir con vosotras esta noche.

—Has tenido que sobornar muy bien a Pheebs para que te haya hecho caso.

—Mi hermano formaba parte de la ecuación.

—Ya entiendo —digo riéndome.

Lo noto inquieto, como si estuviese alerta. Sus ojos inspeccionan todo lo que hay a nuestro alrededor y su mandíbula refleja la tensión que experimenta en estos momentos. No quiero parecer paranoica, pero me da la impresión de que está estudiando las posibles vías de escape que tiene este lugar. Y no quiero parecer más paranoica aún, pero siento que vamos a necesitar una de ellas.

—De todos modos —reconduce la conversación—, hemos deducido dónde podías estar y me he ocupado de venir a por ti. Le

he prometido que te encontraría sana y salva y yo mismo te llevaría a casa.

—¿A la tuya? —le digo para picarlo.

—Más quisieras —contesta mientras me mete un mechón de pelo tras la oreja. Ahora la distancia entre los dos es más reducida que hace unos segundos.

No digo nada, pero no porque no tenga nada que decir, sino por el remolino de sentimientos en mi interior que no logro descifrar. Estoy en un callejón en mitad de la noche con un tío que es una *red flag* de manual. Nuestra no relación es rara, aunque todo a nuestro alrededor lo es.

—Me he cargado a un vampiro —suelto de repente para acabar con esta tensión que me está matando.

—Espero que lo hayas hecho sufrir mucho —susurra muy cerca de mi oreja.

¿Vamos a besarnos de nuevo? ¿Quiero que lo haga?

—No te creas, lo he decapitado en unas milésimas de segundo.

Sonríe y mantiene los ojos clavados en los míos mientras su mano sigue tocando mi pelo.

—Estás hecha un desastre, así que me figuro que habéis tenido un cuerpo a cuerpo bastante interesante —comenta sin separar nuestras miradas.

—Me aburría y tenía que matar el tiempo con algo. Ya sabes, no se me ha ocurrido mejor manera que dejarme arrastrar por el suelo por un tío que quería morderme a toda costa —le contesto fingiendo una seguridad que se ha esfumado rauda y veloz debido a lo nerviosa que me pongo por lo guapo que es.

—Yo también quiero morderte...

Mi respiración comienza a convertirse en un absoluto caos. Es evidente lo que implican las palabras que acaba de pronunciar.

—¿Y por qué no te arriesgas?
—Porque tengo miedo a volverme adicto a ti.

Adicción

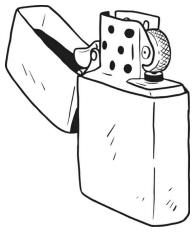
—Dependencia de sustancias o actividades nocivas para la salud o el equilibrio psíquico.

—Afición extrema a alguien o algo.

—Lo que me produce Mara.

38

Falso testimonio
es obra del demonio



Adam

Cómo huele. Cómo respira. Cómo bombea su corazón. Cómo se mueve cuando camina. Cómo le bailan los mechones que se le desprenden de esos moños despeinados que siempre lleva. Lo guapa que está con el pelo suelto, aunque lo lleve hecho un asco, como ahora.

—¿Te he dejado sin palabras? Me decepcionas —le digo.

—Te estoy dando tiempo para que pienses la siguiente frase que decirme para que caiga en tus redes.

—Creo que ya estás rozándolas con los dedos de los pies...

Tiene razón, y desde fuera esto podría verse de varias maneras. Una: como una especie de cortejo de apareamiento entre seres de la

misma especie. Dos: como un roneo romántico en el que el chico dice cosas bonitas y la chica se sonroja.

¿La realidad? Probablemente una mezcla de ambas cosas. Nunca he hecho esto. Nunca lo he necesitado. Nunca lo he querido hacer.

En el lugar del que provengo el sexo está a la orden del día. Sexo a mansalva sin sentimientos con una sola finalidad: disfrutar. Todos lo tenemos claro, pero siempre hay alguien que se confunde, y ahí llegan los problemas de celos, desengaños y torturas amorosas.

Ahora mismo me sería muy fácil coger a Mara, estamparla contra el contenedor, colarme bajo sus bragas y hacerla gritar de placer. Pero... no puedo hacerlo. No es que no quiera, es que no me conviene y, por una vez en mi vida, tengo que pensar con la cabeza, no con la polla.

Intento mantener la mente fría y mi mano se despide de su pelo, apartando una pequeña hoja seca antes de dejar caer el brazo. Bajo la vista hacia el suelo antes de poner distancia entre los dos cuando veo que sus manos van directas al cuero de mi chaqueta.

—No es buena idea, Tormenta —pronuncio como buenamente puedo.

Estoy intentando ser bueno por una vez en mi existencia, pero esta mujer no me lo está poniendo nada fácil.

—¿Y qué ha cambiado de hace unas horas a ahora? —me pregunta mientras observo como sus manos cada vez se vuelven más blancas debido a la fuerza con la que se ha agarrado a mí.

Joder, esto es una puta tortura. Su olor más intenso. Su pecho contra el mío. Sus dientes mordiéndose el labio inferior.

—En ningún momento he dicho que lo del pub hubiese sido la idea más cojonuda de nuestras vidas.

—Ya...

Juro que quiero centrar toda la atención en alejarme de ella, pero, aparte de que mi cuerpo no reacciona a mis órdenes, siento que hay algo que nos está observando en este momento. Algo que no nos va a traer nada bueno..., más bien todo lo contrario.

Justo cuando noto que la lengua de Mara entra en contacto con mi boca la aparto bruscamente, poniéndome delante de ella en guardia. Giro la cabeza para mirarla y veo que está desconcertada por completo.

—Ahora vendría el «No eres tú, soy yo», pero no es nada de eso. Son ellos.

—¿Qué? —dice pestañeando, asombrada por la situación.

La verdad es que no sabe lo que está a punto de vivir y eso me dice que tiene que empezar a centrarse en descubrir lo que es capaz de hacer.

—No estamos solos.

Reviso todos los puntos en los que me he fijado cuando me he metido aquí y resuelvo que solo tenemos dos opciones. Una: salir por donde hemos entrado, el inicio de este callejón sin salida en el que nos hemos metido sin ser conscientes de que no jugaría a nuestro favor. Lo que menos me esperaba cuando he acabado aquí era que alguien vendría a hacernos compañía. Decido de pronto que esa opción ya no nos vale, porque nuestros acompañantes nos obstruyen esa salida, por fortuna la que está más lejos de nuestra ubicación. La segunda es saltar el muro de unos dos metros que da al otro lado del callejón. Quizá encuentre algún punto de apoyo entre los ladrillos rotos que lo componen, o tal vez lo mejor sea subirme al contenedor de basura que está justo aquí. Básicamente, nuestras opciones son una mierda.

—Vaya, vaya... Si no lo viesen mis ojos, no me lo habría creído. Carne fresca... —dice la criatura que acaba de aparecer ante

nuestros ojos, acercándose.

—A falta de un manjar, dos. Hoy es nuestra noche, Aurelius. Te dejo escoger —comenta su colega.

—Yo prefiero al príncipe. Va a ser un honor, majestad —suelta mientras me hace una reverencia. Nunca nadie ha sido tan osado conmigo—. Así que, Theodore, diviértete con la princesita.

Me muevo hacia atrás, pero no por miedo, sino intentando proteger a Mara. Desde fuera parecería que nos estoy acorralando, dejándonos menos sitio a nosotros y más a ellos. Pero mi idea es que ella esté lo más pegada al contenedor posible para que, en un momento dado, pueda subir a él y saltar al otro lado del muro. Si no logramos acabar con ellos, es el modo más factible para que escape con el menor número de rasguños posibles.

—Esto se va a poner feo. Si ves que no podemos reducirlos, salta sobre esto y vete sin mirar atrás —susurro para que solamente ella pueda oírlo.

—No pienso huir dejándote aquí, principito. Recuerda que ya me he cargado a uno de ellos. Y yo solita —replica guiñándome un ojo y sonriendo victoriosa.

—El problema aquí es que me voy a volver loco como vea que te ponen una mano encima. No me gusta que compartan espacio contigo. No quiero que te miren. No quiero que te huelan. No quiero que te hablen... Así que, como un solo dedo de sus sucias manos te toque, arderán en el infierno.

Vemos como el tal Aurelius viene directo hacia mí y da comienzo nuestra lucha encarnizada por ver quién resulta vencedor. Mientras le lanzo un par de puñetazos a la cara, procuro estar al tanto, sin mucho éxito, de cómo le está yendo a Mara, que se mantiene pegada a la pared mientras que el otro, Theodore, se acerca lentamente a ella con una sonrisa en la boca. Preocupado por ella,

miro a su alrededor para ver si hay algo que pueda servirle para defenderse, y en ese instante algo impacta contra mi cabeza.

—¿En serio me has dado con una barra de hierro, gilipollas?

—Voy a acabar contigo como sea —dice enseñándome sus sucios colmillos.

—¿Me la tienes jurada? Me llena de orgullo ser una de las cosas que más odias.

—Ríete, cuando tenga tu cabeza como trofeo el que se reirá seré yo.

—Si sucede eso, se ocuparán de ti —le advierto.

—No me importará. Yo no estaré, pero tú tampoco. Ni tampoco ella.

—Como le toquéis un solo pelo...

—Esto se pone interesante —suelta mientras damos vueltas uno alrededor del otro, en modo ataque—. Nunca imaginé que podrías llegar a interesarte por alguien. Tú solo eres feliz infligiendo sufrimiento. Eres vil. Eres calaña. Eres lo peor. Y pienso acabar contigo.

—¿Has terminado ya? Empiezas a aburrirme.

Mi frase hace que me lance un derechazo a la cara que logro esquivar por milímetros. Contraataco y logro derribarlo e inmovilizarlo con todo el peso de mi cuerpo sobre unas piezas de metal que hay tiradas fuera del taller mecánico.

Miro a mi derecha y veo que Mara tiene buenos reflejos, pero eso no la libra de que, de un puñetazo, caiga al suelo.

La furia cada vez es más potente en mi interior por ver lo que le están haciendo, y eso provoca que no esté pendiente de lo que tengo delante.

En dos movimientos, Aurelius logra invertir los papeles y de repente es él quien está encima de mí, pegándome puñetazos en la

cara; yo no dejo de escupirle sangre a la suya. Estiro un brazo todo lo que puedo y logro coger la llave inglesa más grande que he visto nunca, y que imagino que han dejado aquí fuera por error, que de un golpe termina incrustada en uno de sus ojos. Suelta un alarido de dolor al tiempo que se me quita de encima, y aprovecho para levantarme y ponerme en guardia de nuevo.

Está de espaldas a mí mientras intenta quitarse lo que tiene clavado en el ojo, o eso creo, y me muevo en dirección a Mara, pero algo me coge por la espalda y me tira hacia atrás, provocando que caiga otra vez al suelo. Me pongo en pie de un salto y me enderezo.

—¿Aún tienes ganas de seguir con esto? Ya has perdido un ojo —le espeto señalándolo.

—Todavía me queda el otro. Las ganas de acabar contigo siguen intactas.

—Creía que estarías más cascado para tus... ¿doscientos años?

—Trescientos diecisiete —contesta mientras se pasa la lengua por uno de sus afilados colmillos.

—Guau..., pues mi enhorabuena, te conservas bien y estás en muy buena forma. Es una pena, de todos modos, porque acabaré contigo igualmente —le digo de nuevo en tono amenazador, a pesar de regalarle una sonrisa falsa.

Joder, la verdad es que, para ser un tanto vejestorio en el mundo de los vampiros, tiene fluidez y pelea como un jovenzuelo. No me lo está poniendo fácil, pero supongo que la amenaza que le he hecho antes de empezar ha surtido efecto, aunque el final para él será el mismo. Hay dos maneras de que se convierta en polvo: por mis propias manos, o por las de alguien que me tenga un poco de estima.

Un chillido de Mara me hace mirar en su dirección y en ese momento noto un fuerte dolor en la cabeza. La sangre comienza a

caer caliente y a borbotones por mi cara y me impide ver. De pronto, alguien me agarra por los brazos y noto como, con algo frío, me están atando las manos. Me esfuerzo por ver algo a pesar de la sangre, pero todo se vuelve negro..., me han cubierto la cabeza con una bolsa o algo parecido, no estoy seguro. Han llegado refuerzos, pero esta vez no están de nuestra parte.

Manada

—Hato o rebaño pequeño de ganado que está al cuidado de un pastor.

—Conjunto de ciertos animales de una misma especie que andan reunidos.

—Porción de hierba, trigo, lino, etcétera, que se puede coger de una vez con la mano.

—Cuadrilla o pelotón de gente.

—Grupo de chupasangres a los que pienso cargarme.

39

Quien de santo no para
hasta demonio no para



Mara

Mi situación es la siguiente: estoy arrinconada, en un callejón poco iluminado, por tres vampiros mientras otros dos están dándole la paliza de su vida a Adam.

¿Posibilidades de salir de esta sin ningún tipo de ayuda? No sabe, no contesta.

—¿Tienes miedo, princesita?

—No soy una princesita, imbécil. Por cierto, hace un rato me he cargado a uno de los vuestros en el cementerio. Veo que lo de las camisas feas viene de serie.

—Zorra...

Pienso en cómo salir de aquí y, como nunca me había pasado, en mi cabeza se dibuja el mapa de esta zona. Tan solo tendría que hacer lo que me ha dicho Adam, subirme al contenedor y pirarme tras saltar el muro. No pienso abandonar a mi compañero, así que mi mente está buscando una manera en la que los dos salgamos de aquí con vida. Por eso me digo que, si hago justo eso y ellos vienen detrás de mí, luego puedo meterme rápidamente dos callejuelas más arriba, girar a la izquierda, recorrer cuarenta y seis metros y volver a girar en la misma dirección. Eso me llevaría a la entrada del callejón, justo donde ahora está Adam, y podría intentar levantarlo y largarnos de aquí. En circunstancias normales eso sería inviable, pero estamos hablando de una bruja, una manada de vampiros y un tío que no sé qué, o quién, cojones es.

—Por mucho que lo pienses, no vas a poder escapar de esta —me dice uno de los vampiros, del que no sé el nombre, mientras camina hacia mí—. Y pensar que una bruja como tú, tan poderosa, parece una auténtica damisela en apuros. Qué decepción... Vas a morir aquí y ahora, así que, si quieres que no sea lento, no te resistas.

—No pienso dejar que me toquéis un pelo.

Cierro los ojos para pensar cuál es la mejor opción para librarme de ellos, pero antes de que pueda abrirlos noto sus manos sobre mí.

—¡Dejadme! —grito con todas mis fuerzas, a pesar de saber que nadie me oirá, ya que estamos bastante apartados de las casas del pueblo.

Peleo, araño, meto cabezazos. Me tiran, me patean, un puñetazo me abre una herida en el labio, me arrancan pelos y me arrastro por el suelo. Parece que llevamos una eternidad luchando, pero tan solo llevamos dos minutos de reloj que me están dejando sin fuerza ninguna. A cada segundo que pasa me cabreo más, ya que se supone que podría cargarme a «esta gente» solo con soplarles, pero

soy, al parecer, una superbruja que va a durar en su cargo menos que un caramelo en la puerta de un colegio, porque soy una inepta total. Vuelvo a gritar, pero mi grito se queda a medias cuando una mano me tapa la boca.

—Tu sangre huele desde aquí..., es dulce.

Siento las puntas de sus colmillos en mi cuello cuando una voz que conozco habla firmemente.

—Yo que tú la soltaría.

Miro al frente y no me lo puedo creer. No puedo creer que estén aquí las personas que se están encarando a estos vampiros.

—¿O qué? —dice dejando en paz mi cuello de momento.

—O no te daré ventaja para que eches a correr. Deja a la chica ahora mismo.

El chupasangre se ríe y vuelve a acercar la boca a mi piel, humedeciéndola con la lengua. Creo que me voy a morir de miedo, y de asco.

—¡Mara, apártate!

Logro darle un buen codazo al vampiro que me tiene sujeta y me lanzo al suelo en el instante en que una flecha con la punta de plata pasa a mi lado e impacta en su pecho. Un montón de polvo me cae encima en cuanto se desintegra. Uno de sus amigos corre la misma suerte a pesar de intentar huir.

Otto y Stephen corren hacia mí protegiéndose con las ballestas mientras que los otros vampiros, que están junto a Adam, siguen dispuestos a atacarnos.

—¿Cómo?... ¿Qué hacéis aquí? —les pregunto. Son las últimas personas que creí que aparecerían en este escenario.

—Luego te lo explicamos todo. ¿Quién es el encapuchado?

—Un amigo —respondo sin caer en la cuenta de que la imagen de Adam aparece en las grabaciones de seguridad de la morgue.

—Dadnos al chico y os dejaremos ir —les propone el tío de mi amiga.

Todos los presentes sabemos que no cumplirá su palabra. Ninguno de ellos va a salir con «vida» de aquí, aunque ellos piensan que los que la perderán seremos nosotros.

Sigo protegida detrás de ellos y los insto a ir avanzando para acortar la distancia entre nosotros y Adam. Temo que intenten matarlo y no tengamos tiempo de reacción.

—No me gusta repetirme, pero soltad al chico. Ya —vuelve a decirles Stephen usando un tono más autoritario.

—Hagamos una cosa: os damos al chico si nos dais a la chica.

Antes de que mis acompañantes declinen la oferta, la voz sale de mi garganta al mismo tiempo que me deslizo entre Otto y nuestro alcalde para echar a correr en dirección a la boca del lobo. Ya os lo he dicho, en las últimas semanas me he convertido en una especie de temeraria.

Mientras borro los pocos metros que me separaban de Adam, me giro y les hago un gesto que espero que entiendan, por mi propio bien.

—Ya estoy aquí. Él por mí. Mostradme cómo cumplís con vuestra palabra.

Se miran entre los tres, levantan a Adam del suelo, aún maniatado y con la bolsa en la cabeza, y lo empujan hacia delante. Otto se acerca corriendo para ayudarlo. Veo como lo agarra por debajo de los brazos para llevarlo junto a Stephen y yo por fin respiro un poco más tranquila viendo que están los tres juntos.

Una vez que Adam está a salvo, vuelvo a mirar a estos seres sin latido y por un instante pienso en cómo debían de ser sus vidas antes de convertirse en esto. Pero de inmediato llego a la conclusión de que habrán arrebatado miles de vidas, de ilusiones y sueños por

cumplir, así que la poca compasión que podía sentir por ellos se disipa.

Me llevo las manos a la espalda y abro una mostrando claramente los cinco dedos.

Cinco.

—Chicos, ahora que todo va a terminar, solo os pido un poco de misericordia para poder disfrutar de mis últimos minutos de existencia.

Bajo un dedo. Cuatro.

—También os pido un poco de piedad: me gustaría que me dieseis una muerte rápida.

Otro más. Tres.

—¿Podría ser en el cementerio? Al menos estaría cerca de los restos mortales de los miembros de mi familia que desgraciadamente ya no se encuentran con nosotros.

Dos.

—Soy muy familiar, aunque no lo parezco. Me hubiese encantado tener hermanos. Muchos. Mayores y pequeños. Que me...

—Cállate —me ordena Aurelius, sé que estoy acabando con su paciencia. Me encanta.

Uno.

—Lo sé, hablo demasiado. Por cierto, ¿truco o trato?

—¿Qué cojones dices?

En ese momento bajo el último dedo que me queda, cerrando luego la mano en un puño que aprieto en modo de señal de ataque. Me agacho justo en el instante en que dos nuevas flechas pasan junto a mí, una a cada lado, y terminan en los pechos de dos de los vampiros que tengo delante. Aurelius no entiende nada y, en cuanto me levanto y me quedo cara a cara con él, lo único que hago es sonreír mientras le digo la última palabra que oirá.

—Boo.

Justo en ese instante, el destornillador que tenía guardado en el bolsillo de mi chaqueta se incrusta en su cuerpo, haciendo que desaparezca frente a mí.

Hay que ver la de cosas que dejan estos mecánicos por ahí tiradas, y hay que ver lo feliz que estoy de que antes me hayan tirado al suelo para poder hacerme con una.

Lo siguiente que hago es correr hacia Adam, despejarle la cabeza y abrazarlo.

Respuesta

—Satisfacción a una pregunta, duda o dificultad.

—Réplica, refutación o contradicción de lo que alguien dice.

—Contestación a una carta o billete.

—Acción con que alguien corresponde a la de otra persona.

—Efecto que se pretende conseguir con una acción.

—Lo que necesito de Adam. Y lo que necesito de mí misma para saber qué camino tomar.

40

Un diablo bien vestido
por un ángel es tenido



Mara

El viaje en coche hasta la casa de Zac y Caleb se hace en el mismo silencio que se ha hecho cuando he descubierto la cara de Adam y se han percatado de que es el chico que aparece en la grabación de la noche que nos colamos en la morgue, él después de mí para observarme.

Cuando queda muy poco para llegar, decido que no puedo bajarme de este coche con esta incertidumbre. ¿Cómo han sabido Otto y Stephen que los necesitábamos y han aparecido?

—¿Cómo habéis sabido que estábamos en apuros? —suelto a bocajarro.

—Pura casualidad. —El que comienza a hablar es Otto—. En cuanto te has ido, he llamado a Steve para que viniese a verme. Quería comentarle un par de cosas referentes a Seth... y a ti. —Me mira girándose desde el asiento del copiloto—. Hemos estado charlando un rato y luego, al salir al aparcamiento, nos hemos cruzado con tres tipos que de inmediato hemos visto que no eran de por aquí.

—¿Y por qué no iban a serlo? —pregunto deseando que me den la respuesta que espero.

—Soy el alcalde —interviene el tío de mi amiga—, conozco al noventa y nueve por ciento de la gente de este pueblo, sean de aquí o no. El uno por ciento restante es tu amigo. Lo siento, chaval, pero no tengo el gusto.

—Tranquilo, señor —responde Adam al tío de Phoebe.

—Solo hemos tenido que echarles un vistazo para saber qué eran. No es por nada, pero, por muy hortera que sea alguien actualmente, esa vestimenta del siglo pasado ya no se lleva. El caso es que Otto ha dicho en alto lo que los dos pensábamos, que teníamos que ir tras ellos.

La respuesta no me ha decepcionado en absoluto.

—¿Ibais a matarlos?

—No podíamos dejarlos campar a sus anchas por ahí. Como te he comentado antes en la morgue —dice Otto—, hay que exterminar a toda criatura que se nos ponga delante de las narices. Es eso o dejar que acaben con todos nosotros. Por lo que hemos visto, ahora mismo el pueblo está infectado de vampiros, pero todos sabemos que hay muchas cosas más... En todo caso, no podíamos permitir que se encontrasen con alguien y mañana nos despertásemos con otro macabro titular.

—Es ahí —le indico a Stephen señalando la casa a la que vamos.

—¿Te alojas en la casa de Zachary y Caleb? —pregunta él mirando a Adam por el espejo retrovisor.

—Caleb es mi hermano —responde este devolviéndole la mirada.

—Ya decía yo que tu cara me resultaba familiar. Tu hermano es un buen chico.

—Sí que lo es —contesta con la boca pequeña.

—Vale —digo—, antes de que nos bajemos...

—¿Bajemos? —me pregunta girándose extrañado hacia mí.

—Sí, Adam, bajemos. Tenemos muchas cosas de las que hablar, así que me quedo contigo, ¿vale? —Le hago un gesto para que entienda que no quiero seguir con este tema aquí y retomo el anterior—. Bien, los habéis seguido con unas ballestas y habéis acabado en el callejón. Joder, menos mal, porque no sé qué hubiese sido de nosotros.

—Estoy seguro de que algo se os hubiese ocurrido —comenta nuestro alcalde.

—Voy a hacer como si no estuvieseis intentando convencerme de que no habéis visto que yo estaba acorralada y él sin poder hacer nada, para que nos sintamos mejor. Gracias. Sois mis salvadores —contesto tocándoles a ambos un hombro.

—No digas tonterías, no hay para tanto. Además, no hay mujer más válida que tú en este pueblo para enfrentar todo esto.

»Venga, chicos, descansad, que hoy ha sido un día muy duro para ambos. Si necesitáis cualquier cosa, no dudéis en llamarnos. A cualquiera de los dos.

—Buenas noches, chicos —se despide el hombre tatuado al que desde hoy miraré con otros ojos. Más amigables. Más familiares.

Después de decirle al tío de Phoebe que ella está en casa, sana y salva, y de decirle a Otto que al día siguiente buscaré un rato para ir a verlo, bajamos y nos metemos en casa.



—¿Tienes hambre? ¿Sed?

Adam se ha sentado en su cama mientras yo sigo de pie, apoyada contra la puerta de su habitación. Hemos subido las escaleras en silencio y ninguno de los dos ha hecho referencia a que volvamos a estar juntos, y solos, entre estas cuatro paredes.

—No, gracias. Ahora mismo estoy tratando de procesar todo lo que me ha sucedido hoy. Supongo que luego te diré que me bebería un estanque lleno de agua y que me comería una vaca entera, pero de momento no sé ni lo que me apetece. Estoy agotada.

—Es comprensible, han sido muchas emociones en un intervalo corto de tiempo. Y ya que estamos conversando tranquilamente, permíteme que me tome la licencia de decirte que creo que deberías empezar a trabajar tus potenciales habilidades. Joder, Tormenta, casi te mata un puñetero vampiro. No me jodas. Eres una puta diosa de la magia, por el amor de... lo que sea. Tendrías que poder cargarte cualquier cosa con solo chasquear los dedos. Prométeme que te pondrás las pilas con ese asunto.

—Lo prometo. Cada vez me frustra más no poder defenderme como un ser mágico y tener que hacerlo como una simple mortal. Cuando Phoebe me propuso que viese con ella todas las temporadas de *Cobra Kai*, tendría que haberle hecho caso —comento para destensar el ambiente. Lo consigo, ya que Adam me regala una pequeña sonrisa.

Me separo de la puerta y voy derecha hacia él, sentándome a su lado. Nuestras manos están separadas por unos pocos milímetros y mi cuerpo empieza a sentir de nuevo la subida de temperatura que me entra cuando estoy cerca de él.

Trago saliva y entro directa a matar.

—¿Quién eres?

Deja de mirar hacia la ventana para girar la cabeza en mi dirección.

—No sé a lo que te refieres —responde mientras me mira a la boca.

—Aquí, mírame aquí —digo cogiéndole la barbilla con la mano y subiéndole la cara para que me mire a los ojos—. Sé que no eres exactamente quien dices ser..., y ya no estoy segura de que la pregunta adecuada lleve un «quién» y no un «qué».

Adam traga saliva e intenta moverse, pero mi mano se vuelve más fuerte contra su piel.

—Te he visto en las cámaras de seguridad de la morgue. El día que me colé para ver lo que había pasado con Simon, tú estabas allí, ibas tras mis pasos. Luego apareciste en el pub e hiciste como que no me habías visto en tu vida. Necesito que me des una explicación para que mi mente no divague y saque falsas conjeturas al respecto. ¿Por qué me seguías?

Silencio.

—Estabas aquí cuando Owen desapareció... Te marchaste de este pueblo y regresaste justo cuando apareció muerto Simon..., y luego vino Seth.

—Ya te dije que yo no tengo nada que ver con eso —replica intimidantemente mientras me aparta la mano de él con una de las suyas.

—¿Y debo creerte? A eso voy, Adam, no te conozco de nada.

—Conoces a mi hermano.

—¿Y eso me asegura que no has hecho nada? Juraría que no. Lo que deberías hacer es decirme quién eres en realidad y así

estaríamos todos más tranquilos. Por lo menos, yo. No esperes que me fíe de ti cuando no me das nada.

—Yo no te he pedido que lo hagas.

Se levanta enfadado y se pasa la mano por el pelo mientras se acerca a la ventana. Gotas de lluvia empiezan a impactar contra ella.

—No, no me lo has pedido, pero recuerda que estamos en el mismo equipo. ¿Qué se supone que significa eso? Yo no puedo confiar en que todo salga bien cuando no sé nada de una de las personas en las que se supone que debo poner mi vida en sus manos llegado el caso. Si somos un equipo, todos deberíamos confiar en el resto. ¿Qué me das tú a mí? Nada.

—No puedo contarte nada.

—No puedes, no. No quieres —le rebato totalmente exasperada mientras me pongo de pie, quedando en medio de la estancia.

—¿Crees que no quiero? —replica dándose la vuelta y poniéndose frente a mí—. No puedo, Mara. No... Y ahora mismo nada de lo que me digas va a cambiar eso. Y te recuerdo que hace menos de una hora me han dado una tremenda paliza..., y estaría encantado de recibir veinte más con tal de protegerte.

—Eso no te exime de darme respuestas, Adam. Vale, sí, unos cuantos vampiros te han dado una buena tunda. ¿Y...?

—¿Y...? —dice antes de soltar una carcajada tan sonora que me hace centrarme en que hay más gente en esta casa.

Como sigamos elevando la voz, alguno de los dos inquilinos vendrá a preguntar qué es lo que pasa.

Parece que me lee el pensamiento al respecto.

—Puedes estar tranquila, estamos solos. Caleb y Zac han decidido hacer la ronda toda la noche en busca de más seres con colmillos afilados.

Nos quedamos en un silencio tenso que no hace más que decirme que necesito que me cuente quién es, qué hace aquí o qué intenciones tiene con esta lucha, conmigo.

—Lo necesito... necesito que me digas algo —susurro con voz suplicante.

—Lo único que te puedo decir es que estoy metido en un lío de cojones que no sé cómo solucionar y tú crees que me estoy cargando a todos los tíos que te la han metido. Pues ya sabes, vete haciendo un listado y llámalos para que se escondan de mí. Dormirás fenomenal por las noches sabiendo que has salvado un montón de vidas.

—Eres un puto gilipollas, ni se te ocurra insinuar que soy una especie de puta.

—Eso lo has dicho tú, cariño, no yo. Y, sí, pero soy un puto gilipollas que no ha hecho nada de lo que crees que ha hecho. Así que te agradeceré que dejes de tocarme los huevos y no insinúes cosas que no son. Dedícate a investigar cómo hacer hechizos de los tuyos y déjame en paz.

Si antes pensaba que el ambiente estaba tenso, en este instante se podría cortar con un cuchillo.

Mis manos se han puesto a temblar debido a la ira acumulada en el último minuto y temo que explote alguna de las cosas que hay en esta habitación.

Miento, por mí que explote todo.

—Vaya, ahora, aparte de odioso, podemos sumar a tus cualidades impertinente. Deberías tener cuidado y no hacerme enfadar. Ya sabes las consecuencias, lo que podría pasar —digo mientras me acerco a él.

En este momento me apetece estrangularlo con mis propias manos.

—Y tú eres una niñata que se cree con el poder de hacer y decir lo que le venga en gana. Ah, no, que poder, poco —replica con una sonrisa ladeada marcando su hoyuelo. A pesar de esta, su cuerpo está en tensión, y hace que los músculos de sus brazos se hinchen bajo la manga corta de su camiseta de algodón.

—Serás...

—Sigue, no pares —me interrumpe—. Me encanta que me digas cosas bonitas, ya lo sabes.

—Dime quién coño eres o atente a las consecuencias —le exijo a unos pocos centímetros de separación.

—Lo que te voy a decir es lo que creo que eres tú: una persona bipolar. Lo mismo me abrazas que me comes la boca, que me acusas de asesinato, que me quieres matar. Juraría que no controlas bien tus emociones, Tormenta.

—Que no me llames así —siseo contra su rostro.

—Mírate... Te estás poniendo cachonda con un tío que crees que es un malote. ¿Necesitas que alguien a quien no has catado del todo te baje las bragas?

Mi mano salta como un resorte en dirección a su cara, aunque no llega a impactar contra ella. Su mano derecha envuelve mi muñeca y la izquierda, mi cuello, haciendo que se acerque a mi boca antes de darme la vuelta y apoyarme contra su pecho. Desde esta posición nos puedo ver en el espejo colgado de una de las puertas del armario y la imagen es, cuando menos, extraña.

Una mano sigue en mi cuello y la otra, liberada ya mi muñeca, posada en mi escote. Yo, con la cabeza apoyada en su hombro mirando hacia el espejo, tratando de sosegarme a pesar de que mi pecho es un completo vaivén de emociones en forma de respiración abrupta y desacompasada. Mis ojos son incapaces de apartar la mirada de nuestro reflejo, por lo que veo como su mano baja poco a

poco y su pulgar pasa por encima de mi pezón, certificando que está duro por la excitación.

No debería estar así de caliente, debería estar bajando las escaleras de esta casa de dos en dos para huir de este lugar, y de él.

—Tu boquita dice todo lo contrario que tu cuerpo. ¿Qué quieres, Tormenta? Tú decides si quieres que esta mano siga su camino, o, por el contrario, que no vuelva a tocarte nunca más.

Paraíso

—En el Antiguo Testamento, jardín de delicias donde Dios colocó a Adán y Eva.

—Cielo, lugar en que los bienaventurados gozan de la presencia de Dios.

—En un teatro, gallinero.

—Sitio o lugar muy ameno.

—A donde estoy a punto de viajar.

41

Dios perdona siempre, los humanos a veces,
la naturaleza nunca



Mara

Sigo observando nuestro reflejo en el espejo hasta que cierro los ojos unos segundos, dejando la mente en blanco y haciendo que mi culo se roce con su entrepierna.

—No vayas por ahí si luego no vas a acabar lo que empiezas y me vas a dejar la bragueta caliente —me dice mientras hace un poco más de presión en mi cuello con la mano.

No contesto, solo ahogo un pequeño gemido mientras abro los ojos de nuevo y nuestras miradas conectan otra vez. Dirige la lengua hacia mi cuello y me lame, provocando que intente apartarme.

—Mal empezamos si este simple gesto ya te causa rechazo —susurra en mi oído.

—Uno de los vampiros me ha chupado ahí mismo —le contesto para que entienda que él no es el causante de mi malestar.

—Hijo de puta..., pero no ha hecho esto.

Noto como sus dientes ejercen una pequeña presión en mi carne y eso hace que mi torrente sanguíneo se ponga de fiesta. No sé lo que se siente cuando un chupasangre lleva a cabo su cometido, pero lo que sí sé es que el mínimo contacto que Adam tiene con mi cuerpo consigue que entre en combustión instantánea.

Me dejo hacer. Dejo que siga dándome pequeños mordiscos; noto algo cada vez más duro contra mi culo y siento como repiquetea, con más y más insistencia, la lluvia contra la ventana. Esa lluvia que cada vez es más torrencial.

En una milésima de segundo mi cuerpo ha cambiado de posición y ahora mi espalda ya no está apoyada en él, sino que mis pechos están en contacto con el suyo.

—No hagas eso...

—¿El qué? —pregunto, aunque sé a qué se refiere.

—Deja de morderte el labio.

—¿O qué? —le digo antes de volverlo a hacer.

—¿Quieres jugar a un juego?

—Depende del que me ofrezcas —respondo mientras poso una mano sobre su vientre, que noto duro, como cada vez que toco algo suyo. Este hombre es pura roca.

—Consiste en que yo mando y tú obedeces.

Sonrío. En otro momento de mi vida esta sonrisa sería la previa a mandar a la mierda al tipo en cuestión. Esta vez, la sonrisa se la regalo porque estoy dispuesta a jugar con él a lo que me proponga.

—¿Quieres ser mi amo?

—Quiero ser lo que me dejes que sea.

Este hombre debe de tener un fetiche con los cuellos, porque vuelve a envolver el mío con una mano. La otra la pone delante de mi cara.

—Vamos a comenzar con algo suave, Tormenta. Tienes que decidir lo que quieres que haga con esta mano de aquí.

—Es fácil, quiero que me toques.

—¿Dónde? —me pregunta acercándose más, casi rozando mis labios con los suyos.

—Tú mandas, tú eliges.

El ambiente de la habitación se va volviendo más denso, con una mezcla de deseo y respiraciones aceleradas que hace que cada vez tenga más ganas de que se lance a por mí a pesar de seguir sintiendo que no debería estar aquí, excitada como nunca he estado en mi vida. Con él. Por él.

—Aún estás a tiempo de echarte atrás. Sería una gran putada y me joderías considerablemente el ego, pero no va a suceder nada que no quieras, aunque sé que te mueres por hacerlo.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque siento lo mismo que estás sintiendo tú.

—Me gusta tu respuesta —digo jadeando sobre su boca.

Veo algo parecido a una llamarada roja en sus ojos oscuros y, en otra milésima de segundo, dejamos de estar en medio de la habitación para estar en la cama. Él arriba. Yo, felizmente, debajo.

Sus labios entran en contacto con los míos y me agarro a su camiseta para evitar que el aire tenga la mínima posibilidad de pasar entre nosotros.

Sonríe sobre mi boca mientras noto que se separa y su mano baja entre mis pechos, pasando por mi ombligo y acercándose al borde de mis bragas, y se queda ahí quieta.

—No creí que fueses de los que esperan a que les den directrices de lo que tienen que hacer.

—¿Necesitas esto tanto como yo? —pregunta rozando mis labios con los suyos.

No sé qué implica la pregunta que acaba de hacerme y, para ser sincera, no estoy en el momento adecuado para pararme a pensar en ello. Así que enseguida desecho la idea de que tenga algún tipo de connotación sentimental y me digo a mí misma que solo se refiere a que tiene las mismas ganas de follar que tengo yo. Que son apoteósicas.

Le hago un gesto afirmativo con la cabeza y llevo las manos al bajo de su camiseta para quitársela y luego hacer lo mismo con la mía. Tengo la imperiosa necesidad de que su cuerpo esté completamente en contacto con el mío. Quiero que ardamos juntos sin nada que interfiera en ello.

Una vez que lo hacemos, noto como mete las manos debajo de mi culo para moverme a su antojo y encajarnos de la mejor manera posible. Necesito que esto se lleve a cabo ya, porque tengo miedo de que haga que me corra sin ni siquiera haber empezado.

Debido a la tormenta que está cayendo, hace unos minutos que se ha ido la luz de la casa, pero un relámpago ilumina toda la habitación y hace que vea las innumerables marcas que adornan su torso. Su espalda también está llena de ellas, ya que mis manos pasan por encima de estas con suavidad.

—Por favor, no preguntes.

Su inesperada fragilidad me pilla por sorpresa, por lo que decido ser yo la que coja las riendas de la situación besándolo con todas las ganas retenidas y rozándome contra él, con lo que hago que gruña cada dos segundos.

Nos desprendemos del resto de la ropa y se separa de mí para abrir un cajón de la mesilla de noche para coger un preservativo. Tampoco es momento para esto, pero le preguntaré por qué sus cosas están en un par de maletas bajo una ventana, aunque esto lo tiene a buen recaudo en un cajón al lado de su cama.

En cuanto se lo enfunda no espera, se introduce en mí de una estocada que me roba todo el aire de los pulmones, provocando que una especie de electricidad recorra todo mi cuerpo. Es una sensación maravillosa y desconocida que viene acompañada de una gran subida de calor corporal, ojos en blanco, dolor placentero y mucha excitación. Podría llegar al clímax si tan solo pronunciase mi nombre.

Comienza a entrar y a salir de mí con rapidez, provocando que lo que queda de mis uñas le haga nuevas marcas en la espalda en forma de arañazos, y cuando siento que estoy llegando al final le cojo una mano, la llevo hasta mi cuello y se la aprieto con la mía, para que haga presión.

Con esto, su ritmo se vuelve mucho más frenético y yo ya empiezo a ver todas las constelaciones de la galaxia.

—Dio... —digo como buenamente puedo mientras me acalla con un beso un tanto feroz que hace que la boca me sepa a sangre al morderme el labio.

Empiezo a tener mis dudas de que no sea también un vampiro, los mordiscos le gustan demasiado.

Un último empuje y llega el orgasmo más embriagador de mi vida. Dudo mucho que nadie consiga superar este momento. Unos segundos después Adam se deja ir y se desploma sobre mí, con la cabeza en mi hombro y con un reguero de besos donde anteriormente me ha dejado marcas.

Yo quedo sumida en la sensación del peso de su cuerpo sobre mí, del ritmo de su corazón, del mío, del calor abrasador que nos

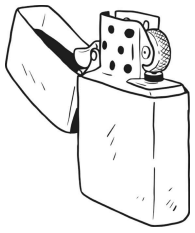
envuelve y del ruido de la lluvia contra el cristal. Ahora es aún más fuerte.

Pájaro

—Ave, especialmente si es pequeña.
—Persona astuta y con muy pocos escrúpulos.
—Perdigón.
—Ave paseriforme. Usado también en plural como taxón.
—Nueva especie a la que empezar a repudiar.

42

Para morir,
solo hace falta estar vivo



Adam

La segunda calada del cigarrillo que tengo entre los dedos me está resultando mucho más amarga que la anterior, que ya es decir. Son las cuatro de la madrugada y estoy, con unos tejanos y una camiseta de manga corta, a la intemperie en el pequeño jardín trasero de la casa de Zac, observando lo que hay frente a mí.

No tengo claro qué me resulta más turbador, si el regusto asqueroso que me está dejando el tabaco en las papilas gustativas o la imagen ante mí, de la cual no puedo apartar la vista. Mi mente está metida de lleno en un tornado de secuencias, reviviendo todo lo que me ha pasado en las últimas horas...

Tengo suerte de ser quien soy, ya que por nada del mundo nadie diría que me han dado una paliza de muerte y estoy aquí como si acabase de llegar del mejor resort de la zona.

Por otro lado, ¿cómo debería sentirme después de haber estado entre las piernas de la chica que me produce odio, crispación y sentimientos nunca experimentados..., pero que no están del todo mal? No puedo decir nada al respecto porque no sabría qué contestar. Hay varios frentes abiertos para esta cuestión. Mal, porque se supone que no debo acercarme a ella. Lo lógico sería que intentase mantenerme lo más alejado posible, pero es que... aquí llega la parte contraria a esta respuesta, y no es otra que «no puedo». Es como si algún hilo invisible se estrechase alrededor de nosotros haciendo que nos unamos cada vez más, a sabiendas de que no nos va a traer nada bueno.

Cuando la he besado, la he tocado y me he introducido en ella, con toda la ferocidad que me caracteriza y que intuyo que le ha gustado, ha sido como si la puta caja de la pirotecnia más brutal del planeta me hubiese explotado en el mismísimo estómago.

Si es que, cuando dicen que la carne es débil...

Oigo que la puerta principal de la casa se abre para cerrarse unos segundos después. Algunas pisadas distintas se dirigen en diferentes direcciones y sé que las que vienen a mi encuentro son las de mi hermano.

—¿Adam?

—Quién iba a ser... —le respondo mientras mi mirada viaja, solo por unos segundos, a él al verlo ponerse a mi lado.

Sé que no ha reparado aún en lo ocurrido porque sigue hablándome como si nada.

—Acabamos de llegar, hemos estado patrullando por el pueblo. Zac, el pobre, está agotado de tanto caminar. Ese chaval tiene que

empezar a salir un poco de su cuarto y hacer algo de ejercicio.

—¿Habéis encontrado algo? —le pregunto sin mirarlo en ningún momento.

—Nada destacable. Hemos vuelto al cementerio y allí sí que hemos visto algunas tumbas revueltas, pero poco más que decir. ¿Te pasa algo? ¿Están bien las chicas?

Quedaría mal que la pregunta solo englobase a una mujer rubia que hace que mi hermano se vuelva más gilipollas de lo que ya es, pero en estos momentos empiezo a entender lo que le pasa, por qué lo hace.

—Tranquilo, están bien.

—Entonces...

No lo dejo acabar la frase porque le hago un gesto con la cabeza para que mire lo que hay por todo el jardín.

Tras echar un vistazo, gira velozmente la cabeza hacia mí y yo, después de suspirar, lo enfrento. Antes de que él abra la boca, me adelanto.

—Eh..., joder, no se me da bien hablar de estas cosas contigo —digo con un nerviosismo que no es normal en mí mientras me rasco el mentón varias veces.

Qué digo «normal», a mí estas cosas no me pasan. No me pasaban.

—Habéis follado y eso ha provocado esto. Hostia puta —suelta alargando la primera vocal de la última palabra.

—No sé qué decir. He notado ciertas cosas mientras..., ya sabes, pero suponía que era porque..., joder.

—Tranquilo, Adam —me dice posando una mano sobre mi hombro, intentando transmitirme una calma que no siente.

—¿Cómo que «tranquilo»? Caleb, mira lo que hemos desencadenado Mara y yo por el simple hecho de fornicar. Tenemos

el puto jardín lleno de pájaros muertos.

Me paso repetidamente las manos por la cara, por toda ella, y bajo los tres escalones que separan el porche del césped, alejándome de mi hermano. Él sabe lo que va a llegar después de esto, lo que hemos desatado... Yo también lo sé, aunque no quiero ni pensarlo.

Hasta hace unas semanas esto habría sido oro líquido para todos mis sentidos. Ver esto habría hecho que me regocijase de mi poder. Oír a estas aves agonizar hasta la muerte me habría dado una satisfacción suprema. Las hubiese apilado con mis propias manos y habría hecho una fogata con ellas, usándolas para encender un cigarrillo como el que se acaba de consumir entre mis dedos.

Ahora... Ahora estoy acojonado.

Mi hermano me deja unos minutos de reflexión en los que ha aprovechado para entrar a coger varias bolsas de basura para limpiar la carnicería que tenemos aquí.

—Bueno, ya te he dejado revolcarte en tu mierda durante un ratito —dice cogiendo el primer pájaro, mirando sus heridas y metiéndolo dentro de la bolsa—. Ya sabes lo que toca, y también sabes lo que eres. Entiendo que por primera vez te gusta una chica, y sientes cosas raras y todas esas mierdas que se suelen decir en estos casos. No te lo voy a edulcorar, Adam, estamos bien jodidos. Ambos, tus problemas también son los míos, somos un *pack* para lo bueno y para lo malo. Sobre todo, para esto último... Pero hay que tomar decisiones porque nosotros no somos los importantes en esta ecuación, lo son todos y cada uno de los habitantes de este pueblo. Menos Eleanor, a ella le pueden dar bien por el culo por ser tan zorra. Están llegando criaturas que no queremos por aquí, y vendrán muchas más... y, cuando eso suceda, esto será un puto apocalipsis y la víctima será la chica que presupongo que aún sigue entre tus

sábanas. La cuestión aquí es que, si no queremos que ella y su gente sufran daños, tenemos que acabar con ellos antes. Vamos a seguir siendo los verdugos, pero no en el mismo bando...

Confesión

—Declaración que alguien hace de lo que sabe, espontáneamente o preguntado por otro.

—Credo religioso.

—Conjunto de personas que profesan un credo religioso.

—Parte de la celebración del sacramento de la penitencia o reconciliación, en la que el penitente declara al confesor los pecados cometidos.

—Declaración personal del litigante o del reo ante el juez en el juicio.

—En el catolicismo, sacramento de la penitencia.

—Relato que alguien hace de su propia vida para explicarla a los demás.

—Lo que nunca creí que fuese a escuchar.

43

Con la muerte, todo cesa,
y una nueva vida empieza



Mara

Un leve ruido hace que me despierte de golpe, quedándome sentada en la cama de Adam, esa en la que hace tan solo un rato hemos liberado la tensión sexual no resuelta que llevábamos cargando a nuestras espaldas desde que volvió a aparecer por Midnights Valley, dando rienda suelta a nuestra pasión.

Es curioso, me he sentido bien. Muy bien. No me refiero al tema de que por fin lo he tenido bombeando en mi interior y el sexo ha sido alucinante, sino que con él me siento plena a pesar de que mi mente me recuerda todo el rato que es una pésima idea; que tengo que alejarme de él; que voy a sufrir; que no va a acabar bien...

Desde el día de mi vigésimo segundo cumpleaños, cuando me convertí en lo que soy, en quien soy hoy, no ha habido una sola noche que no me haya despertado con alguna pesadilla. Las hay que se han convertido en recurrentes, aunque solo recuerde de ellas que el fuego y la destrucción están presentes.

Lo que me llama la atención, y me enfada bastante, es que las dos únicas noches que he dormido junto a Adam no las he tenido. Es como si su cuerpo y su cercanía creasen un escudo de protección contra ellas. No me gusta. No quiero que tenga ese poder sobre mí.

Estoy sola, y agudizo el oído para intentar saber dónde está o qué está haciendo a estas horas fuera de la cama. Sin mí.

Pongo los pies en el suelo y el frío toma contacto con ellos. No sé dónde están mis calcetines, pero, de todos modos, y después de ver cómo acabó mi noche, me da un poco de asco ponerme mi ropa sin que haya pasado previamente por la lavadora. Rebusco entre los cajones y no encuentro nada para ponerme, por lo que vuelvo a rebuscar en las maletas que siguen junto a la ventana. Como sé que no me voy a encontrar ropa interior femenina, o eso espero, recojo mis bragas a mi paso y me las pongo. Pillo una de sus camisetas básicas y unos calcetines de deporte negros, que me llegan casi hasta la mitad de la pantorrilla. En algún momento tendré que preguntarle a Adam la razón de que no deshaga su equipaje y meta la ropa en el armario.

Estoy agachada acabando de subirme el calcetín izquierdo. Al levantarme y mirar por la ventana, lo que me encuentro hace que ahogue un grito que se queda atascado en mi garganta.

Miro hacia la puerta porque oigo que alguien ha llegado a casa. Sé que son Zac y Caleb.

Uno de ellos se dirige hacia el primer piso mientras que el otro se ha quedado en la planta baja. Agudizo de nuevo el oído y entonces

distingo las voces amortiguadas de Adam y su hermano. Me esfuerzo un poco más y, por fin, logro escuchar la conversación con total claridad.

No han encontrado nada. Bien. Han estado en el cementerio y han visto unas pocas tumbas revueltas. Podría ser peor. Y aquí llega el momento culmen de la noche (otro más para añadir a la lista de este majestuoso día): Caleb debe de haberse percatado de lo que hay en el jardín. Sí, ha llegado el momento.

Desconecto unos segundos de lo que están hablando, pero no porque sienta que estoy violando su privacidad, sino porque necesito intentar calmarme, aunque sea solo un momento, para volver a ellos en el instante en que el jefe de mi amiga dice que esto lo hemos ocasionado Adam y yo. Nosotros. Juntos. Por habernos acostado. Me mareo y me agarro al pequeño alféizar interior de la ventana para no caerme de bruces contra el suelo. Siento las pisadas de alguien dirigiéndose a la cocina y abriendo un cajón. Después, silencio.

Estoy intentando que mi respiración vuelva a un ritmo normal y, transcurridos unos minutos, las pisadas se oyen de nuevo, regresando a la parte trasera de la casa. Es en ese instante cuando tomo la decisión de que necesito explicaciones detalladas de lo que está ocurriendo.

Bajo las escaleras agarrada a la barandilla con sumo cuidado de no caerme, debido al tembleque de mis piernas, y me voy directa a la puerta que da al jardín trasero, ese en el que están ahora mismo los hermanos Chase.

Una vez que abro la puerta el frío nocturno me da de lleno, colándose en mis huesos. Caleb es el primero en reparar en mi presencia.

—Chicos, os dejo solos.

No espera una respuesta para echar a andar y salir por donde yo acabo de llegar. Cierra la puerta tras de sí y un silencio lapidario nos envuelve a Adam y a mí. Ni siquiera se gira para mirarme, tan solo sigue con la vista al frente, donde están apiladas un par de bolsas de basura, en las que entiendo que han metido algunos de los pájaros, ya que todavía los hay esparcidos por el suelo.

—¿Esto lo hemos provocado nosotros? —suelto a bocajarro.

Adam saca del bolsillo trasero de sus pantalones una cajetilla de tabaco y un mechero, se enciende uno y no contesta hasta que da una larga calada y expulsa todo el humo.

—Sí, nos los hemos cargado nosotros —dice sin volverse aún hacia mí.

—Mírame, Adam. ¡Que me mires!

No le doy opción a que lo haga, ya que mis pies me llevan hasta quedarme cara a cara con él. Ahora, sí que conecta sus ojos con los míos.

—¿Por qué? El resto de la humanidad se acuesta y no caen decenas de pájaros muertos en el jardín de la casa en la que está follando. A la gente normal no le pasan estas cosas, Adam.

—Es que nosotros no somos gente normal, Tormenta.

Esta frase era todo lo que necesitaba para saber que mi intuición no me fallaba. Yo soy una bruja. Él, me ha quedado claro, no es un simple mortal. Lo que no sé es qué tengo delante. A quién tengo delante.

—¿Quién coño eres?

—Adam —contesta antes de darle una nueva calada a su cigarrillo sin dejar de mirarme.

—No estoy para juegos. Yo soy una bruja. Tu turno.

Sus ojos van de un lado a otro de mi rostro, y me da a entender que se está empapando de cada detalle de este. De mi pequeño

lunar en forma de luna junto al nacimiento de mi pelo, justo al lado de mi ceja derecha. De una discreta imperfección que tengo al otro lado, provocada por una aventura en bici con Phoebe en la que me clavé un trocito de rama... Su mirada se queda fija en mis labios; se ha clavado ahí y yo sé que está en una encrucijada. Está sopesando los pros y los contras de revelarme su verdadera identidad.

—No puedo.

Me acerco más a él, me agarro con ambos puños a su camiseta y dejo mi cara a milímetros de la suya, captando el olor de tabaco que desprende su boca.

—Venga, mírame..., por favor. Vas a seguir siendo tú, Adam, te lo prometo, pero necesito saber la verdad sobre ti. Por favor...

Traga saliva y noto en sus ojos una chispa de vergüenza que nunca había visto en él, y también de miedo por cómo pueda tomarme lo que está a punto de contarme.

—No soy quien crees que soy —dice cogiéndome por sorpresa mientras tira lo que quedaba del cigarrillo al suelo y posa las manos en mis caderas—. Por primera vez en mi vida tengo miedo de que algo que salga de mi boca aleje a una persona importante para mí. Nunca me había pasado. En este mundo soy un lobo solitario que no tiene a nadie más que a mi hermano. No creí que... —sus dedos hacen más presión sobre mí, como si no quisiese que me alejase en ningún momento—, no se me pasó por la cabeza que fuese a importarme alguien que no fuéramos Caleb y yo. Y entonces apareciste tú hace cuatro años y vi cómo te estaba tratando Owen y no pude remediarlo.

Ve como abro los ojos en gesto un tanto acusador y como, instintivamente, intento apartarme de él.

—No, no. Te juro que yo no tuve nada que ver con su desaparición. Es más, no he tenido nada que ver con nada de lo que

ha pasado en Midnights Valley hasta ahora, así que no intentes huir de mí. Por favor...

—Júramelo por Dios.

—Vamos a dejarlo en que te lo prometo. Yo no soy de los que hacen promesas, pero si las hago es porque son reales. Tiene que servirte así.

Lo creo; no sé la razón, pero lo hago. Me quedo callada para que él siga hablando.

—Me fui de aquí de vuelta a mi casa y no era capaz de sacarte de mi cabeza. Lo intenté, lo logré en algunos momentos, pero cada cierto tiempo me volvía a la mente la primera imagen que tuve de ti. Y ahí supe que, si nos encontrábamos de nuevo, me costaría un mundo mantenerme alejado de ti.

—¿Por eso me tratabas con fingida indiferencia?

—No quería complicar las cosas.

—Y aquí estamos, en un jardín lleno de pájaros muertos...

Silencio. Otra vez.

—Aún no me has contestado, Adam. Estoy muy cansada de esta situación —digo separándome, esta vez sí, de él—. Es tu última oportunidad. Yo soy una bruja. ¿Y tú?

«Contesta, por favor. Lo necesito».

—Soy uno de los siete príncipes del infierno. O, si lo prefieres, el príncipe del pecado capital de la lujuria.

Y en ese momento todo me da vueltas.

Aceptación

—Acción y efecto de aceptar.

—Aprobación, aplauso.

—Acto o negocio mediante el que se asume la orden de pago contenida en una letra de cambio o en un cheque.

—La realidad ha llamado a mi puerta y yo se la he abierto de par en par.

44

Dios da y Dios quita,
según su sabiduría infinita



Mara

Me despierto sobresaltada y mi respiración agitada va a conseguir que me dé un maldito ataque al corazón. Estoy en mi habitación. ¿Qué coño hago aquí?

Estaba teniendo una pesadilla en la que un montón de pájaros inundaban el jardín de Zac y Adam me confesaba, nada más y nada menos, que era un puto demonio lujurioso la misma noche en la que primero tenía un cuerpo a cuerpo con un vampiro y en la que otros tantos intentaban liquidarnos después. Lo único bueno era que también echaba un polvazo memorable con Adam.

Definitivamente, me estoy volviendo loca. Estoy segura de que esto se me pasará con un buen café y una buena ducha caliente.

Salgo de la cama y me planto delante del espejo. Me cago en...

Los arañazos y pequeñas heridas y contusiones siguen presentes en mi rostro. Tengo el pelo hecho un desastre y mis uñas dan asco (esto he de arreglarlo cuanto antes). Llevo puesto un pantalón de deporte y una sudadera ancha de mi propiedad, y en mi pesadilla iba con una camiseta y un pantalón corto de Adam. Un momento..., había algo más. Bajo la vista hasta mis pies, y la saliva se me queda atascada en la boca debido a que se me ha cerrado la garganta al ver sus calcetines negros. Los llevo puestos. Fue real. Me quito la sudadera a todo correr y veo que llevo una camiseta básica *made in* Adam. Mierda. Me la aparto por la zona del hombro derecho y ahí están, las leves marcas que me dejaron sus dientes cuando me dio un pequeño mordisco al que luego acompañó con un beso húmedo.

—¡Phoebe! ¡Pheebs! —grito a pleno pulmón.

En serio, con tanta emoción en tan poco tiempo presiento que voy a morir muy joven de un paro cardiaco.

Estoy a punto de volver a gritar el nombre de mi amiga cuando la puerta se abre de par en par y esta entra como un vendaval.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre? —pregunta visiblemente aturdida mientras mira por todos lados.

—Pheebs... —Voy hacia ella, la abrazo y me pongo a llorar.

No puedo más con todo esto.

—Mara, me estás asustando. ¿Estás bien?

—Ya sabes la respuesta. ¿Qué hago aquí?

—Estás en tu casa. ¿Te has dado un golpe en la cabeza? —dice sentándome en la cama y cogiéndome la cara para inspeccionarme mientras me borra con los pulgares las lágrimas que bañan mi rostro.

—Me refiero a que lo último que recuerdo es estar con Adam en su jardín trasero.

—Ah..., eso. Te trajo él de madrugada.

—Joder, Phoebe, eres la hostia de perspicaz.

Mi estado ha pasado de no estar entendiendo nada y llorar a estar de muy mala leche en cuestión de segundos.

—Perdón, perdón. Me despertó el teléfono a las cinco y media con una llamada entrante de Caleb. Me dijo que Adam te traía de camino a casa porque te habías desmayado. Estaba seguro de que sería mejor para ti despertarte en un ambiente seguro, ya que creía que, si te pasaba de nuevo en su casa, igual no te hacía ningún bien. Te subió hasta la cama y te metimos dentro. Me pidió por favor que no me separase de ti y así ha sido hasta hace un rato. Estabas helada y en la cama no cogías temperatura, así que entre Willow y yo te hemos puesto el chándal como hemos podido. Ahora mismo está en nuestra cocina. Hemos tenido que acabar metiéndonos en la cama contigo porque no entrabas en calor de ninguna forma. Nos vino bien estar aquí para intentar calmarte, has tenido varias pesadillas.

—¿Te contó lo que pasó?

—No hizo falta. Lo supe con solo verle la cara. Supe que te había contado su verdadera identidad.

—¿Lo sabías? ¿Sabías quién es? —pregunto alzando la voz.

—Te recuerdo que llevo años trabajando para *su hermano* —responde haciendo énfasis en estas dos últimas palabras—, por supuesto que sé que trabajo con un demonio. Yo también soy bruja, por si lo habías olvidado. Pero no cargues conmigo tu frustración, yo no soy tu enemiga.

—Lo que se supone que eres es mi amiga. No quiero que haya más brechas entre nosotras, joder.

—¿Más? ¿Es que acaso hay alguna? —pregunta dolida—. Voy a decirte una cosa bien clara, Mara... No, no pienso comerme marrones que no me tocan porque no soy tu saco de boxeo. Soy la

persona que te quiere desde que tengo memoria y que daría la vida por ti. No pienso permitir que esa cabeza tuya te haga tomar decisiones de mierda con las personas que están incondicionalmente para ti. No quiero ser una zorra, pero recuerda que no tienes muchas, así que no hagas que se alejen de ti por tus propios miedos. ¿Que no te dije que te estabas enamorando de un demonio? ¡No podía!

—¡No me he enamorado de él!

—Ya, yo tampoco... Déjalo, no estamos hablando de mí. Aunque no lo creas, están de nuestra parte, Mara. El infierno es bastante distinto de lo que intentan hacernos creer. Gente como Caleb o Adam no salen de él para sembrar el caos. Ellos no. ¿Que son las excepciones? Eso lo ignoro, pero llevo cuatro años al lado de uno de ellos y sé de lo que hablo. Y te aseguro que no tendría la relación que tiene con su hermano si no pensasen lo mismo. Nos están ayudando a parar lo que sea que está pasando en este pueblo. Mira cómo tratan a Zac... Sé que es imposible, pero parece incluso que están humanizados.

—Por el amor de Dios...

—Te recomiendo que no lo nombres en su presencia —dice con una pequeña sonrisa que hace que el ambiente vuelva un poco a la normalidad.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer yo ahora?

—No puedo contestarte a muchas cosas, Mara. Eso se lo dejo a mi abuela, que, para tu información, está abajo con Willow.

—¿Qué hace aquí?

—Se ha presentado hace un rato llamando a nuestra puerta porque quiere hablar contigo. No te gana en poder, pero sí en sabiduría. Y no es por nada..., pero creo que sabe todo lo que ha pasado esta noche. Por cierto, cuéntamelo con todo lujo de detalles.

Aquelarre

—Junta o reunión nocturna de brujos y brujas, con la supuesta intervención del demonio ordinariamente en figura de macho cabrío, para sus prácticas mágicas o supersticiosas.

—Nada más lejos de la realidad a lo descrito en el punto anterior. En mi caso, grupo de mujeres cotillas que están en mi salón. Sin machos de ningún tipo.

45

Dios no podrá ayudarte a cosechar
si tú no quisiste sembrar



Mara

Después de contarle todo lo sucedido a mi amiga, le pido que me dé unos minutos para poder ducharme y dejar mi pelo en condiciones, y también que le diga a su abuela que, en cuanto esté lista, bajaré para tener la conversación por la que sé que ha venido.

Media hora de reloj después (mi pelo necesitaba mucho esmero para adecentarlo) me dirijo hacia el salón, que es donde Phoebe me ha dicho que me esperarían.

¿Pueden dejar de perturbarme las cosas que se muestran delante de mí en estas últimas veinticuatro horas? Lo estoy empezando a dudar.

En el salón de mi casa no solo me encuentro con mis dos amigas y la abuela de una de ellas. No. Es que también me encuentro a las tías de Phoebe y a las mujeres de mi familia. Mi madre y mis tías, que comparten uno de los amplios sofás, me sonríen con cariño. Mi madre palmea el espacio vacío que hay junto a ella y me siento a su lado. Miro a mi alrededor observando a todas y cada una de las mujeres que están en esta estancia, y que son importantes para mí, y, una vez que llego a Agatha, veo que tiene sobre las piernas *El libro de las sombras*, el libro del poder de tres que pertenecía a mi abuela.

Es ella misma, cómo no, la que comienza a hablar.

—Buenos días, querida. Supongo que todo esto es abrumador para ti, pero creo que es hora de ir soltando pinceladas de lo que será de ahora en adelante tu vida. Tú y yo ya mantuvimos una conversación en privado el mismo día que puse esto en tu poder —dice elevando el libro—. Sé que han pasado demasiadas cosas en muy poco tiempo y que no te has sentido preparada para leerlo. La cuestión aquí no es que no te hayas informado aún sobre lo que eres capaz de hacer. No pasa nada; de todos modos, lo irás descubriendo por ti misma. El motivo por el que estamos reunidas aquí es lo que se ha desencadenado a raíz de los hechos acontecidos hace escasas horas.

Todas tienen los ojos puestos en mí y yo, persona que, como sabéis, no lleva muy bien la socialización, estoy empezando a agobiarme.

—Me cargué a mi primer vampiro. Vale, lo cambio por «Me cargué a un vampiro». Más que nada porque no quiero volver a verme en una de esas. Mirad —les digo enseñándoles las manos. Más bien las desastrosas uñas, esas que saben que tanto quiero.

—No me refiero a eso —replica Agatha con un amago de sonrisa mientras veo como mueve uno de sus anillos.

—Vale... Logré escapar con vida del cementerio después de decapitar al ser que acabo de nombrar y me fui corriendo a la morgue. Allí me encontré con el cuerpo destripado de Seth.

—¿Destripado? —pregunta Hilda—. Qué horror...

—Por algo le dije a mi hermano que no os contase nada al respecto. Sois demasiado aprensivas para este tipo de cosas —comenta Sally, otra de las tías de Phoebe dirigiéndose a mi tía y también a mi otra tía, Samantha, que va de dura pero es igualita que su hermana. Mi madre, en cambio, no se parece en nada a ellas.

—¿Qué más pasó anoche? —Agatha quiere que llegue al meollo del asunto, pero por nada del mundo pienso informarlas de nada tan personal a todas ellas. Qué narices, tampoco pienso explicárselo solo a ella.

—Pues... —agarro la parte de la sudadera que me he puesto limpia después de la ducha y que roza mi cuello para apartarla un poco, porque siento que me empieza a faltar el aire— después de hablar con Otto, que ya me ha contado que es casi uno más en esta familia disfuncional sin que yo lo supiera...

No puedo terminar la frase porque Phoebe me interrumpe.

—Es un miembro de la familia desde hace muchos años. Es la pareja de mi tío. ¿En serio nunca te has dado cuenta?

¡¿Qué?! ¿En qué momento nuestro querido alcalde tiene una relación con el forense del pueblo? Siempre soy la última tonta en enterarme de las cosas.

—¿Cómo coño iba a saber yo eso?

—Esa boca...

—Lo siento, mamá —digo mirándola y regalándole una sonrisa—. No, no tenía ni idea. Hablo con Stephen lo justo y necesario y con Otto, pues más de lo mismo. Creo que nunca lo he visto fuera del recinto donde trabajamos.

—Eso te pasa por no querer levantar el culo de la cama muchos domingos para ir a comer a casa de mi abuela. Cuando tú no vas, ellos aparecen. Es una casualidad un tanto inquietante.

—Queridas, basta. No estamos aquí para hablar de la relación amorosa de tus tíos, Phoebe. Estamos aquí para que Mara nos cuente las últimas cosas que le han sucedido y, así, poder hablar sobre ello y sobre lo que está por venir.

Resoplo y reinicio mi historia a regañadientes.

—Salí de la morgue y sentí que alguien me seguía, aunque supe que era mi amigo Adam. Acabamos en un callejón, unos vampiros nos tocaron los bemoles, las cosas se empezaron a poner feas y tu hijo, y tu yerno, nos salvaron. Después de eso nos llevaron a casa y aquí estamos, vivitas y coleando.

—Te has dejado lo mejor para el final, ¿no crees?

—Según a lo que te refieras, Agatha. No deseo ser maleducada, sabes que te quiero con todo mi corazón, pero no me apetece compartir, ni contigo ni con el resto de las personas que están aquí, cosas de mi intimidad. Por lo que veo, sabes lo que ha pasado, así que te lo confirmo, pero no me hagas entrar en detalles.

—No pretendo eso, mi niña. Lo que quiero saber son tus sensaciones. Cómo te sentiste, si algo nuevo vibró dentro de ti. Si notaste el cambio.

—¿El cambio?

No estoy entendiendo nada. Lo único que sentí fueron unos cuantos orgasmos embriagadores y las manos de Adam abrasándome en cada poro de piel que me tocaba.

—Llegados a este punto, tengo que hacerte una advertencia. Escúchame atentamente, porque es de vital importancia. Como te expliqué el día que hablé contigo, tuviste unas antepasadas que conformaban el poder de tres. Hoy en día, y siendo la bruja más poderosa que ahora mismo pisa la tierra, tú eres la poseedora única de ese poder. ¿Qué conlleva esto? Mucha mente abierta, mucha habilidad, mucho sacrificio, mucho trabajo... y una cosa muy importante: mucho conocimiento que debe ser utilizado para el bien. La línea que separa el bien del mal es muy fina, y desgraciadamente he visto más de una vez que alguien la ha traspasado. Si eso sucediese en tu caso, no habría vuelta atrás, querida, te convertirías en alguien irrecuperable y sería una lástima y una gran decepción para todos. Pero no vamos a ahondar en eso porque desde el primer momento confié en ti y sé que eso no va a suceder.

»Dicho esto, ahora tu madre puede contarte en qué consistía ese poder de tus antepasadas que ahora ha recaído en ti. Elvira...

Agatha da paso a mi madre y esta me coge la mano cuando empieza a hablar.

—Entre las tres conformaban un poder formidable. Una poseía la telequinesis y la proyección astral. Otra podía conseguir la inmovilización molecular, tanto de objetos como de personas y lugares; también hacía estallar cosas. La menor tenía premoniciones, levitaba y podía sentir las emociones de todos los que la rodeaban. Cuando llegó la cuarta hermana...

—¿Cuarta? ¿No eran tres? —pregunto desconcertada.

—Ocurrió algo y la familia perdió a la primogénita... Si quieres, en otro momento te lo cuento con más tranquilidad, cuando estemos a solas. Por ahora solo voy a decirte de este lío que una hermana apareció cuando la primera falleció. Eran medio hermanas y la última en unirse al clan podía, gracias a su padre, manipular la luz. También

tenía el poder de la orbitación, la sanación, la telequinesis orbitacional y la metamorfosis. El caso es que volvieron a su número original, tres hermanas con un poder inmenso que conformaban un frente común.

—¿Yo puedo hacer todo eso? ¿Sola?

—Con mucho trabajo, por supuesto que sí —dice Agatha con total convencimiento.

—Y ellas tres, ¿dónde están ahora? ¿Muertas?

—Están en otro plano astral —contesta mi madre.

Creo que también tendremos que tratar esto en profundidad. Necesito que me cuente nuestra historia familiar.

—Vaya...

Miro a mi alrededor y hay algo que me indica que no solamente están aquí para hablarme de mis antepasadas o de sus poderes que ahora son los míos.

—Hay algo más, ¿verdad?

—Eres lista, querida. Tu intuición empieza a desarrollarse a las mil maravillas. Sí, hay más. Tienes algo muy importante en común con una de ellas.

—¿Con quién?

—Con la más alocada de todas.

—¿De qué se trata? —digo con un nerviosismo que ha ido creciendo en mi interior. Sé que la respuesta va a ser un momento trascendental.

—Ella también se enamoró de un demonio.

—Joder...

Penitencia

—Castigo (pena por un delito).

—Conjunto de acciones con que alguien procura la mortificación de sus pasiones y sentidos.

—Acto de mortificación interior o exterior.

—Castigo público que imponía el antiguo tribunal eclesiástico de la Inquisición a algunos reos.

—Casa donde vivían los reos con penitencia inquisitorial.

—Cosa fastidiosa o molesta que hay que soportar.

—En la religión católica, sacramento en el cual el sacerdote absuelve los pecados cometidos a quien los confiesa.

—En la religión católica, pena que impone el confesor al penitente.

—En la religión católica, pesar de haber pecado y propósito de no pecar más.

—Lo que voy a tener que cumplir como acabe cargándome a las personas que están invadiendo mi hogar.

46

No vive
quien a morir no se apercibe



Mara

—Que yo me entere...

Después del susto inicial, de que me haya dado otro amago de desmayo y que haya hecho la misma marca que el ganador de una media maratón dando vueltas por mi salón, he decidido aclarar mis ideas en voz alta para que estas mujeres que están aquí conmigo me despejen las dudas que se me puedan presentar.

—No es solo que yo, alguien a quien sabéis que no le gusta excesivamente la gente desde hace unos años, sea una bruja de la leche. Tampoco es que, como personas que me queréis, hayáis venido a arrojar luz a lo que se ha convertido mi vida explicándome lo que soy capaz de hacer, o de qué clase de familia provengo. Es

que de lo que queréis que hablemos, como si fuésemos un grupo de crías hormonadas, es de mis escarceos amorosos. Y para qué hablar de que habéis incluido la palabra *amor* en la ecuación.

»¿Les has puesto alcohol? —le pregunto a Phoebe, porque no estoy segura de qué contienen los cafés que están tomando las presentes.

—No habla el alcohol de sus venas. Si acaso es la cafeína, que no la sintetizan bien —contesta toda contenta.

Más tarde hablaré con ella, porque siento que se lo está pasando demasiado bien a mi costa.

—Agatha, no me he enamorado de un demonio. Un segundo... ¿He sido tan gilipollas de ser la última en saber lo que es Adam?

—Mara...

—No, mamá, esta vez no pienso disculparme. Si tengo razón en lo que acabo de plantear, ¿cómo no me habéis dicho nada? ¿Y si llega a pasarme algo por su culpa? Estamos hablando de un puñetero príncipe del infierno, no de un arcángel precisamente. Se supone que es uno de los malos.

—No lo es —sentencia la mayor del grupo con voz firme.

—¿Y en qué te basas para afirmar eso, Agatha? ¿Tienes el gusto de conocerlo?

No hay contestación. La abuela de mi amiga me mira mientras sigue callada, y yo quiero salir corriendo de mi propia casa por culpa de gente que se supone que tiene que protegerme, no dejarme a mi suerte.

—¿Alguna lo conoce? —pregunto de nuevo, esta vez a todas ellas —. En ese caso, no comprendo la razón de que hayáis pensado que era una buena idea no decirme nada sobre algo tan importante con la que está cayendo. No lo entiendo...

Me dejo caer en uno de los sillones y entierro la cabeza entre las piernas.

No-entiendo-nada.

—Como veo que ahora ya no tenéis ganas de seguir con la charla, os agradecería que os fueseis.

—¿Nos estás echando? —quiere saber, realmente sorprendida, una de mis tías.

—Sí, no os quiero aquí. Podría ser más diplomática, pero es que no me sale de las narices. Ahora mismo no os quiero cerca a ninguna de vosotras. Tampoco quiero que volváis de visita ni que me llaméis. Podréis hacerlo en el momento en que decidáis contarme lo que está pasando. Hasta entonces, no tengo nada más que añadir.

Me levanto para abandonar el salón cuando veo que alguien me sujeta la mano. El tacto de sus innumerables anillos me dice de quién se trata. Es Agatha.

—Ha llegado aquí para protegerte contra todo y contra todos. Sin excepciones. Puedes confiar en él a ciegas, aunque creas que no debes hacerlo. Que venga del infierno no lo hace necesariamente el villano del cuento, Mara. La historia no es siempre como nos la cuentan. Incluso los de arriba, en algún momento de sus vidas, han sido penitentes. Debes saber que nadie está exento de pecado. Guíate por tus sensaciones, tus intuiciones y tus sentimientos. Guíate, sobre todo, por tu instinto, porque nunca te va a abandonar. Hazles caso a tu mente y a tu corazón. Dale la oportunidad de ayudarte. Adam es un pobre diablo que también se ha enamorado de alguien que se supone que no es para él. Pero lo eres. Aprovechemos esta circunstancia hasta que nos dejen.

A continuación me suelta, se da media vuelta y sigue al resto de las mujeres, que han oído todo lo que me ha dicho, hasta la puerta de entrada. Justo cuando va a salir por ella, hablo.

—Agatha, te espero mañana para merendar. Puedes traer esa tarta de zanahoria tan fabulosa que haces.

—¿Hora, querida? —me pregunta con una sutil sonrisa.

—¿A las cinco te va bien?

—La hornearé antes de comer.

En cuanto me quedo sola, mi mente me advierte sobre algo que debo tener en cuenta.

«¿Aprovechar hasta que nos dejen? Agatha, hay muchas cosas que no me estás contando».



—¿Se puede? Dime que no vas a echarme a mí también de mi propia casa. —La que habla es Phoebe desde el pasillo.

—Adelante, pesadilla con patas.

—No digas eso, que ya sabes que últimamente no son tus mejores aliadas.

Pheebs accede a mi habitación al darle permiso para entrar. Hace un buen rato que todas se han ido y yo he decidido subir a relajarme y a adecentarme las uñas, aunque, con tanta emoción, al final me he quedado dormida.

—¿Y Will?

—Se ha ido hace un rato a su casa para ducharse y cambiarse de ropa. La ha llamado Elías desde el tanatorio para que fuera. Ya están ultimando los detalles del funeral de Seth... Vamos, que su familia tiene que pasar por allí para elegir los arreglos florales, el ataúd... Tú mejor que nadie sabes todas las decisiones que van a tener que tomar.

—Sigo sin creérmelo.

—Nunca imaginé que nos veríamos envueltas en tantas cosas truculentas. ¿Estás lista para todo lo que vamos a tener que afrontar?

—No, no puedo estar preparada para algo que desconozco. ¿Y tú?

—No creo que nadie lo esté, Mara. Iremos viéndolas venir y capearemos el temporal como buenamente podamos. Y sin morir, claro. Bajo ningún concepto podemos tener bajas en el equipo.

—¿Qué ha querido decir tu abuela antes?

—Creo que en esencia te ha dicho que bebes los vientos por un integrante del inframundo, *querida* —suelta riéndose con esta última palabra.

—Ja, ja..., qué graciosa eres. Me refiero a la frase final que ha soltado.

—No me he enterado, había acompañado a Willow a la cocina para darle un vaso de agua. ¿Qué te ha dicho?

—«Aprovechemos esta circunstancia hasta que nos dejen».

—Nos dejen, ¿quiénes?

—Ni idea, pero me ha intrigado que se haya incluido de ese modo. Pheebs, no quiero ser alarmista, pero creo que vamos a enfrentarnos a algo a lo que no sé si seremos capaces de vencer. Solo espero, y deseo, lo mismo que tú, que no perdamos a nadie importante por el camino.

—Que Dios te oiga, Mara... que Dios te oiga.

Asco

—Alteración del estómago causada por la repugnancia que se tiene a algo que incita a vómito.

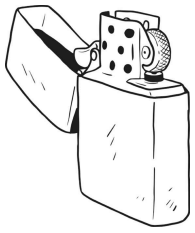
—Impresión desagradable causada por algo que repugna.

—Persona o cosa que produce asco.

—Lo que me produce Eleanor cada vez que me la encuentro.

47

Polvo eres,
y en polvo te has de convertir



Adam

—¿Para qué querías verme con tanta urgencia?

Es la segunda vez, desde que llegué de nuevo a este pueblo, que la mujer con la que en el pasado disfruté de unos cuantos orgasmos, y a la que ahora no tocaría ni por todo el sexo desenfrenado del mundo, me cita en el lugar en el que descansan eternamente los muertos de esta localidad.

Cierro la tapa de mi Zippo, lo meto en el bolsillo de mi cazadora y miro a la persona que tengo delante, demasiado cerca para mi gusto, mientras todo el humo que expulso por la boca le da de lleno en la cara.

—Eres un capullo —dice tosiendo y agitando una mano para que este se desvanezca con más rapidez.

—Lo que tú digas. ¿Qué coño quieres? Es la segunda vez que nos encontramos de noche, a oscuras... Recuerda cómo acabó la vez anterior.

Veo que se está mordiendo la lengua para no soltarme otra retahíla de insultos que harán que me moleste más su presencia si eso es posible. Juro que nunca llegué a pensar que me causaría tanto rechazo compartir tiempo y espacio con ella.

—Me han llegado cosas —explica haciéndose la interesante.

—Explícate. Y rápido, no tengo toda la noche.

—Verás, ha llegado a mis oídos que cierto príncipe del infierno se ha humanizado y ha empezado a tener sentimientos por una simple mortal. Bueno, ya sabes que esto último no es del todo así. Es humana, sí, pero también es la bruja más temida y está en el bando de los buenos. Quién lo hubiese imaginado viniendo de ti... Me sorprendes, Adam, nunca has sido de los que se encadenan a nadie. Y mira que no será por las veces que unas cuantas hemos intentado ponerte la soga al cuello. ¿Qué tiene ella que no tengamos las demás?

Vuelvo a darle una calada a mi cigarrillo mientras pienso si la mando a tomar por el culo, le arranco la cabeza por nombrar a Mara o, simplemente, le digo cualquier cosa hiriente relacionada con su hijo para que no siga tocándome las pelotas.

—¿Sabes, Eleanor? —digo acercándome más a ella y cogiéndola por el cuello para que atienda bien a lo que voy a decirle a continuación—. Te mataría ahora mismo, pero quiero que sigas sufriendo el tiempo que te quede aquí. No sé quién te habrá ido con estas mierdas precisamente a ti, pero no me gusta que hablen de mí a mis espaldas. Voy a darte unos cuantos consejos que espero que

sigas a rajatabla por tu propio bien. Uno, no vuelvas a molestarme. Dos, no vuelvas a referirte a Mara. Tres, no te acerques a ninguno de nosotros, y con «nosotros» me refiero a la gente con la que me relaciono en este pueblo y a mi hermano. Que no se te ocurra poner un pie en el Insomnio, ni siquiera te quiero por los alrededores. Y, por último, dile a quien te está llenando la cabeza de sandeces que acabaré con él.

—Dirás, con ellos —replica acercando su cuerpo más al mío, provocando que mi mano apriete más su garganta—. Van a venir muchos a visitaros, Adam. Muchos. Yo que tú me iría haciendo a la idea de que este pueblo puede quedar aniquilado por completo.

No sé a qué cojones se refiere, estoy empezando a cabrearme por no saber nada de lo que está insinuando, y su cercanía me está revolviendo el estómago. Solo hay una persona a la que le permito que invada mi espacio personal de esta manera.

—*Nah*, estaba exagerando. Tan solo quieren acabar con tu amiguita y con todos aquellos que la defiendan. Y, por lo que veo, en ese grupo estás tú. Quién me iba a decir, cuando me desterrasteis, que tú acabarías igual que yo.

Hago más presión contra su piel justo antes de soltarla con un empujón que provoca que tropiece con una de las tumbas, se dé en la cabeza y empiece a sangrar. Oigo un ligero ruido a mi izquierda y giro rápidamente la cabeza en busca de quién, o qué, lo ha ocasionado.

—Me encanta tu ternura —asegura levantándose del suelo mientras se palpa con una mano allí donde se ha dado el golpe. Cuando vuelvo a mirarla, está llena de sangre. Se la acerca a la boca y la chupa—. ¿Quieres probar? Antes te gustaba lamerme las heridas.

—Una pena que ahora me des tanto asco. ¿Tienes algo más que contarme?

—¿Ya quieres terminar nuestra cita?

Vuelve a intentar acercarse a mí, pero yo doy unos pasos hacia atrás.

—Creo que ya está todo dicho. Por desgracia, te conozco, El. Has tirado la piedra, para luego esconder la mano. Quizá esperabas que yo cediese a ciertas cosas utilizando tu sensualidad a cambio de información, pero, cuando te digo que me produces rechazo, y que te querría muerta, lo digo en serio. No estamos en el pasado, y tampoco estamos en el infierno. Estamos en el aquí, en el ahora. De todos modos, te agradezco que me hayas puesto sobre aviso acerca de la presencia de ciertos visitantes con los que tendremos que lidiar. Intentaremos estar preparados para cuando todo eso pase. No podrán con nosotros. Cuando todo acabe, y regrese a casa, diré que la victoria fue gracias a tu ayuda.

Veo como le ha ido cambiando la cara a medida que iba hablando. Lo que menos querría alguien como Eleanor es que cualquiera piense que es una traidora por venir a contarme lo que va a pasar. No lo ha hecho de ese modo, pero sabe que, si yo volviese a mi trono y dijese que ha sido gracias a su gran ayuda, no tendría ningún sitio donde meterse. Ni ella, ni su querido Owen, ahora que sabe que no está muerto y se encuentra en algún lugar.

—No..., yo... No puedes ser tan hijo de puta —sisea entre dientes —. Yo no te estoy ayudando. No puedes ir diciendo por ahí que soy tu aliada cuando estoy en el lado contrario.

—Vaya, vaya, conque ahora eres mi enemiga, ¿no?

—No pretendía decir eso... —responde totalmente aterrada.

Sabe que estoy tentado de cargármela ahora mismo, así que no le conviene provocarme más.

—Vamos a hacer una cosa. Darás media vuelta y no me molestarás más. Es la segunda vez que te lo digo en lo que va de conversación. No te acerques a nadie de los míos. Quédate en tu puta casa recluida y no salgas de ella. No quiero verte mientras yo esté por aquí. Si alguien te viene con más cuentos, y crees que puede ayudarme, se lo comunicarás a Caleb. Ya sabes cómo puedes ponerte en contacto con él. Juega bien tus cartas, Eleanor. Sopesa en qué lado de la contienda quieres estar..., si en el malo o en el peor. Juro por el inframundo que, como por tu culpa pase algo que me moleste, mataré lentamente a tu hijo con mis propias manos mientras tú estás delante. No te quiero de aliada, y tampoco quiero que te interpongas en mi camino. ¿Entendido? Y, ahora, fuera de mi vista.

Estoy a punto de irme cuando Eleanor me coge de la mandíbula para obligarme a mirarla.

—Te ayudaré si me prometes que protegerás a Owen.

—No tengo que prometerte una mierda. O lo tomas, o lo dejas. Tú decides qué es lo que más te conviene. Eres una privilegiada y me has pillado de buenas. Podría decirte que me lo voy a cargar y fin. Te he dado la oportunidad de que salgáis impunes. Aprovéchala.

Ni por asomo podía imaginarme que hacerle ver que le estoy dando la oportunidad de que su hijo y ella puedan salir airosos de esta situación acabase con su boca estampada contra la mía en un beso nada casto. La aparto empujándola de nuevo.

—No vuelvas a hacerlo —le advierto agresivo—. Lárgate de una puta vez.

La observo mientras sale del cementerio y, en cuanto ha salido de mi campo de visión, mis pies me llevan hacia el lugar en el que hace unos minutos unas pequeñas ramas han crujido.

—Ya se ha acabado el espectáculo. Ya puedes salir de tu escondrijo.

Pesadilla

—Ensueño angustioso y tenaz.

—Opresión del corazón y dificultad de respirar durante el sueño.

—Preocupación grave y continua que siente alguien a causa de alguna adversidad.

—Persona o cosa enojosa o molesta.

—Lo que espero que sea lo que tengo delante de mí.

48

No hay más que una muerte,
pero mil formas tiene



Mara

UNOS MINUTOS ANTES...

—Tengo que hacerlo..., debo irme —me dice sin querer separarse de mí.

—No... No te lo permito, ¡¿me oyes?! —replico gritando a pleno pulmón a pesar de tenerlo a mi lado.

No puede dejarme sola. No puede desaparecer así de mi vida.

—Escúchame, Mara, no hay otra solución. Me quedaría aquí sin dudarlo, pero... es imposible.

—Por favor, no lo hagas. Seguro que hay algo que aún desconocemos que puede remediar esto. No puedo vivir sin ti —

suplico con un hilo de voz mientras le cojo la mano con más fuerza. Sé que en el momento en que lo suelte ya no habrá marcha atrás.

Me sonríe. Me sonríe como ha hecho siempre, de esa forma con la que fue derribando mis muros hasta llegar a mi interior..., a mi mente, a mis entrañas, a mi corazón. Una sonrisa preciosa, y peligrosa. Preciosa porque esta sonrisa solo me la regala a mí. Peligrosa porque ha hecho que me enamore perdidamente de él, provocando que este momento sea el peor de mi vida. No le miento cuando le digo que no puedo vivir sin él. No quiero vivir sin él.

—Sí puedes vivir sin mí, nena. Yo también lo haré sin ti. Duele, duele aquí —posa nuestras manos unidas sobre su corazón—, pero sin duda te dolería mucho más vivir teniendo sobre la conciencia un montón de vidas segadas por nuestra culpa. Eso te llevaría a la locura. Eres buena, velas por el bienestar de los demás. Ese es tu cometido, al contrario que el mío. Estoy seguro de que, en otra vida, podremos estar juntos.

—No... —Mis lágrimas no dejan de caer y no logro ver con claridad lo que pasa a mi alrededor. Mi corazón se está rompiendo en mil pedazos.

—Sé feliz —musita acercando su boca a la mía.

—No puedo serlo si tú no estás conmigo.

Nuestras narices se rozan, nuestros ojos conectan y nuestros alientos se mezclan.

—Te quiero.

Ocho letras no deberían ser suficientes para poner la vida de alguien patas arriba. Ocho letras deberían ser algo totalmente insignificante. Sin sentido. Sin valor. Sin embargo, ocho letras pueden contener la declaración de amor más sincera del mundo; de varios mundos.

—Te quiero, mi amor —me responde, y nuestros labios se unen, nuestras lenguas se enredan y nuestros dedos se entrelazan con más fuerza aún si cabe.

De pronto, cuando quiero darme cuenta, estoy sola.

—¡No! —vuelvo a gritar mientras se me desgarra el alma.



Me despierto sobresaltada, aún con los ojos cerrados, y me llevo la mano al pecho por miedo a que mi corazón salga de él. Tengo las pulsaciones tan aceleradas que creo que esta vez sí que estoy a punto de que me dé un puto infarto.

Malditas pesadillas... No hay una sola noche en la que no perturben mi descanso. Cada vez son más recurrentes, más dolorosas y más reveladoras. Cada vez hacen más daño, y cada vez me hacen preguntarme muchas más cosas. Si dicen que los sueños, sueños son, las pesadillas, ídem. No quiero darles más importancia de la que se merecen.

Intento controlar mi respiración, y que se vuelva más pausada, para poder bajar a la cocina y tomarme una infusión que me ayude a mantener los nervios a raya. Justo cuando salgo de la cama y mis pies tocan el suelo, abro los ojos de inmediato. Pasa algo raro.

—¿Qué demonios...?

Vuelvo a cerrar los ojos. Los abro. Hago la misma operación varias veces para intentar procesar lo que está ocurriendo. Solo me falta pellizcarme a mí misma con fuerza, pero en realidad lo único que pasaría sería que me haría un daño innecesario. Los abro por última vez y, en efecto, me hubiese destrozado el brazo a lo tonto.

Miro mis pies, que están sobre ramas secas que conozco muy bien, ya que son parecidas a las que me dejaron bastantes arañazos por la cara la última vez que estuve aquí. Estoy tan impactada por lo que me está sucediendo que no es hasta que doy un paso y oigo el crujir de una de las ramas bajo mi pie que no me percato de la presencia de unas voces que se distinguen unos metros más allá. Agudizo mi sentido y logro identificar a los dueños de estas. Son Adam y... ¿Eleanor?

¿Qué hace Adam aquí, en el cementerio, con la madre de mi ex? ¿Por qué están entre lápidas y mausoleos en plena madrugada, fuera del alcance de ojos curiosos? ¿Por qué parece que se conocen desde hace bastante tiempo? Hay muchas preguntas sin respuestas que no sé si quiero saber.

Con la mayor de las cautelas, procuro pisar donde no pueda producir ningún tipo de ruido, en un intento de acercarme lo más posible a ellos. Están cara a cara y veo que ella se lo está comiendo con los ojos. Adam se encuentra de espaldas a mí, por lo que no puedo descifrar qué se le está pasando por la cabeza con solo mirar su expresión facial.

A pesar de haber recortado la distancia, me encantaría hacer lo contrario y poder salir de aquí cuanto antes sin ser vista. Sinceramente, creo que no estoy preparada para enfrentarme a la verdad, y mucho menos después de la pesadilla que he tenido. Tampoco ayuda que haya aparecido en un lugar en el que no estaba por arte de magia. Alucino con que mi primera teletransportación me haya descubierto algo tan revelador, que no es otra cosa que ser consciente de que Adam no es que sea una caja de sorpresas, sino que es un arcón lleno de secretos.

Juro que no quiero entrometerme en su conversación privada, pero no dispongo de un interruptor que pueda apagar para no saber

de lo que hablan. Y aunque lo tuviese, francamente, creo que tampoco lo haría. Si he aparecido aquí sin pedirlo es probable que sea porque sucederá o me enteraré de algo que tendré que agradecer.

La noche va de cerrar los ojos, pero esta vez es por una razón bien distinta. Esta noche va de acortar espacios, ya que Eleanor se ha juntado a Adam y lo ha besado... Esto ha rematado las conclusiones que, por su conversación, he sacado respecto a su relación.

No sé lo que me pasa. ¿Son celos lo que siento en cada célula de mi ser? Hay que joderse, celosa de la persona que me ha hecho la vida imposible mentalmente los últimos cuatro años de mi vida. Este giro dramático de los acontecimientos no me lo esperaba para nada. Todo esto me ha superado. Sigo pensando que esto no es real, que de una pesadilla he saltado a otra.

Estoy tan acongojada ahora mismo con lo que acabo de escuchar, y ver, que tan solo quiero ponerme a llorar en mi cama. Cierro los ojos con fuerza pidiendo que se cumpla mi deseo, regresando a la soledad de mi habitación, pero soy consciente de que no ha sido así cuando oigo de nuevo su voz. Esta vez se está dirigiendo a mí.

—Ya se ha acabado el espectáculo. Ya puedes salir de tu escondrijo.

Qué mamón... Todo el rato ha sabido que era su espectadora desde el palco vip.

Celo

—Cuidado, diligencia, esmero que alguien pone al hacer algo.

—Interés extremado y activo que alguien siente por una causa o por una persona.

—Envidia del bien ajeno, o recelo de que el propio o pretendido llegue a ser alcanzado por otra persona. Usado más en plural.

—En los animales, apetito sexual.

—Época en que los animales experimentan el celo (apetito sexual).

—(plural) Sospecha, inquietud o temor de que la persona amada deposite su cariño en otra.

—Lo que estoy experimentando, convirtiéndome en una persona posesiva con otra que no tiene que rendirme cuentas de nada. Lo que viene siendo un asco.

49

Da gracias a Dios cien veces,
porque te dio para que dieses



Mara

Salgo de detrás de la lápida del patriarca de la familia White mientras me abrazo a mí misma. Doy gracias a Dios, sí, a Dios, de pertenecer a ese grupo de gente que en invierno duerme vestida con unos pantalones de pijama gruesos, sudadera y calcetines más gruesos aún. Si no fuese así, probablemente ya hubiese muerto congelada en el rato que llevo desde que he aparecido aquí.

Adam me observa con cautela, sopesando qué se me puede estar pasando por la cabeza por haberlo visto con una persona que se suponía que era una auténtica desconocida para él. Una persona que lo ha besado mientras él sabía que yo lo estaba viendo. Él es un

demonio... ¿Qué es ella? Porque estoy segura de que aquí hay gato encerrado. Qué digo «gato», hay un zoológico infernal entero.

No quiero darle ni una sola pista de que estoy conmocionada por la escena que he presenciado, por lo que dejo de resguardarme bajo mis brazos y los cruzo por debajo de mi pecho, haciéndome la interesante mientras me miro las uñas de mi mano izquierda. Mierda, siguen hechas un desastre. Ahora estoy aún más cabreada por todo. Miro mi reloj y hablo. No quiero que sea él quien inicie esta conversación.

—Tres y once de la madrugada y tú, con mi archienemiga pública número uno, a la que no tenía constancia de que conocieras, resguardaditos de ojos curiosos en un cementerio de pueblo. No te tenía por los que hacen este tipo de cosas, Adam —le digo convincentemente.

—De los que hacen ¿el qué? —responde dando un paso en mi dirección.

Yo me alejo dándolo hacia atrás.

—De los que llevan a chicas a lugares oscuros y solitarios para hacer Dios sabe qué. Oh, disculpa, ahora soy yo la que he involucrado al ser que más detestas.

Sonrío porque sé que nombrarle al de arriba no le ha hecho ninguna gracia.

—¿Qué haces aquí sola?

—Vaya..., también eres de los que ignoran los problemas.

—Así que para ti es un problema que yo estuviese aquí con El.

—¿El? ¿Nada de «Eleanor», «señora Warren» o «alguien desconocido del pueblo»? Joder, esto es de traca...

Me doy media vuelta para alejarme de él cuanto antes porque soy plenamente consciente ahora mismo de que no estoy siendo nada racional. No puedo exigirle explicaciones porque no somos nada. No

puedo ponerme celosa porque se supone que no siento nada por él. Repito, se supone. No puedo cabrearme porque quiera pasar su tiempo con alguien que no sea yo. Pero sí que puedo... Noto su brazo alrededor de mi cintura y su pecho pegado de nuevo a mi espalda, como en su habitación. Siento su aliento en mi cuello y sus labios rozando mi oreja.

—No te vas a ir sin hablar antes de esto, no es lo que piensas —susurra.

—Recuerda que mis sentidos están cada vez más desarrollados. De todos modos, si no fuese así, no padezco miopía, con lo cual hubiese visto también lo que he visto. Os habéis besado.

—Ella me ha besado a mí.

—Y tú no has hecho nada para impedirlo.

Me zafo de sus brazos y me doy la vuelta para que quedemos cara a cara. Ya que hemos abierto el cajón de mierda, no pienso cerrarlo hasta que salga toda. Soy una persona que, cuando hace algo, lo hace hasta el final.

—Estaba debatiendo conmigo misma que no soy nadie para exigirte nada. No tienes que darme ningún tipo de explicación sobre lo que haces en tu vida ni con quién decides hacerlo. Pero ¿sabes qué? Que con ella no. Es que me niego. Si quieres tirarte a todas las mujeres de Midnights Valley, adelante, eres libre de hacerlo, pero con esa excepción.

Trago saliva y me humedezco los labios mientras Adam lleva los ojos a ellos. También hace lo que lo caracteriza. Se saca la pitillera y el Zippo, se pone un cigarrillo en la boca y lo enciende. Debo decir que pocas cosas he visto tan sexis como la imagen de él fumando.

—No, no tengo que darte ninguna explicación que me exijas, pero puedo dártelas si a mí me sale de los huevos. —Vale, está cabreado

—. Conozco a Eleanor desde hace mucho, y cuando digo «mucho» hablo de siglos.

Lo miro perpleja porque esto confirma mi sospecha de que ella no es un ser humano al uso. Entonces, Owen... Se me va a salir el corazón por la boca.

—¿Qué es? —pregunto, porque quiero que me diga de una vez por todas qué es realmente esa «señora».

—Una druida.

Bien, sé lo que es, pero tal vez el concepto que yo tengo no sea el acertado. Para mí esos seres son una especie de sacerdotes, sabios y... ¿buenos?

—Se supone que están del lado del bien y tú formas parte del lado del mal.

—Lo mismo puedo decir de nosotros —replica antes de dar otra calada—. En este caso, Eleanor sucumbió a ciertas cosas y cambió de bando. Como debes de saber, los druidas son una especie de sacerdotes que poseen el saber profano y sagrado, gozan de una gran consideración, imparten justicia y veneran la naturaleza por encima de todo. Te preguntarás entonces cómo cambió ella de aliados. La respuesta es clara: sacrificando a seres humanos. No es que el resto no lo haga, que lo hace, pero en su caso los fines que perseguía eran muy diferentes. No sacrificaba a quienes se lo merecían, sino a aquel que se ponía en su camino, fuera inocente o no. Utilizaba su poder de adivinar el futuro para su propio beneficio, y las pociones que hacía iban en contra de los principios del druidismo. Fue juzgada, desterrada y mandada al infierno.

—¿Tú y ella...?

—Sí.

No necesito más palabras porque ese «sí», sin preguntarme siquiera a qué me refería con mi pregunta, me ha dado toda la

información. Han tenido una relación y yo solo quiero vomitar la poca comida que he ingerido hoy.

—Bien... —musito, porque no sé cómo reconducir esta conversación.

—No, no está bien. No la quiero cerca, y tampoco la quiero cerca de ti. Ya se lo he advertido en varias ocasiones. No voy a dejar que nadie se acerque a ti si no es con buenas intenciones. Ella no está entre ellos. Y no la he besado, quiero que eso lo tengas muy claro. A la única que beso es a ti.

Vale, esto no me lo esperaba. No esperaba que pronunciase en voz alta que la única persona del género femenino con la que tiene algún tipo de acercamiento corporal es conmigo. Pero, qué diantres, es un demonio, no creo que la vergüenza tenga cabida en él.

—¿Hay algo más que quieras saber al respecto? —me pregunta tirando la colilla al suelo y pisándola con una de sus botas negras.

—¿Qué hace aquí? Me refiero a que ¿no se supone que debería estar en el infierno?

Un escalofrío recorre mi cuerpo y, ya que no tengo que hacerme la dura delante de Adam, porque las cartas ya están sobre la mesa, me froto los brazos buscando aumentar un poco mi temperatura corporal. Él se quita la chaqueta, hace el gesto de que baje los brazos, y me la pone por encima. Huele a él. Me encanta, pero no seré quien se lo diga, ni saldrá de mí un gemido de satisfacción.

—También fue desterrada de allí. Digamos que, si con los druidas era una zorra, con los demonios era una zorra suprema. Y, no, no nos gusta que se rían de nosotros ni que intenten utilizarnos —dice apretando la mandíbula.

—¿Te dolió que se fuera?

—Monté un fiestón que duró tres semanas. Mara, la detesto.

Una sonrisa se inicia en mis labios, aunque persiste un pensamiento que hace que tenga sentimientos encontrados en este momento.

—Está bien.

—¿Qué?

«¿A qué se refiere?».

—Owen. No está muerto, está bien.

—¿Qué quieres decir? ¿Todo este tiempo has sabido dónde está y no me has dicho nada?

Todo el mundo que me conoce mínimamente sabe que el tema de mi ex es algo que me importa de verdad. Su desaparición significó un mazazo para mí, despertó muchos «demonios» internos, hizo que mi personalidad diese un giro de ciento ochenta grados. En definitiva, me cambió la vida por completo. Adam lo ha sabido todo este tiempo y, aun así, ha sido incapaz de decírmelo y lo ha mantenido en secreto.

—No po...

—No acabes esa puta frase si no quieres que te escupa en la cara. —La que ahora está enfadada, y mucho, soy yo—. Sabes desde el minuto uno lo importante que era para mí saber algo de él, incluso si estaba muerto. Sabías que necesitaba quitarme de encima esa incertidumbre que me ha mantenido muchas noches en vela por descubrir qué había pasado. Parece que fuimos los últimos en verlo, Adam. Tú y yo fuimos las últimas personas que hablamos con él en ese maldito callejón. No hay constancia de que después de eso viese a nadie más.

—Y yo te dije que no había tenido nada que ver con que no esté aquí.

—Ya..., y ahora me dirás que no me mentiste, que solo omitiste información. ¡Que te jodan! —exclamo con rabia, y me doy la vuelta

de nuevo para alejarme de él, pero me lo impide otra vez interponiéndose en mi camino.

—No —dice con convicción mientras se coloca delante de mí para que no pueda avanzar.

—No, ¿qué? Se me está acabando la paciencia, y no quieras ver nunca a una bruja muy cabreada.

—No vas a irte sin acabar esta conversación.

—La doy por acabada. Hale, ya me puedo largar —respondo cortante. Hago amago de quitarme la chaqueta para devolvérsela, pero también me lo impide.

—Hace frío.

—Dijo el ser que en plena madrugada está en camiseta de manga corta a unos dos grados de temperatura. Vale ya, me voy.

—Y yo te digo que no.

—¿Y qué vas a hacer para impedírmelo? —lo reto.

—Esto.

Hermano

—Persona o animal que tiene en común con otra u otro el mismo padre y la misma madre, o solo uno de ellos.

—Tratamiento que mutuamente se dan los cuñados.

—Lego o donado de una comunidad regular.

—Persona que tiene el mismo padre espiritual que otra; por ejemplo, un religioso respecto de otros de su misma orden.

—Persona admitida por una comunidad religiosa a participar de ciertas gracias y privilegios.

—Individuo de una hermandad o cofradía.

—Cosa respecto de otra a que es semejante.

—Caleb.

50

Al que por su gusto muere,
la muerte le sabe a gloria



Mara

Su lengua y la mía están enredadas como si se hubiesen echado de menos. Mis manos vuelan a su nuca y las suyas me agarran por debajo del culo, de tal modo que cada vez noto más su cuerpo contra el mío.

Nos besamos mucho, intensa y fogosamente. Su boca va hacia mi cuello, donde parece que le gusta darme pequeños mordiscos, y me besa en el punto en el que me dejó marcada con anterioridad. Sigue descendiendo y, al ver que su chaqueta —que todavía llevo puesta— y mi sudadera le impiden seguir con lo que está haciendo, me las quita, dejándome en igualdad de condiciones que él, aunque nuestros colores nos diferencian. Su camiseta de manga corta es

negra, como las almas oscuras que lo rodean. La de mi pijama es blanca... ¿Se supone que es el color que debe caracterizarme? Siendo sinceros, me identifico más con su color.

Seguimos besándonos ferozmente y me coge de tal manera que mis piernas ahora le rodean la cintura para sentir más la fricción cuando...

—Adam, ¿sabes si...? Joder, perdón.

Adam se separa de mí como un resorte y yo me bajo de inmediato de un salto mientras observamos a Caleb, que acaba de abrir la puerta de la habitación.

Adam me mira absolutamente aturdido y acto seguido echa un vistazo a su alrededor; sé que no entiende qué es lo que acaba de pasar. Me sorprende, ya que, siendo quien es, pensé que este tipo de cosas las pillaba al vuelo. Veo que ser una persona importante en el infierno no es para tanto. Vamos, que están del todo sobrevalorados en este mundo, ya que no son tan inteligentes ni poderosos como nos han hecho creer.

—Pero qué coño... ¿Qué hacemos aquí? —pregunta mirándome exclusivamente a mí.

—Hermano, creo que es más que evidente lo que ibais a hacer aquí. Mis disculpas de nuevo, no sabía que estabas acompañado. Es más, venía a preguntarte por ella.

Caleb, apoyado contra el marco de la puerta, muestra una sonrisa divertida en la boca. Yo también la tendría si estuviese en su lugar.

—Me importa una mierda todo lo que me digas ahora, Caleb —le dice a su hermano sin mirarlo—. Mara, ¿cómo hemos acabado aquí?

—Pues de la misma manera en la que yo antes he acabado en el cementerio, teletransportándome. Adam, llevamos unos cuantos minutos en este cuarto, creía que te habías dado cuenta —contesto llevándome una uña a la boca para mordisquearla un par de veces.

Los hermanos Chase me miran boquiabiertos mientras yo pongo caras raras porque no sé si reírme o llorar. Ninguno habla y mi nerviosismo y yo nos retorcemos las manos porque es eso o abrir la ventana y tirarnos por ella. Que hable alguno ya, por favor.

—¿Alguien puede contarme eso del cementerio? Dadme un segundo... —dice con un dedo levantado pidiéndonos un momento —, voy a escribir a Phoebe para informarla de que estás aquí. Ahora lo entiendo todo. Me ha llamado toda nerviosa diciéndome algo parecido a que se suponía que estabas en casa, que ha oído un grito y, al ir a ver si estabas bien, se ha encontrado tu cama vacía. Así que ha supuesto que algo había pasado ya que, según sus palabras textuales, «La zorra de mi amiga no se iría sin avisar porque sabe que me preocuparía por ella y le patearía el culo cuando la encontrase»..., o algo parecido, pero básicamente ha sido eso.

Caleb se pone a trastear en su móvil mientras Adam sigue observándome con atención y las notificaciones de mensajes entrantes suenan en el móvil de su hermano. Me queda claro que Phoebe le está respondiendo ahora mismo, porque, si no, no entendería la cara de cachorrillo que tiene. No nos olvidemos de que este tío encantador también es un príncipe del averno.

—Listo. Dice que mañana quiere todo tipo de detalles al respecto. Le he contado que has aparecido en el cementerio por arte de magia y que habéis acabado aquí enrollándoos porque seguro que os han hechizado —suelta poniendo una sonrisa canalla.

—Ja, ja, Caleb, ya veo que el hermano chistoso eres tú. Aún no te he contado lo del camposanto.

—Santo..., santo... Da igual, has dicho que te habías vuelto a teletransportar, con lo que doy por hecho que has aparecido allí cuando primero estabas en tu habitación. Lo que no entiendo es en qué momento se ha añadido Adam a la ecuación. En tu casa no

estaba porque, si no, sabría cómo habéis aparecido aquí. —Debo reconocer que inteligente es. No ha necesitado un croquis para pillarlo todo. No me extraña que sea empresario—. ¿Tú ya estabas allí? —le pregunta a su hermano.

—Sí —responde Adam escuetamente mientras sigue con los ojos fijos en mí.

—Estaba con Eleanor. —Decido intervenir viendo que él no quiere decirlo.

—Zorra... —sisea Caleb, haciendo que su semblante agradable cambie a otro furioso que nunca le había visto. Nombrar a esa mujer lo ha cabreado de verdad—. Mantente alejada de ella, Mara, nada bueno sucede a su alrededor. Voy a ser franco y a hablar sin medias tintas. Sé que sabes que soy lo mismo que mi hermano, tuve una conversación muy interesante con Phoebe sobre este asunto. Así que es gracioso que te lo diga un demonio como yo, pero hazme caso: no somos tan malos como nos pintan, y en este mundo aún menos. Nuestros hermanos son más hijos de puta, pero nosotros dos somos algo así como las ovejas negras de la familia. Ya me entiendes. Digamos que nos gusta torturar a los pecadores de malicia que sin duda acaban en el infierno, pero somos benevolentes con aquellos pecadores de debilidad, ignorancia o fragilidad. Y eso, en nuestra casa, va en contra de las normas. Aun así, soy de los que dicen que están para romperlas. En todo caso, que te quede claro que ella es aún más maquiavélica que nosotros.

—Vale... —Debo admitir que estoy bastante noqueada, ya que no me esperaba que Caleb estuviese tan parlanchín y me diese tantos detalles que leer entre líneas—. Se han besado. —Ya que estamos, veamos qué opina sobre esto.

—¡¿En qué cojones estabas pensando, gilipollas?! —exclama Caleb acercándose a Adam iracundo.

Tengo que ponerme en medio de los dos cuando observo el lenguaje no verbal de Caleb, cargado con no muy buenas intenciones. Le poso una mano en el pecho, muy fuerte, por cierto, y me pongo en modo escudo humano delante de la persona con la que me estaba besando hasta hace nada, cuando hemos sido interrumpidos.

—Me ha besado ella. ¿Cuántas veces voy a tener que dejarlo claro? —replica—. Y tú deja de hacer el imbécil, sabes la repulsión que siento por ella porque es la misma que sientes tú —le espeta Adam a su hermano mientras se pasa las manos por el pelo una y otra vez—. Lo que me importa es averiguar cómo es que me he teletransportado mientras me besaba con ella y por qué no me he enterado hasta que nos has interrumpido. A Eleanor que la follen, no me interesa lo más mínimo.

Caleb se pasa una mano por la cara, intentando tranquilizarse, y se aleja de nosotros con gran frustración. Está claro que esta mujer no es una «persona» a la que tengan en alta estima, más bien creo que la podríamos considerar *persona non grata* para ellos. Ya me ha quedado claro que no la quieren ver ni en pintura.

—Mara, ya me contarás lo de teletransportarte en otro momento. Os dejo a solas para que habléis o para que hagáis lo que os venga en gana. Tan solo queríamos comprobar que estabas bien y ya veo que es así. Me alegro enormemente de que no hayamos tenido que lamentar nada.

—Gracias, Caleb. Te lo agradezco mucho. Que tengas una buena noche.

—Dulces sueños, Mara —se despide con una sonrisa encantadora, nada que ver con los gestos de enfado que le dedica a su hermano.

Sale por la puerta, cerrándola con más fuerza de la necesaria, y Adam y yo nos quedamos en una habitación en la que solo estamos

nosotros acompañados de silencio.

—Ahora que ya se ha ido, ¿me vas a explicar qué coño ha sido eso?

Posesión

—Acto de poseer o tener una cosa corporal con ánimo de conservarla para sí o para otro.

—Acto de poseer cosas incorpóreas, aunque en rigor no se posean.

—Apoderamiento del espíritu del hombre por otro espíritu que obra en él como agente interno y unido con él.

—Cosa poseída, y especialmente fincas rústicas.

—Territorio situado fuera de las fronteras de una nación, pero que le pertenece por convenio, ocupación o conquista. Usado más en plural.

—Situación de poder de hecho sobre las cosas o los derechos, a la que se otorga una protección jurídica provisional que no prejuzga su titularidad.

—¿Tú eres mío y yo soy tuya?

51

Todos somos iguales en el nacer y en el morir, aunque no sea en el vivir



Mara

—Quizá deberías ser más específico. Con «eso»... ¿a qué te refieres? Porque creo que ahora mismo hay muchos frentes abiertos. ¿Quieres que te explique cómo hemos acabado aquí cuando se supone que deberíamos seguir en el cementerio? ¿Vamos a hablar de por qué a tu hermano, al oír hablar de la madre de Owen, ha estado a punto de salirle un sarpullido? ¿O bien te gustaría tratar el tema de que cada vez nos cuesta más no quitarnos la ropa el uno al otro? ¿De qué quieres hablar exactamente? —suelto de carrerilla mientras él se va acercando cada vez más a mí.

—Imagino que hemos terminado aquí porque te morías de ganas de volver a enredarte conmigo bajo mis sábanas, igual que has

acabado en el cementerio porque no dejabas de pensar en mí. ¿Por qué nos cuesta tanto mantener las distancias? A lo mejor se debe a que nuestra tensión sexual sigue estando no resuelta.

No soy tonta, le he hecho tres preguntas y solo ha contestado a las que hacen referencia a nosotros. Se lo agradezco, en este momento no me apetece volver a mencionar a Eleanor, aunque es un tema que me produce mucha intriga y necesito saber la versión que tiene que contarme Caleb sobre ella. ¿También habrá tenido algún lío amoroso con la druida? No lo descarto. Es más, me atrevería a decir que voy bien encaminada.

Pero lo que me atañe ahora es que Adam da a entender que nuestra conexión es meramente sexual o corporal. No me gusta esa insinuación, aunque... ¿qué pretendía que saliese por su boca? No me entiendo ni yo misma.

—¿No vas a decir nada? —pregunta cogiéndome por la barbilla para que lo mire.

—¿Nuestra relación solo se basa en el deseo carnal?

Sonríe. El muy cabrón, sonríe.

—Tormenta, creo que tenemos que dejar las cosas claras antes de que esto se desmadre... o te enamores de mí. No puedes hacerlo.

—¿Me prohíbes que me enamore de ti?

—Te lo aconsejo.

Se da media vuelta después de mirarme con intensidad a los ojos, cortando nuestro contacto, pero no le voy a permitir que se aleje de mí. No sin antes aclarar las cosas.

—Estamos hablando, Adam. ¿Un demonio como tú no puede enfrentarse a una conversación de este tipo? Qué decepción... Mira, voy a serte muy franca. No estoy enamorada de ti, y no tengo en mi lista de cosas pendientes estarlo en el futuro, ni próximo ni lejano. Pero quiero que te quede muy claro que es por mi propia decisión,

no porque tú me lo prohíbas. Nunca podría enamorarme de un ser como tú. Y espero que no me malinterpretes, esto no tiene nada que ver con que procedas del reino de las sombras. Es porque me mientes, omites información que sabes que es importante para mí, quedas a escondidas con personas que me han hecho mucho daño... y no estoy al corriente del grado de implicación que tienes con lo que está pasando en este pueblo ni tampoco qué sabes exactamente al respecto. Antes de que repliques nada, ya sé que tú no has tenido nada que ver, pero no me fío de ti, Adam, creo que sabes más de lo que dices. Así que, tranquilo, que el hecho de que hayamos follado no quiere decir que vaya a morirme de amor por ti. A lo mejor en unos días me estoy tirando a otro.

No lo veo venir, pero de repente su mano se ha instalado en mi cuello, mi espalda toca con la pared, una de sus piernas se cuela entre las mías y su boca roza mis labios.

—No te follarás a nadie que no sea yo —sentencia, provocando que al hablar sus labios toquen los míos.

—No eres mi dueño, Adam. Tampoco eres mi novio. Ni siquiera sé si eres un amago de amigo. Creo que podríamos dejarlo en un simple conocido. Aun así, si fueses algo de lo que acabo de citar, seguiría sin obedecer órdenes tuyas. Soy libre de hacer lo que me plazca con quien me dé la gana.

—No quiero jugar a este juego, Tormenta. No voy a dejar que nadie te ponga un dedo encima.

—No es decisión tuya. Te repito que no tienes poder sobre mí.

Me coge por detrás de los muslos y me alza las piernas para que las ponga alrededor de su cintura, volviendo a la posición en la que estábamos cuando hemos sido interrumpidos por Caleb. Mi espalda impacta de nuevo contra la pared, esta vez más bruscamente, y un jadeo se escapa de mi garganta en el momento en que su

entrepierna entra en contacto con la zona de mi cuerpo que está a punto de explotar.

—Tienes razón, podemos divertirnos juntos y hacerlo también con otra gente.

Sé lo que intenta hacer, y le está saliendo muy bien la jugada. La crispación está creciendo en mí.

—Uno de estos días iré al local de mi hermano y me ligaré a cualquier tía que esté dispuesta a ir conmigo al baño... o a nuestro callejón. Follaremos como locos, y si te he visto no me acuerdo. Al día siguiente, repetiré la operación. Y al otro...

—Cállate —le exijo antes de coger su labio inferior entre los dientes y hacer más presión de la debida, hasta que un sabor metálico me inunda las papilas gustativas—. Como te vea poniendo las manos sobre otra mujer, te arranco la cabeza. No te follarás a nadie que no sea yo. No voy a dejar que nadie te ponga un dedo encima —replico repitiendo lo que él me ha dicho a mí—. Eres mío...

Le meto la lengua en la boca con la única intención de que no pueda rebatir esto último que acabo de afirmar. Nos lleva hasta la cama, tumbándome sobre ella. Hace desaparecer toda mi ropa y a continuación hace lo propio con la suya. Todo sin dejar de besarnos. En el momento en que nuestros cuerpos se unen, el mío estalla.

Unas horas, una pata de la cómoda rota, una mano en mi boca para acallar mis gritos y gemidos y mucho sudor después, logro quedarme dormida relajadamente. Mi sueño es plácido, como siempre que duermo con él.

Adam, el príncipe del infierno, el que forma equipo con los malos, el que me saca de quicio, el que se supone que está en el bando contrario.

Adam, el que me despierta sentimientos a los que no sé poner nombre.

Adam, del que no me puedo enamorar bajo ningún concepto.

Adam, el que acalla mis pesadillas.

El que a muchos produce torturas y, sin embargo, a mí me regala paz.

Realidad

—Existencia real y efectiva de algo.

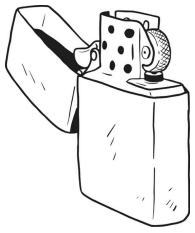
—Verdad, lo que ocurre verdaderamente.

—Lo que es efectivo o tiene valor práctico, en contraposición con lo fantástico e ilusorio.

—Lo que acaba de caerme como un jarro de agua fría.

52

Mirad vuestros duelos
y dejad los ajenos



Adam

—¿Otra vez aquí?

Son las siete de la mañana y estoy de nuevo, con un cigarrillo en la mano, en el porche del jardín trasero. Mi hermano, con el que sé que tengo pendiente una conversación seria, que no creo que vaya a producirse ahora, me tiende el periódico local.

Nada más cogerlo veo en la parte inferior derecha de la portada una foto del chaval que ya no volverá a sonreír. Mañana todo el pueblo se reunirá de nuevo en el tanatorio para darle su último adiós. Decenas de personas llorarán su pérdida junto a sus familiares. Lágrimas de tristeza, y de preocupación por la

incertidumbre de pensar si habrá más bajas entre los vecinos de Midnights Valley.

Seth se unirá a la lista de malogrados, junto a Simon y Owen, porque nadie llegó a saber qué pasó con este último, a excepción de nosotros. Esto es algo que también sé que tendré que tratar con Mara en un futuro no muy lejano.

—¿Vas a ir? —pregunta Caleb mientras mira su jardín, ahora por fortuna sin ningún ser muerto esparcido por él.

—No lo he decidido. ¿Y tú?

—Por supuesto. No lo conocía mucho, pero esto es como una gran familia, Adam. Quedará raro si alguien no aparece. No pasan lista, pero como si lo hicieran, así que te aconsejo que te presentes, así verán que estás comprometido con la comunidad y que sientes sus pérdidas. En ocasiones, tenemos que hacer ver que la humanidad corre por nuestras venas.

—¿Y no lo hace? —digo levantándome del sillón en el que estaba sentado en el porche y poniéndome junto a él.

—No lo sé...

—Quiero que te quede claro que no fui yo el que besó a Eleanor.

—Me importaría una mierda si la hubieses besado tú, Adam. Bueno, no me malinterpretes, me hubiese tocado los cojones, pero no por lo que tú crees. Sabes que no quiero que se nos acerque, casi nos arruina la existencia y no se lo pienso perdonar jamás. Jugó con nuestra confianza y, mírame, llevo unos cuantos años aquí por su culpa, sin haber podido volver a casa... No quiero que perdamos nada más por ella.

—¿Es eso lo que te preocupa? —pregunto poniéndole una mano sobre el hombro.

—¿El qué?

—No poder volver.

—Al principio, sí. Ahora... —dice mirándome de reojo. Sé a lo que se refiere.

—Phoebe no te lo permite.

—Mi empleada no tiene nada que ver con esto, hermano. Sabes lo que tendría que hacer para volver.

Nunca lo reconocerá, pero ella es la razón.

—Caleb, puedes volver cuando quieras. No estás desterrado, no te pongas en el papel de El porque no te corresponde.

—No sé si estoy dispuesto a darles lo que me piden para poder hacerlo. Es lo que te acabo de contar hace un momento. Cuando llegué aquí, a Midnights Valley, quería darme de cabezazos contra la pared hasta reventármela.

—Eso te encanta —suelto con un amago de sonrisa.

—Se me han pegado las expresiones humanas más de lo que debería. A ellos eso los mataría.

—Entiendo.

—Tuve que venir a vigilarla. Vigilar su vida, a su hijo..., seguir sus pasos sin que nadie supiese que tenemos un pasado común. Conocer a Zac fue como arder en una hoguera, espléndido. Abrí mi propio negocio y los chavales me respaldaron desde el primer día. Ellos por las tardes-noches. Los adultos el resto del día. No hay una sola temporada en la que no haya hecho una buena caja. Sabes que soy muy de tener los bolsillos llenos.

—Por algo eres el príncipe de la avaricia, hermano.

—Y entonces un día, como una diabla comestible, apareció ella, con su carácter vivaracho, sus ganas de comerse el mundo, su propósito de disfrutar de la vida, sus amenazas para que le diese un trabajo... y ese olor a magia impregnado en su piel.

—Y te enamoraste de Phoebe.

—Sí, lo hice. Un amor loco, un amor prohibido, como el de Kirsten Dunst y Jay Hernández en los dos mil. No preguntes, me obligaron a verla. Lo único que puedo hacer es protegerla, Adam, cueste lo que cueste. Pero no puedo ir más allá...

—¿Por qué?

—Porque va contra natura.

Suspiro, porque la situación que acaba de verbalizar es demasiado parecida a la que tengo con Mara. ¿Estoy enamorado? No lo creo, realmente no sé lo que lleva implícito ese sentimiento, pero solo quiero que tenga ojos para mí, al igual que yo los tengo para ella.

La palabra *amor*, a pesar de tener tan solo cuatro letras, engloba muchas cosas. Puedes querer a mucha gente, pero amar..., eso solo lo consiguen unos pocos privilegiados. Como bien dice Caleb, nosotros somos seres que no estamos programados para sentir o provocar eso. Nosotros lo estamos para el pánico, el dolor, el odio. Todo lo que englobe el sufrimiento y la destrucción. ¿Qué haríamos dos demonios como nosotros con dos brujas como ellas? Se dio un caso hace años y la cosa no salió bien...

La cuestión aquí es que el hecho de que esté reflexionando sobre ello ya me da pinceladas de que, lo que me está pasando desde que llegué aquí, no es normal. Tendría que estar tachando con ansia los días que me faltan para regresar a casa, para volver a castigar, torturar, gozar con el sufrimiento ajeno... y, sin embargo, aquí estoy, cuestionándome mis sentimientos por una chica que podría destruir todo lo que se interpusiese en su camino debido al poder que posee. Podría acabar conmigo con un solo parpadeo.

—¿Crees que el hecho de llevar mucho tiempo en este mundo nos está cambiando? —pregunto con auténtica curiosidad.

Mi hermano lleva mucho tiempo aquí, por lo que creo que puede contestarme a esta cuestión mejor que nadie.

—Sí. Zac me ha explicado muchas cosas al respecto. Se ha estado informando un montón sobre el tema y afirma que, cuando se cambia de plano astral, pueden pasar dos cosas. La primera, y la más común, es que se acentúe la manera de actuar que tienes en tu mundo real, reforzándola. Es decir, nosotros, que somos un pelín hijos de puta en el infierno, aquí deberíamos ser lo peor. Sin embargo, está la segunda opción, que es la de que tus instintos te abandonen y te vuelvas totalmente opuesto a lo que eres en realidad.

—Es decir, que aquí somos unos actores interpretando el papel de su vida.

—Te equivocas. Cuando llegas a un nuevo lugar, sin ser consciente de ello, eliges el bando al que quieres pertenecer. Tienes unos días para decantarte por un lado o por el otro, pero solo depende de ti. Si quieres saber más al respecto, con teorías, datos científicos y todas esas mierdas, pregúntale a Zac o métete en su blog. Hay un hilo dedicado exclusivamente a esto.

—Así que hemos decidido ser de los buenos.

—Parece ser que sí.

—¿Y de qué bando se supone que tenemos que ponernos cuando lleguen los malos?

—Habrá que decidir si prefieres defender a los que siempre te han acompañado, o quedarte con los que despiertan cosas nuevas en ti.

—¿Has tomado tu decisión?

—Hace años que la tomé. Ahora te toca a ti.

Desmembrar

—Dividir y apartar los miembros del cuerpo.

—Dividir, separar algo de otra cosa. Usado también como pronominal.

—A lo que se han dedicado en el parque infantil del pueblo.

53

Para morir,
solo hace falta estar vivo



Mara

—A tu casa, ¿verdad? —me pregunta Adam una vez que subimos al coche.

Es casi lo único que me ha dicho desde que he abierto los ojos a su lado. Yo, con mi mano sobre él. Él, mirando hacia el techo, pensativo y con ambas manos bajo la cabeza. El olor que desprendía a tabaco me ha indicado que no acababa de despertarse, como era mi caso.

—Me encantaría decirte que preferiría ir dando un paseo para despejar un poco la mente y centrar mis ideas, pero tú intentarías convencerme de lo contrario y, sinceramente, no estoy para discusiones.

Después de eso..., silencio. Palabra de ocho letras que parece formar parte de esta relación y que nos acompaña en más momentos de los que me gustaría. Sin embargo, el trayecto, de unos quince minutos, lo amenizamos sintonizando la radio local, que emite música sin interrupciones. Suenan, entre otras, canciones como «Sugarhigh», de Coyote Shivers, o «I Want You to Want Me», de Letters to Cleo, que hacen que Adam se centre en la conducción y que yo me dedique a mirar por la ventanilla el pueblo que conozco como la palma de mi mano.

—Frena... —digo casi para mis adentros al ver algo que me llama la atención—. ¡Frena! —grito, y el corazón casi se me sale por la boca esta segunda vez.

El coche se para con brusquedad y yo doy gracias de ser la clase de persona que por nada del mundo viaja sin cinturón de seguridad. Me lo quito y salgo corriendo para dirigirme hacia lo que ha hecho que casi me dé un infarto..., cosa que últimamente está siendo bastante recurrente.

Camino unos veinte metros en dirección al parque y, cuando llego, lo que me encuentro en medio, donde está la fuente en la que los niños se divierten en verano, me revuelve las tripas. Aunque, más bien, tripas revueltas es lo que tengo justo delante de los ojos. Eso, y partes desmembradas de cuerpos. Debo decir que por lo menos no son cuerpos humanos, sino de animales. Creo. O eso quiero creer.

—Hostia puta.

Adam se sitúa a mi lado y se pone a admirar la escena dantesca que tenemos ante nosotros. Está claro que esto a él no lo perturba lo más mínimo, pero sí que creo que se está preguntando por qué cojones han hecho esto en este momento y en un lugar que siempre está atestado de niños que no llegan a los dos dígitos de edad. Si alguno se hubiese encontrado con esta estampa... No me lo quiero

ni imaginar. Un montón de psicólogos se habrían forrado a costa de los habitantes de Midnights Valley.

—Primero los pájaros muertos en el jardín de tu hermano y, ahora, animales desmembrados esparcidos por un parque infantil. ¿Qué está pasando, Adam?

—Esas dos conforman la primera predicción. Cuando pasó lo de los pájaros ya imaginé que habíamos desencadenado todo esto, ahora no me cabe duda... y me temo que llegaremos a la tercera... —Habla con la mirada perdida, como si lo estuviera haciendo consigo mismo.

—¿Cómo? ¿De qué hablas?

—La segunda es «Plagas vendrán, humanos perecerán». Y la tercera: «Ellos aparecerán».

Vale, he visto demasiadas series, y pelis, apocalípticas como para no darme cuenta de que me está recitando una profecía que está a punto de cumplirse. La diferencia en esta ocasión es que es real, y yo soy una de sus protagonistas.

—¿Cuándo? —le pregunto haciendo referencia a qué tiempo tenemos para poder prepararnos.

Ahora más que nunca tengo claro que tengo que conocer mis capacidades y saber el alcance de mi poder.

—No lo sé. Me encantaría ayudarte, pero en estos momentos no soy un ser al que estén haciendo partícipe de lo que está pasando —contesta fijando la mirada en mí.

—¿Por qué? —vuelvo a preguntar, frunciendo el ceño porque no entiendo cómo ignora esto siendo parte esencial del infierno.

—Por ti.

—Explícate, porque de veras necesito saber, con pelos y señales, qué coño está ocurriendo aquí. Necesito saber por qué están

atentando contra mi pueblo, contra mi gente, contra gente inocente que no se lo merece.

—No podemos pedirle moralidad a quien no la tiene, Tormenta. Les da igual si es gente buena, porque ellos no lo son. Estamos sobre una de las puertas del infierno, aún estamos en un período cercano a Halloween... y tú has despertado.

Me río. Me río porque los nervios han inundado cada célula de mi cuerpo y porque la culpabilidad también ha empezado a hacerlo. Todo esto es por mí, yo lo he provocado.

—No —suelta tajantemente—. Sé lo que estás pensando y no te lo voy a permitir —añade Adam poniéndose frente a mí y cogiéndome la cara para que lo mire—. No es culpa tuya. Como te acabo de decir, estamos sobre un pórtico por el que salen seres cuando ven su vía de escape del inframundo. No te voy a mentir con que están deseosos de dar contigo, pero, antes de que tus poderes floreciesen, ellos ya andaban por estas calles haciendo de las suyas.

—Me siento la bella durmiente modo paranormal. Te agradezco que quieras hacerme sentir mejor, pero la sensación de que todo esto lo he ocasionado yo no la vas a hacer desaparecer con tanta facilidad. No sé cómo gestionar esto... No sé cómo arreglar esta situación.

Me zafo de él y me acerco más a los trozos de animales muertos y a los ríos de sangre que los acompañan. Noto como la ira empieza a despertar en mi cuerpo y mis pensamientos comienzan a liarse en mi cabeza. Me miro las manos, que tiemblan considerablemente, y me imagino que, con un solo movimiento de estas, hago que todo desaparezca. Debería ser capaz de hacerlo. La frustración me hace pegar un pequeño grito justo cuando noto las manos de Adam sobre mí.

—Chissst... Tranquila, no pasa nada. Concéntrate. Confío en ti.

Joder... «Confío en ti». Tres palabras que Simon me dijo una vez muerto.

Las manos de Adam envuelven las mías. Tengo los ojos cerrados y los aprieto como si eso me infundiese más poder, más posibilidades de que esto vaya a salir bien. Unos labios en mi frente, los de Adam, me dan un ligero beso.

Me repito para mí que soy una bruja poderosa, que puedo con esto y con todo lo que se me ponga por delante; que derrotaré a los que vengan a por mi familia, mis amigos, la gente con la que he crecido. No habrá paz para los malvados mientras yo exista en este mundo.

Irremediablemente pienso en lo que me dijo Agatha sobre el poder de tres. Pienso en mis amigas, Phoebe y Willow, e intento dar con ellas por telepatía. Tal vez, con su ayuda, pueda deshacerme de todo esto que está ante mis ojos...



—Chicas, necesito vuestra ayuda —intento comunicarme, rezando por obtener respuesta.

—¿Mara?

—Sí, Will, soy yo. Tengo un problema. Adam y yo íbamos en coche y hemos parado porque... el parque está lleno de trozos de animales muertos. Tenemos que hacerlos desaparecer cuanto antes. Yo soy más nueva en esto que vosotras. ¿Algún hechizo a tres que podamos utilizar?

—Ahora mismo me pillas con la guardia baja.

—Estoy aquí, chicas —oigo decir a Phoebe en mi mente—. Dadme un momento... ¿Dónde tienes el libro que te dio mi abuela?

—En el primer cajón de la cómoda de mi habitación.

Unos segundos después, en los que sin duda mi amiga se ha dirigido corriendo a mi cuarto para hacerse con él, su voz vuelve a mi cabeza.

—Bien, aquí está. No, no, no... ¡Eureka! Verás, Mara, no sé cómo decirte esto, pero... vas a tener que usar sangre de esos animales para poder llevarlo a cabo.

—No me jodas...

—¿Qué pasa? —quiere saber Adam mirándome con curiosidad.

—No estoy loca. Lo que vas a ver a continuación es estrictamente necesario.

Me acerco a los cuerpos inertes desmembrados y busco el mayor charco de sangre. Acerco la mano y unto los veinte dedos haciendo que las gotas resbalen por ellos.

—Ya estoy pringada. Y ahora ¿qué? —pregunto a través de nuestro canal telepático, notando como la magia corre por mí según pronuncio en mi mente las palabras, convirtiéndolo en una sensación increíble.

—¿Están todos más o menos juntos? —Oigo la voz de mi mejor amiga al otro lado.

—Sí, Pheebs, están todos amontonados en torno a la fuente.

—Estupendo. Tienes que hacer un círculo alrededor de ellos con la sangre y meterte dentro de él. Willow, tú y yo...

—Al no estar junto a ella, haremos lo mismo con un círculo de distintos materiales. Conociéndote un poco, te dejo el cuarzo a ti. Yo lo hago de sal negra —oigo la voz de Will interrumpiéndola.

—Nada más que añadir —dice mi amiga acompañando sus palabras de una risa.

—¿Algo más que necesite saber antes de comenzar? —pregunto.

—Uno de mis poderes es mover las cosas con la mente —revela Willow dejándome impresionada—, por lo que intentaré que todo lo que te rodea esté lo más cerca posible para facilitarnos el trabajo. Si hay algún resto que no percibas a la vista, aparecerá junto a los demás.

—Eso es genial, Will. Venga, amigas mías, vamos a ello cuanto antes. Cerrad los ojos, concentraos y repetid conmigo... «Cuerpos sin vida, podéis iros en paz. Carne erais y carne sois. Dejad este lugar para iros al templo sagrado, en el que el descanso eterno será vuestro aliado» —comienzo a decir, y ellas me siguen hasta que nuestras tres voces son solo una.

No sé el tiempo que invertimos en repetir estas palabras, pero es la voz de Adam la que me saca del trance en el que estoy metida. Antes de abrir los ojos, que había cerrado con fuerza para una mejor concentración, siento paz, relajación y hermandad. No sé cómo describir al cien por cien lo que me invade interiormente, pero es algo que no había sentido jamás.

—Mara, mira...

Abro los ojos poco a poco, miro hacia el lugar que estaba infestado de muerte y lo único que veo son los chorros de la fuente saliendo como cuando los niños se meten debajo de ellos para mojarse los unos a los otros en pleno agosto.

Sonrío. Río a carcajadas. Lo hemos conseguido. Justo en ese instante suena mi móvil, rompiendo el hechizo. La persona que me llama es Willow.

—Mara..., tenemos un problema —dice en cuanto descuelgo. Ni un «Hola», ni un «¿Cómo estás después de lo que acabamos de vivir?»—. Necesito que vengas al tanatorio. Cagando leches.

Hechizo

—Artificioso o fingido.

—Postizo (no natural).

—Que se ha hecho o se hace según ley y arte.

—Práctica usada por los hechiceros para intentar el logro de sus fines.

—Cosa u objeto que se emplea en los hechizos.

—Persona o cosa que embelesa o cautiva.

—Lo que necesito para arreglar este desaguisado.

54

Todos nacimos en cueros y, aunque la vanidad nos viste, la tierra nos dejará en los huesos



Mara

En cuanto pongo un pie en el edificio diviso a mi amiga, que viene corriendo a mi encuentro. Y nada más verle la cara, me queda claro que ese «problema» que ha mencionado es peor de lo que imaginaba, aunque no sospecho de qué se puede tratar.

Yo sigo en un letargo de felicidad después de haber conseguido limpiar el parque con nuestros poderes, pero creo que esta sensación no me va a durar mucho.

—Will, ¿qué ha pasado? He venido lo más rápido posible. ¿Estás sola?

—Gracias a los astros, sí. Elías aún no ha llegado, y menos mal..., y cuento con que el párroco tampoco aparezca por aquí en breve.

Cuando he entrado..., aún me dan arcadas. Concéntrate para que no te pase lo mismo a pesar de que estás familiarizada.

Oigo que se abre la puerta que está detrás de mí, pero no me giro porque sé que la persona que ha cruzado el umbral no es otra que Adam. Willow no se mueve hasta que llega hasta nosotras, momento en el que se dirige hacia donde está la puerta que da a la enorme capilla, con capacidad para prácticamente todo el pueblo.

—Vedlo con vuestros propios ojos...

Abre la puerta y, en cuanto descubro lo que hay dentro, me doy la vuelta, posando la cabeza contra el pecho de Adam y empezando a reírme. Mi día hoy mejora por momentos.

Adam se une a mis carcajadas y Will no entiende nuestro ataque de risa. Lo comprendo.

—Vale, a mí me ha dado por tener ganas de echar toda la papilla, aunque me he controlado. A vosotros, por un ataque de risa. Tengo claro que cada persona se toma estas cosas de una manera diferente. Sin duda tenéis más cosas en común de las que parece.

Las cabezas, vísceras, patas, colas y demás partes de los cuerpos de los animales llenan el lugar. Y nada de encontrarlos igual que como estaban en el parque, todos juntos, no; aquí están totalmente desperdigados. Además, al estar ahora en un espacio cerrado, el olor a sangre y putrefacción es nauseabundo. Los prefería al aire libre.

—Es culpa mía. No podía hacer algo bien a la primera... —digo cuando dejo de reírme—. Y yo que creía que habíamos hecho algo legendario... —Adam me mira de forma extraña al oír que hablo en plural—. Verás, para poder eliminar a los animales desmembrados del parque me he puesto en contacto con Phoebe y Will por telepatía para que me ayudaran. La verdad es que en ningún momento se me ha ocurrido pensar qué ocurriría con ellos y la sangre, no te voy a mentir... No se me ha pasado por la cabeza que esto acabaría en

otro lugar, y menos aún en espacio santo. Aunque si piensas en el hechizo, tiene algo de sentido.

—¿De verdad te has puesto en contacto con ellas telepáticamente? Te perdono no haberme dicho nada de camino aquí —suelta Adam todo sonriente mientras me abraza con fuerza.

—¿Estás feliz porque todo esto haya acabado aquí?

—No, Tormenta, esto es una soberana putada..., pero estoy contento porque estás empezando a manejar tus poderes. Con un poco de práctica irás consiguiendo todo lo que te propongas.

—Seguro que sí —afirmo con total convicción. Soy una mujer que consigue las metas que se propone—. El tema aquí, ahora mismo, es cómo vamos a deshacernos de todo esto y limpiar la sangre.

—Sea como sea, tenemos que hacerlo rápido... —dice Willow—. Mañana se celebra la despedida de Seth, así que ya sabes lo que significa eso: hoy se empezará a llenar de gente. Podemos ganar tiempo con otras cosas para intentar que nadie entre aquí, pero su familia querrá ver cómo quedan los arreglos florales y ya sabes que el padre Damien siempre se pasa por la capilla el día antes de los funerales para tenerlo todo a punto.

—Es cierto, así que hay que ponerse ya manos a la obra. Necesitamos bastantes bolsas de basura, productos de limpieza y mucha ayuda. ¿Avisas tú?

—Sí, no te preocupes. Tengo el móvil en el almacén. Aviso y os traeré todo lo necesario para dejar esto como si nada hubiese pasado.

Se da la vuelta para marcharse cuando Adam la detiene.

—Ya voy yo... Tú solo dime dónde está. Y ya escribo yo a mi hermano para que se lo comente a Zac y a Phoebe.

—No hace falta, de verdad, ya voy... Oh, ya veo.

Will mira a Adam con cara de... ¿lástima?

—No puedo entrar ahí, es la casa de Dios. Digamos que podría arder si pongo un pie ahí dentro.

—Estuviste aquí cuando murió Simon —recuerdo desconcertada.

Siempre había pensado que este tipo de historias eran leyendas urbanas. Aunque, qué narices, nunca pensé que el infierno existiese literalmente.

—Estuve en el almacén con mi hermano. En ningún momento entré en la capilla.

—Venga, chicos, no pasa nada. Tú ven conmigo al almacén, yo te acompaño para coger las cosas y, si no te importa, aprovechas y colocas los pedidos que me ha traído Caleb estos días —dice Willow toda resolutiva, y Adam asiente agradecido al ver que, a pesar de todo, será útil.

Cuando se alejan, tomo una decisión.

Una vez que los pierdo de vista me meto en la capilla, cierro la puerta a cal y canto y me dirijo hacia los animales despedazados. Me impregno de su olor, de su sangre y de su muerte. Me siento, posando el culo sobre algunos trozos desmembrados, y saco mi móvil del bolsillo de mi chaqueta. Miro el reloj de mi teléfono y veo que marca las diez y siete minutos de la mañana. Me meto en las últimas llamadas realizadas y le doy a llamar.

—Hola —saluda una voz cantarina—, espero que estés de camino a casa para que me cuentes, con todo lujo de detalles, cómo te has sentido en tu primera experiencia usando tu potencial a gran escala.

—¿Qué hora marca tu reloj? —pregunto cortante.

—Eh..., las diez y siete. ¿Qué pasa, Mara?

—No te separes del teléfono. Te llamo en dos minutos.

Cuelgo, dejo el teléfono sobre una de mis piernas y cierro de nuevo los ojos, como cuando hemos hecho desaparecer del parque esto que ahora me rodea.

«Que el tiempo se pare, excepto para mi hilo, ya que su poder es esencial para llevar a cabo mi cometido», pienso.

—Detente, tiempo. Deja pausadas las manecillas de tus relojes para todos los mortales e inmortales. Que todos ellos se congelen en este momento, dejando en movimiento los dos únicos cuerpos que están unidos con el hilo invisible que poseo. Que el mundo se quede quieto excepto nuestros dos cuerpos, que girarán al compás.

Tan pronto como acabo de recitar este hechizo, abro los ojos, miro el móvil y no aparto los ojos de él; fijo la vista en la hora, contando más de sesenta segundos. Sigue indicando que son las diez y siete minutos. Vuelvo a marcar.

—¿Me puedes explicar por qué se ha detenido el reloj de mi móvil? Yo no he hecho nada —suelta Phoebe nada más descolgar al primer tono.

—¿Tú no puedes parar el tiempo? Déjalo, ya hablaremos de lo que eres capaz de hacer, pero ahora no es el momento. Necesito tu ayuda de nuevo. Ven cuanto antes al tanatorio. Y no te asustes cuando veas que el mundo se ha detenido. Tan solo tú y yo seguimos el curso del tiempo.

—Voy volando. Bueno, metafóricamente hablando. No vayas a creer que somos de las que se montan en escobas mágicas.

Al poco rato oigo un exabrupto y un «¡Qué asco!» procedente de la boca de mi amiga.

—Pheebs..., tenemos que deshacernos de esto.

—¿Y cómo pretendes que lo hagamos ahora? Se me acaban las opciones.

—¿Con un nuevo hechizo? Creo que le he cogido el gusto. Estoy segura de que podemos conseguirlo.

—Vamos a ello, amiga. Hay que llamar a Willow.

—Espera —digo oyendo unas pisadas al otro lado—. Mierda, es Elías. No la va a dejar tranquila hasta que no lo tengan todo preparado. Un momento... No debería estar aquí cuando el tiempo se congela, ¿no?

Phoebe mira el reloj de su móvil y me lo muestra. Ya no son las diez y siete, los segundos corren.

—Poco a poco, Mara. La próxima vez, en lugar de minutos, lograrás que sean horas. Mejorarás. Lo has hecho muy bien. Y ahora, al lío.

—Will, estoy aquí con Phoebe para intentar hacerlos desaparecer de nuevo.

Su respuesta no se hace esperar y noto una especie de hormigueo que denota la presencia de su magia en el canal.

—No contéis conmigo. Acaba de aparecer Elías y quiere que me ponga con el inventario de bebidas para comprobar que no falte nada. Yo lo mantendré ocupado. Es vuestra oportunidad, chicas. Usad el poder de vuestro hilo. Confío en vosotras.

Sí que es efectivo nuestro canal de comunicación, ya quisieran las aplicaciones de mensajería instantánea ser así de útiles. Aquí el *ghosting* no tiene cabida.

Nos preparamos cogiéndonos de las manos, haciendo que el sudor producto de nuestros nervios se mezcle. Nos sonreímos como siempre hacemos, diciéndonos la una a la otra con este gesto que juntas podemos con todo. Nos guiñamos un ojo antes de cerrarlos, y decidimos hacer algunos cambios en lo que estamos a punto de recitar. Repetimos lo que la otra dice, una y otra vez, hasta que lo hacemos absolutamente sincronizadas.

—Que el campo sagrado que os acoja esté lejos de ojos acusadores. Que vuestros cuerpos no sean utilizados por almas pecadoras para ejercer el mal. Que el sueño eterno os dé el

descanso que merecéis. Podéis ir en paz. Que Dios os tenga en su gloria —decimos finalmente al unísono.

Poco a poco siento como mis fosas nasales se abren para ir respirando aire limpio, distinto al intoxicado que había cuando me metí aquí. Tampoco noto mi culo sentado sobre nada que no sea la superficie plana del suelo.

La paz está volviendo de nuevo a mi ser, y la angustia por todo lo que me rodea ha desaparecido casi en su totalidad. Siento pequeños apretones de Phoebe en las manos y percibo que ella, igual que yo, cada vez está más cómoda en este sitio, como si estuviese experimentando las mismas sensaciones.

Unos minutos después, cuando abrimos los ojos al mismo tiempo, asentimos al observar a nuestro alrededor. Solo hay lo que tiene que haber.

—Lo hemos conseguido, Mara.

—No cantes victoria... Reza para que no nos suene el teléfono y nos digan que montones de animales muertos acaban de aparecer quién sabe dónde.

Plaga

—Aparición masiva y repentina de seres vivos de la misma especie que causan graves daños a poblaciones animales o vegetales, como, respectivamente, la peste bubónica y la filoxera.

—Calamidad grande que aflige a un pueblo.

—Daño grave o enfermedad que sobreviene a alguien.

—Infortunio, trabajo, pesar o contratiempo.

—Abundancia de algo nocivo, y, por extensión, de lo que no lo es.

—Úlcera, llaga.

—Los puntos 1 y 2 en todo su esplendor.

55

Aquí yace quien nació y murió
sin saber nunca para qué vivió



Mara

—Estamos aquí reunidos...

Sí, lo sé, parece el inicio del punto de unión de dos personas que se jurarán respetarse todos los días, no ponerse nunca los cuernos y seguir juntos en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte los separe.

Muerte, palabra de seis letras que indica el fin de la vida. Muerte, lo que ha llevado de nuevo a todo el pueblo a estar aquí para darle el último adiós a uno de los nuestros.

—... para despedir a Seth, miembro importante de nuestra comunidad. Su fallecimiento nos ha sumido en una profunda tristeza cuando aún no nos habíamos repuesto de la pérdida de Simon. Dos

almas jóvenes que han sido llamadas demasiado pronto para irse a la casa del Señor. Oremos...

Mientras todo el mundo está cabizbajo y susurra, junto al padre Damien, la oración pertinente, yo lo observo todo a mi alrededor. La familia de Seth ocupa las primeras filas. Sus amigos más íntimos, las siguientes. Es como si hubiera jerarquías, por lo que yo me encuentro en las últimas, sintiendo la presencia de Adam y Caleb tras de mí. Giro la cabeza hacia atrás y veo que Adam me está mirando. Le sonrío mientras pienso en qué pasaría si cruzase el umbral de la puerta en la que está apoyado. ¿Se quemaría como los vampiros al sol?

Vuelvo a lo que dice el cura y ruego por el alma de Seth cuando Phoebe, que está sentada a mi lado, me coge del brazo y me lo aprieta. Miro hacia ella y lo que veo no me gusta, es esa expresión que pone cuando algo le da realmente repelús.

—¿Qué te ocurre? —inquiero lo más bajo que puedo para no molestar y apartando su mano de mi brazo. Ya estaba empezando a clavarme las uñas.

—No quiero gritar...

—¿Y por qué narices ibas a gritar en medio de un funeral?

Antes de terminar de formularle la pregunta, mi oído se percata de cientos de correteos y una especie de chirridos, que, a pesar de ser suaves, empiezan a molestarme.

No le da tiempo a contestarme, ya que miro hacia el suelo, junto a sus pies, justo a tiempo de ver como una cucaracha pasa a su lado. Phoebe tiene muchas cosas buenas, pero una de ellas no es ser muy fan de los bichos, como llama ella a los insectos. Desde bien pequeña, cada vez que ve uno, se pone a chillar y se sube a la superficie más alta que pilla, aunque le cueste un mundo hacerlo. Como suele decir, cuanto más alto es, más distancia.

Soy consciente de que ahora mismo los nervios se están apoderando de ella porque su mente debe de estar imaginando que esa cucaracha le trepará por la pierna y acabará en toda su cara. Desde luego está haciendo un gran trabajo de contención.

—Es solo una cucaracha, Pheebs. Haz como que no está ahí. No la has visto —intento calmarla, aunque, por lo que he percibido, sé que hay más..., bastantes más.

—Pero es que me está mirando...

—Cierra los ojos. En cuanto se aleje, te aviso. Tranquila, no dejaré que se te acerque.

Phoebe cierra los ojos y ambas nos ponemos a repetir lo que el cura pronuncia, como el resto de los presentes. Ya llevamos veinte minutos de misa cuando el padre Damien comunica que varias personas quieren decir unas palabras. La primera que se levanta es la hermana del difunto, a la que me cuesta mucho mirar porque su rostro es el claro reflejo de la tristeza.

—Gracias a todos por haber venido a despediros de mi hermano, mi familia y yo os estamos muy agradecidos. Seth no solo era mi hermano mayor, también era mi mejor amigo. Todos sabéis que no era un chico muy sociable, pero sí era muy buena persona. Lo que le ha pasado... Disculpadme —murmura mientras saca un pañuelo de la manga de su camisa y se limpia las lágrimas que caen profusamente por sus mejillas—. Como decía, lo que le ha pasado nos ha hecho reflexionar acerca del cometido que tenemos en este mundo. Llegamos, vivimos y nos vamos. Unos de una forma bonita. Otros, como mi hermano, de la peor de las maneras. Recuerdo nuestra última conversación... Le dije que se quedase en casa, que bajo ninguna circunstancia saliese solo, tarde, con la oscuridad que nos envolvía; que dejase que otros se encargaran. —Seth debería habernos hecho caso, pues, cuando hablamos de las patrullas,

quedó clarísimo que nadie debía salir a recorrer las calles de noche a no ser que fuese en grupos de seis como mínimo—. Pero, no, él siempre remaba a favor del prójimo, como buen devoto que era. Me dijo que, si él podía ayudar a encontrar a ese monstruo que estaba atacando a los habitantes de nuestro pueblo, haría todo lo posible. Lo que no sabía era que esa sería nuestra última conversación, la última vez que saldría de casa para no volver, y que lo que encontraría sería la muerte. Seth, te queremos —musita mirando su féretro—. De parte de nuestra familia, deseamos daros las gracias de nuevo por vuestro apoyo. Tenemos que acabar con lo que sea que nos ataca, no podemos perder a nadie más.

Después de su hermana, el padre Damien da paso a una de sus primas, que entre lágrimas cuenta batallas que vivieron juntos desde críos, y a las que no les hago del todo caso porque mi mente está intentando descifrar los últimos momentos con vida de Seth. Si algo ha quedado claro es que salió solo de casa, de noche y en busca del monstruo que acecha este pueblo. Quiso ser un héroe sin capa. Quiso ser la persona que diese con el mal y terminase con él, aunque en realidad acabó siendo a la inversa.

—Pheebs, tal vez suene muy detectivesco, pero creo que podríamos saber todos los pasos que dio Seth antes de morir si tuviésemos su teléfono en nuestro poder.

—¿Y por qué crees eso? —dice mientras mira a su alrededor en busca de algún bicho que vuelva a acercársele.

—Digamos que una vez tuvimos un encuentro fuera de Midnights Valley. —Mi amiga levanta la ceja sorprendida—. Prometo contártelo en otra ocasión. La cuestión es que la conversación nos dio para mucho y, en un momento dado, me contó que se había emparanoiado muchísimo con el tema de la desaparición de Owen.

Tanto fue así que me explicó que su familia sabría dónde encontrarlo en caso de que le pasase algo similar.

—¿A través de la magia, como nosotras?

—No, me dijo que, tal como hicimos tú y yo, tenía instalada una aplicación en el móvil rollo localizador. La aplicación almacena cada lugar por el que pasas. La verdad es que, con todo lo que estoy pasando, no me he acordado de esto hasta ahora...

—Mejor tarde que nunca. No te preocupes, tan solo tenemos que decirle a mi tío que lo requise en el caso de que la familia de Seth no quiera entregárnoslo.

—No creo que haga falta y, de todas formas, tu tío es el alcalde, no inspector de policía.

—Es la máxima autoridad de este pueblo, Mara..., la policía local hará lo que él les indique.

—También es verdad.

Acabamos la conversación justo en el momento en que la prima de Seth termina su relato y el padre Damien da paso a la eucaristía. Va hacia el altar, coge las hostias y el cáliz de vino, los eleva y se dirige a los presentes.

—Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros.

»Tomad y bebed todos de él, porque este es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía.

Dicho esto, sus pasos lo llevan a bajar los tres escalones que lo separan de todos nosotros, para que comulguen todos los que quieran. Los primeros en hacerlo son los padres de Seth, que cada domingo van a la iglesia como fervientes creyentes que son. Después de que los sigan el resto de los familiares y amigos más

directos, Phoebe y yo, entre otras tantas personas, también nos acercamos. No somos personas devotas, pero en estos casos nos gusta hacerlo por respeto a los que ya no están.

Phoebe va delante. Cuando ya ha comulgado, se da la vuelta y se limpia sutilmente una gota de vino que tiene en una de las comisuras de los labios.

Es mi turno.

Me santiguo antes de que me entregue la hostia y me acerque el cáliz. Cuando mis labios van a tocar el metal, un grito cercano hace que me eche para atrás.

—Qué demonios...

Miro al padre Damien sorprendida por lo que acaba de salir de su boca, y veo como mira horrorizado lo que tiene en las manos. No es para menos que haya blasfemado así en la casa de Dios. Sus manos han comenzado a temblar tanto que la «copa» metálica resbala de estas y acaba impactando contra el suelo. Se empiezan a oír más gritos ensordecedores y los nervios generalizados hacen que todos quieran salir en estampida de aquí.

El sacerdote, completamente en shock, está apoyado contra el altar, espeluznado, sin dar crédito a lo que ven sus ojos.

—El diablo ha profanado mi casa —susurra para sí mismo, aunque yo lo oigo perfectamente—. Nadie está a salvo... El mismísimo infierno se ha abierto y han venido para acabar con nosotros. Mi casa..., mi templo sagrado...

—¡Pheebs! —grito a todo pulmón—. Llévatelo. ¡Ya!

Veo que mi amiga se gira al oírme, pero el miedo que refleja su rostro hace que piense en cómo voy a solucionar esto. Es la única que ahora mismo puede echarme una mano.

—No puedo, Mara. Lo siento mucho.

De nuevo aquí está, mi amiga se está comunicando conmigo mentalmente, ya que está tan rígida que lo único que hacen sus labios es temblar.

—Phoebe, por favor... tienes que hacer un esfuerzo. Esta gente depende de nosotras. Necesito que te lleves al padre Damien fuera. Yo sola no puedo hacerlo todo. Te necesito —le digo de igual manera.

—Yo... no, no puedo.

Sé que no conseguiré que entre en razón, por lo que en milésimas de segundo creo mentalmente un plan de acción. La gran mayoría de los presentes ya han abandonado la sala, aunque aún quedan otros, que están siendo ayudados tras caerse debido a la estampida. Lo que necesito es sacar de la capilla a este hombre que tengo delante de mí.

Me llevo las manos a mi cabeza gacha.

«Piensa, piensa, piensa...».

Reacciono en el momento en que en mi campo de visión veo unas botas que conozco muy bien. Miro al frente y lo veo.

—Adam, sal de aquí. ¡Vete!

No sé muy bien qué es lo que le pasa a un demonio cuando pisa la casa de Dios, pero lo que sí sé es que tiene muy mala cara, parece debilitado, y no me gusta un pelo lo que pueda pasar si permanece más tiempo aquí.

—Vamos, padre, cójase a mí..., yo le ayudo —dice con una voz que me deja claro que debe salir de aquí cuanto antes.

¿Qué demonios...? Nunca mejor dicho. Ya está, lo admito, estoy enamorada hasta las trancas de este servidor del mal. Se ha metido en una capilla bendecida para salvar a un cura, que debería ser algo así como su archienemigo, tan solo para ayudarme. Si esto no es una prueba de amor, que baje Dios y lo vea. No literalmente, que ya

tengo demasiadas cosas de las que preocuparme. Como... como los miles de cucarachas que han salido de un cáliz en pleno funeral.

Recuerdo las palabras que han salido de la boca de Adam.

«Plagas vendrán, humanos perecerán». Y la tercera advertencia: «Ellos aparecerán».

Aquí tenemos la plaga, lo que significa que... vienen. Ellos están llegando.

Socorro

—Acción y efecto de socorrer.

—Dinero, alimento u otra cosa con que se socorre.

—Tropa que acude en auxilio de otra.

—Provisión de municiones de boca o de guerra que se lleva a un cuerpo de tropa o a una plaza que la necesita.

—Lo que necesito para acabar con estos seres. ¡Que alguien me ilumine!

56

Junta de dos la hace el diablo,
cuando no la hace Dios



Mara

Cierro la sala a cal y canto por varios motivos. El primero, porque no quiero que estos bichos salgan de aquí. El segundo, porque no quiero que entre nadie. Solo esas cucarachas y yo, aunque vuelve a pasarme lo mismo que en anteriores ocasiones, no tengo ni idea de cómo voy a deshacerme de todas ellas.

Miro a mi alrededor y cada vez se multiplican más. Mis pies están rodeados, el suelo apenas se ve, y las paredes están prácticamente cubiertas. No me quiero ni imaginar lo que pasaría si Phoebe estuviese encerrada aquí conmigo. Bueno, sí, mañana celebraríamos su funeral porque se moriría de una apoplejía.

Pájaros, mamíferos y, ahora, insectos. Esto debería convalidarme la carrera de Veterinaria.

Saco rápidamente mi teléfono del bolsillo del pantalón y hago una llamada.

—¿Mara? —me responde la persona al otro lado de la línea con voz somnolienta.

—No has venido al funeral de Seth.

—Oh, mierda, me he quedado dormido... ¿Por eso me llamas? Que yo recuerde, no me has llamado en la vida.

—Digamos que necesito tu ayuda.

Noto que estos bichos asquerosos empiezan a trepar por mis zapatillas de deporte y como alguno ha llegado ya a mis pantorrillas. Noto que sus minúsculas patas se mueven sobre mi cuerpo mientras van en dirección ascendente.

—¿No está el resto del equipo contigo? —pregunta Zac confuso. Sabía que todos pensaban venir.

—Digamos que ha habido un problema inesperado y ahora mismo estoy sola en la capilla. Bueno..., sola no. Necesito que me digas todo lo que sabes sobre mí. Lo bueno..., pero sobre todo lo malo. Y necesito que lo hagas ya.

—Vale, me acabo de despertar y no tengo las neuronas funcionando al cien por cien, pero, aunque lo estuviesen, también tendrías que ser más específica.

—Joder. —Decenas de cucarachas están ya en mis piernas y me muevo frenéticamente para deshacerme del mayor número posible —. Vale. Funeral. Cáliz de vino. Gritos. Plaga de cucarachas. Avalancha. Cura traumatizado. Phoebe, más de lo mismo. Adam entrando aquí... para sacar al padre Damien. Puertas cerradas. Yo engullida por miles de insectos asquerosos. Llamada a tu persona, tú ayudándome.

—Mierda, ya vienen —dice con una voz de preocupación que me indica que sabe perfectamente lo que está sucediendo.

—Veo que nos vamos entendiendo, Zac. Dime de una puta vez todo lo que sepas o la última persona con la que hablaré antes de morir será contigo. Y no te ofendas, pues te tengo mucho cariño, pero qué menos que poder despedirme de mis padres.

—Dame un segundo...

Oigo como se mueve una silla con ruedas, que deduzco que es la de su mesa de estudio. Lo visualizo subiéndose las gafas por el puente de la nariz, secándose las manos sudorosas en los pantalones y dándoles a las teclas de su ordenador. En realidad no sé de dónde saca Zac todos los conocimientos sobre estos asuntos, pero tenía claro que, si alguien podía echarme un cable en estos momentos, era él.

—Mara, escucha. No tengo la más remota idea de lo que Adam o Caleb te han contado de la situación. Tampoco sé lo que te habrá contado tu familia o la de Phoebe. Yo solo puedo darte datos sobre teorías, no hay nada científicamente demostrado. Bueno, ni científicamente ni de otra manera. Ya me entiendes... No sé si sabes algo sobre la apertura de las puertas del infierno, en fechas cercanas a Halloween... y, en especial, sobre la profecía que relata que, un año concreto, una nueva fuente de poder en extremo potente provocará de algún modo que estas se abran de par en par y del inframundo lleguen criaturas que ya habían estado aquí..., y también otras que jamás habían querido cruzar a nuestro mundo, con el objetivo de acabar con ella.

—Resumiendo..., me estás diciendo que todo ser maligno del averno se ha tomado la licencia de cogerse unas vacaciones fuera de casa para venir a matarme... —digo mientras empiezo a moverme por la capilla, intentando pisar el máximo número de cucarachas.

—Básicamente.

—¿Más datos que me puedas dar?

—Antes de que llegue la comitiva infernal, habrá señales apocalípticas. Mi jardín se llenó de pájaros muertos y ayer encontraste animales decapitados; ambos hechos constituyen la primera señal..., y ahora me dices que te va a comer una plaga de cucarachas. Esa es la segunda.

—No pienso dejar que me coman, Zac. Y los animales no estaban decapitados, sino descuartizados: les faltaban más partes del cuerpo además de la cabeza. ¿Y cómo sabes eso?

—Tu novio se lo dijo a su hermano, y Caleb me lo ha contado.

—No es mi novio, por el amor de Dios...

—Mentando a su enemigo poco os durará la relación. Ahora dejémonos de tonterías y de hacer bromas... Estás realmente en un aprieto, ¿no?

—Sí...

Me pesan mucho las piernas de dar un montón de pisotones sin éxito. ¿De qué me sirve matar a unas cuantas cuando aquí hay miles? Quiero llorar al cobijo de mi madre.

—Eres extraordinaria, Mara. Eres la persona más resiliente que conozco y sé que no me necesitas para nada. Tú puedes acabar con lo que sea que tienes alrededor.

—No nos conocemos tanto como para que me digas esto, Zac. Te agradezco lo que estás intentando hacer, pero no es necesario.

—Mira, Mara, voy a serte muy sincero. Sabía que alguien de este pueblo iba a tener un poder de la hostia, pero no tenía ni idea de quién era... hasta... hasta que me viniste a la cabeza unos segundos después de saber que el momento llegaría y pensé: «Es ella, no puede ser otra persona». Sé mucho del tema, estoy especializado en todo lo sobrenatural, y también sé que, si hay alguien en este

mundo capaz de acabar con ellos, esa eres tú. Eres la heroína del cuento, Mara. Estas siempre ganan, no puede ser de otra forma. Así que ahora saca de tu interior la forma de hacer que desaparezcan. Eres la bruja más espectacular que existe, no puede ser que un puñado de bichejos te hagan parecer débil. No lo eres.

—Un puñado, dice... ¿Se puede grabar un vídeo mientras se habla por teléfono?

—Creo que no es posible, pero fotos sí.

Separo el teléfono de mi oreja y me meto en la aplicación de la cámara. Disparo el objetivo y me meto en la mensajería instantánea para mandarle la foto.

—Joder...

—¿Entiendes ahora mi angustia?

—Por supuesto. Venga, acaba con ellas. Llámame en cuanto lo consigas o harás que vaya corriendo hacia allí para asegurarme de que estás bien.

—No, no me cuelgues. Necesito que sigas hablándome.

—Vale, me quedo contigo. No te voy a dejar sola. ¿Dónde están los chicos y Phoebe?

—Fuera. Sé que han intentado entrar, pero estas cabronas se lo han impedido. Tienen la puerta y las ventanas colapsadas.

—No te preocupes, ahora aviso a Caleb por mensaje de que estoy al teléfono contigo para que se queden más tranquilos. ¿Puedes concentrarte si te estoy hablando?

—Necesito una voz amiga. Venga, cuéntame tus teorías sobre quiénes van a venir a por mí.

—¿Estás segura?

—Necesito un poco de mala leche para ver si esto surte efecto.

Hago lo que no pensé que haría, bajo ningún concepto, una vez que me he visto rodeada. Dejo de luchar contra ellas, me dirijo a los

escalones que separan la parte en la que me encuentro del altar y me subo en él, sentándome con las piernas cruzadas como un indio. Pongo el móvil en altavoz y me lo meto por dentro del cuello alto de mi jersey, haciendo que se quede ahí. Tengo miedo de que si lo apoyo en una de mis piernas, o en el propio altar, pierda la conexión con Zac una vez que invadan el pequeño aparato.

—Verás, ese dato exacto no te lo puedo dar —está diciéndome Zac mientras lo oigo teclear en su ordenador—. Pero, en algo de tales magnitudes, la comitiva será, cuando menos, real. Para que me entiendas: vendrán los más mamones que se encuentren ahí abajo.

—Ajá...

—Voy a hablarte coloquialmente. Digamos que el infierno está dividido en varias plantas, como si fuese un edificio de una gran ciudad. La planta baja es el limbo. Cada planta, o nivel, va en función de los pecadores que la habitan. A continuación tenemos el nivel de la lujuria...

—El que está encabezado por Adam. ¿Crees que vendrá alguien estando él aquí?

—Imagino que tendrá miles de detractores a los que no les estén gustando sus últimas acciones.

—¿Como cuáles?

—Principalmente el haberse enamorado de quien no debía.

Me tomo unos segundos para comprender lo que me acaba de decir antes de volver a tomar la palabra.

—Sigue —le pido tragando saliva.

—Vale, anotado el no hablar de sentimientos entre un príncipe del infierno y una bruja poderosa. Le sigue la gula, la avaricia y la prodigalidad, la ira y la pereza, la herejía, la violencia y el fraude.

—¿Caleb es más malote que Adam? Quién lo diría...

—Aquí es igual que un cachorrillo abandonado. Nunca me he parado a pensar en cómo era en su otra casa. No quiero que se distorsione la buena imagen que tengo de mi mejor amigo.

Mientras yo le planteo preguntas a Zac y él me las responde, hago ejercicios de respiración y relajación para obligar a mi mente a que piense que está en un lugar seguro. No sé cómo explicarlo, pero a cada segundo que pasa voy sintiendo cada vez más como si mi cuerpo fuese una cáscara vacía y mi espíritu estuviese a miles de kilómetros de él. Todo trabajo de este tipo conlleva respiraciones pausadas y ojos cerrados para evadirte de lo que tienes a tu alrededor. Por eso, cuando los abro de nuevo, me veo a mí misma desde la distancia. Las cucarachas han alcanzado ya la mitad de mi cuerpo mientras yo sigo hablando con Zac.

—Me estoy viendo a mí misma desde fuera.

—¿En tu imaginación?

—No, literalmente.

—Vaya... —dice muy emocionado—, tus poderes están desarrollándose a pasos agigantados, maravilloso. Te has proyectado astralmente. Eso es muy bueno, Mara, puedes ganar muchos puntos en una batalla final. Y ahora, mientras esos bichos atacan tu cuerpo real, puedes defenderte por partida doble.

—Es una pasada..., pero sigo necesitándote a ti, amigo mío. ¿Puedes decirme qué cosas, aparte de una buena fumigación, pueden acabar o repeler a estos insectos?

—Dame un segundo... —me pide mientras vuelvo a oír como teclea.

—¿Sabes, Zac? Retiro lo que te he dicho hace un rato. Sería muy feliz yéndome de este mundo habiendo mantenido mi última conversación contigo. Debemos empezar a quedar más.

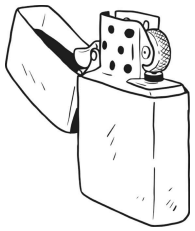
—Eso está hecho. Y, ahora, acaba con ellas.

Preocupación

—Acción y efecto de preocupar o preocuparse.
—*Necesito saber que está bien...*

57

Vivir es morir lentamente



Adam

—¿Estás bien? Dime que estás bien, por favor...

Mi hermano le pregunta a Phoebe por décima vez cómo está, y esta, el mismo número de veces, no le responde.

Entiendo lo que le pasa. Ha tenido que enfrentarse, en mayor o menor medida, a una de sus mayores fobias y, para más inri, se ha ido del lugar dejando a su mejor amiga a su espalda. Estoy seguro de que tardará mucho tiempo en perdonarse a sí misma.

Caleb está agachado junto a ella, envolviendo las manos de la chica con las suyas. Veo como la mira con ojos tiernos que dicen lo que las palabras no expresan. Está muy preocupado, pero, por lo menos, tiene la suerte de que esté a su lado. Yo no puedo decir lo mismo.

Intento de nuevo derribar la puerta que me separa de Mara, pero me es imposible. He vuelto a entrar en el edificio después de salir a comprobar si podía acceder por alguna de las ventanas de la capilla, pero sin éxito. El corazón, ese que tan solo siento en mi forma física cuando estoy en la tierra, está a punto de salírseme por la boca, y noto sus pulsaciones disparadas, aunque siendo quien soy no debería experimentar emoción alguna.

Estoy ansioso, preocupado, alterado por el miedo... el miedo a perderla. No puedo dejar que le pase nada, aunque debo ser consciente de que esto último no depende de mí.

Hace unos minutos Caleb me ha contado que Zac lo ha informado de que estaba hablando con ella por teléfono y, lejos de quedarme más tranquilo al saber que no estaba completamente sola, me he cabreado por no ser yo el receptor de esa puta llamada. Aquí, en este plano, me he ablandado, pero la toxicidad sigue recorriéndome el cuerpo.

—Chicos, ¿qué es ese revuelo? —pregunta Otto haciendo su entrada triunfal ante nosotros y corriendo para agacharse junto a Phoebe, al lado de mi hermano.

—Hemos tenido un problemilla. Pensaba que estabas dentro y habías salido con el resto —le respondo mientras me paso la mano por el pelo una y otra vez.

—Con el mayor de los respetos, creo que paso demasiado tiempo a solas con los difuntos como para no despedirme de ellos en la más estricta intimidad. No suelo pasarme por aquí en los funerales. ¿Vais a contarme qué ha sucedido?

—Cucarachas. Miles de cucarachas... Mara está sola encerrada con todas ellas —responde Phoebe.

Los tres miramos hacia la chica, ya que por fin ha salido de su boca algo distinto a quejidos lastimeros.

—Ay, cielo..., con lo poco que te gustan a ti. Tranquila, Mara se las apaña muy bien sola —la tranquiliza su «tío» mientras se sienta junto a ella y le pasa un brazo por los hombros para acercarla a él—. Imagino que no podéis entrar, ¿verdad?

—Verdad. No hay manera de acceder al interior ni por dentro ni por fuera. Juro que como le pase algo...

—Adam, Adam, mírame —me pide mi hermano poniéndose delante de mí, haciendo que frene en seco. No sé los kilómetros que llevaré andados tan solo girando sobre mí mismo por culpa de la incertidumbre—. ¿Crees que unos putos cientos de bichos van a poder con ella? La subestimas, recuerda que es algo así como una gran bruja suprema a la que el resto de las brujas deberían chuparle el culo. Venga, estoy seguro de que en breve estará de nuevo con nosotros y nos contará cómo se las ha cargado a todas.

—Necesito tomar un poco el aire.

Miro inexpresivamente a Caleb justo antes de darme la vuelta y dejarlo junto a Phoebe y Otto y salir de aquí. Decenas de personas están afuera, horrorizadas y tratando de consolar a unos padres que, aparte de perder a un hijo, creen que su cuerpo sin vida está siendo devorado por una plaga de insectos.

Rodeo el edificio para volver a comprobar si no hay forma de poder entrar y, al constatar de nuevo que no es posible, cojo un cigarrillo y me lo pongo en la boca. Necesito la nicotina para tratar de calmarme un poco. Saco mi Zippo, y mis manos temblorosas no son capaces de encenderlo.

—¿Necesitas ayuda? Joder, Adam, das pena.

Llevo la mirada hacia el sitio de donde procede esa voz que me ha hablado, y que conozco tan bien, y descubro a Eleanor sentada sola en un banco a unos metros de mí.

—Vete a la puta mierda, El.

—Míralo... —dice mientras se levanta y se acerca a mí—, tan duro en algunos lugares y tan blando en otros... Es lo que tiene el amor, que te hace vulnerable.

—Aléjate de mí —escupo mientras sigo intentando encender mi cigarrillo sin éxito.

—No estás en posición de decirme lo que tengo que hacer. Ya no.

—¿Recuerdas a un tal Owen?

—Sí, y ya no puedes amenazarme con él —contesta con cara de satisfacción.

Esto no me gusta.

—¿Qué coño has hecho?

—Darles munición contra ti a cambio de inmunidad para mí y para mi hijo. Te lo...

No le dejo terminar lo que solo ella sabe que estaba a punto de decirme. Mi mano apresa su garganta, fuerte, para arrastrarla contra la pared y golpearla contra esta.

—Es una pena que no pueda estrangularte como a una humana, pero ten por seguro que te haré sufrir lo indecible si le pasa algo por tu culpa. Quemaría el infierno por ella.

—Qué bonito... —pronuncia como buenamente puede.

—Bonito va a ser verte mientras me cargo a tu hijo delante de tus ojos, poco a poco, con la mayor de las torturas. Después acabaré contigo, y nadie se interpondrá en ello. Eres puro veneno, demasiado incluso para mí. Nadie podrá salvarte...

—¿Estás seguro? —pregunta mientras me clava las uñas en las manos, tratando de que la suelte.

—Bailaré sobre tu tumba.

—Pues que suene una preciosa canción. Salvaré a mi hijo, Adam, y no me importa que descarguéis toda vuestra rabia o cólera contra

mí, porque si algo tengo claro es que haré todo lo posible para que no disfrutes el resto de tu eternidad con ella.

—¿Por qué estás haciendo esto?

—Porque debes estar de nuestro lado, no del de ella y los suyos. Eres un puñetero príncipe del infierno, no un ángel del cielo. Tú debes sembrar el caos... —intenta toser, pero no se lo permito—, no dedicarte a jugar a las casitas como un humano cualquiera. No eres como ellos, no son tu especie. Debes estar a mi lado.

—¿Esto es un puto ataque de celos? No me jodas, El, hace siglos que no te pongo un dedo encima. Hace siglos que te encuentro repulsiva, y nunca, jamás, voy a perdonarte lo que nos hiciste. Deberías estarme agradecida por dejarte campar a tus anchas todo este tiempo.

—No son celos, es fidelidad a los míos, algo que has ido olvidando desde que llegaste aquí.

La suelto bruscamente tirándola sobre la acera en la que nos encontramos, y lo único que me apetece es escupirle a la cara. No merece otra cosa.

—¿Y sabes algo más? Están muy cabreados contigo y vas a tener que dar muchas explicaciones.

—No le debo nada a nadie.

—Se lo debes a tus hermanos, a tus superiores. Incluso se lo debes a la gente que te venera. Es eso, o no volver jamás.

—Nadie puede impedirme cruzar las puertas.

—¿Estás seguro? —Lanza una sonrisa de suficiencia que me descubre que las cosas están bastante más agitadas de lo que Caleb y yo nos imaginamos.

—Pues que así sea, estoy esperándolos con los brazos abiertos.

Justo cuando ella va a responderme de nuevo, un grito hace que corra como alma que lleva el diablo al interior del edificio.

Promesa

—Expresión de la voluntad de dar a alguien o hacer por él algo.

—Persona o cosa que promete por sus especiales cualidades.

—Augurio, indicio o señal que hace esperar algún bien.

—Ofrecimiento hecho a Dios o a sus santos de ejecutar una obra piadosa.

—Cantidad que se estampaba en los pagarés del juego de la lotería vieja, como premio correspondiente a la suma que se había jugado.

—Ofrecimiento solemne, sin fórmula religiosa, pero equivalente al juramento, de cumplir bien los deberes de un cargo o función que va a ejercerse.

—Contrato preparatorio de otro más solemne o detallado al cual precede, especialmente al de compraventa.

—Lo que pienso cumplirle a mi padre.

58

Hombre dormido,
ni del todo muerto, ni del todo vivo



Mara

—¿Voy a tener que repetir la misma historia de nuevo?

He perdido la cuenta de las veces, en lo que llevo de día, que he tenido que contar cómo logré ayer acabar con miles de insectos que me acechaban.

—Hija, tu padre debe de ser el único que no se ha enterado de nada. Él es muy feliz sin saber ciertas cosas, pero estoy segura de que estará encantado de que se lo expliques.

Mi padre llegó anoche de uno de sus viajes de negocios, y se encontró con el entusiasmo de mi madre al comentarle que su hija había hecho un acto de heroicidad, pero le dijo que se lo contaría

yo. Las madres, que edulcoran las situaciones para enorgullecerse más de sus hijos.

Por eso, ahora mismo estoy sentada a la mesa del comedor de casa de mis padres mientras ella va y viene de la cocina y él, con cara de ilusión y también de preocupación, espera a que le narre mi hazaña.

—Cariño, no te sientas obligada. Si no te apetece hablar del tema, ya me lo contará tu madre más tarde. Seguro que añade detalles para hacerlo más increíble. —Añade esto último en un tono más bajo para que ella no lo oiga.

—¡Te he oído, Dewey! —grita mi madre desde la cocina.

—No te preocupes, papá, que yo te lo cuento sin problemas. Pero vamos a esperar a mamá, que, si no lo escucha esta vez, tendré que repetírselo... de nuevo.

Mi padre pone los platos, los cubiertos, los vasos y las servilletas en la mesa y al poco rato mi madre entra en el comedor con una gran fuente de pasta a la carbonara al estilo tradicional, como a mí me gusta. Le pide a mi padre que traiga la lasaña de berenjenas que está en el horno, esa que se quedará sin tocar y me dará para que la cenemos Phoebe y yo, mientras ella va sirviendo los espaguetis. Una vez que ya estamos los tres sentados, me dispongo a relatarle a mi padre lo sucedido.

—Ve directa al grano. Empieza en el momento en que aparecieron los bichos —me indica mi madre.

—Imagínate la escena, papá... El padre Damien tenía el cáliz en la mano y, de pronto, empezaron a salir cucarachas de él.

—¿Del padre?

—¡No! —exclamo entre risas—. Del cáliz. La gente se volvió loca, el padre se quedó petrificado, sin saber qué hacer. Todo el mundo se puso a correr hacia la salida y, cuando ya solo quedábamos él y yo,

alguien entró para sacarlo de allí. Entonces cerré la puerta y me quedé sola ahí dentro.

—¿Y por qué hiciste esa tontería?

—Papá..., soy quien soy. Los habitantes de este pueblo dependen de mí, tengo que mantenerlos a salvo.

—No a costa de la vida de mi hija —replica con total convicción.

—Sabes que soy demasiado dura para que unas cucarachas acaben conmigo.

—Dewey, no interrumpas a la niña y deja que acabe de contarte lo ocurrido.

—Bueno, me quedé sola mientras los bichos se multiplicaban y lo cubrían todo, incluso a mí. Como no sabía qué hacer, decidí llamar a un amigo que es un erudito acerca de todo lo paranormal, aunque lo que realmente me ayudó fue su búsqueda en Google. Encontró una página web de expertos en insectos y cómo exterminarlos.

Me quedo callada porque, llegados a este punto, sé que mi padre está deseoso de saber la forma en la que logré deshacerme de ellos.

—¿Vas a dejarme así? —me pregunta muy ofendido.

—No, solo he querido darle un toque de expectación —respondo riéndome—, pero tampoco te esperes algo apoteósico. No quiero que te lleves una decepción.

»Mi amigo Zac me explicó algunas de las formas en las que los profesionales acaban con ellas, pero vi muy complicado "invocar" productos tan nocivos, así que le pedí que buscase remedios caseros y naturales para ahuyentarlas. Me nombró la menta, la lavanda, el romero y el laurel. Me pareció menos complicado, así que fue lo que intenté.

—¿Y funcionó? —pregunta mi padre mientras apoya un codo en la mesa, posa la barbilla en la palma de la mano y me mira hipnotizado, esperando el desenlace de esta historia.

—Si para ti *funcionar* significa que me encontré rodeada de lavanda, como si estuviera en un campo de esta, casi sin poder respirar..., sí, papá, funcionó. Todas las cucarachas quisieron huir, pero, como todas las vías de escape estaban cerradas, se inmolaron ellas mismas. Bueno, en honor a la verdad debo decir que la lavanda venía un poco adulterada, pues contenía algo de ácido bórico, que es lo nocivo para ellas. Digamos que me decidí por hacer un popurrí y salió medianamente bien.

—¿Medianamente?

—Sí. Morir, se murieron, pero... todas se quedaron allí. Nada de «Pum, explosión seguida de desaparición». No, permanecí encerrada con miles de cucarachas muertas. Seguro que ahora te estás preguntando qué hice a continuación... Ya sabes que Phoebe siempre aparece en los momentos clave, y también sabes que una de sus mayores fobias son los bichos de este tipo. Mientras yo estaba ahí dentro, ella estaba fuera desconectada de todo. La cuestión es que, como si se oliese que ya había acabado con ellas, de repente me habló.

—Pero ¿no dices que estaba fuera?

—Sí, pero me habló por telepatía. Mamá, ¿no le has mencionado que puedo hacerlo? Mira qué cara se le ha quedado.

Mi madre hace un gesto como excusándose por no haberlo hecho y mi padre abre todavía más la boca por la impresión. Porque, oye, que pueda hablar con mi mejor amiga mentalmente le debe de parecer asombroso; en cambio, saber que tu hija es la bruja más poderosa de su generación le debe de parecer poca cosa.

—Sigo. Me preguntó si estaba bien y le contesté que necesitaba ayuda para hacerlas desaparecer.

Veo a mi padre pensativo y presiento lo que está a punto de decir.

—¿Y tú no estabas allí? ¿Y el resto de la familia? —pregunta dirigiéndose a mi madre, y ella baja la cabeza un tanto avergonzada.

—Papá, ya sabes el *modus operandi* de las Holloway y las Boneville, el único que se suele salvar en estos casos es Stephen. Ellas siempre aparecen, pero tarde, porque desde luego la puntualidad no les importa en absoluto... Hacen acto de presencia tarde, pero disimulan y hacen como que llevan ahí desde el principio, aunque acaben de llegar. Y eso fue lo que pasó: justo cuando Phoebe se puso en contacto conmigo, llegaron ellas. Les contó lo que pasaba y Agatha entró en acción. No sé cómo lo hicieron, pero de repente todo volvió a su normalidad. El altar, los bancos, el suelo, todo limpio... Las ventanas y la puerta, totalmente despejadas. Nada de lavanda, ni de insectos muertos, tan solo yo. De la impresión que me dio verlo todo normal, hasta chillé. Bueno, sola tampoco estaba, Seth estuvo en todo momento conmigo. Me sorprende que no me dijese nada...

Y es cierto, ya que es el único que no me ha «dicho» nada. Después del «Tú eres la clave», de Owen, y el «Confío en ti», de Simon, me esperaba algo de su parte en ese momento esencial de los acontecimientos.

—¿También puedes comunicarte con los muertos?

—Tu única heredera es una caja de sorpresas, papá.

—¿Y qué ocurrió con la gente? ¿Hicieron como que nada había pasado?

—No sé qué hicieron las mujeres que nos rodean, eso tendrá que contártelo mamá. Pero, sí, volvieron dentro como si nada hubiese sucedido mientras yo disimulaba colocando bien las flores que cubrían el féretro. Y esa es la historia. ¿Qué te ha parecido?

—Bien..., creo, aunque agradecería que siguiésemos teniendo secretos. Soy más feliz cuando no me contáis vuestras cosas. De

todos modos, tengo la necesidad de decirte esto: Estoy muy orgulloso de ti, cariño. Pero ten cuidado, ya sabes que, aunque no suelo estar muy presente, no podría vivir sin ti —añade cogiéndome la mano y dándome un cariñoso apretón.

—No me pasará nada, papá. Te lo prometo.

Hay cosas que me he guardado para mí. En ningún momento le cuento lo que sucedió cuando salí de allí, justo cuando crucé la puerta y volví con ellos. No le hablo de cómo Adam, bajo unas miradas un tanto reprobatorias, acunó mi cara entre las manos mientras me preguntaba cómo estaba y juntaba su frente con la mía.

Ni tampoco le hablo de cómo me encaramé a él sujetándome con todas mis fuerzas a su chaqueta, en busca de un poco de confort, ni que tampoco le mencioné lo mal que lo pasé el tiempo que estuve ahí dentro. Sin él.

Demonio

—Diablo.
—Espíritu que incita al mal.
—Sentimiento u obsesión persistente y torturadora.
—En la Antigüedad, genio o ser sobrenatural.
—En la doctrina cristiana, uno de los tres enemigos del alma.
—De quien me he enamorado.

59

Donde el diablo no puede meter la mano, mete la punta del rabo



Mara

Llevo varias horas dedicándome en cuerpo y alma al libro que mi abuela le dejó a Agatha como legado para mí. He descubierto muchas cosas sobre lo que soy, sobre mi cometido y sobre cómo actuar en ciertas circunstancias en las que, estoy segura, me veré envuelta.

Para mí, este libro es algo así como una bomba atómica que arrasa con todo lo que se encuentra a su paso. Me da poder, conocimiento y herramientas. Pero, por otro lado, me da tranquilidad e inquietud a partes iguales. Solo de pensar en que pueda caer en manos de indeseables hace que un cosquilleo de nerviosismo se instale en mi cuerpo.

Como bien aventuré, salí de casa de mis padres con la fuente de lasaña de berenjenas en una mano y con el resto de la pasta carbonara en la otra. Colgada del brazo, una bolsa con pan y postre suficiente para Phoebe y para mí. Si no fuésemos buenas comedoras, me daría la impresión de que creen que no nos alimentamos lo más mínimo.

Cuando llegué a mi dulce hogar, mi amiga se estaba arreglando para ir a merendar a casa de su abuela antes de presentarse en el pub a trabajar. Después de besarme, y decir que amaba a mis padres por las gloriosas sobras recibidas, se fue pidiéndome que su parte la dejase cuidadosamente en la nevera para poder hincarle el diente al día siguiente.

Y aquí me encuentro, como suelo estar, sobre mi cama, rodeada de libretas para ir apuntando lo que me resulta interesante además del libro que me va mostrando cosas que antes me habrían parecido inimaginables.

Una de las libretas la destino a hechizos curativos, pociones simples y rituales con plantas. Lo que para mí son conocimientos básicos para una bruja. También he añadido hechizos de amor, y he creado una lista de hierbas, minerales y aceites que pueden servirme de ayuda.

En otra, lo primero que he hecho ha sido apuntar las cosas que ya soy capaz de hacer: oír a los muertos, comunicarme con mis amigas telepáticamente, teletransportarme y teletransportar a otro, tener más reflejos, una audición muy desarrollada, hacer desaparecer cosas, estallar vidrios, parar el tiempo... La verdad es que, para ser una principiante, no está nada mal.

También añado lo que hasta ahora sé que son capaces de hacer los demás. Phoebe y Willow y los poderes de brujería que conozco de ambas, por un lado. Lo que representan Adam y Caleb en el

infierno y los pecados capitales de la lujuria y la avaricia. Y aunque no sea una criatura del inframundo ni una bruja todopoderosa, escribo el nombre de mi querido Zac, que es algo así como una eminencia en cuanto a conocimientos del más allá... o como lo queráis llamar. Escribo la dirección de su blog, que me he molestado en buscar, y todo ello lo pongo bajo la fecha de hoy. Creo que mi mente me está obligando a hacerlo por si en algún momento siento que me he vuelto loca de remate y necesito una prueba de que no es así. Lo siguiente será grabar un vídeo mirando a cámara con el periódico del día en la mano, para que no me quede ni un atisbo de duda.

Por último, en la libreta que tengo en estos momentos en la mano he anotado hechizos derivados de los elementos, de protección, de eliminación (ojalá hubiese mirado esto unos días antes), de invocación y de transformación.

No sé lo que la gente de mi alrededor espera de mí, pero lo que sí sé es que quiero empaparme de todo lo que este libro pueda darme a conocer. Hasta ahora no sabía lo que se estaba cociendo en mi interior, pero, como soy consciente de lo que puedo conseguir, quiero que estén orgullosos de mí. No me gustaría sentir que no soy válida para seguir con el cometido que el legado familiar ha depositado en mí. Necesito hacer las cosas bien, no quiero sentirme una fracasada.

Llevo tanto rato en esta posición que empiezo a estar entumecida. También me empiezan a rugir las tripas, así que decido dirigirme a la cocina a por una buena ración de pasta. Me sirvo un buen plato de carbonara, por segunda vez en el día, y lo meto en el microondas para calentarlo. Sé que a Phoebe le hará ilusión que comamos juntas mañana la lasaña; por eso, aunque preferiría variar, me sacrifico por nuestra amistad y me como los espaguetis. Me quedo absorta

observando como el plato da vueltas mientras se calienta y mi mente divaga acerca de qué será lo que yo añada en el libro que descansa sobre mi cama. No he llegado a ese punto, ya que son cientos de páginas llenas de conocimiento sobrenatural, pero sé que, al final, me encontraré con la aportación que hicieron mis antepasadas, mi abuela e incluso mi madre. Veré todo tipo de información, datos o hechizos procedentes de las mujeres que componen, y han compuesto, la familia Holloway.

El electrodoméstico emite el sonido que me avisa de que mi cena ya está lista, pero antes de sacarla de ahí cojo la fuente con el resto de la comida para meterla en la nevera.

Me quedo quieta pensando, como me pasa mucho últimamente, y decido probar una cosa. Cierro los ojos, procuro dejar la mente en blanco y hago una serie de respiraciones pausadas.

—Poder de tres, muéstrame tu sabiduría, llévame a la página de la lujuria y la soberanía.

Justo cuando acabo de recitar el conjuro, oigo como algo impacta contra la encimera de la cocina. Abro los ojos de inmediato y ante mí se encuentra el libro que he dejado hace unos minutos en mi habitación, mostrándome una versión demoniaca del chico del que me he enamorado.

La fuente de comida se me escurre de las manos, haciendo que caiga parte de ella sobre mis pies, esos en los que siempre llevo calcetines cuando estoy en casa, y sobre el suelo, poniéndolo todo perdido. Doy gracias de que mi madre sea lo bastante cuidadosa para no mandarme nunca nada en recipientes de cristal, porque probablemente habría acabado cortándome y montando una escena digna de *Carrie*. Todo a mi alrededor es un desastre, pero mis ojos no pueden apartarse de la página que habla del ser por el que estoy hasta las trancas:

El príncipe de la lujuria, también conocido como Asmodeo, posee el título del rey de los nueve infiernos del deseo. Se lo conoce como el marqués del inframundo. Su función en el mismo es corromper el amor puro, provocando adulterios, o rupturas. Se considera el maestro de los placeres carnales y de la seducción.

Además, es dueño y señor de legiones de demonios, gobernándolos e incitándolos en el camino del mal y la destrucción.

Parpadeo varias veces porque no puedo creerme que esté hablando de la misma persona que yo conozco. Entiendo que en su lugar de origen sea tan sumamente hijo de puta. No olvidemos que vive en el infierno y que tiene una situación de poder demoniaca, pero... ¿por qué aquí se muestra tan distinto? Se supone que no debería importarle nada ni nadie.

Vuelvo a realizar el mismo ritual. Cierro el libro, cierro los ojos y me concentro.

—Poder de tres, la lujuria en la oscuridad me has mostrado. Ahora que soy más valiente, enséñame de lo que es capaz en el plano astral presente.

Abro los ojos a todo correr y veo como las hojas pasan rápidas hasta que la página trescientas sesenta y cinco se muestra ante mí. En blanco. Paso las páginas hacia delante y hacia atrás y veo que están escritas. ¿Por qué no me quiere mostrar justo lo que necesito saber?

Cierro el libro, bastante molesta por que no me haya dado lo que yo quería, y cojo la botella de agua, que está al lado del tostador, para bebérmela prácticamente de un trago. ¿Qué esperaba encontrar? Para ser sincera, no lo sé, y creo que no debo gastar mis energías en intentar descubrirlo. Estoy segura de que, en el momento más inesperado, hallaré todas las respuestas.

Tengo que centrarme en acabar con todo lo que se ponga en nuestro camino. Acabar con los responsables de la muerte de Simon y de Seth, y no dejar que nadie más pierda la vida.

Saco el plato de pasta del micro, cojo un tenedor y me siento en una de las sillas altas de la isla de la cocina. A pesar de todo lo que me rodea, y de todo lo que siento, nada, ni nadie, me quita el apetito. Pienso en el día de hoy: he pasado tiempo de calidad con mis padres, he adquirido conocimientos, he descubierto muchas cosas de Adam y de mí misma. Pienso que me encantaría tener un gato, como una buena bruja..., y con esta lluvia de pensamientos aleatorios como de lo más acompañada, hasta que el sonido de mi teléfono interrumpe mi verborrea mental.

Pillo el móvil, veo a una chica pecosa en la pantalla y acepto la videollamada.

—Hola, Will.

—¡Hola! Oye, estaba hablando con Caleb, porque lo he tenido que llamar al hacer inventario de lo que ha quedado, y me ha dicho que me pase un rato por el Insomnio. ¿Te apuntas?

Sé que Adam se pasa el tiempo allí con él, así que me planteo de inmediato la pregunta «¿Quiero encontrarme al tío que me pone nerviosa cada vez que lo veo?». La respuesta está clara: afirmativo.

—Me visto y voy hasta allá. Oye, Will..., no sabrás de un hechizo que me deje la cocina como los chorros del oro, ¿verdad?

Enamorad@

—Que siente amor y atracción sexual por alguien. Usado también como sustantivo.

—Propio de una persona enamorada.

—Muy aficionado a algo o muy amante de ello. Usado también como sustantivo.

—Estado actual.

60

Amor y muerte,
nada es más fuerte



Mara

Cierro la puerta de mi casa y guardo las llaves del coche en mi pequeño bolso, acabo de decidir que prefiero ir dando un paseo. Saco los cascos y abro la aplicación de reproducción de música de mi móvil para que el trayecto se me haga más ameno. Mucha gente conocedora de mi situación probablemente me advertiría que no es buena idea, ya que la música quizá mitigue los ruidos o sonidos procedentes de un posible atacante. Quiero creer que mi cuerpo me avisaría de cualquier otra manera.

Oigo los primeros acordes de «Bad Romance», de mi idolatrada Lady Gaga, y pienso en el tipo de relación que tenemos Adam y yo. No sabría cómo definirla, pero digamos que de convencional no tiene

nada. No sé lo que pensarán sobre nosotros los seres que convivían con él, pero empiezo a entender la inquina que me tienen. De estar en su lugar, yo también querría acabar con la culpable de quitarme un bien tan preciado. La cuestión aquí no es que yo me haya reactivado, que también, el problema es que he puesto de mi lado no a una, sino a dos «personas» con rango de poder en el infierno. No me gustaría que Adam se encontrase en la tesitura de tener que elegir bando, pero creo que lo haría arder todo por mí. Y eso... me deja loca, pero de completo amor.

Así que no sé si es un mal romance, pero es el mío y voy a luchar por nosotros. Con uñas y dientes. Con sangre, sudor... y lágrimas.

Llego al pub y nada más poner un pie aquí me noto la piel de gallina. Es el efecto Adam. Mientras venía, he pensado en si hoy también se habría puesto una de sus características camisetas negras, pero, ahora que se mete en mi campo de visión, me sorprende verle puesta una camisa, aunque no haya cambio en el color.

Está impresionante. Guapo, atrayente, hipnótico... sexy. Me quito la chaqueta y la dejo sobre la barra junto con el bolso. Willow está sentada en uno de los taburetes altos y Phoebe está bastante atareada, por lo que la primera está sola.

—Hola, Will —la saludo dándole un abrazo rápido mientras veo con el rabillo del ojo que Adam recoge los vasos de una de las mesas que se han quedado vacías. Ay, Dios (perdón), se le ha caído un mechón de pelo sobre la frente. ¿He dicho ya lo impresionantemente guapo que es?

—Hola. No has tardado nada.

—Si llego a saber que estabas sola, hubiese intentado hacerlo antes.

—No te preocupes, Zac está en el baño.

Típico de Zac. Nadie se percata de su existencia aquí porque no deja la chaqueta en ningún lado ni suele pedir consumición.

—Antes de que digas nada, se acaba de terminar la cerveza —dice Phoebe acercándose a nosotras.

—¿Se ha tomado una cerveza? —pregunto llena de incredulidad.

—Dice que está bastante nervioso con los últimos acontecimientos y que, si tiene que morir, que sea disfrutando —contesta Pheebs.

—Mira que sois malas.

Zac aparece frente a mí con cara de estar agotado, como si no hubiese descansado lo más mínimo, y con un deje de preocupación que hace que se me pegue. Justo cuando voy a preguntarle si está bien, me abraza.

—Me alegro de que ayer te fuese de ayuda, Mara. Valoro mucho que me dieses tu confianza —me dice cuando se separa de mí.

Le sonrío y le aprieto un hombro cariñosamente.

—Eres algo así como una enciclopedia de asuntos paranormales, Zac. Tenía claro que debías ser el que estuviese al otro lado de la línea. Así que gracias por salvarme la vida.

—Para eso están los amigos, pero deja de ser tan exagerada. Sin mí, te las habrías arreglado de todos modos.

Caleb, que está alejado unos metros de nosotros, le pide en un tono elevado a Adam, para que pueda oírlo por encima de «Locked Out of Heaven», de Bruno Mars, que vaya al almacén a por un par de cajas de cervezas.

Veo como el hombre de mis sueños, y de mis pesadillas, se da la vuelta para hacer lo que le ha pedido su hermano, y mis pies van detrás.

Me encamino al pasillo en el que se encuentra el almacén, y los baños, y justo cuando llego al inicio de él veo la figura de Adam saliendo al callejón, ese al que somos tan asiduos juntos. Voy directa

hacia allí y, en cuanto pongo los pies sobre el asfalto, algo hace que mi cuerpo acabe contra la pared.

—Hola, Tormenta, no sabes las ganas que tenía de verte —me saluda justo antes de acercar su boca a la mía y devorarme por completo.

No sé el tiempo que estamos besándonos porque el poco raciocinio que me queda tras los últimos acontecimientos ha debido de irse por miedo a lo que pueda presenciar. Yo solo pido quedarme aquí para siempre y que este beso sea eterno. Pero no todo lo que se desea se cumple. Adam rompe nuestro beso apartándose lo justo para que podamos mirarnos a los ojos.

—¿Cómo estás? —me pregunta mientras con una mano coge uno de esos mechones que siempre se escapan de mi moño, y juega con él entre los dedos.

—Desde que he llegado aquí, mucho mejor. No me gusta regalarte los oídos, pero yo también tenía muchas ganas de verte.

Ay, esa sonrisa... «Deja de ser tan guapo, ser infernal, así es muy difícil que pueda tener sentimientos malos contra ti». Cuando dicen que el amor nos vuelve vulnerables, frágiles y tontos, se quedan cortos.

Adam pone más distancia entre nosotros y saca un cigarrillo. Niego su oferta a unirme al vicio y lo contemplo unos segundos en silencio. Qué putada todo... Cada vez soy más consciente del océano que nos separa, pero aceptar la realidad no lo hace menos doloroso.

—Quería comentarte una cosa, Adam.

—Adelante. Soy todo oídos —responde expulsando el humo por la boca.

—Verás —comienzo a hablar, y camino acortando los metros que separan las dos paredes del callejón, en la que cada uno de nosotros

nos habíamos apoyado—, hace un rato me ha picado la curiosidad y he querido conocerte un poco más.

—Vaya, vaya, ya veo que no puedes dejar de pensar en mí —suelta levantando sutilmente una ceja—. ¿Y qué has descubierto?

—Pues ahora sé un poco más cómo te mueves por tus aposentos, señor importante. Tengo un libro muy sabio del que puedo sacar mucha información. Tan solo tuve que probar un pequeño hechizo y ahí apareciste tú.

—¿Con foto y todo? —Sonríe con suficiencia.

—Sí, pero no te creas que sales muy favorecido. El problema no es ese...

—¿Y cuál es? —Ahora es él quien se acerca a mí, que me he quedado a medio camino.

—Pues que he intentado averiguar la razón de que aquí seas como eres —contesto, esta vez muy seria.

—¿Y cómo soy?

—Pues no lo sé, Adam... ¿Bueno? No sé cómo explicarlo, pero me resulta muy difícil imaginarte siendo un príncipe del infierno, con lo que eso conlleva, y que aquí seas tan... Adam. No veo nada malo en ti. Vale que al principio no te soportaba, pero nunca he visto que la maldad te gobernase. Aun así, a medida que nos hemos ido conociendo, has cambiado. Y para bien, quiero que quede claro. Si no fuese de ese modo, no estaríamos manteniendo esta conversación. Así que necesito saber por qué aquí actúas de esta forma cuando en tu casa eres la antítesis. Necesito respuestas.

—¿Eso significa que tu libro mágico no te las ha dado? —me pregunta, y ha acortado tanto la distancia entre nosotros durante mi discurso que está justo delante de mí.

—No, no lo ha hecho. Me ha mostrado una hoja completamente en blanco —admito derrotada.

—Te creía más perspicaz...

—¿Qué quieres decir? —inquiero mirándolo a los ojos. Y estoy del todo segura de que mi mirada muestra a una enamorada que necesita saber algo importante de la persona por quien se le acelera el corazón.

—Piénsalo... Vamos a hacer la cronología de nuestra relación. Nos conocimos hace cuatro años y te ofrecí mi ayuda. Hace poco nos reencontramos, niego conocerte, nos llevamos como el perro y el gato..., pero siempre pendientes el uno del otro, de cada palabra, de cada movimiento. Cada vez nos vamos tolerando más...

—Tú calmas mis pesadillas. —Lo hace. Me da paz.

—Yo calmo tus pesadillas. Incluso me meto en suelo sagrado y le echo una mano a un siervo de, digamos, mi enemigo.

—Para ayudarme.

—Y lo volvería a repetir mil veces —afirma posando una mano en mi mejilla.

—Me proteges. Te preocupas por mí. No es impostado, es real. Y...

—¿Y qué?

—Siento que me quieres —suelto a bocajarro.

Sí, lo sé. Si yo no formase parte de esta ecuación, pensaría que es imposible enamorarse en un intervalo tan corto de tiempo. Que el amor hay que cultivarlo poco a poco, con vivencias. Pero, seamos sinceros, somos un demonio y una bruja, creo que el convencionalismo no va con nosotros. Mi madre, en una ocasión, me contó que se enamoró de mi padre la primera vez que lo vio. Siempre me reí de eso; ahora sé que, en su caso, fue cierto.

La cuestión aquí es si es posible que un demonio se pueda enamorar de una bruja. Sé que Agatha mencionó que una de mis antepasadas sintió lo mismo que estoy sintiendo yo en estos momentos, pero desconozco si fue correspondida. Veo que Adam no

abre la boca y, justo cuando pienso que he metido la pata con lo que acabo de decir, habla.

—Por lo general, cualquier demonio que llega a un nuevo plano astral conserva su esencia maligna..., pero en algunos casos acaba abrazando la bondad, porque se produce una situación extraordinaria y puede escoger dónde situarse.

—¿Y cuál es? —indago con un hilo de voz.

No responde, acerca su boca a la mía y me da un beso tierno, nada parecido a los que nos acostumbramos a dar.

—Enamorarse. Así que la respuesta a tu pregunta de por qué aquí actúo del modo en el que lo hago es esta: porque me he enamorado de ti, y he elegido estar de tu parte.

En cuanto termina de pronunciar la última palabra, aparezco en mi casa por arte de magia, nunca mejor dicho, en medio de mi cocina, justo delante del libro. Está abierto de nuevo por la página trescientos sesenta y cinco, esa que antes estaba en blanco... y que ahora está llena de palabras.

Toda criatura habitante del averno, dependiendo de su jerarquía, refleja en el infierno la esencia más oscura de su ser debido a la cantidad de pecados que pesan sobre sus hombros. Todo aquel que encuentre un hilo conductor en forma de conexión, al cruzar el plano astral, con alguien con un alma pura tendrá la opción de una libre elección. Siempre podrá decidir de qué modo quiere actuar en ese lugar.

En el caso del príncipe de la lujuria, la obsesión, la toxicidad, la pasión lasciva y el deseo carnal se podrán convertir en atención, ternura, devoción y amor verdadero, quedando libre de cadenas y cargas perpetuas.

Podrá dejar de lado la destrucción, el mal, la humillación, el corromper a terceros, para dedicarse a una vida en la que podrá

ayudar, proteger y amar.

Con todo, advertimos que nunca dejará atrás su parte demoniaca completamente, su naturaleza se lo impide, pero podrá llevar una vida tranquila junto con su persona elegida. De todos modos, eso no lo exime de que, en el transcurso de los años, alguna vez saque su lado oscuro, aunque en menor medida, ya sea necesario o no.

El libro no ha querido decirme nada hasta que lo hiciese él. Solo él tiene el poder de darme las respuestas que preciso. El libro es mi botiquín, pero él es mi medicina.

Intento cerrar el libro, pero me es imposible. No me he teletransportado, me he proyectado astralmente, por lo que cierro los ojos y pienso en regresar a ese callejón en el que mi cuerpo me espera.

Abro los ojos y estoy frente a Adam, que me mira preocupado.

—Te has ido a alguna parte, ¿verdad?

—He ido a comprobar que no me estabas engañando. Y una vez contrastadas las versiones, a mí también me gustaría decirte una cosa. —Sonrío.

—¿Qué? —pregunta contra mi boca.

—Que yo también estoy enamorada de ti.

—Haremos arder el mundo —murmura contra mis labios y, acto seguido, me besa.

—Y haremos arder el infierno —contraataco separándome de él.

—Juntos.

—Juntos.

—Contra todo y contra todos —asegura mirándome con esos increíbles ojos que tiene.

—Siempre.

Y lo digo con conocimiento de causa, convencida. Juntos y contra todo y contra todos, porque no dejaré que nada se interponga entre nosotros. Y, sí, pongo a Dios por testigo.

Libertad

—Facultad natural que tiene el hombre de obrar de una manera o de otra, y de no obrar, por lo que es responsable de sus actos.

—Estado o condición de quien no es esclavo.

—Estado de quien no está preso.

—Falta de sujeción y subordinación.

—En los sistemas democráticos, derecho de valor superior que asegura la libre determinación de las personas.

—Prerrogativa, privilegio, licencia. Usado más en plural.

—Condición de las personas no obligadas por su estado al cumplimiento de ciertos deberes.

—Contravención desenfrenada de las leyes y buenas costumbres.

—Licencia u osada familiaridad. En plural, usado en sentido peyorativo.

—Exención de etiquetas.

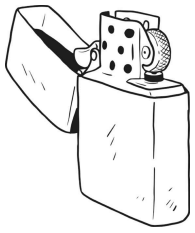
—Desembarazo, franqueza.

—Facilidad, soltura, disposición natural para hacer algo con destreza.

—Lo que nunca pensé que podría experimentar en mis carnes.

61

El diablo anda suelto,
y hasta beato se ha vuelto



Adam

No mentía para nada cuando he dicho que haremos arder el mundo. Y, sí, si tengo que hacer arder el infierno por ella, lo haré sin pestañear.

Cuando llegué a este pueblo la primera vez, lo que menos esperaba era que iba a conocer a alguien que cambiaría mi existencia y haría que me replanteara todo lo que soy, pero ocurrió. Regresar al infierno, después de conocerla, hizo que llevase a cabo cosas de las que no estoy muy orgulloso, pero necesitaba sacármela de la cabeza como fuese.

Cuando se me dio la opción de volver a Midnights Valley para investigar qué estaba sucediendo, el caos que se estaba iniciando,

no lo dudé ni un segundo. Eso significaba volver a verla, tenerla vigilada, poner las cosas en su lugar y, de paso, poder pasar tiempo con mi hermano, ese al que echo de menos en la eternidad.

Nunca supe a ciencia cierta el porqué de su decisión. A pesar de preguntarle infinidad de veces las razones por las que decidió quedarse en este pueblo en lugar de volver a casa con los suyos, él mantuvo silencio... De todos modos, debo admitir que siempre imaginé el motivo principal para dejarlo todo atrás... Phoebe, la chica rubia y pizpireta que no tiene nada que ver con él, pero que hace que mi hermano parezca un pobre desvalido.

Caleb llegó aquí hace seis años con una misión que cumplir... y la cumplió; el problema es que las cosas no transcurrieron como todos esperábamos. O, más bien, como esperaba yo. No volvió.

Lo entiendo. Me ha costado tiempo comprender que tienes que quedarte donde recibes lo que necesitas en el momento adecuado. Él halló a una persona desinteresada que lo ayudó sin pedir nada a cambio. Incluso más que eso, si cabe, ya que sabía lo que era mi hermano y no le importó. El experimento podría haber salido fatal, pero no fue así. Abrió su negocio, ese que le da dinero para paliar su avaricia, y siente una conexión especial con esa chica que lo acompaña en el día a día.

En cuanto a mí... Esto daría para una serie de siete temporadas... La historia de un demonio lujurioso y pecaminoso que se vuelve un blando por culpa de sus sentimientos, esos que nunca creyó que lograría sentir, sería un filón. Un demonio que incluso ha dejado de practicar sexo salvaje para disfrutar del sexo apasionado con altas dosis de amor..., aunque siga rompiendo mobiliario. Uno cambia, pero tampoco tanto.

Siempre me creí leal a los míos por encima de todas las cosas, pero eso cambió cuando ella se convirtió en lo más importante para

mí. Ahora, mi deber es protegerla antes que a cualquiera..., incluso por delante de mis propios hermanos. Y eso haré.

Tres señales. Tres avisos. Tres amenazas.

Ya vienen.

No sé en qué momento exacto todo saltará por los aires, pero lo capearemos juntos. Ya he tomado una decisión, voy a quedarme con ella.

—¿Estás bien, hermano? —me pregunta Caleb asomando la cabeza por la puerta del almacén.

—Sí, ¿a qué viene esa pregunta?

—A que mi cuñada lleva cinco minutos en la barra y no hace más que mirar si vuelves junto a ella. Te he pedido un par de cajas de cerveza, no que me hicieses el inventario entero. La verdad, después de ver la cara de felicidad del nuevo miembro de la familia, pensé que te encontraría aquí vomitando purpurina.

—Muy gracioso, por esto último y por tus alusiones a mi noviazgo.

—Por lo menos no lo niegas. Me asombras. Y ahora en serio, ¿qué pasa?

—He decidido quedarme...

—Joder, esta sí que no me la esperaba —me dice adentrándose en el almacén y poniéndose junto a mí—. Voy a decirte una cosa, Adam: hazlo. Hazlo si realmente lo sientes, y no dejes que nadie te haga replanteártelo. *Nadie* —insiste haciendo énfasis en esta última palabra.

—¿Ni aunque lo intente la familia?

—Sabemos que el concepto de familia ahí abajo no se puede comparar con el de aquí arriba, no tienen nada que ver. Tenemos a los mayores hijos de puta como hermanos, tío, y sabes que ellos nos joderían vivos si con eso se salieran con la suya. Todos nosotros hemos funcionado siempre así, no lo olvides.

—Es cierto, y también que nos encantaban ese tipo de cosas, Caleb.

—Aquí, y ahora, no. Recuérdalo.

Veo como coge una de las cajas de cerveza que me había pedido y me hace un gesto para que lo ayude con la otra. Cuando voy a hacerlo, me mira fijamente, con preocupación, y mueve los orificios nasales.

—Adam...

—Los has olido.

—Ya están aquí. Esos mamones han llegado.

Aviso

—Acción y efecto de avisar.

—Indicio, señal.

—Precaución, atención, cuidado.

—Prudencia, discreción.

—Embarcación de guerra, pequeña y muy ligera, utilizada antiguamente para llevar pliegos y órdenes y, después, para otros usos auxiliares.

—Anuncio o advertencia que conviene tener en cuenta.

—Lo que hace que nos pongamos manos a la obra.

62

El fuerte no hace caso de la muerte



Mara

Veo llegar a Adam y a Caleb y presiento, sé, que algo no va bien. Los delatan sus movimientos corporales, sus ceños fruncidos y sus marcadas venas del cuello. Nunca me había parado a mirar si tenían algún tipo de similitud, pero en estas pequeñas cosas gestuales se nota que tienen algo en común.

Me pongo en alerta y lo primero que hago es intentar contactar con Will, quien se ha marchado antes de que yo regresase del callejón. Phoebe y Zac me han explicado que se ha excusado diciendo que tenía algo muy importante que hacer y que se le había olvidado por completo. Ahora pienso que algo va realmente mal y que ella está involucrada.

—¿Qué pasa, chicos? —pregunta Pheebs mientras saca las cervezas de las cajas y las mete en las cámaras frigoríficas.

—No sé cómo deciros esto... —contesta su jefe.

—Ya están aquí. No he querido deciros nada, pero uno de los usuarios que más veces participa en los foros de mi blog ha comentado que presentía que algo gordo iba a pasar hoy. No le he hecho mucho caso porque, seamos realistas, no creo que sea un humano que también tiene contacto con un ser del inframundo. Así que, ¿de dónde iba a sacar esa información en caso de ser verídica? Lo siento, chicos, debería habéroslo contado —nos informa Zac, y su rostro muestra que se siente culpable.

—Zac, si tuvieses que informarnos de cada cosa que te sueltan, no tendrías suficiente saliva para ello —lo tranquilizo.

Por nada del mundo quiero que se atribuya una culpa que no tiene.

—Gracias, Mara. De todos modos, tendría que haberlo comentado. La cuestión es que, si tienen razón, en algún momento tendré que dar con esa persona...

—¿Te ha mencionado algo más específico? —pregunta mi amiga.

—Que seres infernales llegarían hoy con el fin de devolver a su lugar a los que no deben estar aquí. Ha añadido algo sobre muertes, profecías, sacrificios, castigos..., y un montón de cosas más. No me he parado a analizarlo porque en ese instante he supuesto que, si eso pasaba, vosotros lo sabríais —concluye refiriéndose a los príncipes del infierno que nos acompañan.

—Parece ser que a nosotros ya no nos tienen en cuenta para nada, pero, sí, están aquí. Los he olido.

¿Que Caleb los ha olido? ¿He oído bien? Parece ser que sí, y que soy la única que no conoce sus capacidades, porque solo yo parezco sorprendida por este dato.

—Chicos —dice elevando el tono de voz para que los cuatro clientes que están en el local lo escuchen con atención—, nos ha surgido un contratiempo importante, así que, sintiéndolo mucho, no nos queda otra que cerrar ya.

Tres de ellos, que están en una mesa, apuran sus consumiciones ya pagadas y se marchan deseándonos buenas noches a todos. La otra persona, una chica que nunca había visto por aquí, y que he notado que nos ha observado más de la cuenta, se acerca a la barra para pagar.

—Espero que no sea grave el contratiempo.

—Esperemos que no —le contesta mi amiga—. Aquí tienes el cambio.

—Guárdatelo, de propina —dice sonriéndole a Pheebs.

—Con esto te da para varias consumiciones más.

—Quédatelo. Siempre podéis invitarme a las siguientes.

Se da la vuelta y yo solo puedo fijarme en su pelo rubio recogido en una coleta, su chaqueta de cuero, tipo americana, granate, sus pantalones negros y unas botas del mismo color.

—Que paséis una buena noche —es lo último que nos dice antes de girar la cabeza, guiñarnos un ojo y salir por la puerta.

—Eso ha sido... raro. ¿Quién era esa chica? —pregunta Zac totalmente obnubilado.

—Pues no lo sé, pero ahora mismo no tenemos tiempo que perder.

Los tres chicos se ponen a recoger las mesas y yo me meto tras la barra para ayudar a mi amiga con los vasos. Deberíamos salir de inmediato de aquí, pero no sabemos dónde, ni cuándo, exactamente, van a aparecer.

—Pheebs, no consigo contactar con Will.

—¿La has llamado al móvil?

—La he llamado, le he mandado un mensaje y también lo he intentado telepáticamente, sin éxito. ¿Qué es lo que os ha dicho cuando se ha ido?

—Pues algo así como que se le había olvidado hacer algo importante. A mí me ha parecido extraño. No es por ofender, pero, a pesar de que se lleva bien con todo el mundo, las únicas personas con las que tiene una relación más estrecha somos nosotras. Aquí no tiene familia. No tiene perro al que sacar a pasear. Que sepamos, tampoco tiene ningún lío amoroso... ni un trabajo al que llegar puntual exceptuando el tanatorio, que a estas horas está cerrado.

—¿Crees que tiene que ver con lo que va a ocurrir? —pregunto deseando que me conteste que no, que esté tranquila.

—En este momento estoy tan nerviosa que podría decirte cualquier cosa, Mara. De todos modos, si estoy con estos nervios en el cuerpo es porque presiento que sí, que hay vinculación. Y si se ha ido sola..., no quiero seguir pensando a dónde habrá ido, y aún menos en cuáles pueden ser las consecuencias.

—¡Chicos —exclamo atrayendo la atención de todos—, hay que irse ya! Creemos que Willow puede estar metida en problemas.

Un minuto después estamos saliendo por la puerta del Insomnio sin rumbo que seguir, aunque decidimos irnos todos a casa de los chicos para hablar sobre qué podemos hacer, además de seguir intentando dar con nuestra amiga.

Llevamos un rato caminando (los chicos también han decidido dejar aparcados los coches hoy) cuando un grupo de chavales salen despavoridos de una de las casas que acabamos de dejar atrás.

—Ey, tranquilos, tranquilos. ¿Qué ha pasado? —les pregunto mientras siento su miedo en mi interior. Están totalmente atemorizados.

—Estábamos en el salón y de repente hemos oído que empezaban a caer cosas en la cocina. Al ir a mirar si alguien se había colado en ella, hemos visto que las puertas de los armarios se abrían y cerraban solas. Nos hemos acojonado... Creemos que hay algo oscuro dentro de la casa.

Se largan corriendo sin esperar respuesta, y nos quedamos los cinco mirándolos sin saber qué decir. Justo en ese instante todas las alarmas de los coches que están aparcados cerca empiezan a sonar.

—¿Qué coño sucede?

A nadie le da tiempo a contestar a Phoebe, ya que suena su teléfono, provocando que pegue un pequeño grito.

—¿Es Willow? —pregunto esperanzada.

—Es mi tío.

Descuelga la llamada y pone el manos libres.

—Hola, tío. Te escuchan Mara, Zac, Caleb y su hermano Adam. ¿Qué está pasando? Acabamos de ver salir a unos chicos a toda castaña de su casa, acojonados. Nos han dicho que han vivido algo así como un *poltergeist*. Además, las alarmas de los coches acaban de saltar de pronto. Y presiento que tu llamada no es para invitarnos a cenar, ¿verdad?

—Ahora mismo han dado el aviso de que ha saltado la alarma del campus. No voy a andarme con rodeos, chicos... Hay alguien allí, más concretamente en el gimnasio.

—¿Eso no es muy típico de peli de terror juvenil? Ni que estuviésemos en *The Faculty*.

—No es momento de tonterías —la corta su tío—. No voy a deciros que tenéis que ir corriendo porque sería como enviaros a la boca del lobo. Pero Mara...

—Lo sé, Stephen, es mi cometido. No dudes de que voy para allá.

—Sé que todos estáis involucrados en esto, pero, Zachary, no podemos perder a más habitantes de este pueblo. Por favor, vete a tu casa y quédate allí. Recuerda que, en estos casos, lo que creemos que sirve de ayuda... para el resto no es más que una preocupación añadida. Muchacho, te lo pido por favor.

—Se lo prometo, alcalde —dice Zac poniendo cara de resignado. Sabe que lo que acaba de decirle es tal cual.

—Chicos, tened cuidado.

—Lo tendremos, tío.

Phoebe corta la comunicación y adquiere una expresión que conozco como la palma de mi mano. Su cerebro está en plena ebullición.

—¿Por qué no os ha dicho nada directamente a vosotros? Sabe muy bien quiénes sois. No lo entiendo.

—Imagino que no se fía de nuestras buenas intenciones y no ha querido dar más información de la cuenta —le contesta Caleb, que acaba de poner las manos sobre los brazos cruzados de mi amiga.

Ella le sonríe y asiente con la cabeza mientras se comunica conmigo, cosa que nadie sabe.

—¿Crees que hay algo más que no ha querido decir porque estaban ellos delante?

—No tengo ni idea, pero no tenemos tiempo de averiguarlo. Lo único claro ahora mismo es que Zac, bajo ningún concepto, puede acompañarnos.

Enlazo el brazo de Zac con el mío y lo acompaño, a un paso un tanto acelerado, hasta la puerta de su casa.

—No os preocupéis, lo entiendo. No voy a moverme de aquí. Tened mucho cuidado, ya sabéis que no se me da muy bien hacer amigos y no me apetece tener que volver a empezar —suelta con un amago de sonrisa.

El silencio que nos envuelve cuando Zac acaba de hablar se ve interrumpido por una estrofa de «Take Me to Church», esa que habla de confesar pecados en el altar de las mentiras y de entregar la vida a Dios... Esa es la melodía que suena cuando alguno de mis padres me llama.

No sé en qué momento una lágrima solitaria abandona mis ojos, pero Adam la enjuga con el pulgar mientras me mira como si supiese lo que estoy pensando.

—No me miréis así, no es nada. Es que es una canción muy importante para mis padres, eso es todo —digo sonriendo para restarle importancia.

Pero, sí, sí que la tiene. La tiene porque no he podido coger la llamada de mis padres, que tiene un alto porcentaje de probabilidades de que haya sido la última. No la he cogido porque por nada del mundo podría decirles a dónde me dirijo. Necesito oír sus voces, que me reconforten, pero no quiero que les pase nada. Esa lágrima también es porque soy consciente de que algunas de las personas que están ante mí es posible que no vuelvan a estarlo en un futuro próximo.

Nos despedimos de Zac, esperamos a que se meta en casa y nos vamos cagando leches al lugar en el que posiblemente se va a desencadenar el apocalipsis.

Traición

—Falta que se comete quebrantando la fidelidad o lealtad que se debe guardar o tener.

—Delito cometido por civil o militar que atenta contra la seguridad de la patria.

—Lo que vamos a presenciar a lo largo de la noche. En más de una ocasión.

63

De quien se ausentó,
hacemos cuenta de que murió



Mara

Hemos corrido todo lo que nos han dado las piernas, logrando llegar al campus universitario, ese que no pisamos desde que las muertes en extrañas circunstancias de nuestros compañeros asolaron nuestra comunidad. Miro a mi alrededor y percibo un ambiente cargado y hostil, lo que provoca que note mi cuerpo un poco cansado. Intento volver a comunicarme con Willow, pero no lo consigo, y algo me dice que en breve sabré el porqué.

Busco cualquier indicio que me pueda dar una pista de a dónde tenemos que dirigirnos, pero se me olvida que voy acompañada de dos demonios.

—¿Qué hay ahí? —pregunta Adam señalando a su derecha.

—Justo el punto que nos ha dicho Stephen, el gimnasio.

—Pues ahora mismo hay un vórtice abriéndose paso ahí dentro —anuncia todo serio, pasándose las manos una y otra vez por el pelo.

—¿Y eso qué coño significa, Adam? ¿Caleb? ¿Se pueden abrir vórtices así como así? —pregunta Phoebe totalmente fuera de sí.

Noto que la inquietud se ha ido apoderando de ella poco a poco.

—Significa que alguien de los nuestros —dice Caleb señalándose a sí mismo y luego a su hermano— está haciendo que se abra.

—¿Así de fácil?

Esta vez la que ha lanzado la pregunta he sido yo y, por cómo Adam se acerca a mí para acunar mi cara entre sus manos y la manera en la que me está mirando, sé que la contestación no nos va a gustar.

—Dilo ya, no tienes que suavizarlo —le pido.

—Para ello, alguien tiene que perder la vida.

En este instante doy gracias de que alguna parte del cuerpo de Adam esté en contacto con el mío, porque, de lo contrario, me habría desplomado y habría acabado en el suelo.

Algo dentro de mí se activa tan rápido que no soy capaz de procesar qué es lo que me pasa y, sin ser consciente de ello, cojo de la mano a mi amiga y, en cuanto estamos unidas, nos hago aparecer en el gimnasio. Esta vez de verdad, en cuerpo y alma.

Ante nosotras tenemos al ser despiadado que durante cuatro años me ha hecho la vida imposible. Eleanor Warren está en una especie de altar improvisado sobre el que descansa el cuerpo sin vida de nuestra amiga. Sus ojos abiertos miran sin ver a un punto fijo y sus pecas destacan más todavía debido a la palidez de su rostro.

Un grito sale de mi garganta haciendo que la que un día fue mi suegra se percate de nuestra presencia.

—Hija de puta —le escupo con rabia—. Acabaré contigo, aunque sea lo último que haga.

—Bienvenidas, adoradas enemigas. Veo que habéis venido solas, una pena que mis amigos no os hayan acompañado. ¿Ya se han cansado de vosotras? Mucho les habéis durado. ¿Veis esto? —dice señalando a Willow, nuestra Willow—. Podríais haberlo evitado. ¿Sabéis cómo? Dejándolos en paz.

No hace falta que diga a quiénes se refiere, ya que sabemos que es a los hermanos Chase... y me atrevería a decir que Owen también forma parte de esta ecuación.

—No vas a cargarnos esto, Eleanor. Si eres el mal personificado no es culpa de ningún mortal. Tus acciones las eliges tú.

—¿Crees que me haces sentir mal? La bruja más poderosa de su generación soltando frases terapéuticas. Qué desilusión.

—Si Owen estuviese aquí...

—¿Alguien me llamaba?

No puede ser. Phoebe y yo nos giramos hacia el lugar del que ha procedido esa voz y me suelto de su mano, esa que todavía me tenía cogida, para acercarme a Owen, el chico al que he echado tanto de menos y por el que he pasado tantas noches sin dormir... y que acaba de hacer una aparición estelar.

—Mara, no...

No oigo qué más me dice mi amiga porque me abrazo a la persona a la que tantas ganas tenía de ver.

—Eres tú... —susurro tocándole la cara y los brazos, cogiéndole las manos.

—Sí, Mara, soy yo —responde agarrándome de las muñecas mientras yo no puedo dejar de observarlo.

Es real, está aquí. Vivo.

Me vuelvo a abrazar a él, feliz de no verlo rebanándose el cuello. Noto como sus brazos rodean mi cuerpo y me abraza..., y cuando nuestro contacto es muy estrecho reacciono y se me enciende una bombilla.

¿Qué hace aquí? ¿Cómo ha vuelto? Y lo peor de todo, ¿por qué aparece justo ahora, cuando su madre acaba de sacrificar a mi amiga?

Un golpe de realidad me sacude y, cuando quiero separarme de él, me lo impide.

—Owen, no lo hagas... —le suplico en voz baja. Por nada del mundo voy a mostrarle mi vulnerabilidad a la arpía de su madre—. Joder, soy yo, Mara. Nos conocemos desde siempre, fuimos parte importante el uno para el otro, fuimos pareja durante más de un año, nos quisimos...

—¿Has olvidado que cortaste conmigo y que intentaste dejarme en ridículo delante de un mandamás? Yo no lo he hecho, me acuerdo perfectamente.

Ante esas palabras, Phoebe, que está presenciando la escena en silencio, se pone en alerta, pero se mantiene quieta. Sé por qué lo hace: no quiere dar un paso en falso y empeorarlo.

—Para empezar, yo no tenía ni la menor idea de que era un príncipe del infierno, un mandamás, como tú dices. ¿Cómo iba a hacerlo? —contesto entre sollozos que escapan de mi garganta producidos por la traición que estoy sintiendo por aquel que creí mi amigo y por el que tanto he sufrido. Esto no lo había visto venir.

—¿Hubiese cambiado algo de haberlo sabido? No, no lo hubiese hecho. De verdad que lo siento, pero tengo que hacerlo.

—Hacer, ¿qué?

No me da tiempo a oír la respuesta porque en ese momento siento que un líquido paralizante entra en mi torrente sanguíneo,

dejándome totalmente fuera de combate.



Noto que algo me presiona las muñecas... y otras partes de mi cuerpo. Intento abrir los ojos, pero mis párpados pesan más de la cuenta, son como dos losas. Cuando consigo entreabrirlos y enfocar la vista estudio la situación. Estoy en el centro del gimnasio, de pie a duras penas, con las manos atadas a la espalda y mi cuerpo rodeado de cuerdas que me amarran a un poste de madera que ignoro de dónde ha salido. No estoy sola, siento a mi amiga detrás de mí, respirando de un modo sosegado que me indica que aún no se ha despertado. ¿Van a quemarnos en un simulacro de hoguera como a las antiguas brujas? Ni defensa en un juicio nos han otorgado. Malnacidos.

—Pheebs. Pheebs, despierta.

Nada.

Echo un vistazo a lo que mi campo de visión me permite alcanzar y solo veo el altar con el cuerpo de mi Will. ¿Dónde se han metido mi exnovio cabrón y la bicha de su madre? No oigo nada y no sé cuáles son nuestras posibilidades de lograr salir con vida de aquí.

Hago lo que ya he conseguido hacer en otras ocasiones y veo desde fuera mi cuerpo «dormido», y el de mi amiga, al que me acerco para comprobar si tiene algún golpe a la vista. Una vez que me cercioro de que no tiene ninguna marca, giro sobre mí misma y observo detenidamente este gimnasio en el que he estado en varias ocasiones a lo largo de los años.

Dos entradas. Una que comunica con el exterior y otra que lo hace con el edificio principal. Ventanas casi pegadas al techo, lo que nos impide poder salir por ellas..., a no ser que... a no ser que logremos accionar el interruptor de las graderías retráctiles para que se desplieguen; están recogidas, como siempre cuando no hay partido, así que tenemos que activar ese interruptor para que se abran y poder usarlas a modo de escalera. Esa es la única alternativa para alcanzar las altas ventanas. ¿Habéis visto *The Faculty*? Si el problema al que hay que enfrentarse mezcla ambiente estudiantil y fenómenos paranormales, puede servir para pillar ideas.

Sigo mi recorrido por el gimnasio fuera de mi cuerpo y reparo en una alarma de incendios que estoy segura de que saltará si intentan achicharrarnos vivas y un par de extintores que no nos servirían de ayuda. Veo también una boca de agua para poder poner la manguera de los bomberos y un montón de aparatos para deportistas junto a unas cuantas cajas de cartón, un espejo, de grandes dimensiones, y unas barras de madera. Esto último imagino que es para la clase de ballet. Conclusión: Nada de todo esto nos va a ser útil para salir de aquí.

Oigo un quejido y corro hasta Phoebe, que está siendo consciente de lo que está pasando y que me mira con el ceño fruncido.

—Dime que el cuerpo que está detrás de mí es el tuyo, pero que solo estás inconsciente... Dime que te has vuelto a proyectar astralmente y que lo que tengo delante no es tu espíritu. No puedo perder a más amigas, Mara —me pide a través de nuestro canal comenzando a llorar.

—Tranquila, estoy bien. He salido de mi cuerpo para poder echar un vistazo a todo lo que nos rodea y para verte a ti.

—¿Willow?

—Sigue ahí, son unos hijos de puta. No podemos dejar que la mancillen, Pheebs. No deben volver a tocarla bajo ningún concepto. Tenemos que sacarla de aquí justo como está ahora. De momento no lo entiendes, pero lo harás. Te lo prometo. Y ahora deja de llorar, no les puedes dar el gusto de que te vean derrotada, y además no podrás concentrarte si estás así.

Phoebe mira hacia el techo suspirando mientras hace un esfuerzo para procurar calmarse y yo sigo evaluando qué opciones tenemos.

—¿Adam y Caleb? —pregunta mi amiga mientras mira a su alrededor.

—No lo sé..., pero no parece que hayan intentado entrar aquí.

—¿Crees que...?

—¿Que les ha pasado algo? No lo creo, Pheebs. Supongo que se han encontrado con quien haya venido a perturbar nuestra tranquilidad y están teniendo una charla con ellos.

Oímos un ruido procedente de la puerta que comunica esta estancia con el edificio y, en cuanto visualiza lo que tenemos delante, un chillido sale del cuerpo de mi amiga haciendo que el mío experimente todo el dolor que Phoebe siente en estos momentos.

Eleanor y Owen no entran solos, porque un Stephen medio inconsciente es llevado por ambos.

—Phoebe, no mires.

Me hace caso y deja de observar como el cuerpo de su tío es arrastrado por todo el gimnasio. La veo cerrar los ojos, por miedo a que su mirada vaya de vuelta en esa dirección, y de repente los abre con sorpresa. Sé lo que está a punto de preguntarme.

—¿No pueden verte?

—Lo único que ven de mí es que estoy atada a ese poste, en el sexto sueño. He planteado que solo me puedan ver los que posean un alma pura.

—Entonces los chicos...

—De puros no tienen nada y somos conscientes de ello. Lo que no puedo decirte a ciencia cierta es si Adam puede verme en cualquiera de mis formas debido a lo que nos une.

—¿Y si lo intentas?

—No pienso dejarte aquí.

—¿Y si eso nos salva?

Amor

—Sentimiento intenso del ser humano que, partiendo de su propia insuficiencia, necesita y busca el encuentro y unión con otro ser.

—Sentimiento hacia otra persona que naturalmente nos atrae y que, procurando reciprocidad en el deseo de unión, nos completa, alegra y da energía para convivir, comunicarnos y crear.

—Sentimiento de afecto, inclinación y entrega a alguien o algo.

—Tendencia a la unión sexual.

—Blandura, suavidad.

—Persona amada. Usado también en plural con el mismo significado que en singular.

—Esmero con que se trabaja una obra deleitándose en ella.

—Apetito sexual de los animales.

—Relaciones amorosas.

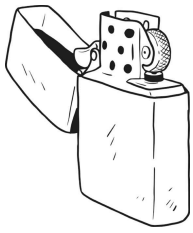
—Objeto de cariño especial para alguien.

—Expresiones de amor, caricias, requiebros.

—Lo que siento hasta en lo más profundo de mis entrañas por esta bruja.

64

Hasta que la muerte nos separe



Adam

JUSTO CUANDO LAS CHICAS DESAPARECEN

—¿Se han teletransportado?

—Es lo que parece. Tenemos que ir con ellas, Caleb —digo echando a andar, pero me detiene cogiéndome del brazo.

—Espera..., están aquí, hermano —me advierte arrugando la nariz.

—¿Con ellas?

—No, no lo creo. Adam, voy a ser muy franco, porque hay algo de lo que quizá no te has dado cuenta, aunque ya sabes cómo van las cosas. No solamente han venido para solucionar el problema, han venido para llevarte con ellos.

—Renuncio, Caleb.

Lo digo con total convicción; a la mierda todo, yo solo quiero quedarme con Mara y me llevaré por delante a quien se interponga en mi camino.

—¿Cómo coño vas a renunciar?

—Haciéndolo, igual que hiciste tú. ¿Tanto te sorprende?

—Adam, yo no renuncié a lo que soy. Tan solo renuncié a regresar a casa y, por ello, estoy en una especie de destierro que yo mismo me he impuesto. Sabes a lo que tendría que renunciar para poder volver con tranquilidad. No pienso hacerlo.

—Pues haré lo mismo que tú.

—Sin duda a ti no te lo pondrían tan fácil. Eres mucho más preciado allí de lo que yo he sido jamás. No es para hacerte sentir mal, pero siempre te has parecido a ellos más que yo. Siempre han creído que, de los siete, soy el más blando. Qué le vamos a hacer, me importa una mierda la opinión que esos gilipollas tengan de mí, por muy hermanos míos que sean.

—Para de menospreciarte, hermano. Tú y yo sabemos que ninguno de esos hijos de puta ha estado nunca a tu altura. Por eso les vino tan bien que decidieses quedarte y quitarte de en medio. Así que deja de soltar mierdas porque vales más que todos ellos, incluyéndome a mí.

—Esta terapia familiar está siendo muy satisfactoria, Adam, pero que no se te olvide que no van a darte impunidad. Quieren que cumplas el castigo por el trabajo no realizado. No van a dejar que te quedes aquí jugando a las casitas con ella, sabes que esto no funciona así. Viniste aquí con un cometido que no has llevado a cabo satisfactoriamente y, por el camino, te has enamorado de una bruja que se supone que está en contra de lo que somos. Así que vamos a

tener que andarnos con mil ojos para que esto salga de la mejor manera posible.

—¿Y qué propones?

—Voy a ir a buscar a esos mamones y tú vas a intentar dar con las chicas.

—¿Y después?

—Tendremos que lidiar con todo esto. No pueden, Adam. Bajo ningún concepto podemos permitir que acaben con ellas.

Dicho esto, Caleb se da la vuelta para dirigirse al edificio central, a donde me imagino que lo ha llevado su gran olfato. Yo sigo anclado en el césped de este campus por el que ha pasado Mara en incontables ocasiones. En el que ha reído, ha estudiado, ha almorzado o ha...

—Adam.

¿Son mis ganas de saber que está bien lo que hace que me la imagine delante de mí, o es su proyección astral, que ha venido a informarme de algo?

—Tormenta... —murmuro en tono ronco cuando la veo aparecer.

—Sí, te diría que en cuerpo y alma, pero ya sabes —responde apuntándose a sí misma—. Adam, han matado a Willow —suelta a bocajarro con un dolor que nunca le he visto.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Quién?

—Eleanor. Está en el gimnasio. Ha creado una especie de altar y está llevando a cabo alguna especie de ritual. Desconozco qué pretende, por eso he venido. —Le cuesta seguir hablando.

—Una bruja muerta... —Hablo más para mí que para ella... y de pronto la idea entra claramente en mi cabeza, hija de la gran puta—. Tiene a un mortal, ¿verdad?

—Stephen también está ahí dentro.

—Joder... ¿Phoebe?

—Está bien dentro de lo que cabe dadas las circunstancias. Nos ha atado a un poste de madera. Creo que tiene intención de quemarnos, como si estuviésemos en pleno Salem.

—¿Eleanor está sola?

—Owen está con ella. Nos ha traicionado, Adam. Me he alegrado al verlo ahí, ¿sabes? Lo he abrazado... —justo en este momento aprieto la mandíbula; no quiero que vuelva a tocarla bajo ningún concepto— y me ha pinchado con algo. Cuando me he despertado ya no podía moverme.

Miro hacia un lado para intentar tranquilizarme, porque es eso o ir directamente hacia allí y arrasar con todo a mi paso. ¿Por qué no estoy haciéndolo ya? La respuesta la tengo delante, por ella.

—Escucha —dice procurando tocarme la cara sin lograrlo, aunque percibo un hormigueo en ella—. Todo saldrá bien.

Es muy tierno por su parte hacer ver que lo tiene todo bajo control, pero yo sé que no es así. Siento que algo no es normal en ella, como si estuviese debilitada.

—¿Te encuentras bien? —pregunto intentando tocarla yo esta vez a ella. Veo como frunce el ceño mientras mira al punto en el que he posado la mano sin mucho éxito.

—Sí, no te preocupes. ¿Y Caleb?

—Mis hermanos ya están aquí. Ha ido a buscarlos para ganar tiempo mientras yo os echo una mano.

Cada vez estamos más cerca y cada vez tengo más ganas de sentirla.

—Escúchame con atención, Mara: sé exactamente lo que está intentando hacer, pero le falta una criatura del inframundo para conseguirlo, por lo que quizá contaba con que yo estuviese contigo, y esto nos da algo de ventaja. Voy a ir a por ti.

—¡No debes hacerlo! Si eso es lo que necesita, no se lo daremos. No pienso permitir que te haga daño —dice firmemente y con esa expresión que me vuelve loco.

—Me muero por tocarte —susurro con un gesto que me llevaría a posar la frente contra la suya si estuviera aquí—, Mara...

Abre esos ojazos que tiene, y que había cerrado, cuando siente que de verdad estamos en contacto.

—¿Cómo es posible? —pregunta atónita.

—No lo sé, pero doy gracias por ello.

Le acuno la cara con las palmas de mis manos y la beso como llevo queriendo hacer desde que se me ha aparecido..., o desde que la conozco, porque es hora de reconocer que me pasaría la eternidad así sin pensarlo dos veces; de hecho, es lo que pretendo hacer.

—No sé si voy a poder salvaros a todos —murmura contra mi boca.

—No está mal si no puedes hacerlo, Tormenta.

Y lo digo de verdad. No quiero que se eche sobre la espalda una responsabilidad que no le compete por muy elegida que sea. No quiero que dé su vida por nadie. No quiero que no pueda con la presión que sienta cuando todo esto haya terminado y sea consciente de los cadáveres que se habrán quedado en la cuneta.

—¿Podemos quedarnos aquí para siempre?

Le sonrío, a pesar de ser algo que no acostumbro a hacer. Me empapo de toda ella porque quiero recrear en mi mente un mapa mental de cada una de sus características...: el nacimiento del pelo, ese lunar en forma de luna que adorna su cara, sus largas pestañas o una pequeña marca que tiene en el rostro.

Le toco la melena, porque quiero recordar siempre ese tacto sedoso de su pelo, ese que siempre se le escapa de su inseparable

moño.

—Me encantaría decirte que sí.

—Lo sé.

Volvemos a unir nuestros labios, ahondando en el beso, hasta que oímos un grito desgarrador a lo lejos.

—Joder, es Pheebs..., tengo que volver con ella.

Sé que se muere por quedarse conmigo, pero Phoebe es su familia.

—Todo va a salir bien.

—¿Me lo prometes?

—Venga, no hay tiempo que perder.

Justo cuando va a desaparecer, la agarro de la mano. Necesito hacer esto a pesar de saber que, una vez hecho, no habrá vuelta atrás.

—Tormenta..., te quiero.

Su respiración se acelera y una especie de chispas de colores salen de su cuerpo.

—Yo también te quiero —dice antes de darme un beso, y la siento suspirar.

—Siempre —pronuncio contra sus labios—. No lo olvides nunca.

—Siempre, Adam.

Las palabras se han quedado atascadas en mi garganta, por lo que le regalo una sonrisa que ella me devuelve antes de volver a quedarme solo.

Y con esa sonrisa que me ha regalado he llegado sin lugar a dudas al punto de no retorno. Ya sé lo que tengo que hacer.

Sacrificio

—Ofrenda a una deidad en señal de homenaje o expiación.

—Acto del sacerdote al ofrecer en la misa el cuerpo de Cristo bajo las especies de pan y vino en honor de su Eterno Padre.

—Matanza de animales, especialmente para el consumo.

—Matanza de personas, especialmente en una guerra o por una determinada causa.

—Peligro o trabajo graves a que se somete una persona.

—Acción a que alguien se sujeta con gran repugnancia por consideraciones que a ello le mueven.

—Acto de abnegación inspirado por la vehemencia del amor.

—Operación quirúrgica muy cruenta y peligrosa.

—Lo que pretende llevar a cabo esta hija del mal.

65

Quien envidioso vive
desesperado muere



Mara

En un solo pestañeo, me encuentro de nuevo junto a Phoebe y vuelvo a introducirme en mi cuerpo. Se me escapa un quejido al mover el cuello, y veo cambios a mi alrededor.

—¿Todo bien? —me pregunta en voz baja para que solo yo pueda oírla.

—He estado con Adam, parece ser que todos sus hermanos están aquí.

—¿Los siete príncipes del infierno reunidos en Midnights Valley? —pregunta realmente sorprendida.

—No lo sé con total seguridad, pero es muy probable que así sea. ¿Qué ha pasado mientras he estado fuera?

—No tengo ni idea de lo que pretenden hacer aquí, pero han estado sacando cosas, como para hacer más espacio. Owen estaba cogiendo el espejo justo cuando mi tío se ha despertado.

—¿Cuánto hace de eso? —Necesito procesar lo que está ocurriendo.

—Solo unos segundos antes de que hayas vuelto.

Ellos no lo saben, pero que Owen haya dejado el espejo en la posición en la que está me sirve de gran ayuda, ya que puedo ver lo que mi campo de visión no me permitiría alcanzar.

Ahora mismo, gracias al reflejo, veo que Eleanor sostiene en ambas manos una especie de cáliz; desgraciadamente ignoro cuál es su función.

Agudizo el oído para captar lo que le dice a su hijo.

—Ya sabes lo que tienes que hacer. Coge la daga y ponte a ello, debemos conseguir abrirlo cuanto antes.

Esto no me gusta nada, y después de mi conversación con Adam lo único que tengo claro es cuáles son sus intenciones: quieren la sangre de Willow y la de Stephen para lo que sea que intentan hacer.

Veo que Owen hace lo que su madre le ha mandado y coge el arma que tiene a su derecha. Blandiéndola, la observa con detenimiento, dándole vueltas al tiempo que sonríe como si en su mano tuviese un tesoro.

—No tenemos todo el día, Owen.

Mientras intento no perderme nada de lo que está pasando, noto que las cuerdas que me rodean generan más fricción en mi cuerpo porque mi amiga se está moviendo.

—Pheebs, ¿qué pasa?

—Necesito ver... —comienza a hablar mi amiga con voz temblorosa.

—Será mejor que no lo hagas.

Estoy segura de ello, porque lo que menos me apetece es que mi mejor amiga vea como matan a su tío.

Sigue intentando moverse hasta que lo consigue, y logra ver parte del altar improvisado en el que ahora hay dos personas sumamente importantes para nosotras, aunque solo una de ellas sigue respirando.

—No mires, ¿me oyes? No mires bajo ningún concepto. Por favor te lo pido.

—Tengo que hacerlo, Mara. Tengo que ver lo que va a hacerle a mi familia para no sentir remordimientos cuando la mate con mis propias manos.

Owen se acerca a Willow, le coge la muñeca y hace un corte profundo en su piel, en su carne. La sangre de sus venas empieza a salir profusamente. Con un mortal no sería así, pues, después de la muerte, el corazón humano deja de bombear sangre y esta se espesa y fluye menos y solo en ciertas partes.

Eleanor coloca un cáliz de plata que tiene una cruz invertida debajo y recoge lo que no es suyo, lo que no le pertenece. Sangre de una bruja. Una vez que ya tienen suficiente, Owen deja caer el brazo inerte de Will, creando un charco de color carmín que nos evoca lo que hemos perdido.

Ahora sé a quién le toca. La diferencia es que él sigue vivo, y estos hijos de puta van a dejarlo morir desangrado. No sé si seré capaz de presenciar semejante escena, por lo que, cuando veo que se acercan a él, intento coger la mano de Phoebe sin éxito mientras cierro los ojos con fuerza.

—Cambio de planes..., traédmelas a ellas.

Vuelvo a abrirlos y veo el desconcierto en la cara de mi exnovio.

—Ya tienes sangre de una bruja. ¿No es mejor que estas dos se quemen en la hoguera? Es la tradición.

—No, quiero también su sangre. Tres por el precio de una... Estoy segura de que nos dará algo de ventaja.

Owen se acerca a nosotras y, con la misma daga con la que ha cortado a nuestra amiga, corta las cuerdas que nos tenían prisioneras de una sola vez.

Nos coge a ambas por la nuca, con una fuerza que nunca supe que tenía, y nos tira a los pies de la zorra de su madre.

—A mis pies, qué paradoja —dice esta mientras nos mira con asco.

—Ella primero —le ordena a Owen señalando a Phoebe.

Veo que Stephen, que a duras penas puede abrir los ojos, me mira suplicante. Bajo la vista a mi pecho porque algo se ha metido en él. Es miedo. Es esperanza. Es familiaridad. Es amor. Es... sacrificarte por lo que más quieres en la vida. Stephen quiere que salve a su sobrina sea como sea, incluso ofreciendo su propia vida.

Niego con la cabeza, porque tengo que ser capaz de encontrar una salida a todo esto sin perder a nadie más. No a una pieza tan fundamental como es él. Pero entonces siento enfado. Siento ira. Es autoridad. Es determinación. Me está ordenando que lo use de cabeza de turco para darnos una posibilidad.

Trago saliva, pido mentalmente que mi amiga no me odie por esto y actúo muy a mi pesar.

—¿Sabes, Eleanor? —interrumpo, necesito seguir ganando tiempo —. No te creía tan estúpida.

—¡Cómo te atreves...! —ruge hacia mí, y sus ojos, que siempre han sido azules y fríos como el hielo, se tiñen de un color rojo que me dejan claro que estoy enfrentándome con el mal personificado.

—Tienes la opción de hacernos sufrir aún más si cabe y la estás desaprovechando. Has asesinado a nuestra amiga sin que lo presenciáramos. Nos la has mostrado ya muerta, solo hemos visto cómo te hacías con un poco de su sangre... Al menos esperaba que nos obligases a ver cómo Stephen pierde la vida..., pero has decidido matarnos a nosotras primero. Simplemente eres decepcionante, esperaba más de ti.

Esto es de las cosas más duras que he hecho en mi vida, y lo que siento ahora es decepción, proveniente de mi amiga, que no entiende lo que estoy haciendo.

—Vaya, vaya..., al final va a resultar que tienes una mente más perturbada de lo que parece, normal que el príncipe de la lujuria, Adam, te haya escogido como compañera —responde con un tono burlón que hace que todo el vello de mi cuerpo se erice de rabia; no es digna de hablar de él ni de pronunciar su nombre—. ¿Te gusta la muerte? ¿Ver morir a los tuyos? ¿Sabes qué? Que voy a darte el gusto. Tómatelo como un regalo de mi parte antes de morir. Algo así como el último deseo que piden los presos del corredor de la muerte. Tus deseos son órdenes para mí, elegida.

Le arrebata la daga a Owen de la mano y se dirige hacia Stephen con paso lento.

—¡Aléjate de él! —brama Phoebe, y noto que su poder se conecta con el mío.

—Tranquila, nena —dice Stephen utilizando un apelativo cariñoso que nunca ha usado en público con ella—. Siempre voy a estar contigo, con todas vosotras. Vuestro destino es estar juntas. Siempre.

Antes de que a Phoebe le dé tiempo a contestar, nuestra enemiga llega junto a Stephen y le acerca el filo a la garganta. Una sonrisa maligna asoma a su rostro y nos mira a ambas. Abro los labios para

protestar a pesar de que he sido yo la que ha provocado esta situación, pero, antes de que algún sonido salga de mis labios, con un movimiento firme, Eleanor le rebana el cuello al tío de mi mejor amiga. Lo deja caer al suelo, casi muerto, y un grito desgarrador sale de la garganta de su sobrina, y todo su dolor se une al mío y me atraviesa como si fuese una bala.

Ya está, lo he hecho. He dejado que una de las personas más importantes de mi vida sufra un trauma por los restos de la suya al ver morir a su único tío. A su figura paterna. Alguien que la adoraba. Ahora mismo me encantaría meterme en la cama para llorar hasta que no me quedasen más lágrimas, pero tengo que dejar los sentimientos por las pérdidas personales al margen porque no puedo permitirme más. Cierro la compuerta de mis emociones, y transformo el nudo de mi pecho en poder, un poder que poco a poco siento que va corriendo por mis venas.

Veo verter la sangre de un mortal en el cáliz, y no me cabe duda de que ahora sí que es nuestro turno. A pesar de eso, mi mente sigue preguntándose qué criatura de su bando es la que van a utilizar para que la apertura del vórtice se lleve a cabo, ese que ha comenzado a abrirse mínimamente al mezclarse lo mágico con lo mortal.

Phoebe se ha tirado al suelo junto a su tío, que está en sus últimos momentos, intentando taponarle la herida con las manos. Intentando salvarlo a pesar de que sabe que no hay nada que hacer.

—No... ¡No! —grita desesperada—. No puedes dejarme sola, no puedes irte. No...

Phoebe me mira y yo solo puedo mirar al suelo mientras una lágrima cae.

—Me lo ha pedido él. No me odies, por favor.

—He tardado un segundo en saber que algo pasaba. Lo superaremos juntas, Holloway.

—Juntas, Boneville.

Vuelve a centrarse en Stephen mientras su sangre lo inunda todo hasta que oímos sus últimas palabras a través de nuestro canal, antes de exhalar su último aliento.

«Dile que lo quiero con toda mi alma».

Cuentan que, antes de morir, una secuencia de imágenes de tu vida pasa por tu mente. Momentos felices, momentos que no lo son tanto, pero, sobre todo, pasan ante ti personas que han hecho que tengas innumerables recuerdos a los que agarrarte. Estoy segura de que Otto está en cada uno de ellos, y yo solo pienso que aquí no solo hemos perdido nosotras, hemos perdido todos.

Eleanor agarra a Phoebe, separándola de su tío, y la tira contra Owen, que la coge del cuello.

—Estate quieta —la amenaza acercándole la punta de la daga a la garganta al ver que mi amiga no para de revolverse para intentar zafarse de él.

—¡Para! —exclama Eleanor.

Todos la miramos sin entender por qué lo ha detenido.

—Pensándolo bien, prefiero ver cómo gritan al quemarse, así que vuelve a atarlas. Con que les saques un poco de sangre es suficiente.

—No me encuentro bien... —me dice Phoebe telepáticamente justo antes de que la punta afilada le haga un corte en la carne para que salga un pequeño reguero de sangre.

En ese momento Eleanor se acerca a ella, con el cáliz en la mano, para recoger hasta la última gota.

—Es normal que no estés bien. —Intento tranquilizarla en la medida de lo posible.

—No... no sé qué me pasa. Siento algo extraño en mi interior.

Agudizo mis sentidos y percibo que una especie de magia pasa de un cuerpo a otro, de un Boneville a una Boneville. Tío pasándole un legado a su sobrina.

—Es cosa de Stephen, Pheebs. Lo veo.

—No es posible, él era mortal. No era como las mujeres de mi familia. Lo único que me contaron al respecto es que tenía algún tipo de poder sensorial, pero nunca ha sido capaz de lanzar hechizos ni hacer las cosas de las que somos capaces nosotras.

—Pues, sea lo que sea, es tuyo. Eres su heredera.

Empieza a llorar con mucha emoción, haciendo caso omiso a los empujones que Owen le está dando para llevarla de nuevo al poste que acabará en hoguera.

Yo sigo tirada en el suelo, como mi exnovio me ha dejado antes, pero sé que ahora me toca a mí. Es mi momento. Es nuestro momento. Una vez que deja a Phoebe bien atada, se acerca, me levanta cogiéndome bruscamente del brazo y me pone a su altura. Cara con cara. Mirada con mirada. En tiempos pasados jugaríamos a ver quién se reía primero; en estos momentos, solo deseo matarlo y que sufra.

—Acaba cuanto antes —le exijo.

Me da la vuelta, apoyándome contra su pecho, y su boca se acerca a la mía al tiempo que me coloca la punta de la daga en el cuello.

—Relájate, no voy a recrear esa escena.

Tengo claro que no se refiere a cómo le han rebanado la garganta al alcalde, sino a la imagen que me regaló por mi cumpleaños. A él cortándosela a sí mismo.

Desde mi posición veo el espejo, que me muestra varias cosas. La primera, el sufrimiento de mi amiga. Y la segunda, a Eleanor

llevando la vista del cáliz a nosotros. Debe de estar contenta. No solo tiene la sangre de una bruja, sino de dos..., y la de una tercera va en camino. También cuenta con la sangre de un mortal. Su ritual está en curso y lo noto por el poder oscuro que nos envuelve. Solo le queda la de un semejante. Vuelvo a observarla y la sonrisa que tiene en la boca me deja petrificada. No sonríe porque yo esté vulnerable, sonríe observando a su hijo. En ese momento encaja la única pieza que faltaba. Su hijo, ese al que tiene pensado sacrificar.

Proteger

—Resguardar a una persona, animal o cosa de un perjuicio o peligro, poniéndole algo encima, rodeándolo, etcétera. Usado también como pronominal.

—Amparar, favorecer, defender a alguien o algo.

—Lo que tengo que hacer con mi exnovio, ese que me quiere muerta.

66(6)

El villano le da diez vueltas al diablo



Mara

Intento moverme para mirar cara a cara a Eleanor, necesito ver en sus ojos sus verdaderas intenciones. Este giro dramático de los acontecimientos no me lo hubiese imaginado ni en un millón de años. Siempre tan madre protectora. Siempre haciéndomelo pasar tan mal por el «duelo» que sufría por la pérdida de su único hijo. Siempre tan hija de puta.

No consigo mi cometido, lo que sucede es que el cuchillo atraviesa un poco mi piel. Aprieto los dientes para que ningún sonido salga de mi boca, porque ni ella ni Owen se han percatado y me niego a que me roben ni una sola gota, y doy gracias a todos los astros de que, debido a todo lo sucedido, gran parte de mi pelo está ya suelto,

haciendo que mi cuello quede prácticamente tapado. Solo espero que no huelan el olor de mi sangre.

Owen se cansa de que no le ponga las cosas nada fáciles y vuelve a tirarme al suelo, pero no me deja ahí. Lo que hace es agarrarme del pelo y arrastrarme por el gimnasio con todas sus fuerzas para llevarme junto a mi amiga.

Mientras intento zafarme, chillando por el dolor que siento en el cuero cabelludo, y le clavo las uñas en la mano, veo los dientes inmaculados de la única mujer que está en esta sala a la que quiero ver muerta. Se está relamiendo con la imagen que tiene ante ella, y yo solo deseo que, al acabar la noche, las tornas cambien y sea yo la que sonría de satisfacción.

Me suelta empujándome con violencia contra el poste. Mataría por poder pasarme las manos por la cabeza para intentar mitigar el dolor que siento en ella, pero no me es posible.

—Estate quieta de una puta vez. No me hagas repetírtelo.

—¿O qué? ¿Qué más me vas a hacer? Vais a matarme de todos modos, así que no pienso poneros las cosas fáciles.

Vuelvo a moverme y es entonces cuando me mete un bofetón que me gira la cara. Me mira con desaprobación y me ata las manos de nuevo para, después, amarrarme al poste, aunque no tan fuerte como antes. Intento tocar a Phoebe, tener algún contacto físico, aunque sea mínimo, pero me resulta imposible.

—¿Estás bien? —me pregunta telepáticamente una vez que Owen se aleja.

—El maldito me ha arrancado media cabellera, y por poco no me salta un diente..., pero tenemos un problema mucho peor.

—¿Peor que el hecho de que hayan matado a nuestra amiga, a mi tío, y nos tengan aquí inmovilizadas, con intención de quemarnos

vivas, sin poder hacer nada? Las cosas están muy jodidas, Mara... Tengo serias dudas de que vayamos a salir con vida de esta.

¿Qué puedo responder a esto si no le falta razón? Es complicado, pero, como acabo de decir, no pienso rendirme, voy a luchar.

—Tiene todo lo que necesita —la informo.

—¿A qué te refieres?

—Sangre de una bruja. Sangre de un mortal... —Dejo unos segundos para que asimile eso—. ¿La sangre de su semejante, la que le falta? La tiene justo delante.

Tan solo necesita un segundo para captar lo que estoy insinuando.

—¿Se va a cargar a su propio hijo para sacar un beneficio? Es demasiado rebuscado hasta para ella. Menuda mamona...., pues sí que estamos jodidas.

—Y, ahora, ¿qué hacemos con estas dos? —le pregunta Owen a su madre.

Está claro que todo está orquestado por ella y que este se limita a seguir sus directrices.

Podemos ver cómo Eleanor viene a nuestro encuentro tras acercarse a su hijo y quitarle la daga de la mano.

—Ahora hay un ligero cambio de planes —indica dándose la vuelta.

Camina unos cuantos pasos, dirigiéndose hacia el altar, y veo por el reflejo del espejo como le da vueltas al arma sobre la palma de su mano. Está haciendo tiempo. ¿Está indecisa? No puede ser, debía de tener muy clara la idea de matar a su hijo desde el principio. No ha podido decidirlo sobre la marcha.

—Pheebs, tenemos que detenerla como sea. Si consigue la sangre de Owen,estamos perdidas. Todos lo estaremos.

—¿Y qué propones? ¿Un hechizo de protección para él? Tendría que hacerse muy bien o podría girarse en nuestra contra más

adelante. Si lo protegemos del todo, luego no podremos deshacernos de él. ¿Estás segura de querer hacerlo?

—Lo que menos me apetece es brindarle nuestra ayuda, pero no sé qué otra cosa serviría para que Eleanor no lo consiga. Va a matar a su propio hijo, Phoebe, no tendrá clemencia con nada ni con nadie si no la tiene con él. Y no podemos acabar con ella estando como estamos. Tenemos las manos atadas en el sentido más literal de la palabra. Hay que protegerlo de ella.

—Owen, ven aquí.

Mi ex mira a su madre con suspicacia y avanza en su dirección.

—Tenemos que hacerlo ya —le digo un tanto desesperada.

El tiempo se nos agota.

Owen ya está casi al lado de Eleanor, que en este momento vuelve a estar junto a los dos cuerpos sin vida.

—Vale, vale. Hechizo de protección..., déjame pensar.

—Tiene que ser ya, Pheebs.

—Ya voy, ya voy, sabes que no trabajo bien bajo presión.

Pasan unos segundos que se me hacen eternos antes de que mi amiga retome la palabra.

—Ya lo tengo.

Imagino que es cosa de los nervios que siente en este instante, porque me vuelve a explicar, como si fuese la primera vez que lo hacemos, que tengo que repetir palabra por palabra lo que ella me vaya recitando. No le digo que la teoría ya me la sé, pues ese momento me sirve para intentar liberar mi mano izquierda, que siente como la sangre circula porque no ha sido bien atada. Intento estirar lo máximo posible el brazo, muevo la muñeca girándola de una manera que no debe de ser muy natural y trato de tocar a mi amiga con el dedo más largo, el corazón. Lo intento, sin éxito, tres

veces; a la cuarta, y con bastante dolor en algunas zonas, consigo rozarla.

—Te estoy tocando —le comento con entusiasmo—. Con contacto siempre hay más fuerza. Procura moverte tú un poco, porque me estoy destrozando el brazo.

Hace lo que le pido y de pronto no solo la rozo con una uña, sino que las yemas de nuestros dedos entran en contacto.

—Vamos a ello antes de que sea demasiado tarde. Hay que echar toda la carne en el asador porque probablemente sea nuestra primera y última oportunidad, la única, por lo que es aconsejable que no lo hagamos mediante el canal —me dice con determinación.

—¿Y si nos oyen?

Si es así..., puede salir mal.

—Susúrralo tan bajito que sea poco más que mover los labios, de tal manera que solo puedas oírte tú misma. Eres capaz de hacerlo, Mara. Venga, vamos allá.

Cierro los ojos, para ganar un poco de concentración, y escucho atentamente lo que mi amiga recita en un tono inaudible para cualquiera, pero no para mí.

—Madre, que lo engendraste. Sangre de tu sangre. Carne de tu carne. Tú lo traicionaste. Ahora no lo podrás tocar, porque con tus actos no lo podrás perjudicar.

Repito, con comas y puntos, el hechizo lanzado, justo en el momento en que Eleanor toca el cáliz, con un dedo, y se gira para quedarse frente a frente con su hijo. Yo rezo para que haya surtido efecto.

—¿No debería estar aquí la criatura que necesitas para que se abra el vórtice? —pregunta Owen.

—Aún recuerdo el día que te parí... —comienza a relatar la arpía de su madre sin darle una respuesta—. Fue un parto duro tanto a

nivel emocional como físico.

»Recuerdo la cara de tu padre cuando le conté que venías en camino. ¿Sabes lo que vi en sus ojos? Horror.

Owen pone cara de disgusto y sorpresa, porque para nada se esperaba que su madre fuese a hablar de esto en un momento así. Lo conozco muy bien.

—Huyó de mí. ¿Te lo puedes creer? ¿Qué clase de hombre deja a su novia cuando esta le comunica que va a tener un hijo suyo? Quizá lo juzgué mal, porque, siendo realistas, tomó la mejor de las decisiones: alejarse de ti. Naciste entre gritos de dolor y sangre fresca por mi parte, pero sin un solo sonido tuyo. Ni un quejido, ni un lloro. Creí que todo el sufrimiento que padecí sola todos esos meses de embarazo no había servido para nada porque habías nacido sin vida, pero me equivoqué. Cuando te vi, tan pequeño, tan frágil, supe que daría mi existencia por ti; que aniquilaría a quien te hiciese daño, aunque fuese mínimo. Te adaptaste muy bien a la vida mortal, y nunca necesitaste una figura paterna que te guiase. Para eso estaba yo, padre y madre a la vez. Tuviste una buena infancia, a pesar de tu afición por matar seres vivos para tu diversión. Comenzaste por pequeños insectos, seguiste por pajarillos que caían desvalidos de sus nidos. Les pisoteabas la cabeza mientras te reías sin parar. Hasta que una tarde te descubrí cortándole las patas a una ardilla que te encontraste en el parque con un cuchillo que cogiste en la cocina. Una vez que llegabas al hueso, se los partías. Tendrías que haberte visto la cara al hacerlo..., de extrema satisfacción. Ese día supe que el mal corría por tus venas. Supe que te emocionaba el sufrimiento ajeno. Y así fue hasta que la conociste a ella.

Su mirada se clava en mí y yo solo puedo tragar saliva porque me está mostrando una parte de Owen que yo desconocía. A un

auténtico extraño para mí. Y porque creo que el problema de todo esto es que él cambió cuando me interpuse en su camino.

—Un día llegaste a casa y me dijiste: «Mamá, he hecho una amiga». Amiga..., no amigo. Siempre te habías relacionado exclusivamente con el género masculino porque, según tú, yo era la única mujer que tendría cabida en tu vida. Pero no fue así, ella te obnubiló. Fue conocerla a ella y que empezaran a desfilar chicas por casa. Una tras otra. Pero siempre tenías a una en la cabeza. La única que te importaba de verdad. Ella.

Owen se gira para mirarme, pero, cuando sus ojos conectan con los míos, aparta la mirada, derrotado. Creo que empieza a darse cuenta de lo que va a suceder.

—Empezaste una relación y te ablandaste. Dejaste de matar animales. Empezaste a convertirte en un chico normal. Dejaste de ser tú. Perder la esencia es de las peores cosas que nos pueden suceder, y tú la perdiste por completo. Esa zorra transformó a mi niño. Y luego, cuando ella te dejó, desapareciste. ¿Sabes lo mal que lo pasé? Juré venganza. Juré que acabaría con ella, porque por su culpa no estabas conmigo.

—No fue culpa de...

—¡Cállate! —le grita acercándose a él—. Yo tenía que ser lo más importante para ti, no una furcia que a la primera de cambio se olvidó de que ya no estabas.

Estoy segura de que, desde donde estuviese, vio o supo que eso no fue lo que pasó. Siento que sabe lo realmente mal que lo he pasado por su ausencia, y por la incertidumbre de no saber dónde estaba, hasta el día de hoy.

—Yo fui la que paralizó su vida para criarte. Para protegerte. Para quererte. ¿Y qué obtuve a cambio? Que me abandonases. Que me cambiases por una bruja.

Es justo en ese momento cuando se dispone a agarrarlo para llevar a cabo su plan, matarlo, pero, en cuanto su mano entra en contacto con el brazo de Owen, la aparta rápidamente.

—¡¡¡¿Qué has hecho?!!! —brama dirigiéndose a mí, con fuego en los ojos al sentir la quemazón en la mano—. Bruja de mierda..., no vas a salirte con la tuya. ¡Voy a mataros a todos!

Owen, que se ha quedado petrificado al descubrir, por fin, las verdaderas intenciones de su propia madre, no se mueve del sitio mientras ella intenta cogerlo otra vez para cortarlo con la daga que empuña con la mano derecha. Un nuevo intento, un nuevo fracaso.

—Voy a matarte a ti primero, puta, y espero que en cuanto eso suceda todos tus hechizos se esfumen contigo. Deja de joderme de una maldita vez.

Viene hacia donde estamos Phoebe y yo y corta las cuerdas para liberarme, sin ser consciente de que no solo ha cortado las mías, sino que también ha hecho lo mismo con las de mi amiga.

—Ni se te ocurra moverte —le pido mentalmente.

No pueden saber que está libre porque jugaría en nuestra contra.

Eleanor hace lo mismo que me ha hecho su hijo para traerme aquí: me agarra del pelo cerrando un puño y me arrastra hacia delante, obligándome a andar.

Noto algo en mi cuerpo, una anticipación. El vello de mi nuca se pone de punta a pesar del dolor que vuelvo a sentir en la cabeza y las palmas de mis manos comienzan a sudar.

Oigo un ruido seco, y la luz de las farolas del exterior se cuela por las puertas del gimnasio.

—¡Quítale las putas manos de encima! —exclama una voz con tono autoritario.

Adam ha llegado.

Infierno

—En la doctrina tradicional cristiana, lugar donde los condenados sufren, después de la muerte, castigo eterno. Usado también en plural con el mismo significado que en singular.

—En diversas mitologías y religiones no cristianas, lugar que habitan los espíritus de los muertos. Usado también en plural con el mismo significado que en singular.

—En sentido más amplio, seno de Abraham. Usado más en plural.

—En algunas órdenes religiosas que deben por instituto comer de viernes, hospicio o refectorio donde se come carne.

—Lugar o concavidad debajo de tierra, en que asienta la rueda y artificio con que se mueve la máquina de la tahona.

—Pilón a donde van las aguas que se han empleado en escaldar la pasta de la aceituna para apurar todo el aceite que contiene, en el cual, reposadas aquellas, se recoge uno de inferior calidad.

—En el juego del infernáculo, uno de los espacios o divisiones que se trazan en el suelo.

—Lugar o situación que causa gran sufrimiento o malestar.

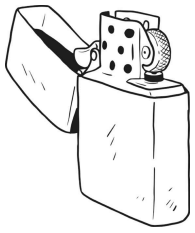
—Sufrimiento o malestar grande.

—En la religión cristiana, estado de privación definitiva de Dios.

—A donde no quiero volver / a donde iría de cabeza.

67

Del avaro, un solo bien se espera:
que se muera



Adam

He compartido su dolor. Desde que se ha separado de mi lado he sentido cada sensación que ha experimentado. El sufrimiento que le han infligido. La preocupación de no saber si estaba actuando bien. Tenía que entrar en este gimnasio cuanto antes, pero había un gran inconveniente: mis hermanos. Por fortuna, Caleb se ha hecho cargo de la situación, pero sé que no tardarán mucho en aparecer.

Ahora a quien tengo delante es a Eleanor con Mara como prisionera. Sé que le está haciendo daño, aunque ella no demuestre ni un ápice de vulnerabilidad. No lo va a hacer. Delante de ella, jamás.

Más atrás veo a Phoebe junto a una improvisada hoguera, como bien me aventuró mi Tormenta. Descubro, porque desde aquí veo el cabo de la cuerda cortada, que está simulando que sigue cautiva. Y estoy seguro de que entre ella y Mara se han comunicado para que la rubia no se mueva ni un solo milímetro. Siempre protegiendo a todo el mundo poniéndose ella como saco de boxeo. Esa es mi chica.

Giro la cabeza hacia mi derecha y ahí está él, el hombre que más ha hecho sufrir a la mujer que quiero. Realmente tengo delante a las dos personas que más le han jodido la existencia. Y tienen que pagar por ello. Y más viendo lo que hay al fondo: los cuerpos sin vida, desangrados, de Willow y Stephen.

—Te he dicho que quites tus sucias manos de ella. No quiero repetirlo por tercera vez.

—Adam, Adam, Adam... —dice haciendo más fuerza al tiempo que le tira más del pelo a Mara—, ya pensaba que no ibas a deleitarnos con tu presencia. ¿Estás perdiendo facultades? Cuando te decía que me follaras aparecías al instante.

Se me están hinchando los cojones y solo quiero arrancarle la cabeza de cuajo cuanto antes.

—¿Dónde está el único de tus hermanos que no te detesta después de enterarse de que te estás tirando a una enemiga? Pensaba que también vendría corriendo a por la bruja de pacotilla esta —comenta refiriéndose a Phoebe.

—Tranquila, pronto lo verás.

—¿Vendrá solo o acompañado?

—Suéltala —le exijo con dureza.

Le da un golpe por detrás de las rodillas a Mara, provocando que caiga sobre ellas en el duro suelo. Todavía le tira más del pelo de este modo.

—Mírala, como en una pelea de colegialas, indefensa por un simple tirón de pelo.

—Eres demasiado ignorante si crees que la tienes bajo tu dominio por haberla puesto en esta posición.

—No, no lo soy a pesar de que lo creáis. Observa bien a tu amada... ¿No la ves más débil de la cuenta?

Sí, la verdad es que lo he notado, pero no he querido creerlo. Tener a la elegida debilitada por usar demasiado su poder, en un momento como este, cuando está en juego que no se abra una puerta al infierno, no es algo que juegue a nuestro favor...

—No sé exactamente lo que ha estado haciendo desde que llegó aquí, pero he notado que la energía mágica que se respiraba en el ambiente ha ido disminuyendo. La muy zorra ha hecho que no pueda tocar a mi hijo. ¿Te lo puedes creer?

Miro hacia Owen, que hace amago de moverse.

—Ni se te ocurra —le ordeno señalándolo con el dedo. Cuando compruebo que se queda donde está, vuelvo a hablar con su madre —. ¿Sabes, El? Nunca te creí capaz de ir a por la única persona que te ha querido en tu mísera vida. Sangre de tu sangre salida de tus entrañas..., y tú queriendo cargártelo sin miramientos. ¿Qué te han ofrecido? ¿Qué está por encima de tu propio hijo? Incluso para ti es demasiado asqueroso. No te merecías el amor tan incondicional de un hijo. Deberíamos haberte dejado en el infierno para que sufrieses como una perra. No has valorado la segunda oportunidad que se te dio. Y vas a ser castigada por ello, aunque sea lo último que haga.

—¿Te sacrificarás por ella? —pregunta con un deje de malestar.

—Sí, porque yo, al contrario de ti, jamás sacrificaría a la persona que amo sobre cualquier cosa. Por ella doy la vida. Deberías aprender un poco.

Suelta a Mara, que se echa las manos a la cabeza para frotársela sin parar, y veo que Owen corre hacia ella, al igual que su madre corre hacia mí. No me da tiempo a reaccionar cuando noto las uñas de Eleanor arañándome la cara con una mano. Siento un leve escozor y sé que los puntos de líquido rojo no tardarán en aparecer.

Le agarro de inmediato las muñecas y se las aprieto con fuerza hasta que la daga que llevaba en la otra cae al suelo. Le doy una patada para alejarla de ella en dirección a Phoebe, que se libera de las cuerdas, extiende el brazo derecho y abre la mano... y, moviendo el arma con la mente, logra que la daga acabe ahí. Fascinante. Mientras tanto, Mara forcejea con Owen... y al estar pendiente de eso, le doy ventaja a la mujer que está junto a mí y su pierna impacta contra mi boca. Saboreo el sabor metálico entre los dientes.

—Voy a ir a por ti —digo escupiéndole sangre a la cara.

—¿Para matarme, o para continuar donde lo dejamos hace siglos? —replica mordiéndose el labio inferior.

No respondo. Solo sé que todo pasa demasiado deprisa.

Con el rabillo del ojo me percato de la presencia de mis hermanos. Phoebe echa a correr hacia Caleb, pero Levi se lo impide lanzándola al fondo del gimnasio. El golpe que sufre contra la pared la deja inconsciente al instante. Caleb se enfurece y se enfrenta a ellos, intentando llegar a la rubia que ama, pero estos por nada del mundo van a permitir que, en su presencia, uno de sus hermanos ayude a una bruja blanca, a alguien del bando contrario, así que se lo impiden y se enfrentan a él.

Por su parte, Mara forcejea con Owen. Durante la pelea pisa el charco de sangre, resbala y cae al suelo, momento que aprovecha él para ponerse a horcajadas encima de ella e inmovilizarla. Un grito que rompería tímpanos sensibles, y los que no lo son tanto, provoca que el espejo se haga añicos, esparciendo trozos de cristal por casi

todo el gimnasio. Uno de ellos, de grandes dimensiones, sesga el brazo izquierdo de Owen, ocasionándole un corte limpio que hace que empiece a sangrar profusamente.

Solo tengo que echarle un vistazo a Mara para saber que algo no va bien. Las ojeras empiezan a ser visibles en su rostro y su tez cada vez es más blanquecina. Owen se quita la camiseta para intentar improvisar un torniquete, pero la sangre sale con ganas y mucha de esta cae al suelo, justo a unos centímetros del charco que han dejado las dos personas que han perdido la vida hace un rato.

La sangre avanza como un riachuelo, o como si de una carrera de Fórmula 1 se tratase, rápida, hasta que se funde con la de los fallecidos. Lo que pasa en ese momento es algo que, en mis considerables siglos de existencia, jamás había vivido. No de este modo.

El suelo del gimnasio comienza a vibrar, levantándose, mientras bolas de fuego hacen su aparición. El viento empieza a soplar por toda la estancia y ahora ya sé que esto es el final. Eleanor ha conseguido lo que quería, aunque no de la forma que había planeado. Mara se lo ha puesto en bandeja en el momento en que el espejo ha estallado y ha cortado a Owen, pues su sangre se ha unido a la de una bruja y a la de un mortal. Y solo hay un modo de cerrar un vórtice de este estilo cuando siete príncipes del infierno están frente a él.

A mi mente acude ese momento de hace cuatro años, ese callejón. Esa chica que quería deshacerse de su exnovio, ese que está ahora junto a ella. Viene a mi cabeza nuestra pequeña conversación, esa que recordé hasta que me reencontré con ella al regresar a este pueblo.

—Si te vuelve a molestar, avísame.

—Vale... —respondió en un susurro.

—Lo digo en serio, ya sea él o cualquier otro. Tú tan solo dímelo.

En ese momento ya hubiese matado por ella.

Mara

Los veo. Los siento.

Una imagen pasa por mi mente en el instante en que seis hombres, encabezados por Caleb, hacen su aparición en el gimnasio.

Busco con la mirada a mi mejor amiga, a la que le brillan los ojos en cuanto ve a su jefe, pero, cuando va corriendo hacia él, uno de esos demonios, utilizando una gran fuerza, hace que impacte contra la pared del fondo. Todo lo que sucede a mi alrededor me supera, por lo que un grito sale de mí destrozando el espejo e hiriendo a Owen de considerable gravedad. No me da tiempo a reaccionar porque, justo cuando la sangre de este entra en contacto con la que está derramada en el suelo, un destello rojo me ciega. Siento que el suelo vibra, que una ráfaga de viento me da de lleno en la cara y que mi cuerpo se debilita a una velocidad preocupante. Yo he sido la que ha ocasionado todo esto. Quizá debería haber dejado que Owen acabase conmigo, aunque debo admitir que en estos últimos momentos no he sentido que quisiese hacerme daño a pesar de tenerlo sobre mí.

Adam vuelve a enzarzarse en un cuerpo a cuerpo con Eleanor, la coge por el cuello y la separa del suelo, dejándola en el aire.

—Me encantaba cuando me cogías así. ¿Recuerdas? Te sentía mi amo.

Yo me siento asqueada, y Adam debe de sentir lo mismo porque cada vez le aprieta más la garganta. Ella intenta que afloje su agarre clavándole las uñas en las manos, como he hecho yo antes con su

hijo, pero no consigue lo que quiere, sino todo lo contrario. Su rostro comienza a amoratarse y se nota la falta de aire en su organismo.

El vórtice cada vez está más abierto y las paredes están empezando a resquebrajarse mientras ríos color púrpura empiezan a decorarlas. El mismísimo infierno está apoderándose de este gimnasio y yo no sé qué hacer para que todo esto desaparezca. No me siento capaz de conseguir tal hazaña.

—¡Basta! —grita uno de los hermanos de Adam—. ¡Parad de una puta vez!

Se acerca a Adam y Eleanor y coge del brazo a su hermano para que la suelte.

Adam la tira al suelo y ella intenta volver a respirar con normalidad, tosiendo con esfuerzo. Él le lanza una mirada reprobatoria a su hermano, del cual no sé el nombre. En ese momento capto movimiento al fondo del gimnasio y al mirar veo que Caleb, que ha salido disparado, llega hasta Phoebe, que intenta incorporarse apoyándose en la pared. Bien, está consciente. Su jefe se pone junto a ella, la abraza y le aparta el pelo de la cara en un cariñoso gesto. Me quedo más tranquila sabiendo que ya está con él, con alguien de quien poder fiarse.

—Mira a quién tenemos aquí —dice otro de sus hermanos—. Eleanor, no has criado muy bien al muchacho. ¿Nunca nadie te advirtió que de vez en cuando hay que meterlos en vereda? —se cachondea mientras tiene a Owen cogido por la nuca—. Te vas a venir con nosotros de nuevo, chico. Ya veremos lo que hacemos contigo.

Busca mi mirada y lo que veo en él es terror, vergüenza, dolor. Terror por no saber qué van a ser capaces de hacer con él. Vergüenza porque creo sinceramente que no quería hacerme daño y

se dejó llevar por el amor que sentía por su madre. Dolor por ver que esta lo ha utilizado y estaba dispuesta a sacrificarlo.

«Lo siento», me dice sin pronunciar palabra, moviendo los labios.

Yo solo aparto la mirada porque no puedo lidiar con esto ahora mismo.

—No hay tiempo para las despedidas.

Por lo que tengo entendido, Adam y sus hermanos son los únicos que, en principio, pueden entrar y salir del infierno cuando lo deciden, porque no creo que el Cancerbero les vaya a poner ningún impedimento al respecto, así que tendría sentido que ellos sean capaces de cerrar las aperturas que se puedan producir. El príncipe del infierno que tiene preso a Owen se deja caer en el vórtice junto a él, provocando que este se cierre un poco.

Vaya..., así que tenía razón. A medida que vayan volviendo a casa, se irá cerrando hasta que ya no quede nada.

Otros tres los siguen, haciendo que el agujero se reduzca considerablemente. Cuando el hermano que falta intenta coger a Eleanor, para saltar con ella, esta echa a correr en dirección a la daga, que ha debido de caérsele a Phoebe cuando la han lanzado por los aires. Adam ve lo que pretende hacer y corre en la misma dirección..., por lo que llegan a la vez y forcejean. Cuando finalmente se dan la vuelta, veo que la daga está incrustada en el abdomen del hombre que hace que me fallen las piernas, la respiración y la razón cada vez que lo veo.

Siento un dolor en el pecho que me corta el aire y todo a mi alrededor comienza a dar vueltas. La vista se me nubla y entro en trance; parece que estoy desconectada del mundo, pero en realidad me percato de todo lo que sucede a mi alrededor. Estoy aquí, siento, oigo y veo, pero no puedo hablar, y no puedo moverme.

Veo a Adam caer de rodillas y a Phoebe empujando a Caleb para que corra junto a él. El único hermano que les queda aquí le da un puñetazo a Eleanor en la cara, dejándola totalmente aturdida, provocando que la daga, impregnada de la sangre de Adam, caiga de nuevo al suelo.

—Mira si te detestamos —le dice despectivo, cogiéndola con más fuerza— que has hecho que dejemos a un lado la inquina hacia nuestro hermano para centrarnos en la que te tenemos a ti. Creo que con esto queda claro que tú te vienes conmigo, puta.

»Adam —añade con una mirada amenazante—, al final vas a deberle una. Llegamos aquí porque eres un mierda que no sabe hacer nada bien, que te tiras a quien no debes y que dejas en evidencia a la familia, y resulta que eres salvado por el ser que más odias.

»Descuida, nos veremos muy pronto. —La sonrisa que pone en los labios no me gusta un pelo.

Se tira al agujero con ella y este se cierra del todo... No, no lo ha hecho, solo se ha cerrado más. ¿Qué está pasando aquí? No, no, no... Tan solo quedan ellos dos...

Caleb y Adam. Caleb, quien lleva seis años en Midnights Valley; que ha creado su nuevo hogar aquí; estoy segura de que no va a dejar su vida en el pueblo por volver a sus orígenes. Adam, que lleva aquí apenas unas semanas y que aún no ha echado raíces, a pesar de confesarme su amor. Ese que es igual que yo..., pues es capaz de renunciar a todo por salvar al resto.

Intento con todas mis fuerzas luchar contra mí misma y salir de este estado de trance en el que me encuentro. Necesito ir con él, estar con él. Necesito tocarlo, necesito sentirlo, necesito besarlo. Necesito que se quede conmigo. Siempre juntos. Me lo prometió.

Es tal el dolor que siento ahora mismo en el corazón que un velo negro me envuelve justo cuando Phoebe se disponía a tocarme. Ahora solo veo una neblina a mi alrededor y oigo un pitido que me impide captar nada más. La pena por las pérdidas que ya he experimentado, y la que sé que está por venir, es tan poderosa que me está oprimiendo de tal forma que no sé si podré luchar contra ella.

—Mara, escúchame.

Intento enfocar con la mirada a Phoebe, pero me es imposible.

—Tienes que parar, ¿me oyes? Tienes que volver.

Lo intento, juro que lo intento, pero luchar contra mis propios sentimientos es lo más duro que he hecho nunca.

—Solo tú puedes ayudarlo. Lucha con todas tus fuerzas.

Mi cabeza se mueve bruscamente hacia arriba y mi boca se abre del todo en el momento en el que siento que un humo, del mismo color que lo que me rodea, sale de mi cuerpo cubriéndolo todo a su paso.

—Ya, para. ¡Para, joder! —me exige Phoebe mientras tose muy fuerte—. ¡Vas a matarlo! Como no vuelvas, vas a matar a Adam. Tu poder lo está reteniendo aquí.

No me hace falta oír más.

En ese mismo instante la conciencia vuelve a mí. La niebla que me circunda se disipa, como si no hubiese existido hasta hace un segundo. Mi boca se cierra, no sin antes tomar una gran bocanada de aire, llenándome los pulmones completamente. Y mis ojos me permiten observar todo lo que me rodea justo cuando las rodillas me ceden y caigo al suelo.

Mi amiga se anticipa, por lo que el golpe no es tan grande como podría haber sido. Me levanto enseguida y corro hacia Adam, que se

tapona la herida con ambas manos. Esas manos que me han tocado como nadie y que ahora se llenan de su sangre.

—Mi chica..., mira lo que has sido capaz de hacer. Estoy muy orgulloso de ti.

—En realidad yo no he hecho nada...

Phoebe y Caleb se alejan un poco para darnos privacidad y se acercan a los cuerpos inertes de Willow y Stephen. Dejo de mirarlos cuando veo que Caleb envuelve a mi amiga con un brazo y ella apoya la cabeza sobre el hombro de él.

—Sí que lo has hecho. Sabía que serías capaz de hacer todo lo que te propusieras. No hablo solo de hoy, de este momento, Mara, me refiero a todos. Eres una valiente que siempre rema a favor del resto para intentar que nadie salga dañado. Ahora me toca a mí.

—No te lo voy a permitir. No voy a dejar que esto suene a despedida, Adam. ¿Me oyes? No puedes dejarme sola.

Posa una mano en mi cara y noto de inmediato su sangre caliente. Acerca sus labios a los míos para darme un beso cargado de intención, de sentimiento, de amor del bueno. Un beso que sabe a adiós y a lágrimas, esas que empiezan a salir de mis ojos.

—No..., no..., por favor, no te vayas. No puedo vivir sin ti. No me dejes sola.

—Tengo que hacerlo.

—¡Lo prometiste! ¡No puedes romper una promesa!

—Lo sé, mi Tormenta..., pero lo hago por ti, por los tuyos. Por este pueblo, tu hogar. Por tu familia.

—No puedo perderte...

Una pequeña explosión llama nuestra atención y vemos que el vórtice comienza a agrandarse de nuevo.

No puedo dejar de llorar, y siento que las pocas fuerzas que me quedaban me abandonan por culpa de la emoción desbordada que

siento. ¿Qué va a ser de mí si él se va?

—Yo ocuparé tu lugar.

—¡No! —chillan al unísono Adam y Phoebe nada más oír el ofrecimiento que ha pronunciado Caleb de sustituir a su hermano.

—Nena —me llama haciendo que vuelva a centrarme en él.

—Nunca me has llamado así —le digo.

Caigo en la cuenta de que apenas he atesorado recuerdos con él. Nunca me había llamado «nena», pero tampoco nunca me ha cogido de la mano para ir a pasear. No hemos compartido un helado, ni hemos ido al pueblo de al lado para disfrutar del cine al aire libre. Nunca lo vamos a poder hacer, y la tristeza me reconcome por dentro.

—Nena —repite—. Te quiero con todo mi ser y con toda mi alma. Eres lo más importante de mi existencia y, solo por eso, tengo que hacerlo.

Un viento creciente está empezando a cubrirnos y Caleb nos advierte que, como no se cierre ya el vórtice, puede arrastrarnos a los cuatro.

Adam me abraza con todas sus ganas y me susurra al oído las palabras más bonitas que nunca imaginé que nadie me regalaría.

—Doy la vida por ti, mi amor. Ahora y siempre. Eres lo más precioso que he visto jamás, y has hecho que merezca la pena luchar por algo, por nosotros. No olvides que siempre vas a estar en la cima de mis prioridades, pero tengo que hacer esto. Me quedaría toda la eternidad junto a ti, pero me ha bastado un solo día a tu lado para sobrevivir el tiempo que me quede. Te quiero, Mara. Has reconstruido mi alma podrida y eso solo podía conseguirlo un ser de luz como tú. Le has dado humanidad a un ser oscuro. Te amo, mi amor. Siempre, ¿recuerdas?

—Te amo. Siempre —susurro contra sus labios justo antes de que me bese.

Una vez que termina el beso...

—Cuida de ella, hermano. Cuida de todos. ¡Caleb, ahora!

Noto unos brazos a mi alrededor que me separan de él justo en el momento en que me mira una última vez, me vuelve a decir que me quiere y desaparece frente a mí. Lo último que oigo antes de desmayarme es el grito desgarrador que sale de mi interior.

Funeral

—Perteneciente o relativo al entierro y a las exequias.

—Pompa y solemnidad con que se hace un entierro o unas exequias.

—Donde el corazón me va a explotar por tanto dolor.

68

Bendito el morir
cuando viene después del bien vivir



Mara

Cuando me despierto, lo que veo es a mi madre a un lado de la cama, a Phoebe a otro, y a mi padre, en una silla a mis pies. Todos duermen.

Observo a las personas que me dieron la vida y percibo la preocupación que sienten por mí. También, que están exhaustos, como si este sueño en el que están sumidos fuese el primero que disfrutan desde que yo estoy postrada en esta cama. A mi amiga la noto inquieta, como si algo la atormentara, y me hago una ligera idea de lo que puede ser. Sumadle, además, la gran pérdida que ha sufrido su familia. Mi familia. Nuestra familia, porque somos una.

Salgo de la cama por la parte inferior, sin hacer ruido y con mucho cuidado de no despertarlos, para que puedan seguir descansando, y bajo a la cocina a por un vaso de agua. No me da tiempo a llegar a ella, porque una suave conversación, procedente de mi salón, se cuela en mis oídos.

Cuando abro la puerta se me viene el mundo encima. Todas las mujeres Holloway y Boneville inundan mi salón, y lo único que puedo hacer es ir a abrazar a Agatha, que ha perdido a su único hijo. Se me escapa un sollozo, porque la intensidad de las emociones, y del dolor, que hay en esta estancia es demasiado para mí, y ella me cobija en sus brazos con un cariño que siento que no me merezco.

—Lo siento muchísimo —susurro con un hilo de voz—. No pude salvarlo. Ni a Willow...

—Querida, no sufras culpabilizándote. Su cometido era protegeros. Se fueron sabiendo que hacían lo mejor para vosotras.

—¿Cuándo es su despedida?

—La de mi Stephen es esta misma tarde. Ahora que ya te has despertado podemos irnos al tanatorio más tranquilas. La de nuestra adorada Willow la haremos en la más estricta intimidad. Mara, es de vital importancia que nadie sepa qué ha pasado con ella. No hemos contado que ha fallecido, sino que ha tenido que irse de Midnights Valley por un asunto familiar urgente.

Asiento confundida y ella me saca de dudas.

—No puedo decirte mucho ahora mismo, pero, como comprenderás, mi hijo era el alcalde de este pueblo; no cabe la posibilidad de que no aparezcan allí todos los vecinos a presentarnos sus respetos.

La familia de Phoebe, junto a mis tías, se levantan para irse a donde descansa el cuerpo sin vida de Stephen.

—Agatha, ¿cuánto tiempo he estado dormida?

—Demasiado, querida. Ya empezábamos a impacientarnos.

Una vez que me quedo sola, miro a mi alrededor. Estoy en mi casa, rodeada de mis cosas, pero siento que mi lugar no está aquí. Oigo que alguien baja las escaleras y siento que unos brazos que conozco como los míos propios me abrazan con fuerza.

—Pheebs... —digo mientras comienzo a llorar, y ella aprieta con más fuerza.

—Estoy aquí contigo, no me voy a ir a ningún sitio —me reconforta.

—Debería estar consolándote yo a ti.

Me da la vuelta, posa las manos sobre mis hombros y me mira muy fijamente. Ahora que por fin la veo bien, aprecio su cara de tristeza, de cansancio y de preocupación. Sus ojos rojos delatan que se ha pasado mucho tiempo llorando la pérdida de su tío. Y yo... lloro con más intensidad.

—Lo que voy a decirte no pienso repetírtelo. Y si tengo que hacerlo porque no te entra aquí —dice posando uno de sus dedos en mi frente—, te pegaré una paliza. Sabes que estoy muy fuerte de coger cajas en el bar.

—Lo sé —contesto regalándole una pequeña sonrisa.

—Bien. Hiciste todo lo que estuvo en tus manos. Recuerda que yo también estuve allí, y que también soy una bruja. No es nuestra responsabilidad, Mara, los mató ella, nadie más. Lo que tenemos que hacer ahora es despedirnos, llorarlos y no olvidarlos nunca. Siempre van a estar con nosotras.

Siempre, palabra de siete letras que significa «En todo o en cualquier tiempo». Todo y tiempo. Ya... Yo solo sé que no tengo nada y que el reloj no estuvo de mi parte.

—Venga, vamos a despertar a tus padres y a prepararnos para irnos al tanatorio.



Mis padres, que en cuanto me han visto despierta no han ocultado la emoción, no me dejan ni a sol ni a sombra hasta que llegamos al edificio, en el que no me apetece estar, y les digo que necesito un respiro. No se lo toman muy bien, pero tanto me da, ya que me encamino a la cafetería, esa en la que debería estar mi amiga Will. A quien me encuentro es a dos de mis personas favoritas, Caleb y Zac. El primero sale de detrás de la barra y me abraza durante unos segundos antes de preguntarme cómo estoy. He visto varios mensajes de preocupación por su parte en mi teléfono, que lógicamente no pude responder.

—No te preocupes por mí, soy una chica dura. ¿Qué haces aquí?

—Bueno... Al no estar Willow me preguntaron si sabía de alguien a quien le interesase trabajar aquí. Les dije que me informaría, pero que mientras apareciese algún candidato para el puesto yo me haría cargo en días como hoy. Ya sabes que no puedo entrar en la capilla para despedirme de él como es debido.

No, no puede hacerlo. Es un demonio a pesar de que él sí que tiene opción de seguir aquí, no como... Ni siquiera puedo mencionar su nombre o me echaré a llorar.

—Zac, sigo sin creerme que nos hicieras caso y te quedases en casa. Si hubiésemos apostado, creo que todos habríamos puesto la ficha en el no. —Le sonrío.

—No podía permitir que os preocupaseis por mí. Ya teníais bastante encima. Hice lo que tenía que hacer —responde mientras baja de su taburete para abrazarme.

Me separo de él, entorno los ojos y al mismo tiempo lo observo, porque noto sus nervios, su inquietud. Me está mintiendo. Voy a preguntarle al respecto cuando Phoebe me llama desde la puerta para que vaya a su encuentro.

—Zac, tú y yo tenemos que hablar —le advierto en un tono elevado justo cuando salgo de la cafetería.

Phoebe entrelaza mi mano con la suya para ir juntas hacia la capilla, esa de la que salió despavorida la última vez que estuvo en ella por culpa de miles de cucarachas.

Avanzamos hasta llegar junto al féretro de Stephen. Su rostro está sereno, tranquilo, como si en vez de haber abandonado esta vida simplemente estuviese disfrutando de un sueño placentero.

¿Qué pondrá el informe de su muerte? Otto..., no había reparado en él hasta este momento. La persona que dice que se despide de los cadáveres en la más estricta intimidad. ¿Hará lo mismo en esta ocasión? No me quiero ni imaginar el dolor que debe de sentir. Yo, que tan solo compartí un tiempo muy corto con Adam... Imposible ponerme en la piel de la persona que ha perdido al que ha sido su compañero durante más de media vida.

Como si lo invocase, ahí está. Cara de frustración, de enfado, pero de amor absoluto cuando su mirada se posa en Phoebe, y en mí. Se acerca a nosotras y nos envuelve en sus brazos como si fuésemos sus niñas pequeñas.

—Otto, yo...

—Cierra esa boca, Mara Holloway. Estás aquí. Estáis aquí. Eso es lo único que importa.

El pueblo entero está tras nosotros, llenando cada fila de bancos de este lugar, sin dejar ni un solo hueco vacío. Además, una gran cantidad de gente está de pie porque no hay sitio para todo el mundo. Todo Midnights Valley, así como vecinos de los pueblos colindantes, nos hemos reunido aquí para brindarle la despedida que se merece a nuestro querido Stephen Boneville.

Conozco prácticamente a todas las personas que están aquí. Mi familia, la de Phoebe, nuestros compañeros de estudios a lo largo de los años, también los profesores; gente que me ha visto crecer, clientela del bar de Caleb y un amigo, Zac, que no está solo. La chica rubia que está junto a él me resulta familiar, pero ahora mismo no estoy en mi mejor momento para recordar dónde la he visto antes.

Él la mira de reojo. Ella hace como que no se da cuenta, pero es totalmente consciente de la atención de Zac sobre ella.

«Venga, Mara, piensa un poco y lograrás la respuesta».

Nada, me rindo justo cuando el padre Damien hace su aparición y todos nos quedamos en absoluto silencio, que es roto por algún sollozo proveniente de la familia del difunto. Las manos me empiezan a temblar y noto como mi madre, que está sentada detrás de mí, siente que algo me pasa, porque su mano se posa en mi hombro y me lo frota hasta que tiene la certeza de que estoy algo más tranquila.

Este tipo de cosas son algo que tengo que aprender a canalizar, ya que las emociones de las personas que están a mi alrededor se meten en mi interior sin miramientos, en una lucha encarnizada con las mías propias.

Cojo las manos a las dos personas que están junto a mí. A un lado, mi mejor amiga. Al otro, Otto, que ya es parte fundamental de

mi vida y al que pienso acompañar hasta que me eche de su lado. Me aprieta la mano y se acerca a mí para susurrarme algo al oído.

—Aunque me duela su ausencia estoy en paz, tranquilo. No me cabe duda de que me va a proteger, Mara. ¿Y sabes lo mejor? Que no me ha dejado solo. Le regaló una familia a alguien que había perdido la suya, y no hay mayor acto de amor que ese.

Me da un beso en la mejilla, me sonríe y pone nuestras manos unidas sobre su regazo.

Una hora más tarde, la misa concluye. Comenzamos a recibir muestras de afecto en forma de besos, abrazos, apretones de manos reconfortantes y muchas palabras de aliento.

Nuestro amigo se acerca a nosotras y, mientras abraza amistosamente a Phoebe, la chica misteriosa viene hacia mí.

—Siento mucho vuestras pérdidas.

La miro aturdida mientras frunzo el ceño. ¿He oído bien o ha sido producto de mi imaginación? No ha dicho «pérdida», ha usado el plural. Nadie sabe lo que ha pasado ni con Willow ni con Adam... ¿A quién se refiere?

—Ha sido una pérdida irreparable. Muchas gracias por estar aquí. ¿Tu nombre es...? —La única forma de saber de quién se trata es conociendo su nombre. Quizá al oírlo se me ilumine la memoria y me acuerde de ella.

—Me llamo Kendra —responde sonriéndome.

—Encantada de conocerte. ¿Vas a quedarte por Midnights Valley? No sabía que una amiga de Zac venía de visita.

—Oh, no, no hace mucho que nos conocemos. Verás..., es complicado. Os vi el otro día en el Insomnio.

Eso es, es la chica que estaba en el bar de Caleb y de la que Zac se quedó prendado. Sabía que me estaba ocultando algo, ahora solo me queda averiguar si tiene que ver con la rubia que tengo delante.

—Mara, tenemos que irnos —interrumpe Phoebe—. Ay, hola, eres la que dejó la propina hace algunas noches en el pub, ¿verdad?

—La misma —contesta con una sonrisa.

—Pues siento decirte que ahora tenemos que irnos, nos toca ponernos detrás del coche fúnebre. Recuerda que tienes consumiciones pagadas, así que ya nos veremos.

Damos un nuevo abrazo a Zac, esta vez de despedida, y nos dirigimos hacia la puerta para hacer lo propio con Caleb, que nos está esperando.

Estamos a dos pasos de él cuando oímos una voz.

—Mara —me llama Kendra.

Me giro para ver qué quiere decirme y Phoebe lo hace conmigo, y lo que sale de su boca nos deja sin palabras, sobre todo a mí.

—El poder de tres nunca descansa, estoy en cuerpo, sangre y alma contigo. Nos vemos pronto.

Sonriendo, se aleja entre la gente hasta que la perdemos de vista.

No nos da tiempo a ir en su busca, ya que seguimos recibiendo muestras de afecto. Agradecemos a todo el mundo su respaldo en este duro momento, y nos dirigimos en la más estricta intimidad familiar al cementerio.

Allí veremos como la tierra cubre su ataúd, tiraremos flores, pronunciaremos unas palabras bonitas sobre momentos compartidos y le diremos que lo queremos. Llega el momento del último adiós.

Amigo

—Que tiene relación de amistad. Usado también como sustantivo.

—Amistoso (perteneciente a la amistad).

—Dicho de una cosa: Propia de la persona amiga.

—Que gusta mucho de algo. Usado también como sustantivo.

—Dicho de una cosa: Propicia, benigna, grata.

—Usado para dirigirse a una persona, aunque no se conozca o no haya relación de amistad.

—Usado en cartas como tratamiento afectuoso, aunque no haya propiamente relación de amistad.

—Amante (que mantiene con otra una relación amorosa).

—Hay que tenerlos hasta en el infierno.

69

Haz aquello que quieras
haber hecho cuando mueras



Mara

Hace veinte minutos que he insistido varias veces en que necesitaba quedarme sola en este campo sagrado. Bueno, sola sola no estoy, porque siento a decenas de almas vagando a mi alrededor, pero ya me entendéis.

Quién me iba a decir a mí que me iba a sentir tan reconfortada sentada en medio de un cementerio.

Me levanto y paseo entre las tumbas de personas que he tenido la suerte de conocer cuando sus corazones seguían latiendo, y descubro a otras tantas de las que no tenía ni idea de su existencia.

¿Cuánto tardaré en estar enterrada en este suelo? ¿Sufriré una muerte dulce o, por el contrario, diré adiós entre terribles

sufrimientos?

Sigo caminando en silencio, y oigo el leve sonido de unas pisadas que hacen crujir las hojas que hay alrededor de las tumbas. Hago como si no oyese nada y pienso en las probabilidades que hay de que en el día de hoy tenga que volver a luchar contra alguna criatura. Pido un poco de tregua, por favor.

Me acerco a los mausoleos y me pierdo entre ellos, esperando un paso en falso de la persona que me acecha, y así poder pillarla in fraganti. Giro la esquina de uno de ellos, y aguardo. Al segundo, mi mano está alrededor del cuello de alguien que no opone resistencia.

Cuando soy consciente de quién se trata, me separo de él como si quemara. ¿Qué hace aquí? ¿Lo han dejado volver? Y si es así, ¿por qué le ha resultado tan fácil?

Empiezo a caminar hacia atrás, para alejarme, pero él viene a mi encuentro.

—No voy a hacerte daño, Mara. Lo prometo.

—No hagas promesas que luego no cumplirás.

Mi espalda choca con mi panteón familiar, y en ese momento soy consciente de que no tengo escapatoria.

—Sé que no vas a perdonarme lo que te hice. Aunque no te lo creas, sigo queriéndote.

Me empiezo a reír porque no entiendo nada de lo que pasa en mi vida desde que cumplí los veintidós. Y porque la persona que tengo delante es de las que más daño me han hecho desde que tengo uso de razón.

Le veo la intención de acercarse aún más a mí, pero no se lo permito.

—Ni se te ocurra acercarte, Owen.

Owen. Mi amigo, el que fue mi pareja, la persona que no dudó en traicionar su lealtad hacia mí, actuando sin miramientos. El que me

tuvo noches en vela, ansiosa por saber de él. Una de las personas a las que más he querido en mi vida a pesar de destrozar mi confianza. Alguien a quien en realidad no conozco porque me sirvió en bandeja a su madre para que me matara. Ese que acabó hace dos noches yéndose de cabeza al infierno..., y ese que no sé qué hace de vuelta aquí. En un cementerio. Cara a cara conmigo.

—No pensaba dejar que mi madre te pusiese la mano encima.

—Menos mal, porque un poco más y tengo que gastarme unos ahorros en unas extensiones para el pelo. Y te recuerdo que no solo fue culpa suya. ¡Me pegaste y arrastraste por el suelo, Owen! Por el amor de Dios...

Me doy cuenta de cómo reacciona cuando oye la última palabra y no le doy la oportunidad de que se disculpe, si es que pensaba hacerlo.

—No quiero escuchar nada de lo que tengas que decirme, lo único que me interesa de ti es saber qué te ha traído de vuelta..., o más que eso... Dime: ¿dónde coño estuviste metido estos últimos cuatro años y por qué regresaste hace dos días?

—Lo siento, Mara. La explicación rápida es que hice cosas que no debía, sobrepasé los límites con quien no tenía que hacerlo... —Sé que se refiere a mí—. En realidad solo tenía que ser tu amigo y vigilarte, pero todo cambió. El caso es que entonces exigieron mi presencia, para que diera explicaciones. Me tuvieron retenido en una sala de castigo todo ese tiempo y tuve que pagar por cada uno de mis pecados. Y de pronto, me soltaron, sin juicios ni información... Ahora me doy cuenta de que fui un señuelo..., porque lo que querían era llegar a mi madre. Lo que no se esperaban, igual que yo, es que ella no iba a tener miramientos conmigo y que me sacrificaría como si nada.

Sin tiempo a reaccionar ante sus palabras, me sujeta y me gira, haciendo que mi espalda se apoye contra su pecho, como cuando me puso el cuchillo en el cuello. Mi cuerpo se tensa por el trauma vivido y comienzo a temblar.

—No voy a hacerte daño, Mara. Soy yo, tu Owen. Tienes que creerme, nena.

No había caído en que el apelativo cariñoso que Owen utilizó siempre conmigo era el mismo que Stephen usaba con Phoebe. Quizá porque, a pesar de ser la misma palabra, respondían a distintos tipos de amor.

Noto como los brazos de mi exnovio cubren mi cuerpo abrazándome y como poco a poco nos vamos deslizando hasta acabar sentados en el césped.

—Siento hacerlo así, pero necesito que escuches lo que he venido a decirte.

Mi silencio, y mi falta de resistencia, lo animan a seguir hablando.

—Yo también hubiese dado la vida por ti, quiero que lo sepas. No hubiese dejado que llevase a cabo su plan; al final, te habría elegido por encima de ella. Cuando llegué supe que algo no iba bien... Percibía su alma más podrida y no sentía ese amor de madre que me había dado hasta antes de desaparecer. No pude hacer nada por salvar a tu amiga, lo juro..., y tampoco creí que acabase matando al alcalde. Supuse que Phoebe y tú os volveríais locas y lo haríais saltar todo por los aires. Me equivoqué. Lo lamento mucho. También creí que Adam, Caleb o el resto de sus hermanos, porque sabía que venían en camino, llegarían antes. Incluso llegué a plantearme que vuestro aquelarre apareciese de improvisto.

Dejo que siga hablando, sin interrupciones, porque quiero saber a dónde quiere ir a parar.

—Yo también la vi. Vi la mirada gélida de mi madre puesta en mí, como si yo fuese un trofeo de caza. Y ahí supe que no iba a llegar nadie de los nuestros. Fui consciente de que a quien necesitaba era a mí. Por eso fue por lo que dejé el amarre de tu cuerda más floja de la cuenta.

—Lo hiciste a propósito...

—Sabía que me ibas a ayudar, Mara. Siempre he sabido que solo hay bondad dentro de ti y, a pesar de que yo te estaba traicionando, sabía que saldrías en mi defensa frente a ella. Tenía que devolverte el favor sin que ella se enterase.

Noto como traga saliva y como respira sobre mi pelo suelto, ese que no me puedo recoger porque el cuero cabelludo aún me duele horrores, y hunde la cara en mi cuello como hacía cuando éramos novios.

—El principito es un tío afortunado, nena, ha conseguido el amor de la mejor chica del mundo.

Una lágrima empieza a caer por mi rostro porque este sí que es mi Owen, el chico al que quise desde que lo conocí. Y porque ha nombrado al amor de mi vida, que se ha llevado mi amor. No solo se ha llevado eso. También se ha llevado mi alma, porque, sin él, me siento vacía.

—Me sentía en la obligación de contártelo todo..., no podía continuar sabiendo que me odias. Mara, no lo hagas. Por favor..., lo siento mucho.

—No lo hago, Owen. Te perdono, de verdad que lo hago.

—Tengo que irme. Todo tiene solución menos la muerte... y, en ocasiones, tampoco es un impedimento. Recuérdalo. Y si necesitas algo, no olvides que tienes un amigo en el infierno.

Me da un beso sobre el hombro y se va.

Me apoyo en la pared que tengo detrás. No tengo fuerzas para levantarme, por lo que me teletransporto hasta mi casa.

Destino

—Hado (fuerza desconocida).

—Encadenamiento de los sucesos considerado como necesario y fatal.

—Circunstancia de serle favorable o adverso a alguien o a algo el destino (encadenamiento fatal de los sucesos).

—Consignación, señalamiento o aplicación de una cosa o de un lugar para determinado fin.

—Empleo (ocupación).

—Lugar o establecimiento en que alguien ejerce su empleo.

—Meta, punto de llegada.

—Que sea lo que Dios, o un príncipe del infierno, quiera.

Epílogo

No hay ausencia que mate, ni dolor que consuma

Mara

El primer mes apenas salí de la cama. Las personas que más me quieren hicieron un *planning* para organizarse entre todas y no dejarme sola en ningún momento. Phoebe me obligó a alimentarme y me arrastraba a la ducha cuando empezaba a temer por mi higiene personal. Fui egoísta, todo me daba igual, y no me opuse a tener a gente siempre pendiente de mí en casa.

El segundo mes me lo pasé prácticamente llorando: me sentía mal al ver que todos habían paralizado sus vidas para no dejar que la mía se hundiese. Más aún, cuando fui consciente de que no respeté su duelo. No solo yo perdí a alguien importante. Todos lo hicimos.

El tercer mes me decidí a tener una reunión con mi tutor de la carrera para exponerle que, por problemas psicológicos, no me sentía preparada para volver a las clases presencialmente. No me puso impedimento, me dio total libertad para poder hacer las clases online y traté de recuperar materia y ponerme al día en todas las asignaturas, sin éxito. Sigo intentándolo.

El cuarto mes Zac nos reunió en el salón de su casa para informarnos de que un programa de televisión, sobre historias

paranormales, había contactado con él mediante su blog. Querían hacerle un contrato de colaborador y que fuese unos cuantos días al mes a la ciudad para grabar los programas. Les contestó que lo tenía que pensar, y a nosotros, que a partir de ese día los viernes tendríamos una cita allí mismo para cenar todos juntos.

El quinto mes me vi una noche en el Insomnio ayudando a Caleb a poner copas porque a Phoebe le dio una reacción alérgica al comer un revuelto de gambas que Agatha le había preparado para cenar la noche anterior. Caleb intentó entablar conversación conmigo respecto a su hermano, pero no se lo permití.

El sexto mes... volví a meterme en la cama. Lo intenté con todas mis fuerzas, pero ver que los días pasaban y él no regresaba me sumió de nuevo en una tristeza que me fue muy difícil de gestionar. No fui buena compañía en esos momentos y, por ello, sigo disculpándome con mis padres hoy en día.

El séptimo mes recibí una visita que no me esperaba. Kendra llamó a mi timbre, una tarde en la que contra todo pronóstico nadie se ocupaba de mí, para poder hablar conmigo a solas. La conversación fue sumamente esclarecedora. Espero poder compartirla con vosotros en un futuro... o también puede acabar compartiéndola ella.

El octavo mes casi añadimos una nueva fiesta local cuando el cine al aire libre se trasladó a Midnights Valley. Pudimos ver a Devon Sawa huyendo de la muerte en varias ocasiones en la primera entrega de *Destino final*. Buena película, pero, al lado de lo que habíamos vivido nosotros, él quedaba como todo un principiante.

El noveno mes comencé a sonreír un poco más. Decidí salir de mi espiral de autodestrucción emocional y empezar a vivir de nuevo. Me costó, lo que dura un embarazo, darme cuenta de que mi nueva vida iba a ser esta. Con mi gente, con mis poderes, pero sin él.

El décimo mes mi padre me convenció para que lo acompañase un fin de semana a uno de sus viajes de negocios. Volví a ser esa pequeña que se cobijaba entre sus piernas cuando los monstruos de mi armario me asustaban y reconecté con la niña que un día había sido.

Supongo que os preguntaréis qué ha pasado con mi familia y amigos durante todos estos meses en los que he estado sumida en una especie de letargo...

Mi padre redujo sus viajes para quedarse más tiempo en casa y así pasar más tiempo conmigo. Mi madre, que siempre lo había acompañado, decidió dejar de hacerlo cuando vio que podía perder a su única hija.

Las Boneville han aprendido a vivir con la ausencia de Stephen. Van diariamente al cementerio a visitarlo y no han dejado a Otto solo ni un segundo.

Hablando de él..., es el que mejor ha sabido respetar mis tiempos. Quizá se deba a que los dos hemos perdido al amor de nuestra vida. Está pendiente de mí, pero dándome mi espacio.

De Willow nos despedimos como aquelarre una fría noche en la que las lágrimas brotaron de todas nosotras para acabar convirtiéndose en flores blancas depositadas allí donde ella yace. La tenemos muy cerca. Y la sentimos muy dentro.

Pheebs, por mucho que ella se empeñe en disimularlo, tampoco ha sabido gestionar nuestra nueva vida. Hace más horas en el pub para estar entretenida y evitar pensar. Se pasa mañanas enteras en la biblioteca que nunca había pisado, y su relación con Caleb..., eso es harina de otro costal. Yo ya tengo encima demasiados dramas amorosos como para añadir el de dos de mis mejores amigos.

Caleb sigue siendo Caleb. Desde que renunció al infierno se acostumbró a vivir entre mortales y para él realmente nada ha

cambiado. El negocio le va viento en popa y está encantado de tener a Phoebe al lado durante más tiempo. Pensad en lo que sentís cuando estáis viendo una película romántica desde el sofá de vuestras casas..., pues eso es lo que me pasa a mí cada vez que los veo juntos. Debo reconocer que en algunos momentos me ha dado envidia ver la complicidad que tienen, pero, en la gran mayoría, lo que me entra es muy mala leche al ver como pierden un valioso tiempo para estar juntos. A ellos nadie se lo ha arrebatado y, aun así, no son conscientes de lo afortunados que son.

Quizá os preguntéis si he sabido algo de Eleanor o de Owen. Él cumplió su palabra de ser mi amigo. No sé qué clase de acuerdo tiene con el Cancerbero, pero este lo deja cruzar las puertas a este mundo siempre que él quiere. Cada día 15 aparece junto a mí. No me habla de Adam, ni de su madre. Se limita a tratarme con cariño y se preocupa por mí. Me escucha, y me intenta entender. Creo fervientemente que está haciendo un gran trabajo para recuperar mi absoluta confianza. Lo que no sabe es que hace mucho que se la ha ganado de nuevo. Eso sí, nuestros encuentros no son de dominio público, porque estoy segura de que la gente de mi entorno no entendería por qué dejo que se acerque a mí.

Y, por último, y no por ello menos importante, mi querido Zac. Ahora mismo estoy con el coche, que está estacionado fuera de su casa, esperando a que salga para irnos juntos al Insomnio. Todos estos meses ha sido uno de mis incondicionales, estando a mi lado el tiempo que le he permitido, y hemos afianzado nuestra bonita amistad..., a pesar de que tengo claro que sigue ocultándome cosas...

Toco el claxon dos veces, veo que las luces de su casa se apagan y, un segundo después, cruza el umbral. Me saluda con la mano y

cierra tras de sí. Rodea el coche, abre la puerta y se sienta en la plaza del copiloto.

—Hola, Mara. ¿Todo bien?

Lo miro con detenimiento e intento ponerlo nervioso.

—Deja de hacer eso, pareces una de esas tías raras —me dice.

—Aquí el único raro últimamente eres tú, Zac. No solías ser impuntual, pero últimamente... cada vez apareces más tarde. ¿Y por qué estás tan despeinado?

—No me ha dado tiempo a peinarme en condiciones —contesta subiéndose las gafas por el puente de la nariz.

—¿Tiene algún lío de faldas, señor Prescott?

Pone los ojos en blanco, pero no me la cuela, está disimulando que he dado en el clavo. Me fijo en él y descubro, en su polo color azul marino, un cabello rubio de una longitud igual a la de cierta melena de una muchacha cuyo nombre empieza por ka. Cazado. Qué monos, se llevan a matar cada vez que coinciden, y me da que se matan de otra manera cuando están solos.

Hablamos de trivialidades de programas de televisión, y de la canción que está en este momento en el número uno y que suena en la radio local, hasta que llegamos al pub de nuestro amigo. Aparco, salimos y nos adentramos en un local infestado de gente de nuestra edad con la que apenas tenemos algo en común, pero con la que desde hace un tiempo ambos intentamos integrarnos más.

Nos dirigimos a la barra sonriendo a Phoebe, que ya nos ha visto entrar, y nos sirve un par de cervezas frescas antes de que las pidamos.

—Llegáis tarde.

—La culpa es de Zac, a mí no me mires.

Me giro en el taburete, ese en el que me acabo de subir, y observo a la gente que está aquí congregada. Unos jugando a los dardos y

otros a los billares, esos que Caleb hace poco que ha traído. Todos beben, ríen y disfrutan como si las fuerzas del mal no nos estuviesen acechando a cada momento.

Todo este tiempo he seguido leyendo el libro que me da conocimientos sobre lo que soy, pero confieso que, debido a mi estado, mis poderes han quedado relegados a un segundo plano. Me engaño a mí misma pensando que, si no los uso, no existen; que solo soy una chica normal que en breve cumplirá veintitrés años.

Veo aparecer a Caleb por el pasillo que da a los baños, al almacén y a ese callejón que no he vuelto a pisar, y se mete tras la barra para dejar las cajas que llevaba en las manos.

—¿Qué pasa, chicos? Habéis tardado, ¿no?

—Que sí, que ha sido culpa mía. ¿Ya estáis contentos? —suelta Zac.

Lo que pasa a continuación es algo que no es que me incomode, pero sí que me hace recordar que yo no tengo lo que me gustaría.

Kendra entra por la puerta mirando en nuestra dirección mientras que Zac se remueve incómodo en su taburete. Y Caleb, que se ha dado cuenta de ello, se acerca a Phoebe para comentarle algo al oído haciendo que ella sonría. Y yo... yo estoy en medio de algo que no va conmigo y en lo que siento que sobro.

—Voy al baño —lanzo al aire más que a nadie en concreto.

Avanzo entre la gente y me encamino hacia el pasillo, en el que la música que suena empieza a oírse amortiguada. Cuando poso la mano en el pomo de la puerta del servicio de mujeres, algo me hace detenerme. Un sonido...

No, no puede ser.

Mi mano resbala debido al sudor y todo el vello de mi cuerpo se eriza. Mis fosas nasales se inundan de un olor a azufre, que no es la

primera vez que inhalo, y voy decidida al lugar al que prometí que no volvería, el callejón.

Salgo al aire fresco de entrada la noche, y miro a ambos lados en busca de algo que me dé una pista de por qué mi cuerpo se ha puesto en guardia. Sé que las puertas del infierno se abren semanas antes de la noche de Halloween, pero solo espero que esto que anticipo no sea una criatura a la que tenga que exterminar. No tengo ganas de luchar, y estoy del todo desentrenada física, mental y mágicamente hablando.

Siento una presencia a mi derecha y al mirar vislumbro una especie de silueta bajo una de las farolas que deberían estar encendidas. No lo están, y eso hace que no sepa en realidad qué, o quién, está a tan solo unos metros de mí.

—¡No estoy para jueguecitos! —exclamo con un deje de nerviosismo en la voz—. Sal de una maldita vez.

La llama de un mechero, de un Zippo, hace que me quede sin aire al ver de quién se trata. No puede ser. Debo de estar soñando, no puede estar aquí.

Inconscientemente doy unos pasos hacia atrás impactando contra la pared mientras veo que la llama se apaga y un cigarrillo encendido, que lleva colgando de los labios, viene en mi dirección.

La bombilla que está justo sobre mi cabeza comienza a parpadear, y levanto la cabeza para observarla hasta que se queda encendida. Cuando devuelvo la vista al frente, veo la cara de Adam entre una densa niebla de humo que acaba de expulsar por la boca.

—Esperaba otro tipo de recibimiento, Tormenta.

Muevo la cabeza a ambos lados varias veces, con los ojos cerrados, temiendo que, cuando los vuelva a abrir, la visión se evapore, producto de las ganas o el deseo de que esto suceda en realidad. No quiero sufrir con falsas esperanzas.

Cuando los abro finalmente, con lo que me encuentro es con la sonrisa más bonita del mundo, unos ojos que me miran con auténtica devoción y una mano que se enreda en mi melena suelta y juguetea con mi pelo, como solía hacer. Esa mano se mueve y un dedo se posa sobre mi labio inferior, haciendo que abra la boca.

—Estás aquí..., eres real —susurro saltando sobre él, haciendo que tire su cigarrillo al suelo y me coja con fuerza.

—Tan real como la promesa que te hice. Siempre juntos.

Me separo de él lo indispensable para empaparme de su cara, esa que me moría por ver de nuevo. Le toco el pelo, le paso los dedos por las cejas, por los labios... Pongo las manos en sus hombros y las dejo caer por sus brazos hasta entrelazar sus manos con las mías.

Él las alza hasta su boca para depositar unos cuantos besos en mis nudillos mientras yo no puedo dejar de mirarlo. Tengo miedo de que, si vuelvo a cerrar los ojos, esta vez sí que no esté cuando los vuelva a abrir.

—No me voy a ir a ninguna parte.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —pregunto con miedo a su respuesta.

—¿Qué te parece pasar toda la eternidad juntos?

—¿Cómo...?

Vuelvo a notar mi espalda contra la pared y su boca contra la mía, en un beso feroz, con muchas ganas retenidas por culpa de pasar tantos meses alejados. Sé que ahora no es el momento de preguntarle cómo es posible que haya vuelto, pero me lo contará más adelante. Estoy segura de ello.

La magia que estaba dormida se despierta a una velocidad vertiginosa en mí mientras el beso gana en profundidad. No necesitaba a nadie para ser quien soy, pero sí que necesitaba la última pieza del puzle que me complementa para ser la bruja más

poderosa de esta generación. Una bruja blanca y un príncipe del infierno juntos contra todo, y contra todos.

—Te dije que haría arder el infierno por ti. Y yo siempre cumplo mi palabra.

Agradecimientos

Juro solemnemente que no esperaba volver a hacer esto por segunda vez en mi vida. Infinitas gracias; sin vuestro apoyo a *Juramento de sal*, esto no hubiese sido posible.

Reconozco que, cuando comencé esta nueva aventura, sentí una mezcla de miedo, nervios y angustia. ¿Sería capaz de escribir un proyecto de estas características, tan alejado de lo anterior?

También sentí una mezcla de confianza, alegría y orgullo, a medida que las palabras iban fluyendo y vi que estaba perfectamente capacitada para ello, aunque sois vosotros quienes lo tenéis que valorar.

Meterme en la piel de Mara y Adam ha sido un viaje en el que me lo he pasado mejor de lo que hubiera imaginado, pues he disfrutado de lo lindo, y en el que creo que he encontrado una voz propia que no sabía que existía.

Esta es mi tercera obra terminada, la segunda que ve la luz, y no tiene absolutamente nada que ver con el resto de las cosas que he escrito. Dejar aparcado el humor, el romanticismo en estado puro y una pizca de mamarracheo me ha acercado de nuevo a mi lado oscuro y perturbador, ese que asoma cuando veo *slashers*, series de vampiros y de brujas, además de todos los documentales de crímenes reales habidos y por haber.

Quiero empezar dando las gracias a mi madre, la persona que me dijo que siguiese adelante cuando le conté de qué iba a ir esta obra. Ella es como yo, somos fanáticas de la novela negra y, aunque esto no tenga nada que ver con un buen *thriller*, sé que lo va a disfrutar como si así fuera.

A mi padre, que desde hace tres años vive en una residencia de ancianos en la que todos saben que tiene una hija escritora. Tiene

Juramento de sal como un trofeo en su mesita de noche. Tengo serias dudas acerca de lo que opinará de este libro, pero sé que será un buen relaciones públicas.

A mi marido, que ha aguantado los innumerables estados de ánimo por los que he ido pasando a lo largo de los meses en los que he estado al pie del cañón con esta historia. Por algún que otro masaje que me ha dado mientras yo tecleaba a horas intempestivas, por su apoyo, sus consejos y su amor.

A mis hijos, que no pueden ponérmelo más fácil cuando ni yo misma me aguanto, que vienen a mi escritorio a darme besos cuando estoy agobiada y que obedecen sin rechistar cuando les pido un poco de silencio para terminar un capítulo que se me está atragantando. Os quiero con todo mi ser.

A mi familia, que siempre me anima para que consiga aquello que me propongo y que se enorgullece de todos mis logros.

A mis amigos. No ha habido un solo día, mientras estaba escribiendo esta novela, en el que alguno de ellos no me haya preguntado algo relacionado con esta. Las ganas e interés que me habéis demostrado me han hecho muy feliz.

A Sara, mi mano derecha e izquierda. Siempre juntas desde hace ya varios años y mi representante en la vida. Gracias por tu apoyo y ayuda desinteresada, por tus «Tú puedes, Poni» y tus «Esto es lo tuyo», que me han hecho mucho más llevadero este proceso del que no me sentía capaz de salir victoriosa. Sin ti habría sido fatídico. Si hay alguien que cree en mí, esa eres tú. Caca&Culillero.

A Zuri, persona que ve todo lo que no encaja y que ha sido de las primeras en darme sus impresiones. Gracias por todas tus aportaciones, por hacerme ver cosas que me pasan desapercibidas, y por estar en mi vida.

A María, mi amiga y la mejor compañera de letras que se puede desear. En un mundo tan envidioso como este, es un auténtico lujo poder conocer a alguien como ella, que se alegra tanto de tus triunfos como de los suyos propios. A seguir dando pasos de la mano.

A Esther, mi editora, la persona que me ha dejado abiertas las puertas y que sigue confiando en mí. Me encantaría continuar

dándote las gracias muchos años más, aunque lo haré de todos modos porque, sin ti, esto no estaría aquí plasmado.

A los que ya no están en cuerpo, pero sí en mente; son parte esencial del proceso de escritura que viví con este libro. Es la primera vez que escribo sobre la muerte, y eso me ha llevado a pensar mucho en la gente que he perdido a lo largo de mi vida.

He pensado mucho en mis abuelos, Güelita y Pepe, en lo que me habría gustado que estuviesen en los momentos más importantes de mi vida y en lo orgullosos que estarían viendo mi nombre en la portada de una novela. El Muñiz es por él, no podía ser de otra manera. Os echo de menos cada día de mi vida.

También en mi abuela Vicenta, a la que no tuve la suerte de conocer.

Muchísimas gracias, a la que más, a mi abuela Patri, a quien, a pesar de que era, y es, la abuela de mi marido, la siento mía desde hace una década. Nos dejó no hace mucho, de forma inesperada, y siento que hubiese sido la persona que más orgullosa habría estado de mí por este proyecto. Se fue con noventa años, con una envidiable alma juvenil, habiendo leído *Juramento de sal* y esperando lo nuevo porque estaba ansiosa por leerlo. Este libro es para ti, Patri. Espero que el abuelo Daniel y tú estéis viendo que todo está bien por aquí abajo. No hagas trampas al parchís.

También he pensado en los que nos han dejado últimamente. Los últimos dos años han sido muy duros porque he tenido que despedirme de demasiada gente, gente importante que merecía haber seguido en este mundo, ya que se fueron demasiado pronto. Os nombro al inicio de este libro, pero que sepáis que también es para vosotros.

Y, para acabar, gracias a ti, lector, que continúas dándome la oportunidad de seguir nadando entre letras, sueños y vivencias literarias. Gracias a cada persona que se ha leído *Juramento de sal*, porque ha hecho que esté de nuevo aquí. Gracias a cada uno de vosotros por ir a las firmas, mandarme mensajes, pedirme más y darme todo vuestro cariño.

Disfrutad de esta historia y dadle mucho amor, porque me encantaría que continuásemos sabiendo más de los habitantes de

Midnights Valley.

Y recordad, la vida es solo una. Vividla al máximo.

Nos vemos pronto...

Banda sonora

«Vampire», ℗ 2023 Olivia Rodrigo, bajo licencia exclusiva de Geffen Records, interpretada por Olivia Rodrigo.

«Walk», ℗ 2011 Roswell Records, Inc., bajo licencia de RCA Records, una unidad de Sony Music Entertainment, interpretada por Foo Fighters.

«Toxic», ℗ 2003 Zomba Recording LLC, interpretada por Britney Spears.

«Video Killed the Radio Star», ℗ 1980 The Island Def Jam Music Group, interpretada por The Buggles.

«Sugarhigh», esta compilación ℗ 1995 UMG Recordings, Inc., interpretada por Coyote Shivers.

«I Want You to Want Me», esta compilación ℗ 1999 Hollywood Records, Inc., interpretada por Letters to Cleo.

«Bad Romance», un lanzamiento de Interscope Records; ℗ 2014 UMG Recordings, Inc., interpretada por Lady Gaga.

«Locked Out of Heaven», ℗ 2012 Atlantic Recording Corporation para Estados Unidos y WEA International Inc. para el mundo fuera de Estados Unidos, interpretada por Bruno Mars.

«Take Me to Church», ℗ 2014 Rubyworks, bajo licencia de Columbia Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Hozier.

Biografía

NOEMÍ MUÑIZ vive en Gijón, su ciudad natal, con su marido, sus dos hijos —Noah y Ares— y sus dos gatos. Estilista de profesión, siempre ha sido una enamorada de las letras, y por ello se decidió a dar el salto como escritora. Juramento de sal fue su debut literario, una historia con la que conquistó el corazón de las lectoras.

Encontrarás más información sobre la autora en:

Instagram y TikTok: @laponicornio

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

Midnights Valley. La última elegida
Noemí Muñiz

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© Imagen de la cubierta: Mireya Murillo
© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

© Noemí Muñiz, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2025

ISBN: 978-84-08-30918-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta



El sacrificio de la reina

García Ferrer, Patricia

9788408286578

464

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una fantasía romántica repleta de aventuras, magia, amor, peligro y traiciones.

Cuando el enemigo reclama tu vida solo existe un camino…

Rogvall nos ha declarado la guerra.

Llevo preparándome para ser reina de Aisha del Norte desde que era una niña, por eso sé que corremos un grave peligro.

Nuestra eterna enemistad con los elementales ha provocado guerras y muertes durante milenios. Por desgracia, **el pasado nos persigue, y la única manera de evitar un nuevo derramamiento de sangre es ofrecerle mi vida a Rogvall**, eso o tratar de equilibrar la balanza encontrando la manera de arrebatarle sus poderes.

El Alto Mando y mi padre quieren protegerme y dejarme al margen de la expedición, pero esa es una actitud egoísta que no voy a permitir, aunque para **ello tenga que simular que Marcus, el hijo del capitán general de Aisha del Norte, me ha embaucado para que me suba en su carromato y abandone la seguridad de mi hogar**.

Sé que es una locura, sobre todo porque **no acabo de entender en qué momento mi enemistad con Marcus se ha ido transformando en un deseo incontrolado de besarlo**.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Juramento de sal

Muñiz, Noemí

9788408289524

336

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La romcom de vecinos más atrevida que has leído jamás.

Duna y Gael son vecinos de planta y únicos habitantes del bloque en ese momento. Apenas se conocen, hasta que una

compra *online* entregada por error provocará su primera toma de contacto y creará una brutal tensión sexual entre ellos.

Una proximidad forzosa que hará que salten chispas. Aunque…

Él no quiere enamorarse.

Y ella no cree en el amor.

Un buzón común lleno de incógnitas que ambos tendrán que resolver, promesas incumplidas y sentimientos que florecen por primera vez.

Un romance muy *spicy* que hará arder los cimientos del edificio.

«Una historia que te dejará el corazón calentito. Me encantaría poder tener la suerte de volver a leerla por primera vez.» Cristina Prada

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Ni yo tan santa ni tú tan Claus

García, Yanira

9788408310914

408

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Ella domina el caos. Él lo provoca. Bienvenidos a la romcom navideña con más tensión del año.

Querido Santa Claus:

No creo que te sorprenda que te escriba para explicarte el lío tan gordo en el que me han metido este año. ¿Ha sido el destino? ¿El karma? ¿Una ingesta de setas alucinógenas? ¿Todo a la vez?

A lo que vamos… **¡Él también está aquí!** ¿Que a quién me refiero? No pongas esa cara, seguro que sabes de quién te hablo. **No te dejes engañar por ese hoyuelo** tan mono horrible que tiene, **ni por la sonrisa** pícara estúpida que sigue usando como arma de destrucción masiva, **ni por ese encanto** que parece deslumbrar a todas. **Sigue siendo tan guapo y sexi imbécil** como siempre.

En fin, Santa, he decidido comportarme como una persona racional. Al fin y al cabo, ¿qué es lo peor que puede pasar? ¿Que me lo encuentre por ahí? ¿Que tropiece y caiga en sus brazos? ¿Que recuerde cuánto lo he echado de menos? ¿Que aún me tiemblen las piernas cuando diga mi nombre? ¿Que quiera comérmelo… a besos?

Repite conmigo, Santa: **no me cae bien. No me gusta. No lo quiero.**

Me crees, ¿verdad?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Una Navidad muy fun, fun, fun

Maxwell, Megan

9788408296409

464

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Una historia de amor tan mágica como la Navidad.

Adriana Peña, técnica de sonido de Navacerrada, **vive tan enamorada del famoso cantante estadounidense Deacon**

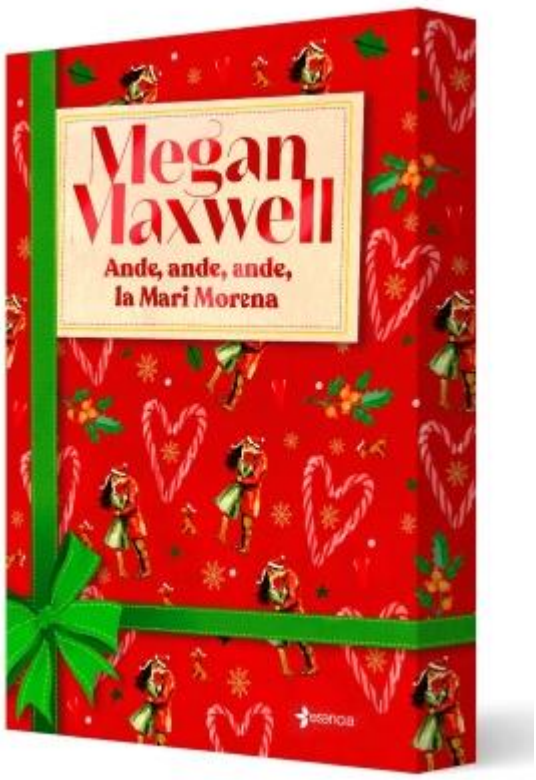
Black que incluso lleva tatuada una frase de una de sus canciones. Por eso, cuando le ofrecen trabajar en la gira asiática de Deacon, acepta emocionada. Aunque su **relación es puramente laboral**, una noche coinciden en el *spa* del hotel y hablan de todo menos de trabajo. Disimular estando a solas con su *crush* se le hace muy difícil, pero debe ser profesional, así que se **calla sus sentimientos**.

Tras una dolorosa ruptura, **Deacon se sumerge en su gira** mundial y no quiere saber nada de su ex. Al finalizar el tour, Adriana **lo invita a pasar las fiestas en su hogar** en Navacerrada. Deacon, que odia la Navidad, acepta sin saber que el espíritu navideño lo espera.

¿Cómo lograrán Deacon y Adriana sobrevivir con sus diferencias?

Una historia de amor ambientada en Navidad con la que soñarás y te enamorarás, y en la que nada de lo que ocurra te dejará indiferente.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Ande, ande, ande, la Mari Morena

Maxwell, Megan

9788408310716

544

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Porque la Navidad no es lo que tenemos, sino a quien tenemos. (Edición especial con cantos tintados).

A **María**, una morenaza de bandera, urbanita por excelencia, le encantan la ropa buena, los viajes de lujo y los hoteles de varias estrellas y algún cometa. Su vida va viento en popa. Tiene un novio banquero inversionista, dos hermanos a los que adora, dos buenas amigas, una perrita preciosa… Pero lo que más le gusta es **trabajar en la empresa familiar de joyería fundada por su abuelo,** que ahora dirige su padre.

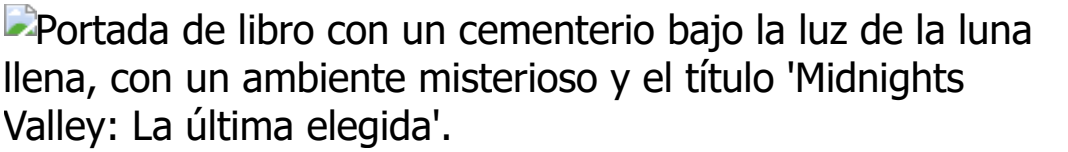
Nicoláses un veterinario que, por circunstancias de la vida, **tuvo que dejar su vida glamurosa** en la que viajaba por todo el mundo **para instalarse en una granja en Galicia.** Es un hombre muy familiar al que le gustan el campo y los animales y, sobre todo, adora a los suyos.

María y Nicolás no pueden ser más diferentes. Pero cuando a ella, de un día para otro, el mundo se le pone del revés y decide hacer un viaje, **sus caminos se cruzan.** Y, cuando el destino, sin avisar, mueve sus hilos (algo que la Navidad propicia, ¡y de qué forma!), **ellos solo pueden dejarse llevar…**

No te pierdas la nueva novela de Megan Maxwell.

¿Estás preparado para volver a creer en la magia de la Navidad?

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Portada de libro con un cementerio bajo la luz de la luna llena, con un ambiente misterioso y el título 'Midnights Valley: La última elegida'.